



La voz de Jorge Eduardo Cock

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS



La voz de Jorge Eduardo Cock

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

LA VOZ DE
JORGE EDUARDO COCK
Artículos y entrevistas

Primera edición
Febrero de 2024

ISBN: 978-958-58686-7-0

Aníbal Gaviria Correa
(2020 - 2023)
Andrés Julián Rendón Cardona
(2024 - 2027)
Gobernador de Antioquia y
Presidente Junta Rectora de
la Fundación Universidad de
Antioquia

John Arboleda Céspedes
Rector Universidad de
Antioquia y presidente
del Consejo Directivo de la
Fundación Universidad de
Antioquia

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Luis Fernando Múnera Díez
Director Ejecutivo

Mónica González Velásquez
Directora de Comunicaciones

DIRECTOR GENERAL DEL
PROYECTO EDITORIAL
Luis Fernando Múnera Díez

DISEÑO GRÁFICO

El diseño gráfico y editorial de
esta publicación ha sido tomado y
adaptado del libro *La voz de Carlos
Gaviria Díaz* creado por Mesa
Estándar en 2019.

EDICIÓN Y DIAGRAMACIÓN
Tragaluz editores S. A. S.

DIGITALIZACIÓN DE TEXTOS E
IMÁGENES
Tragaluz editores S. A. S.

 TRAGALUZ editores

FOTOGRAFÍAS
Archivo de la familia
Cock Duque

CORRECCIÓN DE ESTILO Y
REVISIÓN ORTOTIPOGRÁFICA
Andrea Martínez Sánchez

TEXTOS, ENTREVISTAS Y
SELECCIÓN DE ARCHIVO
Juan David López Morales

IMPRESIÓN
Marquillas S. A. S.



Prohibida la reproducción total o parcial, por
cualquier medio o con cualquier propósito, sin
la debida autorización escrita de la Fundación
Universidad de Antioquia

Los textos de Jorge Eduardo Cock que recoge este libro
proviene del archivo de la familia Cock Duque. Este con-
tiene artículos de prensa, editoriales, columnas de opi-
nión, cartas y fotografías de distintos momentos entre
los años 70 y la década del 2010.

La mayoría de las columnas de opinión selecciona-
das fueron publicadas originalmente en los diarios *El
Tiempo* y *El Colombiano*, de los cuales Cock fue colabo-
rador permanente por varias décadas.

También se consultaron y recogieron artículos aca-
démicos escritos por él, sobre todo para la *Revista An-
tioqueña de Economía*, de la cual fue cofundador.

Finalmente, dos libros fueron parte fundamental del
proceso de selección del material publicado. El primero,
titulado *Defendiendo el territorio*, es una antología de
artículos de Cock y de otros autores sobre los impactos
de la minería en el medioambiente. Y el segundo, *De mi
vida*, es un libro que escribió con el propósito de dejarle
a su familia y seres queridos memorias de sus aprendiza-
jes personales y profesionales. Accedimos a este último
también gracias a la familia Cock Duque.

La voz de Jorge Eduardo Cock

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS



TRAGALUZ editores



JORGE EDUARDO COCK

1939 - 2023

Índice

Presentación	10
LUIS FERNANDO MÚNERA DÍEZ	
Su legado	12
CLARA, NICOLÁS Y CATALINA COCK	
Artículos y entrevistas	17
JORGE EDUARDO COCK	
Biografía ilustrada	129

Artículos y entrevistas

JORGE EDUARDO COCK

Cock, el economista 18

Y decidí mi regreso a Medellín <i>De mi vida.</i> 2016. 22	Creación y gestión de la <i>Revista Antioqueña de Economía</i> <i>De mi vida.</i> 2016. 23	Planeación, evaluación y selección de inversiones en Colombia Parte I 25 Parte II 26	¿El desempleo tendrá solución? Parte I 26 Parte II 28 Parte III 29 Parte IV 30	El ejecutivo de la semana: doctor Jorge Eduardo Cock L., gerente de Procecols <i>El Correo.</i> Julio 8 de 1970. Entrevista por: Álvaro Mejía Vélez. 31
Sube la pesca, sufren los pescadores <i>El Colombiano.</i> Septiembre 2 de 1996. 33	Pobreza: condiciones básicas para reducirla <i>El Colombiano.</i> Noviembre 5 de 1996. 34	Propuestas para frenar la revaluación de la moneda Con Juan Luis Londoño de la Cuesta. <i>Portafolio.</i> Noviembre 11 de 1996. 35	Revaluación, gravísimo daño <i>El Colombiano.</i> Enero 29 de 2002. 36	Objeciones al IVA general <i>El Colombiano.</i> Octubre 11 de 2003. 37
Sobre el transporte por ferrocarril <i>De mi vida.</i> 2016. 38	Transporte por ferrocarril, ¿más económico? Parte I 39 Parte II 40	El tren no es que esté varado <i>El Tiempo.</i> Julio 25 de 2005. 41		

Cock, el experto en minas y energía 42

ISA, incluido su traslado a Medellín
Texto inédito.
46

La invitación a manejar Carbocol
De mi vida. 2016.
46

El desarrollo de El Cerrejón debe hacerse con plena apertura al país
Entrevista de Dario Fernando Patiño.
La República. Julio 26 de 1982.
47

¿Unificar tarifas eléctricas?
Revista Antioqueña de Economía. N.º 9, enero-marzo de 1983.
49

Que el gasoducto incluya a Antioquia
El Colombiano. Mayo 13 de 1987.
53

Antioquia y su desarrollo eléctrico
El Colombiano. Julio 27 de 1988.
54

La nueva refinería
El Tiempo. Octubre 8 de 1990.
55

Ministro sin conocerme con el presidente
De mi vida. 2016.
56

Minminas no le teme al Niño
Entrevista de Luz Dary Madroñero Pachón. *La Prensa.* Septiembre 26 de 1994.
58

La agenda petrolera
Poder & Dinero. Octubre de 1997.
59

Seguro de confiabilidad para el servicio eléctrico
El Colombiano. Abril 24 de 1998.
61

Tarifas de energía de EADE y de EPM
El Colombiano. Febrero 20 de 2004.
62

Cock, el emprendedor 64

El ambiente emprendedor que me tocó vivir
De mi vida. 2016.
68

Forestales Doña María y Procecolsa
De mi vida. 2016.
70

EPCE, mi firma de consultoría
De mi vida. 2016.
71

La planta lavadora de carbón. Me incumplieron y la perdí
De mi vida. 2016.
74

Gestación y creación de Consorcio Minero Unido – CMU S.A.
De mi vida. 2016.
75

Los cultivos de flores y Ecoflora
De mi vida. 2016.
76

Cock, el defensor de lo público 80

Orígenes y razones de mi conciencia social <i>De mi vida.</i> 2016 84	¿Concesión o venta? <i>El Tiempo.</i> Julio 4 de 1996. 86	El papel de Empresas Públicas <i>El Colombiano.</i> Julio 13 de 1999. 86	¿Privatizar así? No más, por favor <i>El Tiempo.</i> Agosto 26 de 1999. 87	Que no vendan a ISA <i>El Colombiano.</i> Agosto 7 de 1999. 88
Deuda social y defensa o grandes obras <i>El Tiempo.</i> Junio 26 de 2002. 89	Las fallas de Ecopetrol <i>El Tiempo.</i> Agosto 15 de 2002. 90	Más reflexiones del foro sobre EPM <i>El Colombiano.</i> Julio 4 de 2003. 91	Poder y decisiones en EPM <i>El Colombiano.</i> Julio 24 de 2003. 92	Criterios relajados en el manejo de EPM <i>El Colombiano.</i> Noviembre 15 de 2003. 93
Inversiones públicas y responsables <i>El Colombiano.</i> Abril 22 de 2005. 94	Capital y manejo privado a la FLA <i>El Colombiano.</i> Noviembre 4 de 2006. 95			

Cock, el «tierrero» 96

La reforestación, redención de nuestras montañas <i>Revista Distritos N.º</i> 23. Octubre de 1972. 100	De Washington <i>De mi vida.</i> 2016. 100	Los dos proyectos sociales en El Tablazo <i>De mi vida.</i> 2016. 103	Tapón del Darién <i>El Colombiano.</i> Octubre 26 de 2004. 104	El oro o el agua: ¿qué vale más? <i>El Tiempo.</i> Agosto 14 de 2011. 105
Que la locomotora minera no nos deje secos <i>El Colombiano.</i> Septiembre 26 de 2011. 106	Minería y medioambiente, el dilema no es tan falso <i>Revista Semana.</i> Noviembre 27 de 2012. 107	¿Minería grande, minería responsable? <i>El Tiempo.</i> Marzo 2 de 2013. 108	Grandes errores de las grandes mineras <i>Las2Orillas.</i> Junio 14 de 2017. 109	Que no nos deslumbre el cobre <i>El Tiempo.</i> Agosto 15 de 2019. 110
Los riesgos del proyecto de minería en Jericó <i>El Tiempo.</i> Octubre 2 de 2019. 111	Bienvenido el debate sobre minería en Jericó <i>El Tiempo.</i> Octubre 23 de 2019. 112			

Cock, el pacifista 116

Vamos al Caguán
El Colombiano. Julio
29 del 200.
120

Apostemos a la paz
El Colombiano. Mayo
17 del 2000.
120

La dimensión de
lo alcanzado
El Tiempo. Febrero 15
de 2014.
121

El proceso de paz
frente a *Cautiva*
El Tiempo. Octubre
18 de 2014.
122

Conflicto,
responsabilidades,
delitos, conexidades
El Tiempo. Enero 4
de 2015.
123

Un dedo acusador
El Tiempo.
Septiembre 7 de
2015.
124

No más tierras del
Estado en propiedad
El Tiempo.
Noviembre 5 de 2015.
125

Cómo entregar
tierras
El Tiempo. Octubre 5
de 2016.
126

Presentación

LUIS FERNANDO MÚNERA DÍEZ

La Fundación Universidad de Antioquia, creada el 31 de julio de 1995, tiene como propósito superior «servir transformando vidas». Trabaja intensamente en proyectos de ciudad y región, y presta diversos servicios a la comunidad; muy enfocada, claro, en el bien común y en el avance en todos los ámbitos de la Universidad de Antioquia. Los excedentes que obtiene de sus actividades los destina a la Universidad, y solo una muy pequeña parte se reserva para preservar su propio crecimiento y permanencia.

La entidad se ha empeñado en difundir el pensamiento de los grandes profesores de la Universidad de Antioquia para que, quienes no los conocieron ni los oyeron de viva voz, puedan acercarse a sus enseñanzas del mismo modo que ellos las impartieron. Este libro forma parte de la colección que la Fundación Universidad de Antioquia ha iniciado con motivo de sus 25 años, para proyectar lo que será cuando cumpla 50.

El presente volumen está dedicado al economista Jorge Eduardo Cock Londoño, profesor destacado de la Facultad de Ciencias Económicas a finales de los años 60 y principios de los 70, ejecutivo de notables realizaciones tanto en lo privado como en lo público, ministro de Minas y Energía, presidente de Carbocol, dirigente gremial y gran empresario. Pero, ante todo, un ser humano dotado de una sensibilidad social poco común que buscó por todos los medios ayudar y estimular a la gente más humilde, con la que interactuó con la misma naturalidad y propiedad que con los grandes empresarios y los más importantes dirigentes políticos y gubernamentales.

Fuimos amigos de lejos primero, pues no eramos propiamente condiscípulos, salvo en dos o tres asignaturas. Jorge Eduardo perteneció a un grupo anterior al nuestro, y si interactuamos en las salas de clase fue producto de los profundos cambios curriculares que se hicieron en aquella época, a mediados de los años 60, cuando la Facultad modificó el programa de cuatro a cinco años, y casi enseguida pasó de anual a semestral. En aquella época nos reconocíamos por nuestros nombres, interactuábamos en la cafetería, y de vez en cuando caminábamos juntos después de las clases de la mañana con otros compañeros.

Alguna vez, siendo yo gerente general del INCORA, Jorge Eduardo me pidió que nos reuniéramos en su casa de Balsillas para examinar un asunto relativo a las tierras de los campesinos de Sucre. Él todavía no era ministro, siéndolo tuvo un gesto que se volvió para mí inolvidable, porque cuando los altos funcionarios salen de la administración lo hacen en la más completa soledad y casi nadie se toma la molestia de hacer una llamada

telefónica. Cuando me tocó el turno, el señor ministro de Minas y Energía me llamó, se solidarizó conmigo y me ofreció su amistad. Solo recuerdo otra llamada semejante.

Cuando Jorge volvió del Banco Mundial y se estableció en Medellín, se unió a un grupo que teníamos organizado con mis compañeros Luis Bernardo López, Antonio Escobar, y otro amigo inolvidable, Mauricio Estrada. Desde entonces cultivamos, ahondamos y disfrutamos una amistad que solo se interrumpió con la ida de Jorge, que se extendió a nuestras familias y perdurará en los vívidos recuerdos sembrados por la vida maravillosa y bella de Jorge Eduardo.

¿Qué lo hacía tan especial? Que, aunque no tuviera carencias familiares, se hubiera convertido desde joven en un aventurero, un rebuscador, un férreo defensor de sus ideas, un ser apegado a la más intachable rectitud y en alguien que estuvo siempre a la caza de oportunidades para servir a los demás.

Profesionalmente fue muy exitoso, empresarialmente también. De haberse dedicado a la política, hubiera logrado triunfos notables, pero su inclinación era el trabajo por los demás, con una sensibilidad que venía de sus padres y se prolongó en su hermana Dora; cuando se extinguió tempranamente la vida de esta, se mantuvo incólume en el corazón de Jorge para perdurar en sus hijos. La música fue uno de los vehículos que utilizó para trabajar con la comunidad en las vecindades de su casa. Allí organizó primero y auspició después un grupo por el que trabajó por muchos años.

Muy recién casado compró una propiedad en la vereda Santa Elena, y construyó con sus manos y las de Beatriz, su adorada mujer, un pequeño refugio. Se dedicó a proteger esos terrenos, en los que tienen origen algunas de las aguas que finalmente sirven al Valle de Aburrá; lo hizo con tal pasión, que resolvió que aquella propiedad debía estar siempre protegida y que los suyos debían buscar la manera de que lo estuviera permanentemente.

No tengo claro si su hija Catalina se convirtió en su seguidora o Jorge Eduardo en su prosélito. Lo cierto es que las décadas finales de su vida las dedicó Jorge a ser como él mismo se definía: «celador del planeta». Es decir, una especie de guardián, cargo para el que él mismo se nombró, sin asignación distinta que la satisfacción de poner toda su fuerza intelectual y espiritual al servicio de la protección y cuidado de los bienes ambientales, excelsamente, comunes.

Jorge Eduardo fue, como ya dijimos, un economista muy distinguido. Se unió al grupo de los más célebres de su época, como los exministros de Hacienda Guillermo Perry (ya fallecido), Rodrigo Botero, José Antonio Ocampo, y otros colegas que formaban —y todavía forman— la élite de los economistas de academia del país. Con ellos trabajó Jorge intensamente, y llegó al Ministerio de Minas y Energía precisamente por su relación con Perry y Ocampo. En política, actuó muy ocasionalmente y con poca fortuna. Como era tan recio de pensamiento y comportamiento, no era fácil transar con él; si la transacción, como en política ocurre con tan desventurada frecuencia, consistía en relajar el pensamiento y buscar el apego a creencias menos fuertes.

Como hombre de familia, Jorge Eduardo también fue singular: era papá, aliado, amigo y compinche de sus hijos. Cuando se refería a ellos, lo hacía de tal manera que el interlocutor reconocía un inmenso cariño de papá y de amigo.

Formó con Beatriz Duque, desde los tiempos en que ambos eran estudiantes, una pareja que solo entró en suspenso la mañana de enero escogida por el Creador para llamar a Jorge. Beatriz lo fue todo para él: esposa, mamá de sus hijos, socia, colaboradora, jefe y, sobre todo, la novia de siempre. Jorge dependía de ella en casi todo, pues eran complemento espiritual y emocional. De suerte que arrimarse a la vida del uno era llegar a la del otro, y así nos ocurrió por fortuna a todos los amigos de Jorge.

En la vida académica, Jorge Eduardo fue un estudiante de los que llamábamos «maso»: iba siempre un poco delante de todos y con frecuencia lo hacía saber así. Mientras vivió en Medellín y trabajó en empresas de aquí, fue profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la materia que llamábamos «Economía». Todavía hay alumnos suyos que lo recuerdan por su claridad conceptual y la seriedad con que impartía sus asignaturas.

Lo admiré profundamente y sentí a veces cierta reciprocidad. Ahora admiro a Beatriz, Clara, Nicolás y Catalina, y me apresto a compartir con ellos la vida de Jorge Eduardo y sus enseñanzas a través de este libro, e invito a todos los que alguna vez lo tengan en sus manos a disfrutarlo, porque se encontrarán con la vida y la palabra de un ser humano inolvidable.

Su legado

CLARA, NICOLÁS Y CATALINA COCK

Un papá amoroso

A lo largo de su vida, nuestro padre sintió, vivió, nos inculcó y obró con profundo amor, gratitud y reciprocidad por Colombia, Antioquia, su gente, su tierra y su naturaleza. Su vocación permanente de servicio fue un legado de crianza que viene desde nuestros abuelos. Sus padres estimularon con su ejemplo un compromiso inquebrantable y una sensibilidad trascendente por lo social, al dedicar sus vidas a ayudar a los menos favorecidos.

Creció en una familia numerosa no muy acomodada y, siendo el tercero de ocho hermanos, forjó el sentido de lo colectivo, el diálogo, la empatía y la creatividad para resolver problemas y adversidades. Con sus padres y hermanos aprendió a amar profundamente lo rural y el mundo natural gracias a compartir las aventuras y el escultismo – «siempre listos para servir» – y a anteponer el bien común por encima del individual, privilegiando siempre el ser por encima del tener.

Su generosidad y desprendimiento de lo material fueron evidentes a lo largo de su vida con todas las personas que lo rodearon. Por restricciones económicas, siendo aún niño, compartía y heredaba la ropa con sus hermanos que, a su vez, habían recibido de sus primos mayores. A nuestro padre nunca le interesaron los lujos ni las ostentaciones; en cambio, se preocupaba por el propósito, la justicia, la equidad y el respeto con el que se hicieran las cosas. Con admiración y cariño, recordamos cómo le dolía y mortificaba la destrucción de la industria colombiana y el empleo desde antes de los inicios de la apertura económica. Siendo aún jóvenes que fraguábamos nuestros principios y valores, con convicción y sensibilidad genuina le pedía a nuestra madre que solo nos comprara ropa de marcas nacionales.

Desde muy niños, nuestros papás nos pasearon en carro por muchos rincones de Colombia, para enseñarnos a apreciar, valorar y agradecer su diversidad y riqueza natural y cultural. Con frecuencia viajábamos durante los puentes y fines de semana de Bogotá a Medellín en nuestro carro y, al cruzar el río Magdalena, cerca a Puerto Triunfo, cantábamos al unísono y con orgullo el himno de Antioquia, al que mi padre se refería como uno de los más lindos del mundo.

Siempre nos hizo partícipes de sus proyectos, emprendimientos, aprendizajes y exploraciones. Nos dedicaba y compartía tiempo de calidad, a pesar de sus múltiples ocupaciones. Con su ejemplo nos enseñó a disfrutar de lo simple, como los atardeceres y los arreboles, el cantar de los pájaros, la belleza de las sombras y el zumbido del viento.

Así, poco a poco y de manera didáctica y amorosa, comenzamos a comprender nuestras responsabilidades y propósitos de vida desde el entendimiento de que nuestros privilegios conllevaban el compromiso de ayudar a superar los contrastes e inequidades de nuestra sociedad.

Aprendimos el sentido de lo profundo, lo duradero, lo inmaterial y lo cotidiano, como las relaciones auténticas, el servicio, el hacer las cosas bien hechas y la satisfacción del deber cumplido. Aún retumban en nuestros oídos sus gritos de emoción y libertad, navegando en su *windsurf* ¡con cerca de 70 años! Recordamos con gratitud y cariño sus reflexiones permanentes, sus cuestionamientos a las injusticias sociales y ambientales, y su búsqueda constante de un mejor país para todos.

Un ciudadano recto

Entre las cualidades más bellas de nuestro padre se destacaron su transparencia y su rectitud, siempre ligadas a su conciencia del otro y al bien común sobre el interés propio. Su vida estuvo guiada por una búsqueda constante de la justicia. Son muchas las historias que recordamos con relación a esto: cuando fue nombrado ministro, cerró su oficina de consultoría en su mejor momento para evitar posibles conflictos de interés, aunque contaba con la asesoría de reconocidos abogados y políticos acerca de medidas temporales que lo protegían legalmente. Para él, en la ética no había puntos medios; decidió cerrar a pesar del gran sacrificio económico, porque quería actuar libremente como servidor público sin correr el riesgo de pensar en intereses personales.

Enfrentó la corrupción de forma directa. Hizo denuncias públicas sobre abusos de poder y mal uso de recursos públicos de superiores y colegas. En una ocasión, se la jugó como ciudadano hasta lograr la captura de actores armados ilegales que violentaron comunidades campesinas. Aunque como niños esto era difícil de asimilar, hoy admiramos su coherencia y valentía. En épocas en las que los colombianos enfrentaban la difícil decisión de tener que pagar sobornos a grupos armados ilegales para la «seguridad», nos dejó muy claro que jamás aportaría un peso.

En otra ocasión, siendo gerente de una importante compañía, se opuso a la realización de una transacción que ponía en gran desventaja a los socios minoritarios. Aunque esta decisión le costó su cargo, siempre se sintió tranquilo de haber actuado de acuerdo a sus principios. En sus negocios también predominaron estas posturas, a tal punto que, a manera de chiste, le

decíamos que por eso nunca fue realmente rico. Siempre pensaba primero en los socios, los clientes, los entes regulatorios y hasta en los bancos. Si había 30 buenas razones para invertir en su empresa, él se aseguraba de resaltar mucho más el único aspecto riesgoso con tal de que el posible inversionista no se sintiera engañado.

Como era de esperarse, en lo personal actuó con igual coherencia. Desde los años 90, una pareja local apoyaba a nuestros papás durante sus vacaciones, cuando íbamos a la costa. En esa época, este tipo de relación no estaba regulada, tampoco fue nunca un trabajo constante sino durante días específicos a lo largo del año. Sin embargo, él se empeñó en que, con tantos años de servicio, teníamos que encontrar una forma justa para asegurar su pensión.

La rectitud de nuestro papá nos acompañó toda la vida mientras crecimos. Jamás nos pasó una mentira, un abuso, una actuación ventajosa. Recién nombrado ministro, uno de nosotros se llevó de su despacho un bloquecito de notas adhesivas marcadas con su nombre. Con vehemencia lo hizo devolver porque estos eran recursos públicos sagrados.

Quizás por todo esto se fue tranquilo, con la satisfacción del deber cumplido. Así lo expresó dulcemente en sus últimos días. Con su mirada serena y su corazón latiendo más lento, nos dijo que se sentía listo, sin miedo, que había vivido en coherencia con sus principios y convicciones. Se iba con la tranquilidad de no haberle hecho daño a nadie y de que lo único que lo ataba a esta tierra era la tristeza de dejar a su amada Beati, nuestra mamá.

Un hombre práctico

Nuestro padre tenía un enfoque práctico y una eficiencia innata. En lugar de ser doctrinario, se caracterizaba por su capacidad para abordar los desafíos con soluciones concretas y directas. Las acciones y decisiones se basaban en la idea de lograr resultados tangibles en lugar de aferrarse a teorías abstractas. Su diligencia incansable le permitía trabajar sin pausa para alcanzar sus objetivos, sin distraerse con debates estériles o retórica vacía.

Esta faceta de su personalidad la veíamos reflejada en la eficiencia y la consecución de los objetivos que se proponía. Gracias a esto, nos pudo proporcionar una vida estable y cómoda. También se tradujo en la creación de oportunidades para la familia.

Su pragmatismo se convertía en proyectos y programas que tenían un impacto real y duradero en la vida de las personas. Ya

fuera liderando iniciativas locales, promoviendo un emprendimiento o mejorando la infraestructura; su enfoque práctico beneficiaba a su comunidad, al brindar recursos y oportunidades para prosperar.

A nivel nacional, sus esfuerzos ayudaron a generar empleo, a impulsar el crecimiento económico y a mejorar la calidad de vida de muchos ciudadanos. Además, su influencia servía como ejemplo inspirador para otros, fomentando una mentalidad de trabajo centrada en la efectividad y la excelencia.

Un mentor generoso

Fue excepcional, alguien que no solo compartía sus conocimientos, sino que también valoraba la discusión intelectual y el aprendizaje mutuo. Su pasión por las conversaciones enriquecedoras lo llevaba a escuchar con atención a sus aprendices, especialmente cuando presentaban argumentos sólidos. Siempre estaba abierto a aprender, incluso de aquellos más jóvenes que él.

Nosotros, sus hijos, fuimos los principales beneficiarios. Nos transmitió confianza en nuestras capacidades y nos alentaba a dar nuestros primeros pasos en el mundo laboral. Su apoyo incondicional nos permitió crecer y ganar experiencia con seguridad y, al mismo tiempo, nos motivó a perseguir nuestras metas; eso sí, haciendo especial hincapié en la importancia que tenía la felicidad en el hogar para tener una vida completa.

Fuimos muchos los que tuvimos la fortuna de tener nuestro primer empleo bajo su tutela. Su influencia era transformadora, ya que empoderaba a sus aprendices y, gracias al respeto mutuo y la apertura al debate, fomentaba un entorno donde las ideas florecían y se enriquecían. Su legado perdura en todos aquellos que tuvieron la suerte de contar con su orientación y apoyo en el camino de sus carreras y de sus vidas.

La voz de Jorge Eduardo Cock

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

Cock, el economista

Luis Alberto Zuleta busca el libro *De mi vida* en la biblioteca de su oficina y ubica la dedicatoria: «Para Luis Alberto, un gran amigo y compañero en los agradables estudios y trabajos que emprendimos juntos». Se conocieron cuando Cock era profesor de Economía en la Universidad de Antioquia y Zuleta uno de sus estudiantes. Varias décadas después, fueron socios en Estudios, Proyectos y Consultoría Económica, EPCE Ltda.

«Obviamente vamos a hablar de él como economista, pero la vida nos ha llevado también a los temas minero-energéticos. Y hoy, en lo personal, me estoy usufructuando enormemente, porque desde hace poco hago parte de la junta directiva de Ecopetrol», cuenta Zuleta, quien también dirigió la *Revista Antioqueña de Economía*, de la que Cock fue coordinador editorial.

Zuleta todavía consulta y le son útiles las investigaciones y conceptos que, desde EPCE, emitieron hace cerca de 30 años. Habla de Jorge Eduardo Cock como un economista humanista y resume en tres puntos su legado.

«Primero, ser empresario. No es contradictorio impulsar unas buenas políticas y ser emprendedor, porque lo fue. Eso es parte de una buena concepción económica.





El segundo tema, absolutamente crucial: ahora que estoy en Ecopetrol, estoy revisando todos los temas del sector minero-energético, todos sus estudios tienen una gran validez; digamos que Jorge Eduardo ayudó a sembrar las bases de un sector y una institucionalidad. El sector energético en Colombia tiene como característica una institucionalidad muy sólida, y él fue muy enfático en la necesidad de esa institucionalidad.

Y el tercer legado, un poco más tardío, es sobre el tema ambiental. En sus últimas columnas él le da mucho énfasis. Tiene varios componentes. Primero, la importancia de la reducción del carbono; para lograr eso se necesitan unas buenas políticas en el sector eléctrico. Segundo, él también trabajó en agricultura, no era floricultor propiamente, pero aprendió mucho de tasa de cambio y de medioambiente, de la importancia de que el sector agrícola contribuya y haya productos que ayuden al medioambiente,

como los que ha diseñado su hijo Nicolás, eso lo hicieron juntos».

Zuleta recuerda que, como docente y economista, Jorge Eduardo Cock enseñaba y pensaba de forma ecléctica, combinando los postulados tradicionales de la teoría del valor con una profunda sensibilidad social. Eso lo llevó a escribir sobre varios de los grandes problemas de la economía: el empleo y la pobreza, por ejemplo. «Jorge Eduardo hablaba, más que de la pobreza, de las capacidades, de que la gente fuera formada lo suficiente para la equidad social», apunta.

Aunque le resulte difícil encasillar a Cock en algún paradigma, Zuleta concluye que él «tenía la idea de la equidad, pero también de que se necesitaba equilibrio». Así, frente a temas como los subsidios a las tarifas de energía, combinaba ambos principios: «Él era una persona de gran sensibilidad social, pero con el término justo porque conocía las restricciones».

Doctor Jorge Eduardo Cock
Gerente de "Procecolsa"

—En favor, pues, puede hacerlo porque me parece que ambos tienen muchos méritos.

Lucy Castañón, enfermera.

—San Judas Tadeo porque hombre. Los otros lo a sec.

El Pregonero

La primera carrera que comenzó Jorge Eduardo Cock Londoño fue Agronomía en la Universidad Nacional, sede Medellín. Le bastaron tres meses para darse cuenta de que esa elección le hacía sentir «solo, desorientado, equivocado». Por eso, desertó y se fue a trabajar un par de años al Cesar. Un día, a finales de los años 50, descubrió en la casa de un lituano que vivía en esas llanuras un libro de economía colombiana firmado por Hernán Echavarría Olózaga. Esa lectura se convirtió en la epifanía que lo hizo regresar a Medellín y cursar la carrera de Economía en la Universidad de Antioquia, de donde egresó en 1964.

Este capítulo recoge esa anécdota y parte de lo que vino después. La mayoría de textos son de su juventud, mientras trabajó en Coltejer, Forestales Doña María y Procecolsa, entre las décadas de los años 60 y 70, y luego en ISA, a inicios de los años 80. Esos trabajos se solaparon con el impulso por emprender proyectos editoriales desde la economía y su papel como docente en la misma facultad de la que egresó. También aparecen algunos textos de la segunda mitad de los años 90, cuando trabajó en el Banco Mundial, después de haber sido ministro de Minas y Energía. La planeación, el desempleo y la pobreza son algunos de los asuntos a los que Cock les dedicó el espacio que tuvo disponible en medios de comunicación, y en el que desplegó un pensamiento atravesado por preguntas acerca de la justicia.

Pese a ser parte, desde muy joven, del sector empresarial de Antioquia, sus posturas podrían situarse cercanas a la izquierda. Incluso, y pese al contexto de la Guerra Fría, mostraba admiración por algunos aspectos de los países socialistas. Esa afinidad nunca estuvo desprovista de críticas y, sobre todo, no aparecía de manera dogmática. Al contrario, Cock reclamaba fundamentación técnica en los análisis que planteaba y la desplegaba cuando proponía soluciones en sus escritos.

Y decidí mi regreso a Medellín

De mi vida. 2016. Pp. 222-224.

Ya había comenzado a rondar en mi cabeza el pensamiento de que yo en esa tierra [Cesar] muy posiblemente conseguiría plata, pero también podría llegar a ser un don nadie, y a enredarme y armar familia por allá, lejos de los míos y lo mío. Y uno de esos sábados, Arturo [Sarmiento Angulo] —que se quedaba a pernoctar en La Granja después de visitar sus cultivos— me invitó a visitar a un viejo amigo suyo, lituano, que tenía y vivía en una finca monte adentro por el mismo carretable de Santa Teresa y La Esperanza, como diez kilómetros más lejos que esta última.

Muy atento y simpático el señor Valcevicius, cuyo establecimiento allá me causó gran curiosidad. No me dio oportunidad alguna para plantearle la imprudente pregunta que mucho me hubiera gustado hacerle. Pero, al parecer, llevaba una vida muy apacible, sin los ajetreos de la agricultura o la lechería. Mantenía solo un poco de ganado de levante y combinaba su trabajo con algo de lectura, toda de libros en español. Debía ser uno de esos refugiados de la Primera Guerra Mundial, que no pudieron traer más que su ropa.

Mientras conversaban, quise dejarlos un rato solos por prudencia. Me entretuve viendo títulos y hojeando libros en una pequeña biblioteca que colgaba como repisa junto al recibo principal de la casa. Uno me llamó mucho la atención, y me tomé la confianza de pedirle que me lo prestara por unos días.

El sentido común en la economía colombiana, del ilustre y muy reconocido economista, empresario, fundador del grupo Corona y luego ministro de Desarrollo, Hernán Echavarría Olózaga, me cautivó por completo. Por más cansado que terminara un día no me acostaba sin leer, releer y analizar; aunque fuera un solo capítulo, que abarcaba un solo tema por página, tratado con gran maestría y profundidad y escrito con gran sencillez. A medida que avanzaba, más me iban gustando los temas, al tiempo que me hacía pensar que me encantaría y debería dominarlos. Además, eran de gran alcance y trascendencia para cualquier cosa importante que quisiera hacer en la vida.

Sinceramente, sentía algo, como envidia o un enorme deseo de aprender a fondo economía. Utilizaba casos de Colombia como ejemplos para facilitar el entendimiento de la teoría. Era un magnífico tratado. Esa era la primera edición, pero luego lanzó varias más. Después de muchos años de esta lectura, cuando yo estaba al frente de Carbocol, tuve la oportunidad de conocerlo y conversar un poco con él. Gozó muchísimo al escuchar el origen y la motivación de mi carrera de economista. Y hasta pocos meses antes de su muerte, mantuve con don Hernán, como amistosamente se le conocía, una interesante y muy agradable relación de amistad académica. Y, en definitiva, su libro me condujo a la decisión de cambiar de vida y regresar a Medellín a estudiar esa carrera. Como efectivamente lo logré, muy a gusto y, por qué negarlo, bastante bien.

[...]

Creación y gestión de la *Revista Antioqueña de Economía*

De mi vida. 2016. Pp. 33-37.

Así como he sido siempre preguntón, buscando al menos entender y, si es posible, saber por qué y cómo funcionan las cosas —en un congreso sobre temas de energía, lleno de ingenieros de consulta, me dio por preguntar por qué en una misma latitud hace más calor en las tierras bajas que en las altas sobre el nivel del mar. La pregunta se regó viralmente, no me la contestaron bien, y ahí la dejo para los curiosos—; así mismo, me encanta enseñar lo que sé, lo que aprendo y transmitir lo que pienso. Me genera una inmensa sensación de agrado y satisfacción. Esto me llevó desde muy joven a escribir y opinar en varios medios de comunicación. A uno tras otro les fui metiendo el hombro.

El Economista. Fue el primero, cuando empecé a estudiar Economía, tal vez en tercer semestre. Un compañero y buen amigo, ya difunto, el muy querido Alonso Isaza Jaramillo, se empeñó en la tarea de sacar un pasquín o periodicucho sobre asuntos económicos. Me pidió que lo acompañara en la labor. Le cogí la caña y lo logramos. Lo llamó (o lo llamamos) así, imitando pretensiosamente (¿o emulando? ja, ja, ja) a *The Economist*, que era desde esa época lo más respetado del mundo entero en temas de economía. Éramos cuatro o cinco estudiantes y, si conseguíamos algún profesor que le halara, escribíamos cositas. Las imprimíamos (reproducíamos) en un aparato elemental que se llamaba *mimeógrafo*, cuya impresión no duraba legible sino unos pocos meses. Repartíamos pocos cientos de ejemplares. Por supuesto que nos sentíamos los chachos de periodistas.

Tema Libre. Luego, y tal vez por lo de *El Economista*, otro buen compañero y amigo desde casi la niñez, Alberto Velázquez Martínez, montó y tenía a su cargo un grupo que así llamaba. Bajo esa sombrilla, profesionales muy destacados de Medellín escribían para *El Colombiano*, más él y yo, los únicos estudiantes, sobre temas muy variados. El grupo duró bastante tiempo. Teníamos reuniones de cuando en cuando, y hasta paseos culturales de día entero nos armaba el periódico. Fueron muchas las columnas que, con mi nombre y bajo ese rótulo, salieron publicados en *El Colombiano*. En ese mismo medio, ya sin que apareciera por alguna parte lo de Tema Libre, saqué creo que más de cien artículos.

Revista Antioqueña de Economía. La cuarta fue la experiencia directa y comprometida que, además, surgió como un emprendimiento bastante liderado por mí, muy exitoso y satisfactorio. Explicamos siempre con claridad que su tema

era la macroeconomía colombiana vista desde Antioquia, y que no tenía nada que ver con economía regional. Después de haber conocido de cerca a Fedesarrollo y sus publicaciones, a Rodrigo Botero, su fundador, y trabajado con él y su equipo en el Ministerio de Hacienda, se me metió en la cabeza construir algo en Medellín como al estilo de la revista *Coyuntura*, muy conocida publicación de Fedesarrollo.

Estaba yo por esa época bastante vinculado con la Facultad de Economía dirigiendo grupos de investigación con profesores jóvenes, pero recién llegados de estudiar posgrados, especialmente en Francia, lo que le daba a la entidad y a todos los que a su alrededor girábamos intelectualmente un especial aire de avanzada; por supuesto, con algún contenido de ideas «izquierdosas».

Con algunos pocos compartimos la idea de una revista, y se nos ocurrió que podríamos conseguir que la Cámara de Comercio de Medellín la patrocinara. La Cámara estaba dirigida por Pedro Javier Soto, con quien me conocía, y se había llevado de la Facultad a un profesor graduado en Glasgow, Luis Alberto Zuleta, para ser su vicepresidente de asuntos económicos [...].

Personajes cuyos nombres dirán poco para mis nietos, pero que no quiero omitir teniéndolos a la mano en ejemplares que conservo de la revista, como Juan Luis Londoño de la Cuesta, José Darío Uribe, Hugo López Castaño, que se entusiasmaron con la idea y se sumaron a Luis Alberto y a mí para gestionar el proyecto, montar la revista, elaborarla y dirigirla. También integraron el Comité Técnico, al menos por épocas, personas muy bien calificadas como Carlos Esteban Posada, Juan Manuel Ospina, Jorge Alberto Echavarría, Juan Felipe Gaviria, Santiago Peláez, Luis Mariano Sanín, Jorge Valencia R., Gustavo Bernal V., Jairo Pérez Mesa, Rodrigo Trujillo, Juan Camilo Ochoa, Carlos Vélez Giraldo...

De manera tal vez demasiado ambiciosa, luchamos y rogamos a la Cámara que nos diera total independencia. La cual, en el fondo,

nos concedieron; aunque con la clara advertencia de anunciar a través de un letrado grande que la revista estaba dirigida por la Junta de la Cámara, tal vez por aquello de las debilidades humanas, que casi siempre incluyen el deseo de figurar. Pero el hecho importante fue que funcionó, escribieron para ella diversos personajes de la vida nacional, como Roberto Junguito, Edgar Gutiérrez Castro, Juan José Echavarría y otros. Se realizaron foros sobre temas trascendentales para la economía de Colombia, y se conoció en todos los centros de pensamiento del país. Creemos que fue muy útil. Todavía con nombre, forma y contenidos un poco diferentes la revista sigue viva.

Con el traslado de Luis Alberto y el mío a vivir a Bogotá comenzaron los compañeros a quejarse por la orfandad en que habían quedado. Me plantearon la pregunta de si estaría dispuesto a venir a las reuniones a Medellín, y no fui capaz de hacerme rogar mucho. Con relativa frecuencia venía a mitad de la tarde para regresar por la noche, y no por mi gusto, pero tampoco en contra. Era el coordinador del grupo de redacción, tal como lo había hecho desde su comienzo. Escribí artículos de fondo que me dieron mucha satisfacción, pero mis nuevos compromisos de trabajo y los traslados de Juan Luis y José Darío a Bogotá para hacer maestrías en la Universidad de Los Andes nos disgregó y tuvimos que abandonar nuestra participación en la revista.

Estrategia Económica y Financiera. Surgió entonces una quinta etapa en mi vida «periodística» con mi vinculación a este prestigioso medio, que fundó y dirigió Rodrigo Botero Montoya, el ministro de Hacienda, con quien trabajé un año como secretario general del Ministerio. Primero lo acompañé a visitar empresarios antioqueños para buscar pautas publicitarias que financiaran la revista. Labor en la cual algunos tuvieron un comportamiento aceptable, de altura, pero otros —que más vale no mencionar— nos sacaron de sus oficinas como a perros. Todo ello, en represalia

por los cambios introducidos por el gobierno de López Michelsen, que fueron muy difíciles para ellos, del cual éramos parte. Rodrigo, con su equipo económico, era autor y referente en la apertura y exposición de la industria nacional, «la ducha fría de la competencia internacional», como el ministro lo predicaba.

Más tarde, cuando salí de Caribol en 1982, Rodrigo me invitó de inmediato a formar parte de su equipo en la redacción de *Estrategia*, posiblemente por haber conocido lo que hicimos con la *Revista Antioqueña de Economía*. Me llenó de entusiasmo el ofrecimiento que, además, me honraba muchísimo, pues éramos Rodrigo, Rudolf Hommes, María Mercedes Cuéllar de Martínez y mi persona, todos los demás con posgrados muy brillantes y de excelentes ejecutorias profesionales, que los llevaron más tarde en sus vidas a ocupar diversos ministerios con vistosos desempeños. Yo resulté colado en la lista; eso sí, sin buscarlo. Trabajaban también en el equipo otros profesionales buenísimos que hacían todas las labores de edición, impresión, financiación, distribución, etc.

Desde mi pequeña oficina en la revista, con esa calidad de compañeros y con el simple pregrado de mi querida Universidad de Antioquia, no podía producir baratijas intelectuales. Estudiaba, buscaba, investigaba y consultaba planteamientos que se me ocurrían. Fue muy provechoso y gratificante el año, o año y medio, que con ellos trabajé. Pero los requerimientos de ingreso para sostener el estudio de tres hijos en buenos colegios de Bogotá, frente a lo que me podía pagar la revista, me llevaron a aceptar la invitación a trabajar con Ingetec S.A., la firma de consultoría (en temas de ingeniería) más grande que existía en el país. Pero desde allá, lo mismo que desde la posterior independencia en EPCE, mi firma de consultoría, añoraba y me hacía falta escribir, opinar. Lo que he logrado llenar con los propios informes de consultoría y con mis columnas en *El Colombiano*, *El Tiempo*, *Las2Orillas* y

La Silla Vacía. Complementados con los poco frecuentes, pero profundos escritos, para los Debates de Coyuntura Económica de Fedesarrollo cuando he sido invitado como ponente en temas de petróleo, energía eléctrica, política energética, ferrocarriles, privatizaciones y otros temas que recuerdo al revisar los folletos correspondientes.

¿Vocación de columnista-periodista? Dicho todo lo anterior, vale la pena comentar que, aunque me ha gustado mucho y he disfrutado intensamente la elaboración de mis artículos y columnas de opinión en los medios que he mencionado, nunca me he sentido siquiera tentado a comprometerme de manera permanente con la publicación de columnas de periodicidad fija. Esto por una razón muy sencilla: ese compromiso lo puede llevar a uno a inventar o rebuscar temas, y tratar asuntos que no se dominan completamente, hasta salir con tonterías; lo que les sucede con cierta frecuencia a quienes se comprometen. Yo prefiero siempre atreverme a escribir únicamente sobre temas que creo y siento que son de mi buen dominio.

Planeación, evaluación y selección de inversiones en Colombia

Parte I

El Colombiano. Enero de 1969.

Es un hecho aceptado sin mayor discusión, aún por muchos de los más conocidos autores de la economía de empresa privada, que en estos países subdesarrollados no siempre se cumplen las condiciones del sistema necesarias para que la utilidad social, derivada de la utilización de los recursos productivos, sea máxima cuando las inversiones son orientadas por la maximización de utilidades de los empresarios privados. En otras palabras, no siempre coinciden los objetivos de los individuos y las empresas privadas con los de la economía en su conjunto. Antes bien, muchas veces son contrapuestos.

El rápido crecimiento del ingreso per cápita, la óptima distribución de ese ingreso, el pleno empleo, una alta disponibilidad de recursos externos, la independencia política y económica, un elevado nivel cultural, la buena salud, entre otras, son metas a las que aspira toda sociedad. Las inversiones movidas por el ánimo de lucro individual pueden contribuir

al logro de algunos de estos objetivos, pero no necesariamente en las proporciones requeridas y acordes con el orden de prioridades de esas metas ni con los márgenes que los mismos recursos podrían producir, destinándolos a otros campos específicos.

De ahí que, aún sin querer dar mayores pasos hacia un sistema socialista, se reconozca cada vez más la necesidad de planificar la destinación que se les debe dar a los recursos escasos que cada nación posee. De ahí también la cantidad y el perfeccionamiento de las técnicas que se han desarrollado en los últimos años para asignar prioridades de inversión y seleccionar aquellos proyectos que mejor se acoplen a las metas y a los intereses generales de la sociedad.

Corresponde al Estado, como supremo representante de los intereses de la comunidad, determinar a qué sectores y a qué campos específicos se deben asignar y dirigir los escasos recursos disponibles. Del mayor o menor grado de institucionalización y operancia que tenga la planeación en cada país, depende el mayor o menor grado de control y selección de los proyectos de inversión.

En Colombia, aunque tenemos la planeación institucionalizada por la reforma constitucional del año pasado, se baja muy poco en su escala de niveles. Se opera a nivel de las grandes variables macroeconómicas y a nivel sectorial. La planeación regional algo se toca, pero a los proyectos específicos se llega solamente en algunos campos de la inversión pública. En lo que se refiere a la inversión de los recursos privados, muy poco o nada se hace.

Es obvio que, si los planes generales no se concretan y se llenan con proyectos específicos, las metas y objetivos propuestas se quedan en meros ideales.

La operancia de los mecanismos de selección existentes en Colombia será el tema de la segunda parte.

Parte II

El Colombiano. Enero de 1969.

La sujeción de los presupuestos de los distintos ministerios, institutos y agencias del Estado a un plan general previamente establecido constituye un paso positivo de la última reforma de nuestra constitución.

Pero si la inversión privada representa una proporción tan considerable de la inversión total del país y la asignación de esos recursos a las distintas actividades queda a juicio de la libre iniciativa privada, sin contrastar su concordancia con los planes generales, es muy poco probable que se cumplan las metas y objetivos en ellos trazados.

En nuestro país existen en la actualidad, en unos casos dos y en otros tres, etapas por las cuales debe atravesar un proyecto privado de inversión de recursos, de mediana o grande envergadura, antes de entrar en su desarrollo. Realmente muchos filtros, pero muy poca garantía de coordinación y compatibilidad con los objetivos del plan general.

En primera instancia, algunos proyectos deben ser aprobados por Planeación Nacional. En segundo término, para algunos —primero para otros— está la aprobación de licencias de importación, generalmente autorizaciones globales, cuando se requieren equipos u otros elementos importados. Y luego, la aprobación de financiaciones con recursos de crédito de fomento, pues obviamente son muy pocos los empresarios que se embarquen en un proyecto con recursos exclusivamente propios. Y en este punto de la financiación, no necesariamente es una sola entidad la encargada de juzgar, sino que, dependiendo de la fuente de crédito hacia donde se aplique, puede obtenerse la aprobación o la negativa de organismos diferentes.

Consideramos prácticamente imposible que todas estas entidades puedan aplicar criterios de evaluación consistentes, similares y objetivos. El énfasis que se le dé a la contribución de los proyectos a los diversos objetivos, los coeficientes y la metodología de evaluación que apliquen entidades que trabajan en campos tan diferentes deben ser naturalmente distintos.

A lo anterior se suma la, al menos aparente, inconsistencia o discontinuidad en la ordenación general de prioridades por parte de las autoridades a quienes compete su determinación. Unas veces parece ser que se da preferencia a aquellos proyectos que más empleo generen, otras a los que más divisas producen o economicen; otros parece que el crecimiento del ingreso, aún a costa de sacrificios en otras variables, sea el criterio preferido.

Si el orden de prioridades de los distintos objetivos carece de una cierta permanencia o continuidad, y si no es muy cuidadosamente determinado, los proyectos de mañana pueden resultar incompatibles con los de hoy. Y si intervienen diferentes entidades en su evaluación y selección, la incompatibilidad entre sí, y con las metas globales, es mucho más probable. Por muy bien calificado que sea el equipo humano que trabaje en estos campos, en las condiciones anteriores la planeación resulta poco operativa.

Un sistema distinto, que reúna en una sola entidad de gran altura la evaluación de todos los proyectos de inversión, con criterios técnicos, objetivos y unificados, parece ser mucho más conducente.

¿El desempleo tendrá solución?

Parte I

El Colombiano. Septiembre 3 de 1970.

Es lamentable, pero apenas lógico en Colombia, que sean los hechos los que muevan a toda nuestra maquinaria dirigente a poner como tema de más urgencia y como meta de valor por sí, no como medio para alcanzar otras, las soluciones al problema del desempleo. Su misma urgencia y actualidad sentidas ahora, pero existentes desde hace muchos años, han llevado a muchos a discusiones bizantinas. Fruto de la ignorancia y del deseo de mostrar erudición, que de la verdadera voluntad de aportar algo: como proponer que se sacrifique el desarrollo económico en pro del desarrollo social. Una cosa son las metas, otra los medios y otra los indicadores. Pueda ser que esta carrera contra reloj no nos lleve a tomar medidas absurdas.

Pero, en fin, el hecho es que el desempleo es el tema del momento. Y como desde hace

mucho tiempo es una de mis mayores aficiones intelectuales, me propongo escribir una corta serie sobre el asunto con la mejor voluntad de hacer algunos aportes positivos, tratando de no caer en redundancias sobre los puntos que ya son lugares comunes en toda esta discusión.

Para comenzar, me empeño en hacer algunos planteamientos que conduzcan a una visión y un criterio más realista de la magnitud del problema, para luego mostrar la calidad y lo drástico de las medidas que, en mi opinión, se requieren tomar.

Muchos son los análisis que se han hecho sobre las causas del desempleo. Algunos hacen grandes cargos a las políticas y legislaciones de gobiernos anteriores. Yo no creo en esas causas como mediatas, pues los distintos gobiernos, con sus variantes, son resultado, expresión y fruto del sistema y la estructura que nos rige. Por tanto, esas causas son, desde todo punto de vista, mucho más estructurales.

Dentro de esas causas estructurales hay muchas cuyo análisis o enunciación no quiero repetir por haber sido ya suficientemente divulgadas, y por haber conducido a muy pocas soluciones efectivas. Pasaré entonces a otras cuya validez frecuentemente se pasa por alto o se teme aceptar, advirtiendo antes que no son susceptibles de generalización absoluta, pero que indiscutiblemente tienen influencia.

La primera causa, puramente estructural y común a los países subdesarrollados, es que la relación entre los precios de los factores productivos está totalmente distorsionada con respecto a lo que debería ser en las condiciones puramente teóricas que rigen la estructura: el interés (precio del capital) es artificialmente bajo, y los salarios (remuneración del trabajo) son artificialmente altos en comparación con lo que regiría en las condiciones que se imponen como reglas normales para el funcionamiento del sistema. Si no existiesen los intereses máximos fijados por el Estado, los salarios mínimos y los sindicatos, los intereses serían más altos y los salarios más bajos. Es lo que algunos autores denominan como la diferencia entre los precios contables y los precios de mercado. Aunque esta causa tenga además sus influencias sobre las que enunciaremos más adelante, jamás propondría ni aceptaría soluciones que traten de afectarla. Sería lo último proponer un alza de intereses y una baja de salarios. Este fenómeno debemos tomarlo como un hecho cumplido, como un dato del problema, del cual debemos partir. Sus correctivos tienen que ser mucho más profundos, como veremos en la parte correspondiente.

La segunda es la falta de estudio sobre las distintas alternativas técnicas, combinaciones de costo de factores —capital

y mano de obra— que conducen a igual costo para la producción de un mismo bien. Son muchas las ocasiones en las que, por falta de unas sencillas cuentas, se decide por la tecnología más moderna, más veloz, más automática, tecnología diseñada generalmente para países desarrollados, con el propósito deliberado de eliminar mano de obra muy costosa y utilizar capital muy barato. Pero los resultados, aunque no se contabilicen, pueden ser contraproducentes en nuestros países. Es lo que podríamos llamar la decisión empírica producida por el «efecto demostración» en la tecnología.

La tercera, y no juzgo *a priori*, es la falta de conciencia y voluntad decididas sobre la creación de empleo, que se refleja con mucha frecuencia en los niveles empresariales y en diversos aspectos, como preferir grados más altos de automatización y mecanización, aunque los costos de producción salgan un poco más elevados con tal de editar los problemas que conlleva el empleo de mano de obra. Las máquinas no se quejan ni hacen huelga, los obreros sí.

La cuarta radica en la misma preferencia que se da a la utilización intensiva de capital en lugar de mano de obra por la razón, deliberada o no, de que por ese camino los elementos de costo revierten en mayor proporción al dueño del capital.

Con inversión más intensiva en capital, los cargos por depreciación son mayores y los cargos por salarios son menores que si se utilizara la tecnología contraria. Las depreciaciones quedan en los fondos de la empresa y los salarios salen de su flujo.

En quinto lugar, la estructura misma del sistema con todas sus características, como la concentración del capital y el poder decisorio en muy pocas manos, la diferencia entre los grandes y los pequeños sectores capitalistas, ya sean agrícolas, industriales o de servicios, la primacía de los grandes y el abandono de los pequeños hace que los grandes recursos de capital se orienten de acuerdo con lo enunciado en los

puntos anteriores y su asignación sea influida por las otras causas que, como dijimos atrás, ya han sido bien trilladas y no enunciamos acá. En cambio, los sectores pequeños que podrían generar el mayor empleo y que, de hecho, ocupan el mayor porcentaje de nuestra mano de obra, operan por fuerzas muy distintas y son los más carentes de recursos técnicos, administrativos y financieros.

Otras causas del desempleo, el planteamiento realista del problema y algunas propuestas de solución se abordarán en los próximos apartados.

Parte II

El Colombiano. Septiembre 8 de 1970.

«El mayor desafío que tiene el sistema de libre empresa es: si no es capaz de solucionar completamente el problema del desempleo en 10 años, el socialismo con toda razón habrá ganado la batalla», decía el profesor T. Kuiper, asesor del Banco Mundial y del FMI desde su fundación, en una interesante conferencia en La Haya el año pasado. Vamos viendo cómo es y qué sucede en esa batalla.

Continuaré en esta oportunidad con la exposición de dos causas más del desempleo muy poco tenidas en cuenta, pero cuya gravedad es importante que tomemos conciencia, además de unas sencillas multiplicaciones que dan idea de la magnitud del problema.

Otro causante del desempleo, también absolutamente estructural, es el tremendo grado de libertades individuales que cobijan «a los colombianos» (entre comillas por ser derechos efectivos para muy pocos), que conducen al despilfarro más absurdo que se pueda concebir en un país pobre como el nuestro. Con los recursos que se gastan en residencias, cuyo costo se mide ya con siete cifras, en fincas de recreo ubicadas en diferentes climas —que se habitan 8 o 15 días al año—, en edificios también suntuosos, en lujosos automóviles (varios por familia), en viajes al exterior —que sumados ya cuestan varios millones de dólares—; en fin, con toda esta gama de suntuarios que disfruta el 1 o 2 % de la población de Colombia, con todos esos recursos, repito, invertidos en producción, año por año, habríamos creado miles de empleos adicionales. Los colombianos pretendemos darnos un nivel de vida muy superior a los niveles promedio de los países más avanzados y civilizados del mundo. Esta es la causa para que, en esos mismos países, nos consideren como una sociedad de épocas feudales. Mientras cada cual pueda hacer con lo suyo lo que le provoque, porque es propio, y sigamos desviando los recursos hacia gastos suntuarios, seguiremos arrebatando las oportunidades de empleo a nuestro pueblo.

La otra es la magnitud de los gastos públicos de funcionamiento para un Estado como el nuestro, justificable apenas en un país socialista donde el Estado garantice una amplia variedad de servicios a toda la población. La infinidad de puestos políticos, el numeroso parlamento, el turismo oficial y, muy especialmente, los gastos militares, han producido, además de servicios, oportunidad de empleo a muchos compatriotas. ¡Y pensar que hoy

se está solicitando modernización de los armamentos!

Y ahora, para dar una idea de la gravedad del problema, presentaré unas simples cuentas sin pretender en ningún momento ser exacto, pues carecemos de datos al respecto. Cualquier modificación que quiera introducir el lector conduciría a resultados distintos, pero que en nada cambian la idea central.

La cifra que dejo a la apreciación individual es la referente a la inversión global (no inversión neta fija). Es decir, la asignación total de recursos de capital requerida para crear un empleo en Colombia. Por múltiples indagaciones estimo que, de continuar con los patrones tecnológicos y sectoriales de los últimos tiempos, considerando las inversiones en agricultura, ganadería, industrias desde la pequeña hasta la química y petroquímica, el promedio de inversión requerida por persona a ocupar está entre los \$50 000 y los \$100 000. Usaremos la cifra intermedia de \$80 000. Recordemos de otra parte que, según los últimos datos, tenemos en Colombia un millón de desocupados sin contar el desempleo disfrazado. Cada año 250 mil personas adicionales buscan trabajo, el ingreso nacional colombiano estará llegando a los cien mil millones de pesos.

Para ocupar solo a esas 250 mil personas anuales, a \$80 000 por persona, se requerirían veinte mil millones de inversión al año, lo que nos da un porcentaje del ingreso prácticamente inalcanzable como cosa continuada bajo un sistema como el nuestro. Y si quisiéramos dar empleo a nuestro millón de desocupados hoy, continuando con patrones de inversión, requeriríamos la no despreciable suma de ochenta mil millones de pesos, casi el ingreso nacional de todo un año.

El problema entonces no es de mediana cuantía, tiene raíces profundas y estructurales como hemos dicho, y las soluciones que requiere no son paños de agua caliente. Sobre esto trataremos próximamente.

Parte III

El Colombiano. Septiembre 18 de 1970.

En los artículos anteriores, además de mostrar unas pocas cifras estimativas que hacen palpable la magnitud del problema del desempleo, he analizado algunas de sus causas. Advierto que no son las únicas ni las más importantes, pero cuya validez frecuentemente se pasa por alto o se teme aceptar.

Hemos visto que estas causas son puramente estructurales, como la mayoría de las causas del desempleo. Esta afirmación coincide perfectamente con la del señor ministro de Trabajo, quien ha repetido con insistencia que el desempleo no es un problema de los últimos años ni particularmente de Colombia, sino que sus raíces están en el sistema mismo, que ya Carlos Marx lo había pronosticado como el ejército de reserva del capitalismo.

En esta oportunidad, y antes de entrar a esbozar las soluciones drásticas que en mi opinión se requieren, me referiré simplemente a la que mucha gente está planteando y que yo no considero solución, ni siquiera contribución a ella.

Con maña y diplomacia unas veces, muy abiertamente otras, se viene hablando desde hace días de la urgencia de la reforma laboral que, en opinión de muchos, es la medida básica. Punto de arranque indispensable para solucionar el desempleo. Entre las reformas, proponen modificar el pago triple por domingos y días festivos, recargos por trabajo nocturno y suavizar las trabas para el despido de personal; algunos también han sugerido que se rebaje la jornada de trabajo, pero sin aumentar el salario por hora. Veamos...

En primer lugar, el remedio es inefectivo. La experiencia ya lo ha demostrado. Aún está vigente una ley o decreto de 1965 que permite el enganche de personal nocturno sin recargo, medida tomada con el objetivo expreso de utilizar más la capacidad ociosa y generar empleo adicional. ¿Cuántas empresas han puesto en práctica y utilizado esta modalidad? Nuestra mano de obra es demasiado barata para pensar que ese es el freno para una mayor producción.

Segundo, aunque no fuera cierto lo anterior, es decir, si la reforma laboral sí moviera a los empresarios a emplear más personal, sus efectos serían poco significativos, dado su radio de acción. En nada afectaría ni movería una cuerda en las empresas de servicios de toda índole: bancarios, transportadores, gobierno, comunicaciones, comercio, etc., y muy poco en la construcción y en la agricultura. El sector manufacturero sería prácticamente el único motivado por tal medida,

recordemos que solamente ocupa unas 300 mil personas en el país. ¿Cuánto empleo podría aumentar este sector con la reforma laboral? ¿10, 20, 30 %? Cualquier cifra es insignificante al lado de un millón de desocupados francos.

En tercer y último lugar, las ventajas y seguridades laborales son conquistas logradas mediante grandes luchas y a través de un lento proceso de evolución social que dan garantías mínimas a los desposeídos, la mayoría de la población colombiana. Se propone que esos desposeídos asalariados pongan la cuota de sacrificio. La primera idea luminosa es el reviente de la cuerda por la parte más débil, que hagan la fuerza quienes ya no pueden más. ¿Por qué no proponen más bien que la parte afectada sea la que puede, que se sacrifique algo de las utilidades que van a manos del más bajo porcentaje de la población colombiana? Esto, sin considerar que la reforma propuesta no afectaría en lo más mínimo a los empleados de sueldos altos, por cuyo trabajo extra, nocturno o dominical no se pagan recargos. Nuevamente, por este lado, se afecta solo a la clase débil. Con razón esta propuesta ha merecido y merecerá la más fuerte oposición de las agremiaciones sindicales.

Parte IV

El Colombiano. Octubre 8 de 1970.

En los dos primeros artículos sobre el tema trataba algunas de las causas del desempleo y mostraba la dramática dificultad para solucionarlo, dados los esquemas normales de inversión. En el tercero hacía un comentario crítico de la propuesta de reforma laboral como medida de solución. Ahora, pasaré a examinar si esas causas que he expuesto, y que nadie discutiría, tienen o no solución en las circunstancias que predominan en el país.

Es importante repetir antes que, deliberadamente, he dejado de comentar muchas de las causas del desempleo, las que son más reconocidas en la literatura y en los informes corrientes, para concentrarme en aquellas cuya validez frecuentemente se pasa por alto o se teme aceptar. Sobre el carácter estructural de esas causas existe prácticamente consenso y, consecuentemente, ese mismo carácter hace que se requieran cambios estructurales para su solución. Los cambios en algunas de ellas, como en el crecimiento demográfico, el nivel cultural, el grado de capitalización general del país, demandan de todas formas un largo plazo. Pero en otras de esas causas reconocidas, como la concentración de

los medios de producción y el ingreso, la tenencia de la tierra, la baja inversión en el recurso humano, etc., y en las que en esta columna he analizado, como son producto de la estructura del sistema social, político y económico, requieren largo plazo solo mientras esa condición impere.

El desequilibrio en los precios relativos de los factores es un problema que no se arregla forzando artificialmente los precios hacia una relación teórica, encareciendo el capital como se ha hecho y, mucho menos, reduciendo los salarios reales. Para su corrección, lo único conducente sería una estricta evaluación y asignación de prioridades de inversión, utilizando precios y costos contables en lugar de los de mercado, adoptando la formulación del economista Oskar Lange (seguida insistentemente por Jean Timbergen y su escuela como criterio para aplicar también en países del sistema capitalista). El tropiezo que encuentra esta solución es su difícil aplicación práctica, dados los esquemas de «planeación» y los niveles de poder que se alcanzan a lograr en este tipo de países.

La falta de análisis de alternativas técnicas de producción, combinada con lo que hemos llamado «efecto demostración en la tecnología» y la deliberada preferencia por tecnologías altamente sofisticadas, tienen raíces muy profundas en la dependencia extranjera y en el motivo mismo que anima la inversión privada: el lucro y no la satisfacción de necesidades como fin primordial. Su corrección requeriría un sistema planificado de inversiones que las dirigiera según el orden de prioridades de la comunidad.

La solución al problema de la concentración de recursos y poderes en pocas manos y el paralelo abandono de los pequeños es obvia, pero difícil: hay que romper esa situación. Pero se habla mucho, los años pasan y la «redistribución» es regresiva (no es invento mío).

El despilfarro, cuyo análisis podría ocupar muchas de estas columnas, no admite

sino una solución: acabarlo. Pero ello implica la suspensión de una serie de «derechos» individuales que disfruta una ínfima minoría de la población a costa del sacrificio de la mayoría.

Los elevados gastos de funcionamiento del Estado, especialmente en los renglones de defensa, aseguran los derechos de la misma baja fracción de la población, pero no conducen en manera alguna a solucionar los problemas de la masa, mucho menos el desempleo. Los recursos del Estado deben ser destinados primordialmente a inversiones que garanticen la prestación de servicios básicos a toda la sociedad.

Para concluir, a las personas honestas que estén de acuerdo siquiera con algunos de los planteamientos hechos en estos artículos, dejo la inquietud: ¿podrá pensarse que las reformas laborales, las medidas monetarias, financieras y fiscales, los incentivos en general, ofrezcan soluciones reales para dar empleo a nuestro millón de desocupados y a las doscientas o doscientas cincuenta mil personas nuevas que anualmente buscan trabajo? O, de otro lado, conservando las estructuras y sistemas actuales, ¿el desempleo tendrá solución?

El ejecutivo de la semana: doctor Jorge Eduardo Cock L., gerente de Procecolsa

El Correo. Julio 8 de 1970. Entrevista por: Álvaro Mejía Vélez.

Únicamente 30 años de edad, deseo tremendo de hacer cosas y afición central que se resume en «estudio, análisis y discusión de los problemas del país», constituyen los elementos esenciales más característicos de «El Ejecutivo de la Semana», doctor Jorge Eduardo Cock Londoño, economista, pero hombre de aire despreocupado, aunque firme y sin poses de pontífice como aquellos que «se las saben todas».

Jorge Eduardo Cock, medellinense nacido el 27 de noviembre de 1939, gerente de la Productora de Celulosa Colombiana S. A., es amigo de la crítica constructiva y de expresar siempre lo que hay que decir por más atrevido que parezca.

Él es hijo del médico Jorge Cock Quevedo y de la señora Alicia Londoño de Cock. Está casado con doña Beatriz Duque de Cock [...]. Son padres de una linda nena, Clara Beatriz, de tres años y medio. Por lo demás, la señora, dinámica y de arranque, es —entre otros detalles—, copropietaria de los baños sauna instalados en el Hotel Intercontinental Medellín.

Cock, bachiller del San José (1957), hizo una pausa antes de continuar sus estudios. Durante año y medio estuvo trabajando en fincas ganaderas y algodóneras del Cesar, donde empezó por lo bajo como ayudante de control de plagas (buscador de gusanitos y encargado de llevar estadísticas), con sueldo de 400 pesos.

[...]

Economía y tesis

¿Siguió qué carrera?

Entré a Economía en la Universidad de Antioquia, de donde salí en 1964.

¿Cómo es el nombre de su tesis de grado?

Utilización intensiva de mano de obra versus utilización intensiva de capital en las obras públicas.

¿Quiere profundizar sobre ella?

Es una tesis que, para su comprensión, requiere ser explicada a nivel de economistas, ya que en ella utilizo algunas herramientas técnicas para tratar de demostrar —y estoy convencido de que lo demuestro— que el Estado debería ocupar más mano de obra en lugar de tanto equipo capital en las obras públicas, aunque aparentemente le resulte más costoso.

¿Cómo así?

Vamos por partes: el punto central de la tesis reside en la demostración de que la mayor generación de empleo le produce al Estado ingresos fiscales adicionales suficientes para cubrir ese aparente extracosto.

¿Retrogrado? ¿No calcula, acaso, que esa tesis suya es tal vez un tanto antitécnica y anticuada?

Sí, en apariencia. Y muchos lo consideran así, pero qué importa más: ¿la adopción de una tecnología u ocupar nuestro recurso abundante?

¿Tiene alguna experiencia en este sentido?

Sí, mi tesis la he experimentado en privado en la construcción de carreteras para servicio de Industrias Forestales Doña María. Me he dado cuenta de que esas vías salen mucho más baratas construidas con mano de obra, al contrato y permitiendo que los trabajadores saquen buen jornal. Ahora, mi tesis no propone aquello desde el punto de vista privado. Ese

aspecto es simplemente experimental, comprobar si algo sale más o menos barato de acuerdo con la forma como se ejecute.

Lo propongo, pues, únicamente para el Estado.

[...]

Cambio radical

Volviendo a la estructura general del país, doctor Cock, ¿es usted partidario de un cambio en el sistema actual?

Colombia necesita un sistema de gobierno y de organización socioeconómica y política muy diferente al actual. Un sistema de mucha más avanzada, más resuelto, que dé verdaderamente a la persona humana la oportunidad y la capacidad para desarrollarse y autorrealizarse.

Países modelos

¿En Colombia deberíamos imitar el sistema de cuál país?

No me atraen las copias ni los sistemas ceñidos a doctrinas estrictas, a dogmas que sigan catecismos. Me gustaría un sistema autóctono, puramente colombiano, ideado para adaptarse a las circunstancias y condiciones especiales del país.

¿Usted admira el sistema de cuál nación, concretamente?

Me gustan bastante, aunque no me satisfacen completamente, las organizaciones, los sistemas y los logros de algunos países de Europa Occidental, como Inglaterra, Francia y Suecia, así como también admiro muchos aspectos y realizaciones de varias naciones socialistas.

[...]

Planeación industrial

Jorge Eduardo Cock hizo en 1969 un curso de planeación industrial con beca del gobierno holandés y, en este momento, dicta cátedra sobre la materia en la Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia; por lo tanto, necesitábamos preguntarle: ¿Qué opina de la planeación industrial colombiana?

Creo que en el país se hace una evaluación de proyectos de inversión muy deficientes desde el punto de vista social, o sea la

evaluación de qué tan convenientes son para la economía nacional, porque en muchísimas ocasiones los objetivos de un empresario privado son muy distintos de las metas generales de la sociedad. En consecuencia, el Estado como representante de esa sociedad debería ejercer un control mucho más eficiente de la utilización de los recursos.

Trabajos

¿Hablamos de los puestos que ha desempeñado, doctor Cock?

Desde el último año de carrera me vinculé medio tiempo a Coltejer, Departamento de Planeación. Al terminar estudios, comencé labores de tiempo completo y, al cabo de tres años, pasé a ser asistente del vicepresidente financiero.

¿Qué hizo allá?

Me tocó participar en todos los proyectos y desarrollos de la empresa durante cinco años, así como en la planeación de Coltejer con sus empresas asociadas.

¿Qué trabajos particulares adelantó?

Tomé parte en la planeación de muchos proyectos, algunos no realizados, al menos directamente, por la empresa. Por ejemplo, participé en los estudios de factibilidad para el montaje de la planta de automóviles. También, hubo un proyecto que me tocó promover, fundar y gerenciar. Me refiero a Industrias Forestales Doña María S. A., formada con capitales de Coltejer, Cervecería Unión, Satexco, Tejudión y Curtimbres de Itagüí, para dedicarme a la reforestación.

La entidad comenzó a funcionar en 1966. Hasta el momento, hemos sembrado unos 3 300 000 árboles.

Procecolsa

¿Y Procecolsa de dónde salió?

A raíz de Forestales Doña María, me uní a la realización de los estudios de factibilidad y

promoción de esta nueva empresa Procecolsa, que desde hace mes y medio está en marcha.

¿Qué objeto tiene esta compañía?

Industrializar las maderas de coníferas que se han venido plantando en el Departamento de Antioquia. Con tal fin, estamos terminando los estudios definitivos para el montaje de una planta de pulpa para papel.

Para los efectos del caso, contamos con la participación muy directa de las dos más grandes compañías reforestadoras, que son Cipreses de Colombia S. A. y Forestales Doña María.

[...]

Aficiones

¿Qué aficiones, doctor, tiene usted?

A veces me entretengo con las artesanías, pero mis aficiones principales, desde el punto de vista material, son el campo y los bosques. Todos los que nos vamos conectando con el ambiente campestre nos afiebramos. Intelectualmente, mi mayor afición consiste en el estudio, análisis y discusión de las soluciones alternativas a los problemas del país.

Y cuando lee, ¿qué temas prefiere?

Los de economía en general, particularmente los que hablan de desarrollo y más concretamente los relacionados con empleo.

Sube la pesca, sufren los pescadores

El Colombiano. Septiembre 2 de 1996.

Con la primera parte de este título, «sube la pesca», se ha informado en estos días que las exportaciones pesqueras de Colombia batieron récord histórico con un crecimiento de 117 % en 1995. Magnífico para los pocos dueños de esa actividad, todos ellos muy fuertes, o «duros», como dicen ahora. Pero para Colombia, como un todo, y particularmente para los costeros del puro litoral, la noticia es terrible, desastrosa.

Los cultivos de camarón poco han crecido últimamente, tal vez un poco los precios. Lo que viene creciendo descontroladamente es la pesca de arrastre o de «arrase», como debería llamarse. Una de las actividades que más daño le vienen haciendo al país. Con sus inmensas redes como alas de murciélago

agachadas, los barcos de vikingos y esas otras empresas barren literalmente con todo el pescado, con los corales, con la vida marina y, de paso, con las posibilidades de vida de los humildes pescadores que no tienen forma distinta de encontrar el sustento.

¿De qué sirve?

Quien vaya a la Costa podrá ser testigo del desfile que por las noches hacen esos barcos en los bajos, pegados a las playas y a las islas. En los mismos sitios donde, en la mañana, se ven las canoas luchando por unos kilos para vender en el pueblo. Y quien baje a dos o tres metros de profundidad, como yo que no bajo más, verá las huellas claras del arrastre, que parecen las de un buldócer en un jardín: deprimentes y poquísimo pescado.

¿De qué le sirve a Colombia percibir 20 o 30 millones de dólares más de exportación si son a costa del ingreso de sus gentes pobres? Hace ya muchos años se viene diciendo que lo que hay que hacer es controlar que los barcos no pesquen donde no se debe. ¡No! Lo que hay que hacer es prohibir esa pesca y reservarla para los pescadores que viven de ella.

Pobreza: condiciones básicas para reducirla

El Colombiano. Noviembre 5 de 1996.

Un buen editorial de *El Colombiano*, del jueves 24 de octubre, se ocupó de la pobreza en el mundo y presentó algunos datos desoladores y lamentables que sobre esa situación ha publicado el Banco Mundial, cuya solución no parece todavía clara, pues el problema persiste y en algún sentido crece.

Terminaba el editorial diciendo que el mundo y Latinoamérica están en mora de hacer el gran debate sobre los modelos de desarrollo, a fin de encontrar algo que de verdad funcione para el efecto.

Salir de la pobreza, reducirla significativamente es, por cierto, tema central en las discusiones al interior del Banco. Es que ese es su objetivo esencial, como organismo de desarrollo que fue muy exitoso en la reconstrucción de los países devastados por la Segunda Guerra Mundial, pero que en la reducción de la pobreza en el mundo muy poco ha podido lograr. Claro que no es el único que trabaja en ello, ni mucho menos el responsable directo. De paso, vale la pena anotar que el éxito del Banco en su apoyo a la reconstrucción se debió en gran parte a que encontró capital social, una población con elevado nivel educacional, que es un activo indestructible.

Claves

En la discusión sobre cómo salir de la pobreza hay muchas tesis, puntos de vista e influyen cantidad de variables. Pero hay dos elementos claves sobre los cuales existe casi total unanimidad, que son la necesidad de una sana política macroeconómica y elevar rápidamente el nivel de educación. Graves errores en el manejo económico dan al traste con cualquier programa de desarrollo. Pero, por encima de todo, como condición absolutamente necesaria, aparece el mejoramiento de la educación, pues es imposible elevar en forma sostenible el nivel de vida de una población ignorante.

Sobre lo primero, por fortuna tenemos ya una tradición de más de 20 años de buen manejo económico, del que difícilmente se aparta Colombia por complicadas que sean las condiciones. Pero sobre lo segundo, la educación, a nivel nacional estamos muy lejos de darle efectivamente la prioridad que este objetivo merece; y a nivel regional, imperdonablemente, veníamos muy rezagados.

Pero, menos mal, se nota ahora una gran inquietud y un renovado interés por el tema con varias manifestaciones muy positivas, como el enfoque y el trabajo que en todo el territorio antioqueño viene desarrollando el gobierno departamental sobre educación básica,

con una ampliación muy significativa de la cobertura, y con contenidos tan importantes como la familiarización de los niños campesinos con el uso de computadores. Por eso mismo, el Banco Mundial avanza en la preparación de un importante crédito para apoyar la educación en el departamento.

Propuestas para frenar la revaluación de la moneda

Aplazar explotación de Coporo

Con Juan Luis Londoño de la Cuesta.
Portafolio. Noviembre 11 de 1996.

La revaluación o apreciación de nuestra moneda —tendencia ya persistente y acentuada en las recientes semanas— es, sin lugar a mucha discusión, la más grave amenaza para el futuro de la economía colombiana a corto, mediano y largo plazo. La estructura económica de Colombia es todavía muy débil para resistir las fiebres de una «enfermedad holandesa». Con el dólar a bajo precio lo importado resulta más barato y las exportaciones no pueden competir.

No son entonces solamente las exportaciones, como algunos dicen, sino todas las actividades susceptibles de ser reemplazadas por sus similares de otros países: materias primas, alimentos, manufacturas y muchos servicios (todo lo conocido como transables) las que, al no poder competir, terminan en la quiebra, el cierre, el despido masivo, arrasando lo que, a través del tiempo y con bastante trabajo acumulado, hemos construido como base productiva y sector real de nuestra economía.

El proceso de revaluación del peso obedece a varias razones: unas de oferta y otras de demanda de moneda extranjera. Coyunturales unas, más estructurales otras y más difícil de corregir unas que otras. Así mismo, los correctivos tienen que ser múltiples. Pero tales correctivos difícilmente pueden atacarse con

esquemas de subsidios, control de cambios u otros sistemas ampliamente superados en el mundo entero. Por ello, es ineludible encontrar soluciones de fondo, ágiles y practicables, como las dos que a continuación proponemos, y que contribuyen a enriquecer la discusión que ya se viene dando.

Nuevas explotaciones

Aunque la existencia real de un yacimiento grande y comercialmente explotable de petróleo en el municipio de Medina, Cundinamarca, está muy lejos de ser comprobada, es ampliamente aceptado por la opinión pública que el solo anuncio anticipado de los avances del pozo Coporo generó grandes expectativas sobre mayor oferta de divisas al futuro que, según amplio consenso, presionaron el tipo de cambio.

Pero, independientemente de esos fenómenos de expectativas, es un hecho indiscutible que, de concretarse esos hallazgos en realidad, tendríamos otra gran afluencia de moneda extranjera, adicional a la que ya comienzan a generar Cusiana y los campos aledaños. Y son divisas que no necesitamos como tales en el corto ni en el mediano plazo. Divisas, *per se*, no son riqueza. La riqueza es real cuando corresponde a trabajo y otras formas de valor agregado nacional.

También es muy poco sano para la economía seguir aumentando la participación de este tipo de recursos —claramente agotables e inestables— en el financiamiento del presupuesto nacional. Colombia no debe seguir aumentando la dependencia de sus gastos gubernamentales con respecto al petróleo. Aprendamos de los errores que han cometido tantos otros países petroleros. Y, en especial, miremos los padecimientos que ha tenido nuestro vecino Venezuela. Por fortuna, contamos con un factor favorable en el caso del petróleo de Medina, que es el no tener socios en este campo.

Ello facilita la solución a los problemas descritos al no poder decidir autónomamente, sin volar compromisos —que no lo haríamos

en Colombia— sobre cuándo explotar este campo. En los años ochenta, cuando el panorama cambiario era muy diferente, también se discutió el tema de la oportunidad de la explotación (sin pasar de ser simple especulación académica por la existencia de asociados). En ese entonces se llegó a concluir que lo mejor era explotar pronto el yacimiento, por razones de valor del dinero en el tiempo (valor presente del recurso) y de impredecibilidad o buenas perspectivas futuras de precios.

Pero esos razonamientos, muy acertados en otras condiciones, pierden todo su valor en la discusión presente. El panorama externo de la economía colombiana ha cambiado sustancialmente, e incluso la abundancia de recursos mineros amenaza con destruir —con la enfermedad holandesa— el aparato productivo. Así, el daño sobre la economía hoy en día resulta mucho más alto que el beneficio.

Resulta más razonable entonces completar los estudios y las evaluaciones del Campo Medina, pero postergar su explotación hasta que razones y claras evaluaciones para el conjunto de la economía indiquen la conveniencia de emprenderlas. El ideal podría ser mantener una proyección de ingresos petroleros más o menos estable en un amplio plazo y en niveles razonables, no exagerados ni de picos y altibajos.

Ahorrar privatizaciones

Es bien sana la política de pasar a manos privadas muchas de las empresas estatales por razones de eficiencia, división de funciones entre Estado y los particulares y conveniencia general. Pero los recursos provenientes de esas operaciones no deben ser incorporados de un solo golpe al presupuesto nacional.

Se aparta claramente de cualquier práctica sana fiscal revalorizar activos para gastarlos de inmediato. Es como para una familia vender su casa para subsistir. Adicionalmente, resulta muy dañino para el país montarse en un ritmo de gastos que no tenga una fuente de ingresos sostenible, sino dependiente de la realización de activos que se tienen por una vez, se agotan y no hay más. Y peor, gravísimo, si el producto de esas ventas ingresa en moneda extranjera y viene rápidamente a engrosar su oferta y revalorar el peso.

No va a ser fácil, pero Colombia debe resolverse, con decisión inquebrantable, ojalá por ley, a invertir en divisas el producto de las ventas de activos nacionales como empresas de electricidad, minería, bancos, etc. Si se quiere utilizar estos recursos para apalancar el desarrollo social del país, como debe ser, la utilización de los nuevos recursos debe graduarse acorde

con la capacidad de las instituciones.

De otra forma, solo se genera «inflación social» y pocos resultados. Lo ideal sería que los sectores sociales del país se financiaran con recursos sostenibles. Para ello, más que utilizar el producto de las privatizaciones, el país debería ahorrar estos recursos y gastar solo sus rendimientos.

Un exceso de gasto público financiado con recursos insostenibles puede generar una economía más cerrada, un sector productivo más débil, más inflación, menos empleo y, sobre todo, mucho menos bienestar social.

Revaluación, gravísimo daño

El Colombiano. Enero 29 de 2002.

Aunque en cierto sentido resulte repetición, es importante insistir en los puntos centrales de la muy oportuna y documentada polémica que con gran propiedad ha liderado el exministro de Hacienda, Rodrigo Botero Montoya, y secundado con argumentos contundentes el también economista (doctorado) y exministro de Salud, Juan Luis Londoño de la Cuesta, sobre la grave situación de la economía colombiana, con la pretensión de llegar con claridad a una audiencia amplia.

Esos puntos centrales son el déficit fiscal producido por el exagerado crecimiento del gasto y el endeudamiento público para financiarlo. Tienen entre sí una relación lógica y estrecha, producen efectos nefastos para la economía y, consecuentemente, para el bienestar social y la anhelada paz del país.

Las cifras que utilizan para soportar sus planteamientos son aterradoras: la diferencia entre los ingresos y los gastos totales del gobierno, el déficit fiscal, ha estado entre el 5,5 y el 7,7 % del PIB en los dos últimos años, doblando sobradamente los niveles de 1997 que se consideraban ya muy graves. Ese déficit aumentó

fundamentalmente porque el gasto creció muchísimo más que los ingresos, particularmente en el 2001, haciendo que no fueran suficientes los mayores recursos captados por las varias reformas tributarias del mismo período.

Lógicamente, el déficit es financiado con endeudamiento; ese endeudamiento público total ha crecido desmesuradamente. La sola deuda externa creció 18 % en términos reales en el 2001 —los impresionantes valores de esa deuda para los últimos años los presentó hace pocos días este diario en una de sus «vitrinas» de primera página— y el servicio de la deuda pública total (interna y externa) se está llevando ya el 40 % del presupuesto nacional. Eso de por sí es una locura por el poco margen que queda para atender los gastos más urgentes y reales del Estado y porque, siguiendo por el mismo camino, el problema crece y crece como una bola de nieve cuyo estallido es estrepitoso.

Pero lo más grave es el efecto resultante de este manejo, el de financiar el déficit con deuda externa. Los empréstitos se consiguen en divisas (dólares, euros, yenes) y el gobierno tiene que cambiar buena parte de las divisas así obtenidas por pesos colombianos, monetizarlas, lo que aumenta considerablemente su oferta, y esto presiona más y más el tipo de cambio a la baja. Y nada más nefasto para el país que volver por el camino de la revaluación que ya venimos viendo desde hace meses, con acento especial en los últimos días. Bastante distinto sería el problema si esa revaluación fuera causada por abundancia de exportaciones.

La revaluación es el peor daño que puede sufrir la economía nacional. La apreciación que se escucha a veces en el sentido de que los perjudicados son los exportadores, es bastante equivocada. Ciertamente ellos sufren, pero de igual o más fuerte manera se golpean todos los productores nacionales, los fabricantes de vestidos, zapatos, muebles, lechugas, arroz, todo lo que sea susceptible de ser importado resulta más barato traído al mercado nacional con moneda revaluada que producido

internamente. Así mismo, el turismo y todos los servicios resultan más caros localmente que en otras partes. Los mineros, los agricultores, los fabricantes, todos reciben menos pesos por su producto. En resumen, las exportaciones no pueden competir en el exterior y lo producido para mercado nacional no resiste la competencia de lo importado y el desempleo viene por oleadas crecientes. No existe fuerza más destructora de la economía que la revaluación.

Los colombianos nos ilusionamos a veces pensando que en el país no se cometerá la barbaridad de repetir la experiencia regresiva de comienzos de los años 80, pero la repetimos con mayor severidad durante buena parte de la década de los 90. Y ahora parecería que torpemente estamos entrando por el mismo camino, que fue en últimas el que llevó a la Argentina al abismo en el que hoy se encuentra. ¡No más errores de esos, por favor!

Objeciones al IVA general

El Colombiano. Octubre 11 de 2003.

Aunque puedo ser excomulgado o descalificado por amigos y colegas que escriben en este y en otros diarios, quiero aportar a la discusión unos puntos de vista muy diferentes de los que hemos leído sobre el anuncio de llevar de nuevo al Congreso la propuesta de gravar con IVA todos los productos de la canasta familiar que hasta ahora han estado excluidos. Gravamen que la Corte Constitucional tumbó por ser perjudicial para las clases menos favorecidas. A ellos, a los honorables congresistas y a la opinión en general, invito a reflexionar desprevénidamente sobre distintos aspectos de justicia distributiva y de viabilidad práctica para su aplicación, antes de decidir tan delicado tema.

Para comenzar, no considero que sea populismo ni pobreza conceptual de la Corte sostener que ese gravamen no se compadece con la definición de que Colombia es (debe ser) un Estado Social de Derecho. No se necesita mucho conocimiento ni análisis para entender y estar de acuerdo con que, gravando productos como papa, yuca, plátano, carne, pescado, huevos, leche, transporte público, arriendo de vivienda, servicios públicos básicos, medicinas, y mucho más, se golpea duramente el estrechísimo presupuesto y la capacidad de vida de los estratos más bajos, que son algo así como el 90 % de la población. Para la gente de altos ingresos, cualquier peso más que se saque

por IVA es un peso menos de acumulación o de gasto superfluo. Pero para esa inmensa mayoría de bajo ingreso es un peso menos de su mercado, es más hambre que tiene que aguantar. Y eso no se compensa con buena orientación del gasto público, como afirman los referidos colegas.

Se dice para justificar que todos debemos contribuir con un poquito. ¿Será que se olvida que los pobres pagan ya bastante con el IVA que va en todos los consumos de elementos como vestuario, calzado, margarinas grasas y aceites, toallas sanitarias, chocolates, pastas, embutidos, atún enlatado, arroz y maíz industriales, o lo que ya va involucrado en el transporte público a través de los impuestos a la gasolina y el diésel que son del total de sus precios o algo más?

Todos esos productos y servicios, y aún más los que quedarían gravados con el IVA generalizado, son elementos básicos de la canasta familiar, no de libre decisión sobre si se consume más o no para el grueso de la población colombiana que es de bajos ingresos. Por eso, son y serían esas gentes de bajos ingresos las que soportan y soportarían también el grueso de los recaudos por ese gravamen. Además, porque los consumos individuales de esos elementos básicos por parte de personas de altos ingresos no son más elevados que los de los pobres. Antes bien, de muchos de ellos el consumo es menor. Son las razones por las que los impuestos indirectos, si bien resultan de muy fácil recaudo, son absolutamente regresivos, pagados en su mayor cuantía por las gentes pobres y muy poco por los ricos.

Por otra parte, gravar los productos y servicios que hoy se excluyen es en gran medida impracticable. Es imponer una pesada carga administrativa sobre mucha gente que ni siquiera sabrá ni podrá hacerlo. Pretender que campesinos, negociantes, tenderos, pequeños productores agropecuarios o industriales, especialmente de pueblos y veredas donde no hay oficinas de la DIAN, acudan a inscribirse como responsables del IVA y cada dos meses paguen lo que deben haber «facturado» por ese concepto corresponde a una gran ingenuidad o a desconocimiento de la realidad nacional. Imponerlo es acostumbrar más la gente a violar las leyes.

El equilibrio fiscal no se puede buscar en más IVA, mucho menos sobre los consumos de las clases desposeídas. Hay que buscarlo en controles reales a la evasión del IVA actual, que lógicamente arrastra evasión del impuesto sobre la renta y que es grandísima, en no seguir otorgando y más bien elimina exenciones a negocios rentables y exclusivos de grandes inversionistas, y especialmente en disminuir en vez de aumentar el tamaño del Estado.

Sobre el transporte por ferrocarril

De mi vida. 2016. Pp. 83-99.

En mayo de 2005 Jorge Eduardo Cock le dijo al entonces presidente Álvaro Uribe Vélez: «Perdone, señor presidente, pero no le bote más plata a eso». Cock se refería al proyecto con el que el gobierno pretendía extender el ferrocarril del Pacífico hacia el centro del país y al que, según contó en un capítulo de *De mi vida*, ya

le habían invertido entre 130 y 140 millones de dólares.

Meses después, Cock recibió una llamada del ministro de Transporte, Andrés Uriel Gallego, quien le pidió una asesoría al respecto: «Dándole las gracias por el honor que me hacía le dije que yo había abandonado por completo esa actividad, pero que solo como un servicio al país, y con mucho gusto yo le ofrecía darle un vistazo al tema y prepararle un corto escrito con mis opiniones». El 30 de noviembre de 2005 le envió una carta a Gallego con su concepto, al cual adjuntó tres columnas sobre el tema que escribió y publicó en medios de comunicación.

Transporte por ferrocarril, ¿más económico?

Parte I

El Colombiano. Julio 7 de 2005.

Con frecuencia se escuchan afirmaciones categóricas que sostienen que transportar por ferrocarril es mucho más económico que por carretera. Se proponen nuevas líneas y el gobierno promete y hace grandes inversiones en rehabilitar rutas sin estudiar a fondo su economía. La afirmación no siempre es válida porque esa economía depende de muchas variables que determinan el costo de cada ferrocarril. Esas variables se relacionan con las características de carga, las distancias de recorrido y algo con la topografía y la geografía de la ruta.

Bajo condiciones específicas, muy evidentes y especiales, el transporte ferroviario sí resulta mucho más económico que el carretero. Pero esas condiciones no siempre se dan. Me propongo aportar algunos conceptos elementales que aporten al mejor entendimiento de por qué esto es así. Aquí se

enuncian y resumen y en los párrafos siguientes se explican. El resumen es: 1) que se trate de mover grandes volúmenes, 2) a distancias significativas, 3) de cargas homogéneas u homogenizables, 4) con flujos estables, 5) de punto a punto o con mínimas paradas y trenes unitarios. Elementos todos que se deben analizar con sumo cuidado antes de tomar decisiones de inversión.

Grandes volúmenes. Partimos de que una vía férrea es tanto o más costosa que una buena carretera. Su desarrollo es mucho más exigente en alineamientos. O sea, requiere curvas y pendientes mucho más suaves que la hacen más larga. Y con el agravante de que su utilización es totalmente restringida, como no es la de una carretera: la ferrovía no se puede utilizar por camiones, ni buses, ni carros pequeños, ni motos, ni bicicletas... por nada que no sea con ruedas de ferrocarril. Para que el transporte por ella resulte competitivo se requiere una muy alta utilización. Y alta utilización en cualquier parte significa más de diez o doce mil vehículos y miles de toneladas por día, como los despachos de una mina grande.

A distancias significativas. No se concibe usar un ferrocarril para mover cargas a una cuadra de distancia ni a uno, diez o veinte km. Resulta más económico usar camiones o sistemas continuos como bandas o cable, porque los equipos de cargue y descargue son muy costosos y solo se compensan con largas distancias. El ferrocarril de El Cerrejón recorre 150 km y lleva 10 000 toneladas en cada viaje con 100 vagones.

Cargas homogéneas. En los trenes antiguos se acomodaban bultos de café, piñas, pacas de cigarrillos o tabacos, fardos de tela, cerveza y toda clase de mercancías sueltas, en cuyo cargue se gastaban muchas horas. Eran el único medio de transporte terrestre. Pero eso dejó de ser económico cuando aparecieron las carreteras para automotores. Hoy los ferrocarriles solo se usan para bienes de rapidísimo cargue y descargue, como minerales o contenedores, todo para minimizar tiempos de equipos parados.

Flujos estables. Una alta utilización de la inversión implica que las cargas fluyan de manera continua y para trenes completos. No que hoy haya carga, pero mañana no ni pasado, o solo para algunos vagones. Esa utilización es muy difícil de lograr.

De punto a punto y trenes unitarios. Para que sea económico, un tren debe ir de origen a destino prácticamente sin parar. No puede estar parando en estaciones intermedias a recoger y dejar cargas o carros, eso resulta costosísimo. Un camión parado es un camión; pero un tren parado por un vagón es todo un tren, una elevada inversión quieta, más la carga toda demorándose, que también es costo. Si la carga no está toda concentrada en su

origen o no llega a un mismo destino, los costos se suben enormemente. Los ramales o acarreos a la central encarecen todo.

Estas, entre otras condiciones, son las que se deben analizar detenidamente para tomar decisiones de inversión en ferrocarriles. En el próximo artículo se abordarán estos aspectos y cuáles líneas en Colombia resultan viables, cuáles no y porqué.

Parte II

El Colombiano. Julio 28 de 2005.

Hace pocos días publicó este diario el primero de este par de artículos que pretenden dar a conocer algunos criterios sobre las condiciones bajo las cuales el transporte ferroviario resulta más económico que el carretero. Condiciones que se tienen que cumplir prácticamente todas, y que muy pocas cargas las reúnen como para decidir inversiones en ferrocarriles.

Jonía y explicaba como condiciones fundamentales: 1) que se trate de mover grandes volúmenes, 2) a distancias significativas, 3) de cargas homogéneas, 4) con flujos estables, 5) de origen a destino sin parar y en trenes unitarios. Todas ellas dirigidas a posibilitar un elevado nivel de utilización para que el sistema ferroviario sea económicamente viable. Y mostraba cómo una ferrovía presenta la gran restricción de no poder ser utilizada por vehículos de llantas, ni grandes ni pequeños. Para quien le interese el tema y quiera revisar esos conceptos, el escrito salió en la edición del pasado jueves 7 de julio. Hoy amplío con otros conceptos y analizo algunos casos reales.

Trenes de pasajeros. Aparte de los «metros» y los «trenes de cercanías» que van y vienen con tanta frecuencia que les da elevada utilización, los trenes de pasajeros son competitivos en distancias medianas, con altas velocidades, para ir de centro de ciudad a centro de ciudad en tiempo comparable al del vuelo en avión, más el de aeropuerto y el de los transportes en origen y destino. Con las distancias en Colombia, eso no es viable.

¿Factor de desarrollo regional? Está claro que para hacer competitivo un ferrocarril se requiere dar alta utilización a la vía y a los equipos —muchos trenes, miles de toneladas por día—. Los trenes deben ir de extremo a extremo, con cargues y descargues rápidos en ellos. No ir parando en las estaciones a dejar y recoger cargas, como se hacía cuando los trenes eran el único modo de transporte distinto a las mulas y los cargueros a hombro, cuando no existían los automotores y las carreteras. Si lo hacen, sus costos resultan mucho más altos que los del camión. Porque parar un tren de veinte vagones es como parar veinte camiones para cargar uno.

Por eso, la existencia y el funcionamiento de un ferrocarril, aunque parezca extraño y resulte duro afirmarlo, en poco o nada contribuyen al desarrollo de las localidades ni las regiones por donde pasa.

Cargas ferroviarias en Colombia. Solo las cargas mineras de El Cesar y La Guajira, y grandes volúmenes de contenedores y graneles entre Santa Marta-Bogotá y Santa Marta-Medellín, llenan las condiciones para que su transporte resulte más económico por ferrocarril que por cargas que justificarían la activación de otras líneas, el café y los carbones de la Sinifaná.

Es importante hacer siquiera un asomo a las cifras, recordando que cuando se justifique la inversión se hace referencia a millones de toneladas año, a 10 o 12 mil vehículos por día. Pero, bájele el lector a la mitad o a lo que quiera. La cosecha de café es de 12 millones de sacos al año, o sea 720 000 toneladas, que promedian 2000 toneladas/día. Se movilizan con 57 camiones. Y proceden de más de 20 trilladoras dispersas en el país. De Antioquia sale más o menos el 20 %, que se movería con 11 camiones. Y por los cuatro grandes puertos. Lejos de ser carga ferroviaria. El carbón: se habla de enviar un millón de toneladas al año para el Valle. De por sí, es muy poco. Además, tenemos que competir con los carbones de Cundinamarca de mejor calidad. Y van para muchos sitios diferentes, lo que implica transferencias, lo mismo que entre las minas y un sitio de despacho. Ello anula cualquier ventaja del ferrocarril.

Así, con todos esos detalles y muchos más, hay que estudiar los proyectos para poder afirmar su viabilidad. Mientras los ferrocarriles de Norteamérica y Europa se construyeron hace dos siglos, los del interior de Colombia menos de uno, justo cuando empezaban a aparecer las carreteras. Y cuando estas llegaron a ser troncales hace 40 años, y ante las condiciones de las cargas y la topografía del país, los ferrocarriles no pudieron y no pueden competir.

El tren no es que esté varado

El Tiempo. Julio 25 de 2005.

Con gran despliegue y comentarios apareció en varios periódicos la noticia de que el ferrocarril de occidente no arranca, que desde noviembre no mueve una tonelada, estando lista la infraestructura en la cual el Estado ha invertido 140 millones de dólares; que van a demandar al concesionario, que alega que no ha podido conseguir financiación para comprar los equipos (difícil que la consiga). Eso mismo contó el presidente Uribe en una reunión en el Club Unión de Medellín.

No quiero ser ave de mal agüero ni aguafiestas, pero ese tren no es que esté varado, sino que nunca va a caminar, a menos que se le den permanentes y elevados subsidios. Es que esa enorme dedicación de recursos fiscales a la línea que une a Buenaventura con Cali, Cartago, La Tebaida, y que insisten en reconstruirla hasta Medellín o, al menos, hasta Bolombolo, es de las realizadas, como tantas en este país, a puro ojo, por intuición y simple parecer, y hasta contrariando sin revisión demostraciones de no viabilidad en estudios anteriores. Esto último es el caso real.

Entre finales de los años 80 y principios de los 90 se expidió la ley de reestructuración institucional del sistema ferroviario, se realizaron profundos y muy técnicos estudios que evaluaron las distintas rutas, rehabilitaciones y alternativas, se liquidó la empresa Ferrocarriles Nacionales de Colombia y se crearon las bases del nuevo sistema.

Todos los análisis de factibilidad se basaron en estudios y proyecciones de tráfico potencial, realizados a profundidad y detalle. Los de carga del occidente se hicieron con la Universidad del Cauca, de gran prestigio en el tema de transportes. Los resultados finales de viabilidad indicaron que, mientras la red Bogotá-Medellín-Santa Marta generaba una rentabilidad (TIR) cercana al 20 %, la de occidente daba siempre negativa. Bajo todas las alternativas y sobre todos los supuestos posibles, hasta con algo de corazón antioqueño y soportando editoriales de la prensa valluna y descalificaciones del gobernador de entonces, el doctor Carlos Holguín Sardi, para este consultor, quien dirigía el proceso.

Se evaluaron alternativas con rehabilitación y sin esta hasta Medellín o hasta Bolombolo, hasta La Felisa, hasta el kilómetro 40 (departamento de Caldas), con centros y equipos de transferencia de cargas, con carbón y sin él de Antioquia para el Valle. Y siempre negativo, salvo con tarifas más costosas que las de carretera. Sencillamente porque no hay cargas que lo justifiquen y porque las existentes o potenciales no son aptas para transporte

ferroviario, de forma tal que permitan economías en su operación. El carbón (un millón de toneladas por año) es un volumen poco significativo para un ferrocarril: requiere acarreo de las minas a un centro de acopio y luego también a sus variados destinos en el Valle, además de que las góndolas que utilizaría tendrían que regresar vacías. Mientras que los camiones pueden funcionar en ambos sentidos, con cargas diferentes.

Algo similar a esto último sucede con los granos. El café es aún de menos tonelaje y de orígenes dispersos. El azúcar para exportación recorre trayectos demasiado cortos, con orígenes también dispersos. Y los contenedores que van y vienen por el Pacífico no suman cantidades suficientes. Todo esto en adición al gran recorrido extra que significa la vuelta por Cali, mientras los camiones recortan el camino por Buga-Loboguerrero. Y las cargas que van por tierra del Valle a la Costa Atlántica o viceversa son muy pocas.

Definitivamente, el ferrocarril del Pacífico no puede competir con las carreteras. Así lo indicaban varios estudios del Banco Mundial. Y me cuentan que el profesor Lauchlin Currie decía que en muchas líneas se deberían levantar los rieles y acondicionar la banca para automotores que hoy no pueden circular por ella. Y por todo esto repito qué le dije al presidente: que no le ponga ni un peso más a ese ferrocarril. Y, en cambio, más estudio a la inversión de recursos públicos.

Cock, el experto en minas y energía

Germán Jaramillo Olano conoció a Jorge Eduardo Cock en 1977. Para entonces, la oficina principal de la empresa estatal ISA (Interconexión Eléctrica S.A.) quedaba en Bogotá, pero pronto se trasladaría a Medellín. Jaramillo, ingeniero electricista de profesión, era el gerente general de la compañía. Por recomendación de algunos directivos de EPM que conocían a Cock, lo entrevistó para el cargo de gerente financiero.

Ese fue el primer contacto profesional. Cuenta que el «el doctor Cock», padre de Jorge Eduardo y médico de profesión, llevaba a los grupos scout que dirigía a una finca en Bello que era de propiedad de la familia Jaramillo. Desde entonces, «los conocía de vista».

Tras la entrevista, decidió contratar a Cock, quien quedó a cargo de coordinar el traslado de la sede principal de ISA. «Obviamente teníamos una relación permanente, porque fuera de los comités había reuniones con los diversos gerentes», cuenta Jaramillo Olano. Y agrega su concepto sobre la labor que Cock desempeñó: «Manejó los temas financieros de ISA con mucha seriedad y con mucho éxito».

Cock había trabajado en empresas grandes como Coltejer, pero ninguna del sector. Fue ISA la que le abrió el camino a uno de los temas medulares de su carrera: la energía. Poco

después le sumó la minería, cuando dejó ISA para ser gerente de Carbocol por designación del presidente Julio César Turbay.

Jaramillo y Cock se hicieron amigos, pues además de las reuniones habituales era común que tuvieran que viajar fuera del país. Y aunque eran salidas laborales, se convertían en «trabajo con paseo», según recuerda Jaramillo. Así, cubrían por su cuenta algunos días adicionales en los destinos que visitaban. Por ejemplo, recuerda un viaje que hicieron a Japón en 1979, del que regresaron con una parada en Hawái; y otro que hicieron un par de años después a Inglaterra.





También fueron vecinos en El Tablazo, Rionegro. Jorge Eduardo construyó su casa cerca de la propiedad de los Jaramillo. Eso llevó a que sus familias se vincularan más hasta que, en 1982, los Cock se trasladaron a Bogotá debido al nombramiento en Carbocol.

Aunque luego Jaramillo decidió dejar el sector eléctrico, cuenta que siguió al tanto de Cock mediante lo que escribía en la prensa: «Recuerdo ser testigo del problema alrededor del Túnel de Oriente, del que él lideraba una oposición empeñada que yo no entendía muy bien, pero logró que esa obra se impermeabilizara para no afectar las quebradas».

Jaramillo vio como Cock pasó de ser solo economista para convertirse en una autoridad de lo energético. «Creo que eso le cambió la visión de la vida. Ese sector es sumamente absorbente, dinámico y atractivo. Tiene como un imán interno y todo el tiempo se están haciendo proyectos muy grandes», dice Jaramillo para explicar por qué Cock se mantuvo en ese sector y en otros que le son afines.

Cree que en muchos de los temas minero-energéticos tomaba posiciones «muy duras para mi gusto». Lo describe como una persona decidida y definida, con opiniones formadas y claras que, en muchas ocasiones, se oponían al pensamiento mayoritario: «En muchos temas tenía la razón. Él defendía la verdad aun cuando no fuera la posición generalizada».

Para él, el legado que Jorge Eduardo Cock le dejó al sector pasa, en primer lugar, por las regulaciones en las que participó directamente cuando fue ministro de Minas y Energía y que contribuyeron a crear el andamiaje institucional sobre el cual sigue funcionando el sistema eléctrico del país; pero, sobre todo, pasa por su voluntad y capacidad de discutir todos los asuntos necesarios, incluso cuando hubiera consensos aparentes sobre estos.

Director: Dario Arizmendi Posada
Gerente: Julián Montoya Correa
Asistente de Dirección: Marta Botero de Leyva
Jefes de Redacción: Piedad Correa Z.
y Víctor León Zuluaga

EL MUNDO

El Diario Liberal de Antioquia

Consejo Editoria
Alvaro Uribe M., President
J. Mario Aristizábal, Francisco Pérez G.
Germán Vélez G., Gabriel Poveda R.
Gilberto Echeverri M., Enrique Gaviri
Carlos Posada Uribe y Oscar Mejía Mesa

Dos gobernadores "rodados"

Le han prestado un servicio al país y al gobierno del Presidente Belisario Betancur los doctores Carlos Zambrano Ulloa y Carlos Rodado Noriega al declinar el primero la gobernación del departamento del Cauca y al aplazar indefinidamente el segundo su posesión de la del Atlántico. Zambrano Ulloa tendrá que dedicarse a responder ante los tribunales de las acusaciones que se le han formulado desde diferentes sectores, especialmente la prensa, por su participación en el sonado caso del Banco del Estado. Por su parte, el exministro Rodado Noriega tendrá que hacer otro tanto para tratar de justificar y aclarar su responsabilidad en la inconsulta, absurda e ilegal adjudicación a la multinacional norteamericana Marathon de cinco mil hectáreas de yacimientos de carbón cuyo precio potencial significaría la respetable suma de US 10 mil millones.

No obstante la legislación expresa en sentido contrario, el exministro Rodado Noriega firmó los contratos en favor de la empresa citada y en contra de los intereses nacionales aduciendo que él supuso la buena fe de los colaboradores y asesores que estudiaron el caso, y que "un ministro no tiene tiempo de revisar y estudiar todo lo que le pasan para su sanción".

Sobre estas nobres y débiles argumentaciones huelgan los comentarios. Desde luego no justifican, ni aclaran, ni mucho menos salvan su actuación. El país no puede pagar su aparente negligencia, ni su desconocimiento de la ley. Firmar tres delicados contratos, sin leerlos apenas, en los que se consagra que la empresa Marathon podría explotar las minas de La Jagua y La Loma durante treinta años sin pagar regalías al Estado, es un acto de evidente irresponsabilidad. Desconocer que después de las de El Cerrejón las minas de carbón situadas en Chiriguana son las más importan-

tes es inaudito en un ministro de estado del ramo. Ignorar que en virtud de la Ley 61 de 1979 el ministerio de Minas no puede otorgar concesiones sin contar con Carbocol y excusar tan lamentable omisión con la frase textual de que "fue una acción autónoma del ministerio" significa proceder con manifiesta ligereza, y pone de manifiesto, cuando menos un olímpico desdén por los intereses de la Patria.

Dando muestra de saludable celo, el Presidente Betancur ha ordenado al actual ministro de Minas una investigación inmediata con el objeto de determinar responsabilidades en el nuevo escándalo, en el que ya ha tomado cartas también el Consejo de Estado gracias a las dos demandas presentadas por un fiscal en nombre del mismo exministro Rodado Noriega y por el gerente de Carbocol, Jorge Eduardo Cock. En ambas se pide la nulidad de los contratos por tratarse de una concesión de un "objeto ilícito".

Declamos que no nos convencen, lo más mínimo, las explicaciones iniciales del doctor Rodado Noriega. Ni muchísimo menos su papel de "víctima" en las presentaciones que hizo del problema ante las cámaras de T. V. En una declaración expedida ayer dice el exministro Rodado: "Cuando están de por medio los intereses del Estado, por decisiones inducidas con información deficiente o incorrecta, rectificar o revertir las acciones adoptadas es una postura que enaltece". Estamos de acuerdo. Pero mucho nos tememos que no sea precisamente su caso. Preguntamos: ¿Por qué una resolución de adjudicación indebida de unos contratos producida en diciembre de 1981 apenas es demandada dos días antes de que expire el gobierno del doctor Turbay Ayala?

¿No suena exagerado el plazo de siete meses para arrepentirse? ¿Por qué el ministro desatendió las advertencias que en su momento le formulara el gerente de Carbocol sobre la ilegalidad de dichos actos? ¿Por qué el doctor Rodado Noriega, como presidente de la Junta Directiva de esta última entidad, prohibió enérgicamente, después de una acalorada discusión, que se dejaran constancias en el acta sobre lo ocurrido en esa sesión de finales de julio? ¿Es verdad o es mentira que en esa reunión el ministro Rodado defendió su actuación y la bondad de los contratos y procuró por todos los medios a su alcance convencer a sus compañeros de directiva para que expresaran su consentimiento?

No nos engañemos: el asunto no es de poca monta. Las preguntas sin respuesta son muchísimas. En la opinión pública flota una gigantesca duda sobre la conducta del exministro y hoy nombrado gobernador del Atlántico por el Presidente Betancur. Por ahora se ha anunciado el aplazamiento de su posesión. Algo es algo. Aunque mejor sería, para el país, para el gobierno y para él que no lo hiciera. En ello debiera aprenderle a su antiguo subalterno y exviceministro de Minas, Carlos Zambrano Ulloa, quien, en gesto de elemental elegancia y caballerosidad, renunció al ofrecimiento de la gobernación del Cauca para encargar, de tiempo completo, su legítima defensa. No va a requerir menos consagración el doctor Rodado en la suya, ni creemos que el gobierno se lo va a permitir desde la compleja gobernación del Atlántico.

Para destacar en este increíble episodio, la conducta ejemplar y recta del gerente de Carbocol, Jorge Eduardo Cock, quien no se dejó amilanar de su superior jerárquico y llevó el caso hasta donde le era obligado hacerlo: el Consejo de Estado y la opinión pública. Eso sí se llama servir los intereses de la comunidad.

Por su trayectoria como gerente financiero de ISA (1978-1981), gerente de Carbocol (1981-1982) y ministro de Minas y Energía (1994-1995), Jorge Eduardo Cock se convirtió en una de las voces más respetadas del país en esas áreas. Además, su ejercicio en cada uno de esos cargos coincidió con hitos en esas entidades: el traslado de ISA a Medellín, la apertura del megaproyecto de El Cerrejón (La Guajira) y la actualización del régimen legal del sector eléctrico colombiano. Cock estuvo al frente de cada uno de ellos.

Al menos dos razones le permitieron ejercer esos cargos. Primero, su perfil técnico e intelectual, que lo hacía idóneo para tomar las decisiones que implicaba cada trabajo. Segundo, su capacidad de rodearse bien, socializar y dejar buenas impresiones en personas que, por su poder o trayectoria, podían recomendarlo para asumir esas tareas.

Este capítulo recoge algunas de las anécdotas sobre cómo Cock trasegó por la vida pública a través de algunos de los cargos más importantes para el sector minero-energético. Esas historias se complementan con entrevistas que dio en el ejercicio de esos roles y con varios escritos más técnicos que también lo validan como experto en la materia: desde artículos en revistas académicas hasta columnas de opinión, en las que la actualidad de la minería y la energía aparecían como temas habituales.

ISA, incluido su traslado a Medellín

Texto inédito.

[...] ISA llevaba pocos años de fundada (1967) y, como entidad del gobierno nacional con participación accionaria de las más importantes empresas regionales de energía eléctrica, había sido establecida con sede en Bogotá. Y, tal vez por la experiencia y el prestigio que ya tenía Empresas Públicas de Medellín a nivel internacional o para salvar problemas de celos empresariales, el ministro Jaime García Parra decidió trasladar la sede de ISA a Medellín. El gerente ya era Germán Jaramillo Olano. Por alguna sugerencia, fui contratado como gerente financiero —cargo que antes no existía más que como una rama del administrativo—, pero con el encargo inicial de coordinar, ejecutar y cristalizar ese traslado a Medellín. Por unos cuantos meses estuve yendo media semana a Bogotá para el manejo financiero.

200 personas, desde los gerentes de área, ingenieros de diversas ramas, tecnólogos, personal de campo, hasta conductores de vehículos —recuerdo las camionetas Nissan o Toyota de siete puestos— aceptaron su traslado. Todas esas personas, con diversos niveles de ingreso y ambiente social, requerían ubicación adecuada en la ciudad, adquirir o arrendar casa o apartamento y matricular sus hijos en colegios apropiados. Y en todo eso les ayudamos, además de conseguir oficinas para instalar a ISA y el terreno para la posterior construcción de la sede definitiva. Conseguí una trabajadora social muy conocedora y activa que se ocupaba de los requerimientos mencionados. Con las cartas explicativas de los beneficios de traer a ISA y la intervención mía como respaldo, logramos que los dueños arrendadores de las viviendas no exigieran fiadores a nuestros funcionarios, cosa que tuvo excelente acogida y resultados.

Para las oficinas conseguimos varios pisos en un edificio recién construido, ubicado en el costado sur del Parque de Berrío. Y en la búsqueda de terreno para montar su entable teníamos tres condiciones básicas, a saber: unas cuantas hectáreas (no recuerdo el número, creo que diez) en la parte alta de El Poblado, que tuviera vista directa con la cima del cerro del Padre Amaya para instalar allá unas antenas especiales para la operación del sistema eléctrico nacional, y buena firmeza y calidad del suelo para construir. Se preseleccionaron dos: el que hoy ocupa la empresa, y el que alberga todos los edificios del centro comercial El Tesoro.

Todo eso resultó muy exitoso y la mayoría de los empleados y sus familias se adaptaron, se incrustaron en la vida de Medellín.

La invitación a manejar Carbocol

De mi vida. 2016. Pp. 129-131.

[...]

A mediados de 1981 yo estaba muy acomodado y realizado en ISA (Interconexión Eléctrica S.A.). Desde hacía cuatro años ocupaba la gerencia financiera que me había tocado montar y, por casi un mes, tenía a mi cargo la gerencia general por estar de vacaciones en Europa el titular, Germán Jaramillo Olano. Llamaron de la Presidencia de la República a informar que el señor presidente quería visitar la Central Hidroeléctrica de San Carlos, que estaba siendo construida por ISA e iba a ser la más grande del país por mucho tiempo. Comunicado el asunto a Germán, este me pidió que lo atendiera totalmente yo. [...] Revisé mis conocimientos de protocolo para organizar los puestos en el almuerzo, repasé los temas y lo que habría de decir. Realmente me fajé una muy buena presentación, que fue seguida de una agradable conversación en la mesa con el presidente Julio César Turbay Ayala, hombre muy amable, simpático y gran conversador.

Parece ser que al presidente le gustó lo mío, que le di buena impresión y le hablaron bien de mí. En menos de dos días me llamó para decirme que quería que le manejara Carbocol. Inmenso era el honor que me hacía, importantísimo el proyecto que ponía en mis manos, grandísimos el desafío y la responsabilidad que me entregaba. Si bien la parte energética era familiar para mí, compartir el montaje y el manejo de una de las minas más grandes del mundo [El Cerrejón] me aportaría

una oportunidad única de aprendizaje sobre ese tema tan importante y de tanto futuro en el país. Había seguido más o menos de cerca los duros debates que el senador Luis Carlos Galán había entablado contra la firma del contrato de asociación Carbocol-Intercor, me dejaban tranquilo para aceptar. Sentía, además, que la experiencia adquirida con los montajes de Forestales Doña María y Procecolsa, la planta de pulpa para papel, sumada al arranque que siempre he llevado por dentro, no solo me daban la capacidad, sino que me imponían la obligación personal, familiar y patriótica de aceptar el cargo.

[...]

El desarrollo de El Cerrejón debe hacerse con plena apertura al país

Entrevista de Darío Fernando Patiño. *La República*. Julio 26 de 1982.

Cuando el economista Jorge Eduardo Cock Londoño dejó la gerencia financiera de ISA en Medellín para ocupar la gerencia general de Carbocol en Bogotá, esta última empresa apenas comenzaba a surgir a la luz pública nacional, después de haber permanecido por mucho tiempo en un relativo anonimato por el todavía incierto futuro carbonífero del país.

El resurgimiento de Carbocol, que empezó a ocurrir hace por lo menos 24 meses, tenía una causa fundamental e indiscutible: la consolidación de los dos más grandes proyectos para explotación de carbón en toda la historia del país: El Cerrejón Zona Norte y El Cerrejón Zona Central.

[...]

Después de once meses de ininterrumpido trabajo dentro de la empresa, a lo largo de todo el país y fuera de él, el señor Cock Londoño, antioqueño de nacimiento y de crianza, logró evidenciar un primer objetivo el pasado miércoles 21 de julio: inaugurar en compañía del presidente El Cerrejón Zona Central.

En el diálogo con *La República* el ejecutivo de Carbocol se alejó un poco de los aspectos técnicos, que necesariamente han caracterizado sus declaraciones para expresar su opinión sobre las críticas y los debates que han generado los proyectos, el futuro inmediato de El Cerrejón, las perspectivas de comercialización del carbón colombiano y la forma como nuestro país asumirá por completo la explotación del mineral.

Lo bueno de las críticas

El señor Cock reconoció la serie de argumentos presentados por la opinión pública en contra del proyecto y los contratos que para su ejecución se efectuaron, pero resaltó de ellos el beneficio que dejaron para la nación.

Su pensamiento sobre el particular lo resumió así:

«Yo creo que el debate ha sido, en varios sentidos, conveniente para el país. Era normal también que existiera, pues es el contrato más grande que se ha firmado en la historia de Colombia; aparte de esto, comprometía el desarrollo de un recurso grande. Ahora, me da la impresión —es más, estoy convencido— de que faltaba mucha información y, aunque las críticas se hacían con base en el análisis de los contratos, tal vez hubo diversas interpretaciones que se desviaron un poco de la realidad, que dieron origen después a muchísimos argumentos que luego se han desvanecido hasta el punto en el que el debate está prácticamente superado. El país ha entendido la bondad del contrato, al menos el que más se ha criticado con la Exxon-Intercor.

Ahora lo que se mira es la manera de su ejecución y de su pronto desarrollo para que entre a producirle al país. Ha habido divergencias de opinión frente a algunos aspectos concretos, pero precisamente esto ha sido una oportunidad para explicarle al país y despertarle el interés en el proyecto. Creo que lo hemos logrado.

Sobre todos los aspectos, de mercado, de financiación, de ventajas y desventajas para el país, creo que uno de los alcances más importantes es el haber conseguido una imagen más positiva ante la opinión pública, que sacó el debate de los recintos del Congreso al cual se había reducido inicialmente, mientras que las críticas se daban en distintos niveles. Nosotros nos empeñamos directamente como empresa colombiana de la explicación del contrato, labor que en un comienzo estaba haciendo Intercor. La tarea se desarrolló y abarcó todos los ambientes

Director: Darío Arizmendi Posada
Gerente: Julián Montoya Correa
Asistente de Dirección: Marta Botero de Leyva
Jefes de Redacción: Piedad Correa Z.
y Víctor León Zuluaga

EL MUNDO
El Diario Liberal de Antioquia

Medellín, Viernes 23 de Julio de 1982

Consejo Editorial
Alvaro Uribe M., Presidente
J. Mario Aristizábal, Francisco Pérez G.
Germán Vélez G., Gabriel Poveda R.
Gilberto Echeverri M., Enrique Gaviria
Carlos Posada Uribe y Oscar Mejía Mesa

El Cerrejón: una realidad

Con la puesta en marcha del proyecto carbonífero del Cerrejón Central, efectuada por el Presidente Turbay este 21 de julio, Colombia dio un paso gigante en el proceso de su desarrollo. Lo que hasta ahora había sido sólo sueños, propósitos o posibilidades remotas, se ha hecho realidad. La era del carbón se ha iniciado y con ella se abren para el país promisorios horizontes de riqueza, que no puede menos que influir positivamente en el futuro de todos los colombianos.

El proyecto del Cerrejón ha motivado toda clase de debates. Es bueno que así sea. No se puede hacer claudicar la soberanía nacional en aras de espejismos fatuos. Pero tampoco se pueden coartar las obras de aliento y de progreso, por miedos o timideces sin sentido. El crónico complejo de inferioridad que tantas veces nos ha mantenido a la zaga del desarrollo, debe desaparecer para dar paso a la búsqueda audaz de nuevos caminos, a tono con los tiempos actuales y las exigencias del mundo y la nación.

No significa lo anterior, por supuesto, que nos podamos dar el lujo de embarcarnos en obras sin sentido, echándonos alegremente en manos de la improvisación y la dependencia. También la historia ha sido rica en tristes experiencias en las que el país ha sido víctima de su propia ingenuidad. Por eso nos parece conveniente que sobre el proyecto del Cerrejón se mantenga siempre abierto el ojo fiscalizador del gobierno y de la opinión pública, de manera que se eviten errores que a la larga perjudican irremediablemente la buena marcha de la nación.

Pero las cautelas y cuidados no deben desdibujar la importancia y la magnitud de la explotación de carbón que ahora se inicia. Porque el Cerrejón Central es el comienzo de un vasto plan de explotación carbonífera que pondrá a Colombia a la cabeza de los países exportadores, no sólo en América Latina, sino en el mundo entero. Como lo advirtió el jefe del Estado, el país posee las mayores reservas de carbón de toda Latinoamérica. Las reservas probadas en siete de las 32 zonas potencialmente ricas en carbón que tiene el país, ascienden a 16 mil millones 600 mil toneladas, lo que equivale al 38 por ciento de los 43 mil millones de toneladas estimadas en América Latina. Por otro lado, según lo señaló el Ministro de Minas, Carlos Rodado Noriega, en oportunidad anterior, Colombia estará exportando en el año 2000 un total de 60 millones de toneladas de carbón, es decir, un 10 por ciento de la demanda mundial, lo que le reportaría, a los precios actuales de la tonelada de carbón, un ingreso de divisas de 30 mil millones de dólares por concepto de ventas de carbón.

Son cifras fabulosas. El Cerrejón (Zona Central) que el pasado miércoles comenzó su explotación, estará produciendo un millón 500 mil toneladas anuales hasta 1989, año en que Carbocol explotará el carbón en forma autónoma. El primer embarque para exportación oscilará entre las 30 y 60 mil toneladas y son múltiples los contactos que se han hecho con países extranjeros para vender el mineral. Carbocol firmó ya un contrato para entregar a España 5.6 millones de toneladas en el lapso de diez años a partir de 1986.

año en que comienza la explotación de la zona norte de el Cerrejón. A este tenor, bien vale la pena recordar la recomendación de que el gobierno busque la mejor opción de venta, de manera que no se vea comprometido a unos niveles de precios fijos que le signifiquen pérdidas o condiciones desfavorables. Hay que manejar con tino y sabiduría la riqueza de nuestros suelos y no dejarnos deslumbrar por la abundancia.

Un punto digno de destacar en este proyecto del Cerrejón es la perspectiva de redención que para La Guajira implica la explotación de los ricos yacimientos de su subsuelo. Ordinariamente, las regiones mineras han permanecido al margen de la riqueza que en su seno se explota. No ocurrirá así en La Guajira. Por concepto de regalías el departamento recibirá mil millones de pesos al año. Aumentará el empleo y una verdadera inyección de progreso llegará a una región tradicionalmente abandonada del desarrollo nacional. En Bahía Portete se construirá el primer puerto carbonífero de América Latina, con capacidad para barcos hasta de 150 mil toneladas.

Una nueva era nace para el país. Nos alegra que haya sido una administración liberal la que haya dado los primeros pasos del proyecto del Cerrejón y el gobierno de Turbay Ayala el que haya puesto en marcha la primera etapa de explotación. Es bueno para el país pensar en grande y no eludir los desafíos del futuro.

mediante conferencias, artículos de prensa, televisión, radio, folletos, revistas, etc. Aprovechamos todas las oportunidades que los medios nos brindaron, pero de lo cual me precio es: sin pagar un solo centavo. O sea, utilizando la simple información y la pura divulgación sin invertir un solo peso en propaganda pagada».

El surgimiento de Carbocol

Con El Cerrejón la nación vio surgir también la empresa Carbo-nes de Colombia que, aunque existía, no revestía una especial importancia. Los que han estado cerca de Carbocol en el último [sic] aseguran que el resurgimiento de esta entidad tiene mucho que ver con la acción del gerente actual. Sobre esta anotación el señor Cock respondió: «No me gustaría personalizarlo o atribuírmelo; es la labor de un equipo. Además, la misma trascendencia de los proyectos ha permitido, al explicarlos, la oportunidad de dar a conocer la importancia de la empresa. Este hecho tiene algo muy positivo: poner a Carbocol frente a frente con la opinión pública y conseguir una permanente vigilancia. Considero fundamental que se mantenga constantemente informada y tenga la oportunidad de opinar con fundamento sobre los desarrollos de una entidad que maneja tantos recursos del Estado. Esto se tiene que hacer con plena apertura al país. Hasta ahora, tengo el orgullo de haber recibido críticas que, al considerarlas correctas, nos han hecho enderezar las cosas hacia los aspectos más positivos».

[...]

Colombia sí podrá sola

El sistema de explotación a cielo abierto dio pie a una serie de críticas; entre ellas, que Colombia no estará en capacidad dentro de 23 años de asumir por completo la explotación del carbón. Se dice que la tecnología con que contará el país en esa oportunidad no estará a la medida de las necesidades que se habrán adquirido.

El señor Cock dijo al respecto:

«Estoy completamente seguro de que seremos capaces. Aunque la tecnología hubiese avanzado o evolucionado, la cuenta conjunta no está casada con una sola tecnología. Obviamente, hay un plan minero para seguir; como todo plan, debe ser dinámico y aceptar todos los cambios que se generen, además de adaptarse a ellos. De tal manera que, a toda hora, debe tener la tecnología más eficiente y económica para ser competitivos. De esa manera, cuando lleguen los 23 años para la total reversión a Carbocol, contará con la última tecnología que existe en el mundo.

Carbocol tendrá, le aseguro, excelentes técnicos, como desde ya los ha ido adquiriendo con el mismo Cerrejón Central, donde la gente está aprendiendo. Yo he considerado que El Cerrejón es la gran escuela donde se han de preparar los técnicos para todas las otras explotaciones del país, no solo carboneras, sino de otras minerías en grande que se desarrollarán en el país en los próximos años.

[...]

¿Unificar tarifas eléctricas?

Revista Antioqueña de Economía.
N° 9, enero-marzo de 1983.

El costo de los servicios públicos para el consumidor es un tema que entraña un alto grado de complejidad, por la diversidad de factores y objetivos que deben entrar en juego para su determinación. Las tarifas de energía eléctrica, que han dado para tantas y tan difíciles discusiones y problemas en los últimos tiempos, tienen componentes adicionales que dificultan aún más la fijación de su estructura y nivel. Desde aspectos como lograr la autosuficiencia financiera del sector o si el presupuesto nacional debe participar en las inversiones requeridas para prestar el servicio, si se les cobra más a unos sectores económicos que a otros, si diferenciar tarifas por niveles de consumo, si se basan en costos de lo existente o en el costo del servicio adicional, si se cobra más donde cuesta más o si lo mismo en todas partes, hasta elementos puramente políticos participan en tan delicado asunto.

La existencia de tarifas diferentes en las entidades regionales que prestan el servicio en Colombia o su unificación a nivel nacional es, tal vez, el más delicado de los temas al respecto. A introducirnos en esa problemática, a aportar algunos elementos de juicio, apuntan estas notas.

Tarifas de consumo residencial

1. A pesar de este diferencial, todavía tenemos en algunas ciudades consumidores residenciales de tres y cuatro mil KWH por mes, al lado de una inmensa masa que solo alcanza a utilizar cien o doscientos.

2. Aproximadamente 1180 millones de pesos en 1983, con un total estimado de 78 800 millones de pesos de ingresos por ventas de todas las empresas del sector.

Las tarifas de energía eléctrica, como los precios de cualquier producto, tienen un importantísimo papel de indicador o señal económica. Correctamente establecidas, las tarifas deben reflejar el grado de dificultad, escasez y costo que para la economía representa el suministrarla. Para lograr este objetivo, existen diversas formas de estructurar esquemas tarifarios. Cualquiera que este sea, puede hacerse progresivo en su aplicación al servicio residencial; de manera que, a mayor consumo mayor tarifa, respondiendo en parte a esa necesidad de llamar la atención sobre los costos que resultan de un consumo individual alto.

Pero, al mismo tiempo, las tarifas de energía pueden y deben cumplir una importantísima función social como elemento redistributivo. Es el objetivo que se busca primordialmente con una estructura progresiva de las tarifas. Se logra bastante esa redistribución, o subsidio cruzado, al intentar que los consumidores de bajos ingresos, que normalmente son los que consumen menos energía, paguen tarifas por KWH muy inferiores a las que pagan los consumidores de alto ingreso, que son los que más la utilizan, gastan y malgastan. En Colombia se ha avanzado bastante en la aceptación e implantación de la progresividad, y es así como ya tenemos en algunas ciudades esquemas que implican tarifas hasta de ocho o diez veces más para los altos consumos que para los bajos. Diferencias tan grandes han creado dificultades y engendrado ciertos problemas, pero cumplen su función redistributiva al facilitar el consumo de la población de más bajo ingreso; al mismo tiempo, indican los altos costos del consumo elevado. Con ello, lo castiga o lo restringe para que el cliente lo reduzca o pague por él y tome consciencia¹.

Dentro de la escala de consumo existe un primer rango que podríamos denominar «de consumo vital». Corresponde a los primeros KWH por mes que cualquier consumidor residencial requiere para el funcionamiento mínimo de su casa y al de todas las familias de ingresos bajos y medios que, no solo por razones de economizar el pago de la factura de energía, sino por alcance de la red de su residencia y disponibilidad de aparatos eléctricos en la misma, no sobrepasan determinados límites. Hace algunos meses, el gobierno nacional implantó la unificación de tarifas para los rangos de consumo comprendidos entre 0 y 400 KWH por mes con un sistema de tarifas de referencia, al cual deben ajustarse todas las empresas eléctricas del país.

Igualar el límite para todo el país conduce ya, de por sí, a una grave inequidad. Por ejemplo, los consumidores de Antioquia, del Viejo Caldas y del Valle cocinan con electricidad, mientras que los de Bogotá lo hacen con «cocinol», fuertemente subsidiado. Sin embargo, por no ser este el tema central que nos ocupa, aceptemos que esa delimitación única sea correcta.

Esta unificación de tarifas para los bajos consumos con la deficiencia anotada, aunque tiene un costo para las empresas eléctricas en su conjunto², por cuanto unas tienen que suspender temporalmente incrementos que tenían programados, es perfectamente justificable como parte de una política social: hacer que todas las familias de menos ingresos en el país paguen bajos costos por la energía. Hasta el límite de los 400 KWH por mes se logra una importante cobertura: aproximadamente

el 67 % de los consumidores totales del país está por debajo de este tope, con ello se puede considerar que el gobierno ha cumplido perfectamente su compromiso de unificación de tarifas. Hasta ese nivel de objetivo social, el asunto está muy bien; pero de ahí en adelante, en los consumidores residenciales, en el consumo industrial, el comercial y el público la unificación es inequitativa, innecesaria y perjudicial: no conduce a solucionar problema alguno. Por el contrario, crea graves problemas financieros, institucionales, enfrentamientos regionales, etc.

La tarifa nacional de intercambio

Otra cosa muy diferente es la tarifa nacional a la cual ISA (Interconexión Eléctrica S.A.) compra y vende energía entre sus accionistas, que son las empresas eléctricas regionales. ISA suministra energía de sus propias plantas y de las de sus accionistas que tengan superávit, según el momento, a un precio único, para cada tipo de energía, que es el mismo que paga por la que compra. De esta manera, el costo de energía para cada empresa regional es el resultado de la mezcla de la energía generada en sus propias plantas y de la comprada a ISA. En la medida en que las empresas regionales aumenten la proporción de energía comprada a ISA sobre el total requerido, tienden a reducirse las diferencias de costo promedio entre las regiones, acercándose dichos costos a la tarifa única de intercambio de ISA. Este costo es la base para la fijación de las tarifas a los consumidores en cada región. Como dijimos, tiende a acercarse en las distintas regiones, pero de todas maneras tendrá la diferenciación que implique la participación de la energía generada en las plantas propias de la respectiva empresa regional. Y para bien o para mal, la influencia será favorable o desfavorable según los costos de las plantas de propiedad de dicha empresa.

De todas maneras, parece ser que es a esta tarifa nacional de intercambio a la que se refieren algunos escritos de fondo, como las *Bases para el plan de desarrollo de Antioquia*, cuando tratan temas institucionales o financieros del sector eléctrico.

Diferencias regionales en los costos de energía

La existencia de costos diferentes de generación entre una región y otra no es el fruto de acciones caprichosas ni abusivas de determinadas regiones o entidades, o del gobierno. Es producto de dos factores fundamentales: la dotación de ciertos recursos naturales y la eficiencia en su manejo.

La dotación de recursos más aptos o menos buenos para la generación de energía eléctrica es un hecho de la naturaleza, así como la existencia de sal y pescado en el mar, el poseer costas con o sin bahías, buenas o inutilizables, tener tierras planas, irrigables y fértiles para cultivar o disponer de petróleo, gas o carbón en determinados sitios y no en otros.

La posibilidad de generación eléctrica a mayores o menores costos depende de la disponibilidad, los costos de combustibles para la térmica y de la confluencia de diversos factores, naturales también, que combinados hacen posible la generación hidroeléctrica. Esos factores son fundamentalmente las corrientes de

3. Generalmente, la confluencia de esa combinación de factores, que hacen económica una central hidroeléctrica, implica pobreza de otros recursos. Donde hay tierras planas y fértiles difícilmente se encuentra un buen sitio para generar electricidad económicamente; donde se encuentra la topografía rugosa, de grandes pendientes, muchas veces erosionada, difícilmente se encuentra tierra plana y fértil. Si la hay, arrastra un costo social muy alto.

agua y la configuración topográfica que, adicionados a otros elementos, como las condiciones geológicas para construir presas, vías, túneles, etc., la disponibilidad de materiales de construcción cerca o lejos del sitio, las obras existentes que haya que reemplazar, hacen más o menos costosa una planta generadora y su producto: la electricidad³.

Iguals razones explican porqué los costos de producción de azúcar, algodón, frijol y sorgo en el Valle, el Tolima o la Costa, y los de papa, trigo y cebada en el altiplano oriental, son bajos y en cambio prohibitivos en la zona montañosa central. Explica también porqué la gasolina es más barata en Barrancabermeja o en Cartagena que en los terminales de oleoducto y en estos es más baja que en los sitios a donde solo llega por carrotanque. Sencillamente, el pescado es más barato en la Costa que en Bogotá, y las maderas del Caquetá cuestan menos en Florencia que en Medellín. Si se llega a construir el gasoducto de Occidente, mal podríamos pretender los antioqueños pagar el gas en Medellín al mismo precio que les cuesta a los guajiros. Simplemente, se produce allá y transportarlo requeriría de una infraestructura y una operación que valen. Y si se llegase a establecer un precio único para ese gas en Medellín y Riohacha, alguien tendría que cargar con ese costo. Seguramente la única fórmula viable se encontraría en cobrarlo más alto a los guajiros, para que los antioqueños pudiesen tenerlo más barato. Y todo ello, ¿por qué y para qué?

El otro factor importante en los costos de generación y distribución de energía es el de la eficiencia en el manejo de los recursos. Esta eficiencia debe comprender todos los pasos del largo y difícil proceso que hay que recorrer para poner un KW en la bombilla de un usuario o en el motor de una fábrica. Desde la búsqueda e identificación de posibles proyectos, registros hidrológicos, complejos estudios de factibilidad técnica y económica, planeación y ordenación de proyectos, diseño, financiación, construcción y luego operación y entrega de la energía por todo el sistema de transmisión y distribución. En este punto también hay diferencias importantes que deben ser muy tenidas en cuenta para entender por qué hay diferencias regionales en los costos de energía.

Efectos de la unificación tarifaria

La unificación de tarifas a nivel nacional para toda clase de consumidores tiene, entonces, solo efectos negativos.

- Castiga la eficiencia de las empresas regionales que la han tenido, y premia la ineficiencia de las que no.
- Conduce a una asignación espacial de recursos económicos distorsionada artificialmente. Las actividades productivas altamente consumidoras de electricidad normalmente buscan en el mundo los países, y a nivel de países, las regiones donde se produzca más barata la energía. Si esta cuesta lo mismo en todas partes, las industrias se ubicarán en cualquier sitio favorecido por otros factores, cargándole al país un costo extra por el suministro de energía a igual precio en el sitio donde quiso ubicarse.
- Al no reflejar los costos de cada región se opaca, se elimina en gran medida el importantísimo papel de indicador o señal que las tarifas tienen o deben

tener. Las tarifas iguales inducen a consumir más electricidad en regiones donde posiblemente será indicado usar más gas o carbón.

- En los consumos residenciales más altos, los que estén por encima de lo que hemos definido como consumo vital, los precios que se paguen serán artificialmente bajos en las regiones donde, por razones de dotación natural, deberían ser más costosos, lo que implica un incentivo y un subsidio al derroche. Y ese subsidio tiene un costo.
- Los extracostos mencionados en los puntos anteriores, para que algunas regiones puedan consumir energía más barata que lo que les costaría en condiciones normales, deben ser sufragados por alguien. Ese alguien, con muy alta seguridad, será el grupo de consumidores de las regiones que, escasas en otros recursos, tienen la dotación natural para producir energía barata y han sabido administrarla eficientemente.

La unificación tarifaria no soluciona nada

La diversidad de tarifas eléctricas al consumidor por encima del nivel de consumo vital, cuyas razones de ser y existir hemos explicado, no es ni puede ser ni crear un problema para el país distinto del aspecto político, emotivo y de molestia que unas personas pueden sentir porque otras tengan acceso a un servicio más barato.

Ese aspecto político o emotivo es problema solo en la medida en que se utilice para avivar o despertar insanos sentimientos regionales. La unificación de tarifas para solucionar ese tipo de problemas sería como pretender unificar en todas las regiones los precios de los distintos productos, materias primas y servicios que el país consume.

Si lo que se pretende es buscar alguna solución al problema financiero del sector eléctrico, la unificación de tarifas al consumidor, de por sí, no aporta ninguna solución. Existiendo las diferencias, si la igualación se hace por lo bajo, el problema se agravaría. Si la nivelación es por lo alto, no podrá ubicarse tan arriba como para que incrementen los flujos de fondos de las empresas de más altos costos, y lo único que se ganaría serían excedentes financieros en las empresas que tienen más bajo costo. Pero resulta que esos mayores recursos serían de propiedad de empresas regionales, y por eso no podrían disponer de ellos ni las otras empresas ni el gobierno central sin afectar profunda y arbitrariamente los derechos de esas regiones, lo

que desataría la más dolorosa y dañina lucha regional. El aporte, entonces, a la solución del problema financiero es ninguno. ¿O se le ocurrirá a alguien nacionalizar todas las empresas y crear un gigante más monstruoso, paquidémico e ineficiente que todos nuestros monstruos juntos? Ese sería otro tema.

Que el gasoducto incluya a Antioquia

El Colombiano. Mayo 13 de 1987.

Con el liderazgo del ministro de Minas y Energía, el doctor Guillermo Perry R., el gobierno nacional ha impulsado un proyecto de gran trascendencia para el país: el gasoducto central, por el cual se espera llevar gas natural de la Guajira a varios sitios del interior.

El gasoducto iría a Barrancabermeja para abastecer los requerimientos energéticos del complejo petrolero en reemplazo de los yacimientos vecinos, cuyas reservas están ya casi totalmente agotadas, hasta Bogotá para suministrar a la industria y el consumo residencial. Obviamente, se proyecta abastecer muchos centros urbanos que quedan en la ruta, reforzar el suministro existente a Bucaramanga y, posiblemente, a las operaciones de recuperación de crudos de Cocorná; también se procedería al suministro de gas natural comprimido como combustible automotor en Bogotá y otras ciudades.

Por el momento han iniciado los estudios de factibilidad, pero los cálculos preliminares del señor ministro y sus asesores permiten esperar muy alta rentabilidad, tanto privada como económica y social.

Dependiendo de diversos factores, como la distancia de transporte, el gas natural resulta normalmente muchísimo más económico que cualquier otro combustible para la industria, especialmente cuando se trata de reemplazar combustibles líquidos. Su eficiencia es muchas

veces más alta que la de la energía eléctrica en el uso doméstico para el calentamiento de agua y la preparación de alimentos. Su utilización en el servicio residencial resulta, sin necesidad de subsidio alguno, en una factura bastante más baja que la equivalente de energía eléctrica. A Europa Occidental lo llevan desde Siberia.

Del servicio de gas mediante redes domiciliarias se han beneficiado las ciudades de la Costa Atlántica, Neiva, Bucaramanga y Barrancabermeja; y aceleradamente se extiende, por acción el gobierno, a más y más pueblos de la Costa y barrios de bajos ingresos de las grandes ciudades de esa región.

La idea de llevar el gas hasta Bogotá parece ser la mejor solución para el problema del cocinero que, además de los muchos niños quemados y muertos, le cuesta a Ecopetrol más de cinco mil millones de pesos anuales en subsidio, que se concentra en esta sola región del país y que, ya establecido, no se ha podido solucionar de otra manera. Los barrios del sur de Bogotá serán abastecidos inicialmente por otro gasoducto que se traerá de los Llanos Orientales.

En Antioquia, tal vez porque tenemos hoy la energía eléctrica más barata y condiciones que nos permiten mantener una cierta situación de ventaja, nos hemos quedado totalmente quietos, como simples espectadores, sin aprovechar la oportunidad de tener este excelente beneficio que sería el gas. Quizá por la misma razón, y porque nadie lo ha pedido, no se ha propuesto. En el estudio no se contempla, hasta ahora, el abastecimiento a Medellín. Y quedarnos por fuera puede significar una gran desventaja para muchas industrias actuales y potenciales a futuro. Y, más grave aún, la exclusión de sus moradores del beneficio de esta energía más barata para su consumo doméstico.

Si resulta factible construir el gasoducto central, traer el gas al Área Metropolitana de Medellín debe resultar con un costo incremental muy bajo. La distancia, la ruta y las instalaciones del poliducto Puerto Berrio-Medellín implicarían economías muy significativas en los costos

de inversión y operación. Además, se podría irrigar de paso toda la zona del nordeste antioqueño, de las más pobres y necesitadas del departamento.

Pero la inclusión o exclusión de Antioquia en los ramales del gasoducto tiene que ser decidida ahora, en el momento de su dimensionamiento. Todavía es oportuno. Después será imposible cualquier acción correctiva. Por eso, debe ser urgente empeño lograr que, de alguna manera, nuestro mercado sea incluido en los estudios.

Antioquia y su desarrollo eléctrico

El Colombiano. Julio 27 de 1988.

En los últimos tiempos, y especialmente a raíz del proyecto de creación de la Comisión Nacional de Energía, se han escuchado pronunciamientos de distinguidos dirigentes que manifiestan profunda preocupación porque se vaya a «saquear nuestro potencial hidroeléctrico» y «a castigar la eficiencia de la ingeniería antioqueña», debido a que se va a sacar de Antioquia, un importante centro de decisiones, y se van a perder el poder y la autonomía que ha tenido la región para sus proyectos de generación eléctrica.

Aunque es encomiable el celo por cuidar lo propio, son estas unas apreciaciones bastante equivocadas, cuya aceptación equivaldría a afirmar que los desarrollos eléctricos de Antioquia no se han hecho por razón de sus bondades intrínsecas, sino por decisión autónoma y de exclusiva conveniencia, o por el poder que haya ejercido Antioquia en mesas de discusión o negociación.

Pero nada más lejano de la realidad. Por una parte, desde hace mucho tiempo, con la interconexión, la integración de los sistemas y otras poderosas razones económicas de utilización de créditos, divisas, etc., el desarrollo de proyectos de generación no se puede hacer autónoma y aisladamente, sino tras un proceso de más de seis aprobaciones, que se inician con la verificación de que obedecen a un estricto ordenamiento de mínimo costo. Por otra, si bien los intereses de Antioquia han sido representados con dignidad y altura, la voz de los antioqueños en los foros y centros de decisión sobre la materia no se ha impuesto por la simpatía que nos tengan o por el ejercicio de un gran poder ni por negociaciones, presiones e influencias, formas que no son precisamente el fuerte de nuestra manera de actuar y que poco lograrían ante los

participantes y socios de otras regiones o ante las autoridades responsables de las diferentes aprobaciones a que ya se hizo alusión.

No. Si los desarrollos de Antioquia se imponen, es por razones muy objetivas, respetables y de mucho peso que esos participantes y socios de otras regiones jamás han discutido, como son las características propias de los proyectos, la seguridad con que se estudian y la eficiencia con que se ejecutan. Estas razones, especial y objetivamente las condiciones topográficas, geológicas, hidrológicas y otras cualidades que la naturaleza nos ha otorgado —de pronto en compensación por las malas tierras con que para otros efectos nos dotó—, hacen de nuestras centrales de generación las más económicas y seguras. Y es por eso por lo que, en materia de generación eléctrica, todo el país ha confiado, confía y —con toda seguridad— seguirá confiando mientras sea el peso de la razón el que nos mantenga en la posición de liderazgo que hemos tenido.

La nueva refinería

El Tiempo. Octubre 8 de 1990.

Comenzó a discutirse la localización precisa de la nueva refinería, que hasta ahora se conoce como del Magdalena Medio. El tema es trascendental y delicado porque cualquier equivocación, por pequeña que sea, tiene graves repercusiones de extracostos para todo el país y por toda la vida. Por eso, la decisión debería ser absolutamente racional, basada solo en evaluación de máxima conveniencia y mínimo costo para el país, y no en presiones e intereses regionales o locales, como por donde lamentablemente han orientado la discusión y que, en otras oportunidades y sectores, han causado grave perjuicio a la economía nacional.

Avisos de prensa publicados recientemente decían, por ejemplo, que los estudios de la Bechtel y de Arthur D'Little señalaban a La

Dorada como el sitio escogido para el proyecto. El estudio de Arthur D'Little no toca el tema, y el de la Bechtel dice así (traducción nuestra): «Para el estudio económico se asume que la refinería se localiza en La Dorada. Se requiere una evaluación detallada de sitios específicos en el área de La Dorada o a lo largo del corredor del oleoducto de Puerto Salgar-Velásquez para llegar a un sitio óptimo para la refinería».

Tampoco la existencia de la base aérea de Palanquero es una ventaja para la ubicación en ese sitio, como se afirmaba por radio en estos días, pues las propias restricciones técnicas de esa operación aérea militar exigen una distancia mínima de treinta kilómetros. Es necesario entonces desplazarla en el corredor indicado por la Bechtel, o sea hacia el norte.

La macrolocalización en ese corredor y la razón misma de la refinería radican en dos razones fundamentales: la una, economía de transporte, pues tanto las reservas de crudo como los mercados colombianos se concentran en el interior del país —entre Bogotá y Medellín se absorbe el cincuenta por ciento del consumo nacional de hidrocarburos refinados—. La otra, dar utilización a las reservas de crudos pesados, que no se llaman así por contener plomo y otros metales pesados, como dijo hace poco un exministro de Minas y Energía, sino por ser densos, espesos y muy difíciles de transportar, lo que hace prácticamente imposible su comercialización o utilización lejos del yacimiento.

El extremo norte del corredor mencionado concentra elementos fundamentales para la localización de la refinería. Cerca de Puerto Boyacá se encuentran los campos de Velásquez, en la margen derecha del río Magdalena; y al frente, en la margen izquierda, los campos de Cocorná. Son todos yacimientos de crudos muy pesados, pero con reservas quizás más altas que las que tiene hoy Caño Limón. Allí llegan al Oleoducto Central del Llano, que recoge los crudos de esa inmensa zona. El que viene del Huila, con los del sur. El que sube productos de Pozos Colorados y de Barrancabermeja en ruta hacia Bogotá. Y de allí sale el famoso Oleoducto Colombia, que llega a Coveñas y que podrá operarse en sentido contrario para importar crudos cuando se nos agoten o cuando nos convenga.

Se tiene allí, entonces, el corazón, el centro de cruce de oleoductos más importante del país, montado justamente sobre los depósitos de crudos de costoso y difícil transporte que han de constituir más del 50 % de los utilizados en la refinería. No se necesita mucha inteligencia, ni pagar consultores extranjeros, ni construir modelos matemáticos para concluir que en ese núcleo deberá localizarse la refinería. Aparece entonces

la definición de a cuál lado del río se construye. Pero, nuevamente, la solución es fácil: por la margen izquierda corre la línea del ferrocarril, sistema de transporte valiosísimo para este tipo de actividad, y en cuya reestructuración internacional y recuperación está comprometido el país entero, en el cual se avanza satisfactoriamente. La microlocalización resulta obvia y el proceso se debe acortar para bien del país.

Ministro sin conocerme con el presidente

De mi vida. 2016. Pp. 163-172.

En agosto de 1994 fui nombrado ministro de Minas y Energía. Yo no conocía al presidente [Ernesto] Samper. Acababa de instalarme en una nueva oficina con mi firma Estudios, Proyectos y Consultoría Económica, EPCE Ltda.

Había comprado una casa que me gustaba muchísimo desde tiempo atrás, a media cuadra de la que tenía alquilada, bastante pequeña, donde inicié mi trabajo independiente como consultor. [...] Yo me pasé de último. Y a la semana de haberme instalado, entra mi secretaria toda exaltada a la oficina y me dice: «Doctor, doctor, al teléfono donde Samper». Y le pregunto: «¿Cuál Samper?» A lo que ella contesta: «¡Pues el presidente!» A mí se me enfrió la barriga. Nunca me lo esperé, pues jamás había cruzado una palabra con él. Sinceramente, sí me imaginé de inmediato que algo sobre mi carrera tenía que haber llegado a sus oídos porque, innegablemente, yo sí era muy conocido y con muy buen prestigio en los mundos de la minería y la energía. La gente que trabajaba en empresas de esos sectores, en consultoría, con el gobierno nacional, en las universidades de Bogotá, todos me conocían y sabían de mi trabajo. Pues bien, el presidente me dijo: «Jorge Eduardo, estoy con dos amigos tuyos que me dicen que tú debes ser mi ministro de Minas y Energía». Esos amigos, me dijo, eran José Antonio Ocampo y Guillermo Perry, a quienes conocía desde hacía doce o más años en el mundo puramente académico, profesional.

[...]

Con respecto a Samper, repito que no nos conocíamos; y no había participado, menos, en la campaña política que lo llevó a la presidencia. Guillermo Perry y José Antonio Ocampo sí le habían ayudado, pero en la estructuración de programas. Y estoy seguro de que, por lo que los conozco, no tenían ni

malicia de las cosas horribles de la campaña, que más adelante tocaré. Sabía que lo apreciaban mucho por razones de fondo, como la que me unía a mí con ellos: un espíritu de avanzada más cercano o con tendencia al socialismo que hacia el capitalismo salvaje o el excesivo neoliberalismo que por muchos lados nos golpeaba. Siempre lo trataban de Ernesto, de tú a tú; cosa a la que yo nunca me atreví. No me llamaba la atención llegar a eso. Lo conocían de tiempo atrás en el medio bogotano.

Entonces, volviendo a lo de la conversación, le di los agradecimientos por el honor que me hacía con ese ofrecimiento. Le dije que me encantaría poder servirle al país y que me sentía —en cierto sentido— obligado por mi recorrido en esos campos, pero que tenía una serie de impedimentos muy complicados de resolver, como una participación importante en una compañía minera de carbón para exportación y contratos con el Estado y sus entidades. Por ejemplo, le comenté: con Ecopetrol me acababa de ganar uno muy importante en asociación con Corfinsura y con un banco gringo de los más famosos. Era la primera vez que me había resuelto a participar en un concurso de méritos, porque era muy grande el honor de estar asociado con Corfinsura y con ese banco. De resto, a mí el trabajo me caía sin necesidad de buscarlo. Modestia aparte, a mí me buscaban como el más indicado para hacer el trabajo. El prestigio que me había ganado en mis doce años o algo así de estar dedicado a la consultoría. [...]

Como relámpagos pasaban por mi mente llamados potentes al sí y al no. De un lado, hacia la negativa, me asaltaban dudas de que los mencionados impedimentos efectivamente se pudieran arreglar completamente, pues por nada del mundo quisiera ser presa de acusaciones por inmoralidad. Lo que se sumaba al apego a mi actividad y al éxito que en ella estaba logrando y, humano también, el éxito económico que me estaba generando ¡Hasta mi nueva oficina! Era muy difícil para mí

zafarme de todo eso, incluido el avance en calidad de asociado en Colombia del señor John Merrill, prestigioso desarrollador de proyectos de generación de electricidad, con quien tenía proyectos grandes e interesantísimos, y de quien recibía por ello un buen ingreso a cuenta de lo que nos ganáramos en los proyectos, llamado en inglés un *retainer fee*.

Hacia el lado positivo, el de aceptar. Sentía innegablemente el orgullo de llegar a ese cargo; más por puros méritos, cero política. Pero lo más grande para mí era el sentimiento de obligación con el país, de lo que podría hacer desde ese cargo dados mi conocimiento, mi experiencia, mis relaciones personales con todos los temas y los mundos de la minería y la energía, esta última en todos sus campos. Me sentía preparado para ejercer el cargo y obligado a aceptarlo.

[...]

Siempre sentí que el presidente no era muy simpático conmigo. Mostraba una amabilidad algo forzada, de superior a subalterno, más de político que de amigo. Y poco me conversaba en situaciones informales, como los viajes.

Así transcurrió el tiempo hasta que, a los once meses y medio de iniciado el gobierno, estalló un terrible y vergonzoso escándalo que envolvió como un torbellino a todo el país. Algo que llenó muchas páginas de los periódicos por largo tiempo y que perdurará en la historia negra de Colombia: el Proceso 8000 (por el número que llevaba el caso en la Fiscalía General de la Nación). Fue el hecho en el que, yo diría que comprobadamente, entraron unos dineros del narcotráfico, concretamente del Cartel de Cali, a financiar los últimos empujes de la campaña presidencial de Samper. Un escándalo de dimensiones que nunca se había conocido, que jamás había pasado por mis oídos. Nunca me imaginé que algo así sucediera en un entorno tan importante y cercano a mí. Lloraba. Llorábamos Beaty y yo cuando a toda hora escuchábamos en los noticieros las confesiones de un personaje conocido como Medina, quien había manejado esos dineros, y nos enterábamos de las cosas que allí se hacían.

Tan pronto como eso estalló, el presidente nos pidió renuncia colectiva a todos los ministros. Lo que es muy corriente cuando hay una crisis grave: cambiar parte del equipo de gobierno, aceptarles a unos la renuncia y dejar los más cercanos y confiables para sus objetivos. Precisamente, yo tengo el convencimiento de que el presidente Samper decidió traerse de inmediato a Rodrigo Villamizar, un amigo suyo muy cercano que tenía como embajador en Japón, para que —independientemente de que conociera o no del tema del ministerio— se

dedicara a defenderlo en lo que se habría de venir en el Congreso de la República: las acusaciones y los durísimos debates que terminaron por absolverlo. Absolución que consideró gran parte de la opinión pública, incluida la mía, que fue lograda a base de comprar votos con puestos y contratos. [...] Fui citado por el presidente para que me comunicara su decisión de reemplazarme por un amigo que, con seguridad, me iba a gustar mucho. A lo que no tuve comentario alguno. Pero sí sé que por mi parte y mi voluntad le iba a renunciar. Yo no me hubiera quedado con un presidente así.

[...]

Así las cosas, mi ministerio resultó abrupto, dramático y tremendamente truncado y costoso en ingresos dejados de devenir, pero compensado con dos cosas valiosísimas: la satisfacción de realizaciones tan importantes como haber puesto a marchar todo el nuevo régimen legal e institucional para el sector eléctrico colombiano, definido en las Leyes 142 y 143 de 1994, en cuya concepción había participado por varios años. En el desarrollo de dicha ley, poner a funcionar y presidir la Comisión de Regulación de Energía y Gas (CREG), en la cual mis compañeros miembros por parte del gobierno eran Perry y Ocampo. Los miembros independientes como técnicos, ya en propiedad, eran grandes y viejos amigos míos de elevadísima talla profesional y plena confiabilidad. También, firmar las veinticinco primeras resoluciones de esa entidad (la CREG), entre las cuales están las que dieron su estructura al mercado mayorista de energía. Así mismo, concretar la escisión de ISA-Isagén y dar la aprobación y el banderazo de arranque al mencionado mercado mayorista de energía. Magníficos recuerdos de un trabajo en equipo, bien creativo y eficiente. Eso, por el lado del sector eléctrico.

Por los lados del de hidrocarburos, alcanzamos a discutir en la Junta de Ecopetrol las propuestas de reforma institucional para el

sector, contenidas en el estudio de consultoría que contratamos para ello, pero que seguramente por las ocupaciones del ministro muy amigo que se trajo del Japón el presidente para ayudarlo en su defensa en el Congreso frente al proceso 8000, hicieron que quedaran guardadas por ocho o nueve años, hasta cuando el ministro Luis Ernesto Mejía logró sacarlas adelante, parcialmente al menos, con la creación de la Agencia Nacional de Hidrocarburos y la definición de sus funciones. Y en el frente minero, después de creado el viceministerio del ramo, alcancé a dejar en ejecución el contrato de consultoría para revisar toda la legislación dispersa que regulaba el tema, y presentar un proyecto de reforma integral con transformaciones de fondo para el sector.

[...]

Minminas no le teme al Niño

Entrevista de Luz Dary Madroñero Pachón. *La Prensa*. Septiembre 26 de 1994.

Dos años después de la crisis eléctrica generada por el fenómeno del Niño, la inquietud vuelve a presentarse entre los habitantes del país como consecuencia de los anuncios sobre la presencia de un nuevo fenómeno similar, lo que podría generar un apagón de dimensiones semejantes al registrado en 1992.

Sin embargo, este tema no le causa escozor al ministro de Minas y Energía, Jorge Eduardo Cock Londoño, quien aseguró que el país está preparado para afrontar un verano similar al registrado hace dos años.

En entrevista concedida a *La Prensa*, el ministro de Minas expuso sus puntos de vista frente al fenómeno del Niño, el nuevo sistema de aumento de precios de la gasolina, licitaciones internacionales para exploración de nuevos campos petrolíferos, política petrolera y tributaria, y plan de gasificación. El siguiente es el contenido de la entrevista.

Se avecina un fenómeno climático como el del Niño, ¿cómo se va a afrontar la situación para evitar un nuevo apagón?

Aún no se sabe con certeza la llegada del fenómeno, pero existe la probabilidad de que se presente.

Sobre eso hay una cosa bien interesante: la vez pasada el Niño cogió al país totalmente desprevenido. Es decir, se supo en febrero, cuando ya no se podía hacer nada. En esta ocasión

lo sabemos anticipadamente, desde septiembre. Nos coge con los embalses llenos, con mucha capacidad instalada, un ejemplo es Guavio o las térmicas que montó Ecopetrol. Además, los equipos están en un mejor estado que antes, todo está estudiado al detalle y eso nos da la suficiente tranquilidad de que, aunque venga un verano intenso como el de la vez pasada, no va a afectar al país.

Además, estamos intensificando la vigilancia del mantenimiento de los equipos y el chequeo de su estado para verificar que estén disponibles en todo momento.

Pasaremos perfectamente un verano igual sin racionamiento. No se van a hacer inversiones, pero se está invitando a la gente a hacer un uso racional de la energía.

¿El plan de emergencia que se había montado para afrontar la crisis del momento cómo va?

Está todo listo. Ahora estamos con el desarrollo del plan de las otras instalaciones que estaban programadas.

La Asociación Colombiana de Ingenieros Electricistas, Mecánicos, Electrónicos y Afines (ACIEM), anunció que para evitar que se presente un apagón como el de hace dos años es necesario que el país realice inversiones de 3500 millones de dólares, de igual forma afirman que el Estado no cuenta con el dinero para evitarlo, ¿qué hay de cierto?

Hace mucho tiempo se dejó de hablar de que es el Estado quien debe realizar las inversiones. Son inversionistas privados quienes las harán. Hay muchísimo interés de parte del sector privado en realizar las obras. No hay duda de que ese dinero va a ser invertido por el sector privado.

[...]

La agenda petrolera

Poder & Dinero. Octubre de 1997.

Hoy casi nadie discute que Colombia tiene que hacer serios ajustes en varios frentes de su política petrolera, si quiere ser eficiente en el manejo de sus recursos de hidrocarburos y no correr riesgos elevados de desabastecimiento interno y de balanza comercial, en un futuro no muy lejano. Los tres más importantes de esos ajustes son, en mi concepto, hacer más atractiva la inversión petrolera en el país, dividir Ecopetrol en empresas especializadas y crear las condiciones para que la refinación deje de ser un monopolio de esa empresa.

Hacer atractiva la inversión

Las mejoras introducidas a los contratos de asociación en 1993 y 1995 indiscutiblemente produjeron efectos positivos sobre los principales indicadores de la actividad. De una curva decreciente se pasó a una ascendente en el número de pozos exploratorios perforados por año, en el total de empresas vinculadas al país y en el número de contratos vigentes para invertir en exploración y explotación. Los cambios que ahora se anuncian, como las condiciones especiales para la búsqueda de gas natural y quizás otros menores, son positivos y algo pueden ayudar.

Pero no son suficientes para imprimir el dinamismo que se requiere para no volvernos importadores a partir del año 2003. Hay que impulsar la búsqueda de todo tipo de campos —no solo grandes— y en áreas marginales, poco trabajadas hasta ahora. En especial, hay que incentivar la búsqueda y la explotación de campos pequeños, que son más del 90 % de los que se descubren en el país. Y ello solo se logra haciendo posible que el dinero invertido obtenga mejor rentabilidad. No se puede pasar por alto que un razonable nivel de paz y seguridad contribuiría enormemente en ese sentido.

Pero la mejora real puede ser por dos caminos complementarios entre sí: hacer flexibles los porcentajes de participación entre Ecopetrol y la asociada y hacer variables las regalías.

La flexibilización de las participaciones puede ser adoptada por la junta directiva de Ecopetrol. Consiste en facilitar que en campos pequeños la asociada pueda tener una alta proporción, que hoy es fija en la mitad de las inversiones y proporcional en la producción. La mayor proporción permite que se justifiquen más la inversión y el esfuerzo empresarial. Esto hace atractivo trabajar muchos campos que hoy no lo son.

Regalías, el punto principal

Requiere, eso sí, una reforma legal. Es que arrancar con un costo fijo igual al 209 % de la producción no hace viables económicamente muchos campos. Porque no es lo mismo encontrar un campo de 30 millones de barriles que uno de 600 millones. O encontrar crudo liviano que pesado, en el Magdalena Medio o en el Vichada, cerca de un oleoducto, o a 500 km de distancia. Por eso las regalías deberían ser distintas, dependiendo de esas variables, definidas en fórmulas paramétricas. En algunos casos resultará un porcentaje muy bajo. Pero es mejor un porcentaje de algo que el 20 % de nada. Y para el país sí que es bueno tener bastantes campos activos, y mejor aún trabajar 10 campos de 50 millones de barriles que uno de 500.

Dividir Ecopetrol

Por más que se establezcan centros de costos y cosas similares, el funcionamiento del monstruo Ecopetrol como una sola empresa arrastra y esconde tremendas ineficiencias. No se pueden conocer los costos unitarios reales de cada operación y cada producto. Se debería dividir la empresa, al menos en dos: una que maneje el recurso natural y contrate su explotación y explotación, inclusive con la otra que

EL TIEMPO

ENRIQUE DE OJEDA
EDUARDO SANTOS
 DIRECTOR GENERAL
ALFONSO VILLEGAS RESTREPO
 FUNDADOR
ROBERTO GARCÍA PEÑA
 DIRECTOR GENERAL
HERNANDO SANTOS CASTILLO
 DIRECTOR
ENRIQUE SANTOS CASTILLO
 EDITOR
LUIS FERNANDO SANTOS
 GERENTE
GUILLERMO SANTOS
 SUBGERENTE

EDITORIAL**Gabinete**

A la gente le encanta ver rostros nuevos en los gabinetes ministeriales. El "parto" de los Presidentes para seleccionar a quienes lo acompañarán en otra etapa de Gobierno, no siempre es fácil. Los dolores políticos presionan la llegada de los nuevos bebés, con pasión, con fervor y ansiedad. Pero como todo en la vida, finalmente salen a la luz del día los nombramientos. A veces llegan personalidades nuevas; otras, el equipo se fortalece con viejos soldados de la causa, y en ocasiones la combinación de lo uno y lo otro es el fruto de angustiosas horas para los candidatos y de la omnimoda decisión presidencial para escoger a quien corresponde asumir una gran responsabilidad.

En esta ocasión hubo de todo. Caras nuevas, caras viejas y —eso sí, lo declaramos por adelantado— personalidades llenas de empuje, a quienes la opinión tiene que abrir un compás de espera suficiente y muy necesario para facilitar la tarea nada fácil del nuevo gabinete. Una figura femenina que ha surgido en los últimos años es la ex Embajadora María Emma Mejía, con fuerza política importante y con personalidad que le permite escalar tan alta posición, va a ocupar el Ministerio de Educación. De ella se hacen lenguas en España por su capacidad diplomática y, no hay por que negarlo, hermosa deslumbrante. Su carrera comenzó en el muy difícil campo de la lucha contra la inseguridad en Medellín. Y hay algo que abonarle: no fracasó.

Otra cara nueva y promisoría, Augusto Galán Samimiento, estará a cargo del Ministerio de la Salud. Es un profesional reconocido en los medios respetables de la medicina. Se traslada de un cuidado intensivo a los corazones de tantos pacientes a su cargo, para dedicarse a cuidar la salud de los colombianos. No es empresa fácil, pero sabemos que se ha nombrado a un hombre de experiencia, conocimientos, con sentido humano y pulcritud a toda prueba.

Colombia contó en la Embajada de Tokio con un hombre que dará mucho que hablar. Se trata de Rodrigo Villamizar, joven exponente de la política y a quien con seguridad se le abren muy buenas oportunidades en el desempeño de una función al servicio de la nación. Fue embajador y diplomático tan eficaz que logró conformar un equipo admirable de colaboradores y, silenciosamente, casi con cierta timidez, logró establecer excelentes programas de trabajo e intercambio con el Japón.

En último término, por ser el de mayor edad, vamos a referirnos a un agricultor y ganadero bien conocido: Gustavo Castro Guerrero, representante de la Costa, quien manejará los asuntos complejos y hoy muy complicados del Ministerio de Agricultura. Con su experiencia y sentido político el nuevo ministro tendrá que luchar en el doble frente de la inseguridad y los fenómenos climatológicos que corresponden a su campo de trabajo.

Este breve análisis de los nuevos ministros permite deducir que el gabinete de "carácter social" que entrará a dominar el panorama republicano en el segundo año del gobierno Samper, es bueno. Y sea el momento de reconocer la obra de los ministros salientes, en especial la de todo un caballero, el de Minas y Petróleos, doctor Jorge Eduardo Cock, señor de tiempo completo, alejado de la política y a quien por inexperiencia le "enredaron" los periodistas su muy difícil labor. La opinión registra complacida la aparición de un antioqueño de su talla, que se alejó del panorama industrial para introducirse por un tiempo en el de la política.

Una buena decisión

Nos parece que fue lógica y oportuna la decisión que tomó el ministro de Minas y Energía, Jorge Eduardo Cock para prescindir de los servicios del presidente de Carbocol.

Este funcionario había incurrido en actos de ligereza administrativa, bastante vecinos por cierto a la indolencia, si nos atenemos a lo expresado, no sólo por el ministro, sino por la revista "Semana" que en su última entrega confirma el hecho de que el señor Pretel Emiliani iba a cancelar una cena que ofreció a varios funcionarios del Estado colombiano, por cuenta de Carbocol. Es decir, ni más ni menos, creyó que esos recursos eran parte de su dinero de bolsillo. Si al final del melodrama el presidente de Carbocol tuvo que extender el cheque salido de su cuenta

personal, se debió a que oportunamente se denunció la acción anómala que iba a cometer.

Los funcionarios del Estado no sólo deben ser —como la mujer del César— honrados, sino aparentarlo. Y al ser eficaces también tienen que tener como atributo la honestidad. Sin probidad e idoneidad será difícil superar todas las tribulaciones que en materia ética y administrativa tiene el Estado colombiano.

Ojalá la decisión del ministro Cock Londoño tenga eco en otras dependencias de la administración pública para que se siga con la depuración de nocivas costumbres, saneamiento que tanta falta hace para corregir nuestras avilantes empotradas en la burocracia oficial.

TORRE**Gabinete y DLN con caras nuevas****D'ARTAGNAN**

Es ahora al Partido al que le urge sacudirse y remozarse, si aspira a cultivar audiencias escépticas, o espantadas por la politiquería...

¿Deben ser los ministros, además de funcionarios aptos, buenos interlocutores, o animadores, frente a la prensa, la radio y la televisión?

Tiene razón Silverio Gómez cuando en reciente nota en *Portafolio* advierte que no necesariamente hay que descalificar a aquellas figuras técnicas, de bajo perfil público y acaso con algunas dificultades de comunicación, por el hecho de que tales aptitudes histrionicas o verbales carecen de ese encanto político que en cambio les sobra a otros, pero que no son indispensable garantía de que por eso son los más eficientes en su gestión.

Se refería, concretamente, a los casos de los ya ex ministros Jorge Eduardo Cock y Antonio Hernández Gamarra: dos expertos en sus áreas (el uno en minas y el otro en agricultura), quienes a pesar de no ser ningunos magos de la comunicación, ello no significa que resultaran malos ministros. Al contrario, también yo coincidí en que fueron no solo honestos sino muy conocedores de su labor, pese a posibles limitaciones para transmitir ideas y mensajes y, sobre todo, para no dejarse enredar de dos "plagas" para este tipo de funcionarios que, aun cuando dominan su tema, no saben manejar a los periodistas ni a los políticos. Por una razón de bulto: porque no son políticos, y, menos, politiqueros... De todas maneras, el anunciado cambio de gabinete no correspondió a las expectativas

suscitadas. Suscitadas, desde luego, por los medios, con su permanente y alegre sonajero; no por el Gobierno y menos por el Presidente.

Sin duda, la principal novedad corresponde al nombre de María Emma Mejía. Reemplaza a Saravia en una cartera ni mandada a hacer para alguien que, como ella, proyecta de paso grandes ilusiones políticas hacia el futuro. Para decirlo gráficamente, es —puede ser— la *Noemi liberal*... Además, me parece que nuestra ex embajadora en Madrid (¡ay, Madrid!) está suficientemente compenetrada con el ánimo y talante sociales de esta Administración. No hay que olvidar que durante el Gobierno de Gaviria fue prácticamente la única persona a la que se le develaba algún criterio y sensibilidad en esta materia, en su muy dinámica condición de Consejera para Medellín, cuando en plena época de las milicias de Pablo Escobar. Había que verla recorriendo sus barrios y hablando de tú a tú —sin distancias raciales ni sociales— con cuantos para muchos eran, por sus miserables condiciones humanas, poco menos que sicarios en potencia.

Muy bueno, pues, este "pase" —y este paso— de María Emma al samperismo, al igual que el de Augusto Galán en Salud. Reconocido por sus colegas como un profesional serio y respetable, Galán tiene a

nazca; y otra, puramente petrolera, que abarque la refinación y la comercialización de crudos y refinados. Esta última tendría completa libertad para utilizar sus propios crudos o comprar, nacionales o importados, como le resulte más conveniente. O vender refinados de otros, así como los competidores deberán tener acceso a los oleoductos, obviamente pagando por ello.

Este cambio es fundamental y requiere una gran decisión, un compromiso firme de gobierno, comenzando por el presidente de la República. No podrá ser hecho por el gobierno actual, por los compromisos que adquirió con la USO el año pasado. Pero hay que hacerlo.

Crear condiciones para que la refinación deje de ser monopolio de Ecopetrol. Muy poca gente se traga el cuento de que ese monopolio pueda tener alguna justificación. Lo mejor para los colombianos sería que tuviéramos varias refinerías en competencia. Para ello, se requieren dos cosas: una, otra decisión firme de gobierno, en el sentido de no autorizar inversión alguna que, disfrazada de rompimiento de cuellos de botella o de aumentos de eficiencia, como es costumbre, conduzca a aumentar la capacidad de las refinerías actuales, pues ello va quitando el espacio de mercado para desarrollos nuevos que le puedan competir a Ecopetrol.

Otra, liberar los precios de la gasolina y todos los refinados. Y aunque se dice que sería necesario subir más los precios al consumidor, eso no es verdad. Ya los tenemos muy parejos con los precios internacionales. Lo que hay que hacer es cambiar la proporción de los componentes precio al productor (o importador) e impuestos. Difícil, pero no imposible. En alguna medida es un simple cambio de bolsillo. Y aunque no, los beneficios para la economía del país lo justifican.

Colombia necesita cambios como estos.

Seguro de confiabilidad para el servicio eléctrico

El Colombiano. Abril 24 de 1998.

En el editorial de El Colombiano del pasado 20 de abril se hicieron críticas al proyecto de ley que cursa en el Congreso que tiende a establecer un «cargo de firmeza y confiabilidad del sistema interconectado nacional» que sería del orden de \$1,50 por kilovatio-hora, destinado a apoyar el desarrollo de plantas de generación de electricidad a base de carbón. Es un tema importante y debatible, que amerita discusión. En seguida daré unos

de los argumentos que más llevan a apoyar la iniciativa, pero primero hago unos cortos comentarios a las bases que usa el editorialista para oponerse a ella.

Se dice que un kilovatio-hora generado con gas cuesta 2,50 centavos de dólar, y que el generado en un buen proyecto hidroeléctrico aproximadamente lo mismo. Con todo respeto, debo decir que las fuentes de información están equivocadas, pues para el caso del gas los costos son del orden de 3,2 a 3,5 centavos de dólar en cualquier parte del país. Y para el caso hidroeléctrico, es acertado decir que en un buen proyecto se logran estos costos. Pero lo malo es que de esos proyectos tan buenos ya no tenemos ninguno de importancia por hacer. Con buena racionalidad, ya desarrollamos en Colombia todos los proyectos de costos bajos y solo nos quedan de 35 centavos para arriba. Y lo peor de todo, ya no tenemos por desarrollar sino dos o tres proyectos de alta o media capacidad de regulación, es decir, almacenamiento de agua que dure varios meses generando sin agotarse, que son los que necesitamos; aunque en el escrito se afirme curiosa y equivocadamente que «los grandes embalses no resultan indispensables a la fecha». Todo lo contrario, de poco sirven aquí nuevas plantas que no puedan generar en épocas de sequía.

Los datos sobre reservas de carbón y gas también son incorrectos. Las de carbón en el país son inmensas: para 100 o 200 años; y las de gas conocidas, probadas, no resisten ni 20 años con un alto ritmo de expansión de la generación a gas. Tampoco es cuestión de traer extranjeros a dirimir la controversia (que no existe) sobre la disponibilidad de gas. Si existieran los métodos mencionados y si fuera cierto que en seis meses pudiéramos «tomar una decisión mejor sustentada», seguro que hasta la más torpe de las autoridades —que no lo son— ya lo habría hecho. Decisiones tan trascendentales no pueden ser tomadas sobre la base de sospechas de que sí hay gas en Colombia, como lo propone el escrito comentado.

El problema del gas es en parte por reservas, pero también por confiar en larguísimas tuberías de conducción que son altamente vulnerables a atentados, a movimientos sísmicos y avalanchas, como las que ya han ocurrido en Colombia y en otros países vecinos.

Pero lo más importante es que el cargo por firmeza y confiabilidad es una pequeñísima prima de seguro que se paga, no solo para disminuir el riesgo de desabastecimiento, sino para lograr que la electricidad nos resulte más barata, evitando los grandes extracostos que producen las épocas de sequía.

Ya vimos recientemente los precios de energía en la bolsa por encima de los \$200 el kilovatio-hora, que de una u otra manera los pagarán los consumidores, cuando lo normal está en el orden de 30 a 35 pesos. No resulta difícil entender, y así lo confirman simulaciones matemáticas, que para la economía en su conjunto es muchísimo más económico pagar permanentemente \$1,50 más por el kilovatio-hora, que absorber el impacto de precios altos, superiores a \$100, durante 4 o 5 meses cada 3 o 5 años que se presenta el fenómeno del Pacífico.

Por limitaciones de espacio y de aguante de los lectores, no expongo otros argumentos. Pero son varios y de mucho peso los que indican la conveniencia de pagar este seguro.

Tarifas de energía de EADE y de EPM

El Colombiano. Febrero 20 de 2004.

Entre las tareas importantes que debe abordar el municipio de Medellín y sus Empresas Públicas (EPM), está la de resolver el problema de la abismal diferencia que existe entre el nivel de las tarifas de energía eléctrica de dicha empresa en los mercados que atiende directamente y las del resto de Antioquia, que atiende la Empresa Antioqueña de Energía (EADE).

Es bueno plantear y discutir ideas al respecto. El asunto no es fácil, pero sí muy urgente.

La gravedad del problema es bien alta. Los habitantes del campo y de los pueblos más pequeños, con promedios de ingreso muy inferiores, pagan mucho más caro por un servicio público tan importante en la vida de hoy. Y las tarifas más altas afectan negativamente la competitividad de las empresas de las subregiones y desincentivan el desarrollo en ellas de nuevas actividades, con el agravante de que la diferencia es mayor para las empresas pequeñas y medianas que para las grandes, que pueden negociar libremente el precio de su energía (no el de distribución). O sea, constituyen un freno al desarrollo de las subregiones y favorecen la concentración en la zona central.

Para abordar el tema se deben tener presentes ciertos hechos y consideraciones. Como que EPM es dueña de las dos terceras partes de las acciones de EADE, lo que resulta en una especie de discriminación de Medellín con el resto de Antioquia. Que los recursos que le dan la vida a EPM energía —aguas, topografía, geología, etc.— no están en Medellín, sino en muchos municipios diferentes. Que atender mercados como los de EADE, de estratos bajos, con poco componente de consumidores industriales, y en cambio casi todos los rurales y dispersos es objetivamente más costoso que hacerlo en mercados buenos como los de EPM, y que esta empresa, propiedad exclusiva del municipio de Medellín, tiene como propios no solo el mercado de su territorio, sino los de casi todos los municipios que hacen rentable el negocio, y que precisamente estas situaciones son las causantes de la diferencia tarifaria.

Todas estas consideraciones sugieren que, para solucionar el problema Medellín, se debe sacrificar de alguna manera una porción de esas ventajas injustificadas y poco equitativas. Hay varios caminos posibles. Uno, que se plantea y se promueve por muchas partes, que EPM tome el mercado de todo el departamento. Es fácilmente realizable desde el punto de

vista institucional, pero con la dificultad de que la unificación total de tarifas, si se pretende mantener el nivel de rentabilidad de EPM, implicaría un incremento en las tarifas de su mercado actual, que algunos estiman en el orden de 7 u 8 %, otros en un poco más. Adicionalmente, la unificación borra totalmente la señal de diferencia en costos que efectivamente existe y que algo se debería reflejar en las tarifas.

Pero el peligro grande que encierra el camino de la absorción de EADE o su mercado por EPM es que con alta probabilidad esta perdería mucha de su eficiencia, y el perjudicado sería todo el departamento. Atender pueblos lejanos, con delegaciones y manejo a distancia, campos y regiones complicadas, funcionarios viaticando y decidiendo gastos, le resulta más costoso al gigante EPM que a la pequeña EADE. De por sí, el gigantismo en la actividad de distribución de energía, por lógica y por comprobación empírica, más bien que economías genera deseconomías de escala.

La solución creo que es mejor por el camino de mantener las dos empresas y que Medellín ceda algo a favor del resto del departamento. Y esa cesión bien podría ser en la forma de pasarle a EADE algunos mercados buenos (¿quién se los escrituró a EPM?). O bien, retomando el espíritu de los Fondos Regionales de Solidaridad que se concibieron originalmente en la Ley de Servicios Públicos, que el municipio de Medellín aporte a EADE una parte de sus utilidades en EPM con destino a subsidiar las tarifas a sus usuarios, en cantidad suficiente para estrechar adecuadamente la brecha tarifaria. Sacrificio, cierto. Pero razonable, equitativo, de elemental justicia.

Cock, el emprendedor

Eduardo Afanador comenzó en 1991, de la mano de Jorge Eduardo Cock, la actividad de consultoría que todavía lleva a cabo. En ese entonces, con EPCE. Ahora tiene una firma llamada P3: Proyectos y Estudios Energéticos y Empresariales.

Conoció a Jorge Eduardo a través de su hermano Juan María Cock, con quien trabajó en Medellín desde 1985. Cinco años después decidió regresar a Bogotá con su familia: «Hablé con Jorge Eduardo y le dije que quería trabajar en consultorías. Ahí se inició una estrecha relación con él». Una relación que transitó del vínculo laboral a la amistad entre las dos familias.

Aunque las primeras consultorías que hicieron para el gobierno del entonces presidente César Gaviria tenían que ver con puertos y ferrocarriles, los temas energéticos fueron apareciendo. «Empezamos a hacer algunos trabajos de asesoría a Ecopetrol para la venta de las fracciones en una empresa que tenía gas natural aquí en Bogotá», cuenta Eduardo. Recuerda que, debido a la experiencia que Jorge Eduardo ya acumulaba en el sector, era muy consultado al respecto.

Luego, Cock fue designado ministro de Minas y Energía del gobierno Samper y sugirió a Eduardo Afanador como su secretario general. Pasó un mes mientras ese

nombramiento se formalizaba, tiempo que dedicó a poner en orden los trabajos que tenían por concluir en EPCE.

«En el ministerio a él le correspondió el despegue de la ley de servicios públicos domiciliarios, de la ley eléctrica y de la Comisión de Regulación de Energía y Gas, que se había creado un poco antes de que entrara al cargo. Le tocó todo el proceso de diseño de ese gran edificio institucional que ha servido de soporte a 30 años de desarrollo del sector eléctrico», cuenta.





Lo recuerda como un hombre de temperamento fuerte y mente inquieta: «Era como un carrusel de ideas y creatividad tremenda». Dice que siempre tenía alguna inquietud sobre cómo hacer algo distinto y que de allí salían estudios, consultorías y proyectos. Además, poseía una inventiva «con un gran sentido del medioambiente. Era un ambientalista consumado».

Después del paso por el ministerio, continuaron por caminos profesionales distintos,

que se cruzaban de vez en cuando. «Recuerdo que alguna vez me llamó para que le ayudara con algo en el Chocó. En ese momento, estaba identificando un fruto del cual se podía sacar un color muy particular y era clave para usarlo como materia prima en la elaboración de cosméticos. Había que hacer una evaluación del potencial de producción silvestre».

Eduardo cuenta esta historia como la demostración de una persona muy observadora y con capacidad de identificar lo que otros no ven, «esa es una de las características de la gente innovadora». Pero Cock no se quedaba en las ideas, sino que tenía capacidad de materializarlas.

Por eso, Eduardo considera que el legado de Jorge Eduardo Cock pasa por su capacidad de trascender las posiciones que ocupó para luego idear y crear empresas como Ecoflora. «Esa vena empresarial la tenía siempre adentro, desde que tuvo cultivos con su hermano Juan María».

Para él, Jorge Eduardo «fue el ejemplo de la persona que busca hacer las cosas bien, con dedicación y entereza, y que como empresario buscó siempre ser motor para construir cosas».

TEMA LIBRE

El Estado que no deja trabajar



JORGE EDUARDO COCK

La afirmación parece demasiado fuerte, pero así es. En Colombia tenemos y seguimos estableciendo infinidad de normas, controles e intervenciones de agencias estatales que estorban y hacen casi imposible trabajar. Autoridades de orden nacional, departamental, municipal, se atraviesan en cada paso que quiere dar quien intente montar una empresa, desarrollar su negocio o actividad independiente. Hablamos de empresarismo, de mype, de microcrédito, y múltiples entidades se congregan para apoyar emprendimientos (como en el caso de Rueda, la Red Unificada de Apoyo a Emprendimientos de Antioquia). Pero mucho del esfuerzo se pierde por culpa de las trabas oficiales como los certificados sanitarios, los registros del Invi-ma, los del ICA, y mil cosas más. Unos pocos ejemplos reales ilustran el tema.

Uno: Admirando la belleza de las mariposas que producía y las artesanías que con ellas decoraba, a un campesino emprendedor en San Luis, Oriente Antioqueño, se le preguntó por qué solamente tenía una pinta o variedad. La respuesta fue que Cornare, la autoridad ambiental, le exigía un registro o permiso por cada variedad, cada uno de los cuales además de los infinitos trámites le costaba arriba de un millón de pesos.

Otro: Una destacada y conocida fundación caritativa de Medellín tiene entre sus obras más importantes un centro de educación para el trabajo en uno de los barrios populares del norte. Preguntado uno de sus directivos por el aspecto que más dificultad les cuesta, la respuesta inmediata y categórica fue: satisfacer los requerimientos y las visitas de la Secretaría de Educación. Absurdo, ¿no?

Otro. La Secretaría de Salud de Antioquia expidió el año pasado una completísima regulación para "permitir" el funcionamiento de casas o albergues para personas de edad ma-

yor. Las exigencias son prácticamente las de un hospital. ¿Para qué? ¿Por qué intervenir y exigir siquiera permiso? ¿No será mucho mejor que sea la calidad de la institución la que lleve a los clientes a tomar sus decisiones sobre utilizarla o no?

Otro más: Para que un médico pueda ejercer la profesión en su consultorio aunque sea localizado dentro de un hospital, por conocido que sea, tiene que conseguir entre muchos otros, certificado de ubicación del hospital, expedido por autoridad. ¿Qué tal?

Y otros: Los plaguicidas producidos únicamente con extractos vegetales requieren para su venta Registros del ICA. La resolución que regula su expedición establece (o establecía, porque cambió un poquito después de años de lucha) cinco requisitos adicionales a los exigidos para los más venenosos plaguicidas químicos (¿qué tal eso?). Entre ellos, aprobaciones del Invi-ma, que a su vez exige pruebas de toxicidad de cada ingrediente - como ajo, ají, que son libres en cualquier mercado - y cada prueba cuesta más de tres millones de pesos. Y eso sin contar muchos otros absurdos del calvario a recorrer. Es menos difícil el registro en la EPA, de los Estados Unidos.

Hablando del Invi-ma, pobrecito quien requiera de sus registros o permisos para arrancar con su emprendimiento, para trabajar y dar trabajo, pues es peor que tener que pasar por el infierno. La gente se aguenta y pasa y paga millones encareciendo su producto, porque si se queja le va peor. Y cuando ya lo tiene, le cierran por meses su empresa por encontrarle una peladurita de seis centímetros en la pintura del piso, como le ocurrió recientemente a un importante laboratorio. En productos alimenticios envasados, la libertad que existe en países como Italia, donde la gran mayoría de los que se encuentran en los supermercados no muestran tanto requisito, puede explicar el formidable desarrollo de esa agroindustria.

Y así son muchos los ejemplos y los temas. Si queremos desarrollar el país, si queremos que haya emprendimientos y generar empleo, si queremos ser competitivos en los mercados abiertos y en el propio, vamos a tener que emprender una gran cruzada para eliminar y disminuir trabas que solo justifican el quehacer de la frondosa burocracia.

INSEGURIDAD JURÍDICA

El vía crucis de un inversionista extranjero

La mala fama de Colombia por "demandar" los contratos es un grave obstáculo para su desarrollo.

No es muy osado afirmar que este es el país del continente en el que menos confían los inversionistas extranjeros. Un informe del Banco Mundial sobre el sector energético reveló en el 2002 que Colombia y Argentina se disputaban el título del país que genera mayor descontento. Invertir en Colombia es casi tan riesgoso como hacerlo en Angola, Nigeria o el Congo. Otro, del Fraser Institute de Canadá, este año, calificó al país con 3,3 sobre 10 en seriedad, estabilidad jurídica e independencia de los jueces. Los mayores riesgos están en el cambio permanente de las reglas del juego.

En la última década, Colombia alcanzó un récord al aprobar más de diez reformas tributarias, lo que hizo de la proyección de costos y de retorno de inversión algo más difícil que desarrollar el negocio mismo. De la seguridad en los contratos, ni hablar. Es suficiente el caso de TermoRío: cuando el inversionista extranjero contrató con el Gobierno la construcción y operación de una termoeléctrica, seguramente barajó todos los riesgos, menos la posibilidad de que el Estado dejara sin ingresos la empresa contratante. Electranta, para eludir el cumplimiento del satanizado contrato. Tampoco debió pensar que el Consejo de Estado reformaría una jurisprudencia centenaria para revertir el laudo que profirió a su favor un tribunal de arbitramento de primera línea. Conclusión: el inversionista salió del país a "sombrazos", con un muy mal sabor y un saldo en rojo.

Previsiblemente, las empresas extranjeras que firmaron 19 contratos con Telecom jamás imaginaron que la liquidaron para sanear sus finanzas, sorpresa a la que se le sumaron las alternativas que planteó el Gobierno como solución: renegociar los contratos o demandar ante la rama judicial, con el agravante de que si ganaban las demandas, nadie respondería tras la desaparición de la empresa.

En contraste, se pregunta el afán por atraer capital extranjero. En el reciente congreso de la Asociación de Empresas de Ser-

vicios Públicos, el presidente Álvaro Uribe reconoció que los pleitos en curso dificultaban atraer inversión extranjera. Dijo el mandatario que "la gente, esperando que esos pleitos terminen, no invierte un peso en el país y lo que hace es propagar la mala fama del país y contagiar rabia". Pero mientras sus palabras intentan alentar a los inversionistas, se aplica lo contrario forzando a renegociar los contratos vigentes.

En Enercol, la Conferencia Energética Colombiana hace pocas se-



JORGE EDUARDO COCK

manas, el tema recurrente era la falta de estabilidad jurídica y de respeto a los contratos. Similar desconcierto manifestaron los banqueros de inversión. El presidente de Inverlink citaba recientemente el caso de los alemanes de Termopalpa IV, que respondieron al llamado del Gobierno cuan-

do el fenómeno de 'El Niño' apremiaba. Diez años después de que realizaran la inversión, cuando se creía no necesitar energía térmica, mediante imaginativas multades, el Gobierno pretende for-

1-22

El vía crucis...

VIENE DE LA 1-21

zarlos a cambiar lo contratado. Por eso decía en un foro sobre la evolución de la participación privada que "debemos exigir el cumplimiento estricto de las obligaciones adquiridas. No podemos invitar al inversionista a que nos ayude a pasar el apagón y cuando pasa decirle: '¿Sabe qué? Ya no', e inventarnos una forma jurídica para revisar el contrato (...)'. Por fortuna para la credibilidad del país, el reciente laudo arbitral negó todas las pretensiones del Gobierno como demandante.

La mala fama de Colombia por "demandar" los contratos es un grave obstáculo para su desarrollo. Particularmente en el sector de generación eléctrica, las negras experiencias nos van a hacer muy difícil conseguir inversionistas que vengan en condiciones razonables. ¿O será que se piensa volver a que el Estado sea el inversionista?

* Ex ministro de Minas

Los relatos contenidos en este capítulo, todos extraídos del libro *De mi vida*, recorren algunos de los emprendimientos más importantes de Jorge Eduardo Cock; son ejemplos de una personalidad inquieta y curiosa, del impulso por crear que lo acompañó hasta el final de su vida, como él mismo lo cuenta:

«Yo creo que el espíritu emprendedor que me ha animado y movido durante toda mi vida para hacer cosas nuevas, a montar y construir distintos tipos de empresas, ajenas y propias; con socios, en familia o solo: agrícolas, forestales, industriales, de servicios y hasta de construcciones, es en buena parte heredado, mucho más que infundido por enseñanza», escribió.

Esa herencia de sus abuelos y sus padres, que también aparece como una característica de los miembros de su familia ampliada —que fueron sus socios en varios proyectos—, se tradujo en empresas como CMU, EPCE, Tahamí & Cultiflores y Ecoflora. Como lo señalan varias anécdotas, esa disposición estuvo presente desde su juventud, cada vez que alguien necesitaba darle una solución práctica a cualquier problema.

Quizás así podría resumirse la labor que llevó a cabo en sus proyectos y en las empresas privadas para las que trabajó: Cock era un emprendedor que toda su vida buscó resolver dificultades motivado por el deseo de crear cosas grandes, de entender a profundidad los desafíos, de encontrar soluciones inexploradas, de generar bienestar y empleo, de derribar obstáculos y «aportar a la humanidad» (como él decía) o, por lo menos, hacerle la vida más fácil a quienes lo rodeaban.

El ambiente emprendedor que me tocó vivir

De mi vida. 2016. Pp. 51-59.

Vivíamos en una casa grandota, por allá entre los barrios Prado y Manrique, posiblemente construida por ellos [padre y madre], a juzgar por lo adecuada para lo que allí tenían. Sus características eran muy especiales: estaba localizada en la esquina de la carrera Ecuador, bastante plana en esa parte, con la calle Jorge Robledo, una pendiente inclinadísima, cuyo extremo más bajo en la casa daba entrada a un larguísimo garaje, en cuyo fondo había unos espacios amplios en parte al aire libre. Allí tenían instalados unos equipos de mezcla y empaque de productos farmacéuticos que llevaban la marca Laboratorios Cock, de propiedad de mis viejos, donde elaboraban en escala semiindustrial unos cinco productos de fórmulas tradicionales de los antepasados médicos Quevedo. Mis recuerdos de esa edad son muy vagos, pero guardan los nombres y hasta algunos de los envases y las etiquetas de ZarzaMag, Sejenol, Copitas Reconstituyentes, Pomada Arrurrú y Papeletas Cock. [...]. El hecho es que ese laboratorio en 1946 era una empresa en plena operación.

En ese año, cuando yo tenía seis, nos trasladamos, con todo y laboratorio, a una finca en El Poblado, que para entonces era un pequeño pueblito separado de la ciudad de Medellín. El laboratorio se instaló en uno de los dos garajes que tenía la casa y en un sótano adjunto [...], seguramente por la presión y la competencia de los laboratorios grandes. Por otro lado, simultáneamente con el laboratorio, tenían con un tipo que llamaban Roditas una planta de metalmecánica, y creo que también de forja, en la cual fabricaban especialmente lámparas, desde medianas y pequeñas hasta bien altas para iluminación de las calles. Me lo recordó mi hermano Carlos, quien tiene memoria de elefante.

[...]

La vida de nuestra familia y sus emprendimientos cambió radicalmente. Mi papá, gran amante del campo y la naturaleza, encontró la oportunidad de criarnos en vida de finca, la que —según dijo siempre— era su mayor ambición. Él, médico de mucha clientela y prestigioso cirujano, que cuando llegaba a la casa olía fuertemente a éter (el gas que usaban para la anestesia) sin ser un gran negociante, hizo un cambio mano a mano de esa casa donde vivíamos, subiendo para Manrique, por Los Caobos, la finca de El Poblado. Recuerdo la hilera de grandes y casi siempre florecidos árboles que daban sombra a la entrada y protegían del sol poniente el caserón inmenso donde vivimos hasta casarnos todos los hermanos. La tierra era muy poca para llamarse finca, pero así lo pensamos, así lo creímos y así la pusimos a producir. Eran dos cuadras y media de tierra, equivalentes a 1,6 hectáreas.

Quedaba muy cerca, en las afueras o bordes, de la parte urbana de El Poblado. A diez cuadras de la iglesia y el parque principal, y a tres de la finca de Ramón H. Londoño, mi tío, hermano de mi mamá, a donde nosotros íbamos casi todas las noches y muchos otros ratos en días festivos a conversar, compartir o conocer los experimentos con los primos Óscar, Álvaro, Fabio, Alonso, María Inés y María Lucía. Allá tenían equipos de mecánica y de carpintería, hacían muchas cosas, unas por puro gusto y otras para ensayar productos, como betunes o uno que hacía salir los gusanos (nuches) del ganado, que fue probado en las dos vacas de la finca nuestra y que luego comercializaron como Nuchex. Torneábamos trompos y pirinolas en madera de guayabo, hacíamos globos de diversas formas con ochenta o noventa pliegos de papel satinado (más fuerte) e inflábamos y soltábamos bombas de caucho con hidrógeno que producíamos con limalla de zinc y ácido clorhídrico. Alguna vez, produjimos almidón desde el inicio: pelando las yucas. En fin, muchas cosas que despertaron y avivaron mis ganas de hacer y crear. Los Londoño, todos mayores que yo, compartían muchos saberes con nosotros. Óscar estudiaba ingeniería química, y Álvaro, el campo civil. Ellos dos, y Fabio, montaron una muy importante empresa de jabones y detergentes: Inextra, que diseñó y fabricó casi por completo Alonso, y que años más tarde fue comprada por Procter & Gamble. [...]

Retomando el tema del minifundio de Los Caobos, mis papás comenzaron por la construcción de un pequeño establo y la siembra de yerba de corte, plátano, banano, una huerta para el consumo familiar, un gallinero, unas marraneras, un cuarto de herramientas y una pieza para el mayordomo o trabajador que cuidaba todo lo que instalamos y conseguimos hasta tener prácticamente el arca de Noé. Difícil de creer, pero llegamos

a tener ochenta marranos, cuatrocientas gallinas, dos vacas, una yegua (La Bruja), cuatrocientos patos y varias decenas de palomas mensajeras. Y no podía faltar el perro, un bello y buen compañero dóberman llamado Vulcano [...].

Como dije antes, en Los Caobos tuvimos siempre una huerta bien surtida para el consumo familiar. Al haber participado en su establecimiento y su manejo, por allá a mis diez años se me metió en la cabeza la idea de mi primer emprendimiento: un cultivo de tomates. Mis papás me respaldaron, delimitamos el terrenito y a trabajar: el azadón, los surcos, el semillero, la envarada, las podas. Tuve por algún tiempo algo así como ciento cincuenta o doscientas matas que fueron muy productivas. Los tomates se comercializaban con los pollos (o las gallinas que ya no fueran buenas ponedoras) y los huevos.

[...]

Otro emprendimiento importante de mis papás fue la producción de truchas. Con la abundancia de aguas que teníamos, se le ocurrió a mi papá que estudiáramos esa posibilidad. Consultó con asesores de la Secretaría de Agricultura del departamento, hicieron algunos análisis y manos a la obra. Tenía yo unos trece o catorce años. [...] De la casa trajimos un cable con energía y lo colgamos de extremo a extremo con dos bombillos pequeños encima del agua. Prendíamos las luces por la noche y estas atraían cantidades de mosquitos, zancudos y maripositas; con eso, y con muy poco concentrado, alimentábamos las truchas. Era una delicia salir de noche a ver las truchas saltar al aire y atrapar los insectos antes de que cayeran al agua. Tuvimos entonces venta de truchas también, las cuales distribuíamos fácilmente con los huevos y los pollos.

Al poco tiempo, nos dimos cuenta de que el negocio de las truchas estaba fallando por lo que fracasan la mayor parte de los negocios o emprendimientos: por el mercado mal o simplemente no estudiado. La gente en Medellín no estaba acostumbrada a comer trucha; su venta resultó bastante difícil. Entonces, al tener la disponibilidad de ese lago y suficiente espacio sin mucho uso en sus alrededores y con el liderazgo de mi papá, resolvimos meternos en el negocio de los patos. Se armaron unos corrales y unos dormideros. Comenzamos a comprar paticos chiquitos y algunos ya grandes. Luego, a vender más y más huevos para panadería, principalmente, porque son apetecidos para ese uso; y patos de matadero para restaurantes. Se nos ocurrió dar otro paso, comprar una incubadora pequeña para sacar paticos; aprendimos a operarla muy bien. El calor era producido por una lámpara de petróleo

(kerosene). Yo me encargué de todo el asunto. Todos los días iba a alimentar la lámpara con petróleo, a voltear los huevos —porque había que voltearlos diariamente, los 60 que cabían— y poner agua en un plato especial para mantener cierto ambiente de humedad. Y a los 28 días estar pendiente para sacar varias veces en el día los paticos que iban naciendo (los de pollo se toman solo 21) y eliminar las cocas vacías de los huevos eclosionados. [...] El negocio creció hasta sumar cuatrocientos patos de diferentes edades.

[...] Y fue ya por la época de mis 18 y 19 años, cuando trabajaba en el Cesar, todavía departamento del Magdalena, cuando empezaron un negocio nuevo, otro importante emprendimiento. No sé cómo ni de dónde resultaron la oportunidad y los contactos, pero los viejos, metidos de comerciantes, comenzaron a despachar todas las semanas abastecimientos para San Andrés, al Hotel Abacoa. Comenzaron con el envío de pollos, huevos y legumbres, pero eso se fue ampliando hasta meterle de todo: cepillos, esponjas, trapos, escobas, detergente y jabones. Una cantidad de cosas que se llevaban al aeropuerto muy bien empacadas. [...]

Cuando regresé del Cesar a vivir de nuevo con mi familia, con el propósito de estudiar economía, durante unos cinco o seis meses, me dediqué fundamentalmente a ayudarles a los viejos en el negocio de los despachos a San Andrés y a entregar, de chofer y mensajero, algunas ventas locales de pollos y patos. Pero ya ellos, con otras ocupaciones y compromisos de carácter altruista, caritativo y religioso, y bastante cansados, se inclinaron por darle otro rumbo y ocupación a la tierra de Los Caobos. Con una pequeña firma experta en urbanizar de un ingeniero muy conocido por mi papá, se hizo un contrato mediante el cual la firma aportó los diseños, los trámites en Planeación Municipal y todas las inversiones que requirió la urbanización. A medida que se vendían los lotes, se repartían los ingresos en

determinadas proporciones. Mi papá se reservó un terreno bastante grande en los alrededores de la casa. Se demolieron todas las marraneras, el establo y el gallinero.

[...]

Forestales Doña María y Procecolsa

De mi vida. 2016. Pp. 101-109.

[Cuando trabajaba en Coltejer] me pidieron que evaluara alternativas y propusiera la mejor solución al problema de las aguas de la quebrada Doña María, la cual abastecía la planta de acabados donde se blanqueaban, teñían o estampaban todas las telas producidas en las diferentes plantas tejedoras de la compañía. Eran unos procesos de gran demanda de agua que, en las épocas de sequía, sufría severas restricciones de suministro, y en los inviernos, con aguaceros fuertes, generaba grandes daños en la captación o bocatoma. El mismo problema tenían Cervecería Unión, Curtimbres de Itagüí, Satexco y Tejidunión, empresas que también dependían de las aguas de esa quebrada. Desde tiempo atrás, se habían hecho estudios sobre las posibilidades de almacenamiento, que no resultaban suficientes ni económicas. La única alternativa que se planteaba, pero no se había estudiado con cifras, era la de reforestar.

Recopilé toda la documentación que se tenía y rápidamente me enfoqué en las posibilidades de la reforestación. Lo que existía sobre los resultados o la eficacia de esa alternativa era casi todo teórico. La más importante realización que existía en Colombia como experiencia para protección de cuencas era lo que había hecho Empresas Públicas de Medellín en Piedras Blancas. Conseguí lo que se pudo en cuanto a datos de crecimiento para explotación de madera en metros cúbicos por hectárea y año, información sobre costos de tierras, así como de viveros, siembra y mantenimiento de bosques jóvenes los primeros años, e hice un planteamiento con supuestos sobre su eficacia como protectores; adicionalmente, unos cálculos gruesos sobre lo que pudieran llegar a ser los rendimientos económicos si se decidiera explotar las maderas sin hacer tala rasa de los bosques.

Propuse entonces, y así se aceptó por todos los interesados, la creación de una sociedad con aportes proporcionales a los litros de agua por segundo que cada uno tenía concesionados por el Estado, sociedad que se dedicaría a comprar y reforestar rápidamente una

buena porción de las tierras más altas de toda la cuenca de la quebrada que, según los planos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), sumaban unas siete mil hectáreas. Muy pronto, y unánimemente, se aprobó la creación de la sociedad Industrias Forestales Doña María S.A. Me solicitaron que me encargara de todo lo necesario para constituir la y ponerla a funcionar, y me nombraron gerente. Eso fue, si no me equivoco, en el año 1965. Tenía para entonces 25 años.

[...]

El efecto de la reforestación como protectora de las aguas, aunque no fue objeto de estimaciones, sí resultó absolutamente comprobable en cuestión de pocos años. Con el solo hecho de sacar los ganados y dejar que crecieran pastos y malezas en una porción tan grande del área de la cuenca hidrográfica, especialmente en sus partes más altas, los flujos de la quebrada Doña María comenzaron rápida y progresivamente a ser más estables, según informaron las personas a cargo del tema en Coltejer.

Procecolsa (llamada luego Papelsa)

[...] Dada la comunidad de intereses [con Cipreses de Colombia], entre conversaciones varias surgió la idea de que, como en pocos años íbamos a tener abundante madera de las entresacas o raleo que se debe hacer al cultivo para fortalecerlo y facilitar que los árboles vayan siendo más gruesos, esa madera, bastante delgada para aserrío, podría ser bien utilizada en la fabricación de pulpa para papel. Después de un corto intercambio de ideas, se decidió que entre Cipreses de Colombia y Forestales Doña María se costeara un profesional que se dedicara a estudiar esa industria. Se contrató a Luis Alfonso Hoyos, un ingeniero químico con muy buenas credenciales y algún recorrido en el tema. Sobre las características y las propiedades de esa madera

para papel se conocía muy poco y la información disponible era mínima. Solo una que otra tesis de grado con conclusiones muy elementales que se orientaban hacia un solo proceso, pero sin llegar a una recomendación bien fundamentada. Con Luis Alfonso, basados en algunos ensayos de laboratorio y en los cálculos que compartíamos con varias personas, nos convencimos de que el proyecto, en principio y en el papel, tenía sentido y que se deberían hacer pruebas más a fondo, con muestras de madera bien representativas y en escala de planta piloto.

Tras una búsqueda minuciosa encontramos que el lugar más indicado para realizar ese trabajo era un centro semioficial de investigaciones sobre madera y papel que existía en Savannah, Georgia, en los Estados Unidos. [...] Los informes vinieron con bastantes muestras, unas muy bonitas de color amarillo cremoso con buenas cualidades físicas, las cuales nos sirvieron para hacer los sondeos de mercado con los productores de papeles y cartones en el país. Con los datos recibidos sobre procesos, equipos, requerimientos de agua, energía eléctrica, vapor y otros insumos, rendimientos de la madera y nuestras proyecciones sobre disponibilidad de maderas de entresaca, armamos el estudio de factibilidad y la junta directiva resolvió emprender el desarrollo del proyecto. Al tiempo que Luis Alfonso y yo buscábamos el sitio más adecuado para montar la planta (que por múltiples razones resultó ser el de Barbosa), hacíamos también listados y preselección, escribíamos, pedíamos información de firmas de ingeniería especializadas en pulpa y papel en diferentes partes del mundo.

[...]

De las cosas que más admiraron los miembros de la junta cuando estuvo lista la planta fue que, tanto en presupuesto de inversión como en tiempo de realización, salimos con aproximaciones del 97 %. Los montajes los hicimos con el apoyo técnico de los fabricantes, en algunos casos, pero todo bajo la coordinación de un excelente ingeniero mecánico traído de otra empresa de Medellín, un ingeniero químico con experiencia en pulpa y papel traído de Cali, otra ingeniera que fue la jefe de laboratorio, y mi persona. El arranque o puesta en marcha de una planta de esas es muy complejo: cientos de tubos, válvulas, manómetros para coordinar y sincronizar flujos, velocidades, presiones, temperaturas y operarios.

[...]

Cuando empezaba la construcción, frente a una realidad ya tan clara, escindimos de Forestales Doña María S.A., la nueva empresa, que se llamó Productora de Celulosa Colombiana S.A. (Procecolsa).

EPCE, mi firma de consultoría

De mi vida. 2016. Pp. 75.

Mi salida de Carbocol fue un hecho bastante conocido por la opinión pública, bastante comentado en los noticieros y en la prensa nacional. Por ello, pero especialmente por el buen nombre con que salí, no tardaron en llegarme buenos ofrecimientos de trabajo. Después de un año largo en el equipo editorial de la revista *Estrategia Económica y Financiera* con Rodrigo Botero, estuve casi tres años en Ingetec, la firma de ingeniería de consulta más grande del país, donde evaluaba proyectos y actuaba en la promoción de algunos especiales, tanto en Colombia como en otros países. Todo esto, además de la participación en la junta directiva de la Asociación Nacional de Ingenieros de Consulta, donde tuve un estrecho contacto con la Sociedad Colombiana de Ingenieros, me permitió aprender bastante sobre cómo funciona la consultoría, sus formas de contratación, manejo de costos y facturación, así como conocer quiénes eran los mejores en los diferentes temas.

Queriendo volar solo en el campo de la consultoría, especialmente en temas de carbón –por los cuales ya me buscaban–, resulté involucrado con Prodeco, una empresa minera y exportadora de carbón con planta coquizadora. Cosas muy atractivas, pero allá no me sentí cómodo ni un minuto. A los dos meses de vinculado, se me arrimó un pobre muchacho mensajero a pedirme que lo aconsejara sobre cómo proceder con algo que le habían ordenado de manera amenazante, porque no se sentía capaz: pagar doscientos mil pesos a un funcionario de impuestos para que le pusiera un sello de pagado (sin pagar los timbres que ordenaba la ley) a un contrato de la empresa. Aterrado le di mi opinión y consejo, le ayudé a conseguir trabajo en otra parte y, de inmediato, sin armar escándalo ni comprometerme con pruebas y juzgados, me retiré también de esa empresa.

Me había buscado el presidente de Papelcol, una nueva empresa que estaba montando su planta papelera en el municipio de Caloto, en el extremo norte del Cauca, para comentarme que no se sentían seguros de llegar a conseguir un suministro regular y suficiente de carbones para abastecer las necesidades propias de la planta y de los ingenios azucareros que le habrían de entregar el bagazo de caña, la materia prima para el papel, a cambio de carbón. Rápidamente establecimos que, aunque se basaban en el estudio que les había realizado una empresa europea muy prestigiosa, iban a requerir una evaluación muy completa de la minería existente y potencial en la zona con sus posibilidades de crecimiento y requerimientos técnicos y financieros para ello, con el objetivo de llegar pronto a satisfacer esas necesidades. Tal como me tocó hacerlo luego en muchísimas oportunidades, le preparé los términos de referencia y la propuesta en un mismo documento, cosa no muy común, pero indicativa de la confianza y la seguridad que siente el contratante de que el consultor es el más indicado y de que con los honorarios no va a abusar de esa posición. Plenamente satisfecho con lo que le presenté y expliqué con amplitud sobre lo que iba a ser el estudio, sin regateo ni problema, firmamos contrato y arrancamos a trabajar.

Cuento aquí muchos detalles porque, al ser el primer trabajo que hacía a nombre de la firma Estudios, Proyectos y Consultoría Económica Ltda., EPCE, que para el efecto constituí, habría de marcar el nivel, la profundidad y la calidad del trabajo de la firma, y porque fue algo sumamente especial, entretenido, agradable y gratificante [...].

El abastecimiento de carbón previsto y más lógico estaba basado en la minería del norte del Cauca y el sur del Valle. Me conseguí el listado de todas las explotaciones existentes y determiné las que valía más la pena visitar. Me conseguí un buen ingeniero de minas que me acompañó en todos los recorridos y me recogía datos sobre producción actual, calidad, destino, reservas, planes de expansión, etc. Resulté conociendo a fondo toda esa zona del país. La caldera que se estaba montando para la planta era «lo último en guarachas», de lecho fluidizado, muy moderna. Los patios de almacenamiento y los sistemas de recepción estaban diseñados, pero —de todos modos— para algunos conceptos y cálculos muy técnicos, conseguí que la firma de consultoría de más experiencia y reputación en Colombia, cuya sede era en Medellín, me prestara servicios de apoyo especial por horas.

Las producciones y los flujos interregionales de carbones térmicos de Antioquia y del altiplano cundiboyacense con sus precios, contenido de cenizas y poderes caloríficos eran datos

que ya conocía y manejaba, lo mismo que los referentes de producción y la demanda del departamento del Valle (con el norte del Cauca). De modo que las proyecciones de volumen y forma de abastecimiento a la planta de Papelcol me quedaron establecidas con mucha claridad y bien fundamentadas. El informe completo y bien presentado fue entregado a tiempo y tuvo magnífica aceptación. Me sentí completamente feliz con el primer trabajo de mi firma.

Muy pronto, después de entregado el estudio de Papelcol, la Empresa de Energía de Bogotá me pidió algo similar, pero con unos análisis de problemas y propuestas de solución a los fraudes que le cometían muchos proveedores con la entrega de carbones a las plantas generadoras de Termozipa. La publicidad no solicitada, el comentario de boca en boca, alimentó un gran prestigio que alcanzó EPCE [...].

Tres normas básicas guiaron siempre la actuación de la firma: la primera, conseguir siempre los mejores profesionales en la materia que entrábamos a tratar; la segunda, entregar siempre al cliente contratante más de lo que esperaba; la tercera, revisar personalmente todos los trabajos, hasta la redacción de todo papel que fuera a hacer parte de un entregable. Considero que por eso y por el prestigio de honestidad, cada trabajo que entregábamos hacía que nos pidieran otros de temas afines y diferentes, grandísimos y pequeños. Con mucho agrado y orgullo puedo afirmar que nunca tuve que salir a ofrecer los servicios de EPCE y que nunca tuve que competir en concursos de méritos, con la honrosa excepción del que abrió Ecopetrol para la venta de la empresa Gas Natural S.A. Fuimos invitados, nos presentamos y ganamos en consorcio con Corfinura y con un banco norteamericano, después de haber realizado EPCE la valoración de Gas Natural por contratación directa plenamente justificada. A trabajos y contratos de consultoría de la firma como ese, como el de la

reestructuración total del sistema portuario del país, y como los que enuncio más adelante, les mezclaba los que con mucha frecuencia me contrataban en forma individual, como persona natural, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo sobre temas de energía, especialmente eléctrica, y uno muy interesante sobre qué hacer con el sistema ferroviario de la República de El Salvador, en el que mi recomendación fue cerrarlo completamente. [...]

Al recordar tantos trabajos que hacíamos desde EPCE, me lleno de emoción y no resisto las ganas de enunciar los que más fácilmente recuerdo y que fueron siempre de trascendencia nacional: el de los sitios recomendables para la ubicación de pequeñas refinerías de petróleo para Ecopetrol; el de sitios también recomendables para puertos carboneros de exportación para Planeación Nacional; el de estructuras tarifarias para los servicios portuarios marítimos; la dirección y coordinación de los estudios de viabilidad de las sociedades portuarias de Santa Marta, Barranquilla, Cartagena y Buenaventura, con la previa elaboración de sus términos de referencia; los de viabilidad de la recuperación y operación de los ferrocarriles de Bogotá y Medellín a Santa Marta, el similar para el ferrocarril del Pacífico —con cuatro alternativas—, y el de la viabilidad de un ferrocarril especializado entre Bogotá y Sogamoso que hoy sigue operando, todos ellos para la Flota Mercante Grancolombiana, el Ministerio de Transporte y Planeación Nacional [...].

La vida de EPCE como persona jurídica la conservé hasta dos o tres años después de regresar de mi paso por el Banco Mundial en Washington; lo hice en Medellín y no en Bogotá. Esta última decisión estuvo motivada, en gran parte porque casi todos los trabajos fueron contratados por o relacionados con entidades estatales. No me hubiera sentido bien ni habría hecho sentir bien a la gente recorriendo oficinas y atendiendo reuniones, o rindiendo informes y cuentas, como exministro que había tenido a muchas de ellas bajo mi dependencia.

Me acomodé a la nueva vida en Medellín e hice algunos trabajos de consultoría en temas de minería y electricidad [...]. Progresivamente, reorienté mi actividad hacia el desarrollo de empresas y proyectos hasta que decidí dejar del todo la actividad de consultoría, que tanta satisfacción me había generado, pero que ya no era la mía. Dando así aplicación final y concreta a una especie de axioma o criterio que fui desarrollando a lo largo de mi vida profesional: que por bueno que uno sea en cualquier campo, siempre habrá personas que vienen detrás, tan buenas como uno o mejores, más bien preparadas y con más bríos o mejores ideas, y que hay que dejarles el campo.

La planta lavadora de carbón. Me incumplieron y la perdí

De mi vida. 2016. Pp. 145-149.

[...] Patricia Hurtado fue líder fundamental en el estudio y la estructuración de este proyecto. Por eso y por las raíces tan profesionales de la estrecha relación que mantuvimos por bastante tiempo, quiero contar quién era y cómo surgió ese vínculo, que fue muy bonito, muy cercano y de mucha confianza mutua. Alguna vez, a los cuatro o cinco años de haber salido yo de la presidencia de Carbocol, fui invitado, como era muy corriente, a participar como conferencista en un foro sobre energía en la Cámara de Comercio de Medellín. Como delegada de Carbocol habló Patricia, a quien yo no conocía; ni siquiera había escuchado su nombre. Ella se me presentó, entablamos una conversación muy amplia y agradable. Me dijo que quería conocerme desde hacía tiempo porque toda la gente de la Empresa tenía un gran recuerdo de mi administración y me conservaban gran aprecio... y un poco de flores más, al parecer muy sinceras. Era la segunda a bordo en la vicepresidencia comercial. Su conferencia fue sumamente buena en contenido, presentación, y todo como me gusta a mí. Era ingeniera mecánica de la Universidad de Los Andes, con una maestría de Berkeley, cartagenera con más acento gringo que costeño, muy simpática y brillante. Su personalidad y su calidad fueron guardadas en mis archivos más cercanos y visibles, porque pensé que podríamos hacer juntos algo importante, como lo que más tarde acordé y firmé con Cementos Samper.

Con mi firma de consultoría EPCE Ltda., había realizado importantes estudios sobre carbón [...]. Además, había llevado a cabo unos trabajos para la firma Prodeco, en sus minas en Cucunubá y sus plantas de lavado y coquización en Lenguazaque. Con todo esto, había adquirido un conocimiento bastante bueno de la minería de Cundinamarca y buena parte de la del sur de Boyacá.

En esas vueltas, conocí y comencé a pensar en las posibilidades de poner a trabajar una planta lavadora de carbones que Cementos Samper había instalado en Suesca unos años atrás, la cual nunca había sido utilizada de manera efectiva. Por uno de esos errores que los administradores de las empresas cometen, a raíz de recomendaciones torpes o mal intencionadas de gurúes de la técnica (o de las ventas), —ya que las cenizas del carbón mineral para cementeras normalmente se incorporan al producto final—, a esta empresa le vendieron la brillante idea de minimizar su contenido en los

carbones que utilizaba mediante el montaje de una lavadora.

Instalaron entonces una maquinaria completísima de fabricación inglesa y de excelente calidad, en un lindo terreno como de diez hectáreas, estratégicamente localizado en la zona minera entre la carretera que a dos o tres kilómetros llega a Suesca y al río Bogotá, con su concesión de aguas y bordeado al lado opuesto por el ferrocarril (que no operaba desde hacía años, pero que, eventualmente, cuando se recuperara la ruta Bogotá-Sogamoso, podría llegar a ser utilizado para algún transporte largo), hasta tenía una casita en la que nos soñábamos Beaty y yo pasar los fines de semana con los niños. Todo ese conjunto de hechos, circunstancias y condiciones, unidas al conocimiento de la alta demanda y los buenos precios del carbón coquizable en el mercado internacional, me permitió tejer la idea que pronto le propuse a Patricia Hurtado, para que se viniera a trabajar conmigo y concretamente a dirigir el proyecto y manejar el negocio, cosa que bien analizada le llamó mucho la atención.

Teniendo entonces con quien hacerlo y con mi red de profesionales ya experimentados en los anteriores estudios, me reuní con Bernardo Carrasco. Sin darle muchas vueltas al asunto, en pocas reuniones llegamos a un acuerdo y firmamos un contrato entre Cementos Samper S.A. y EPCE Ltda., con base en el cual daríamos los pasos que se describen adelante para poner la planta a lavar carbón coquizable y exportarlo, todo mediante una sociedad que constituiríamos entre Samper y EPCE por iguales partes [...]. Mientras tanto, por la ejecución de los estudios, los ensayos y todos los trabajos, Samper cubría a EPCE únicamente los costos directos en forma de reembolso, es decir, sin reconocer un peso por las labores como firma, ni mi participación en la dirección del trabajo. En resumen, a Cementos Samper le costaba poner exclusivamente los gastos directos (salarios y materiales, incluido el carbón para los ensayos). Con eso, si funcionaba, recuperaba y ponía a producir un activo importante

y valioso que, de otra manera, seguiría estando totalmente muerto. Y EPCE, por su parte, aportaba la idea y el conocimiento –tanto de mecánica (concretamente de lavado de carbón) como de su comercialización internacional–, con el cual yo estaba algo familiarizado y que Patricia muy bien manejaba. Por ello percibía como remuneración la mitad de la empresa. [...] Todo fue muy exitoso: logramos muy buen lavado, y con costos muy razonables sacamos unos carbones bajos en cenizas y de alta calidad para los estándares internacionales.

Sin festejos especiales, pero con mucha alegría por lo logrado y con expectativas bastante grandes de ambas partes, hubo un suspenso en las conversaciones que sosteníamos cuando se supo la noticia de que Cementos Samper cambiaba de dueños, pasando del grupo Seguros Bolívar a manos de Luis Carlos Sarmiento Angulo. Esto implicó un cambio total en los cuadros de mando, y un fulano del cual solo recuerdo que era muy pretensioso, entró a ocupar la presidencia de esta empresa. Ese fulano se demoró bastante para recibirme, cosa que hizo de una manera hosca y descortés. Le comenté y le mostré mi copia del contrato firmado con Carrasco. Tras una primera presentación del asunto, el tipo ese preguntó que si esa era una más de las torpezas (no recuerdo bien el calificativo exacto) de su antecesor, que solo había hecho lo que más perjudicara a la empresa. Posó de dios absoluto, sabio y justiciero, muy orondo y con toda desfachatez y a secas, casi a gritos, me dijo que ellos no iban a reconocer derechos a nadie sobre las propiedades de Cementos Samper. Sin aceptar ni discutir, dije únicamente: «Si no hay modo ni más que discutir, yo me retiro». Y salí perplejo.

[...] Pensé rápidamente que entrar a pleitear con Luis Carlos Sarmiento Angulo, ese gigante poderoso, no estaba a mi alcance. Además, cualquier actuación en ese momento podría empeorar la situación. Me tragué ese monstruoso sapo. Increíble, pensaba y renegaba yo. Absurdo y doloroso perder ese negocio y todo ese trabajo, pero dejar ese proyecto y

cultivar el otro, el del Consorcio Minero Unido, CMU S.A., era lo más conveniente. [...]

Gestación y creación de Consorcio Minero Unido, CMU S.A.

De mi vida. 2016. Pp. 111-114.

En 1990, por la época en que terminó el proyecto de la planta lavadora de carbón, me llamó Ricardo Pulido, miembro del grupo Iluminar Ltda., a decirme que Bernardo Carrasco, el presidente de la compañía cementera, se iba a quedar sin trabajo a raíz del cambio de dueño en Cementos Samper S.A., que era en su mayoría del grupo Seguros Bolívar y en una negociación grande, que incluía hasta al Banco de Bogotá, pasó a ser de Luis Carlos Sarmiento Angulo. Me dijo que podríamos aprovechar la experiencia adquirida por él en minería, incluida la de carbón, para hacer juntos algo en ese sector. Me sonó la idea; todas eran buenas personas y conocidas por mí desde ISA hacía más de diez años. Yo, además de lo aprendido en mi paso por Carbocol, había hecho ya varios estudios de consultoría muy completos sobre esos temas en el norte del departamento del Cauca y el sur del Valle, en Norte de Santander, Cundinamarca y Boyacá, y tenía una amplia red de conexiones con empresarios, geólogos e ingenieros de minas. Le dije que una buena forma para explorar posibilidades sería hablar con Carbocol, a ver si existían reservas disponibles para proponer algún contrato. Yo estaba lejos de cualquier impedimento, pues había salido de la empresa desde 1982.

Conseguimos cita con Alejandro Sokoloff, el presidente de la empresa en ese momento. Asistimos en grupo los interesados, que eran los cuatro del grupo Iluminar S.A.: Tomás Held, Raúl Serna, Bernardo Carrasco y Ricardo Pulido, y yo. Con Sokoloff y otros funcionarios vimos mapas de reservas en diversos departamentos del país. Casi todo lo conocido estaba contratado. Pero, al llegar a las zonas de La Jagua, en el Cesar, aparecían unas cuantas manchas verdes que indicaban zonas con reservas libres, bastante alternadas con otras rojas, indicativo de «contratadas». Nos contaron (y era ampliamente publicitado) que estaban tratando de impulsar al máximo posible la integración de áreas pequeñas para lograr unas de mayor tamaño. Por razones muy evidentes, que bien nos expusieron y yo conocía de tiempo atrás, los lotes o bloques de mayor tamaño permiten una explotación más integral, racional y completa de

la reserva que otros más pequeños, lo que resulta obviamente más favorable para todos los interesados, incluido el Estado como receptor de regalías. Aparecía una zona verde relativamente apreciable en su tamaño, en medio de tres más pequeñas contratadas. Pregunté por qué estaba eso así, no integrado. La respuesta fue clara y tajante: «Porque esos tres lotes son de Arturo Sarmiento Angulo y no ha sido posible hacer algo con ese señor. Ni raja ni presta el hacha». Se me vino un chispazo a la cabeza y solté una iniciativa en forma de pregunta: «Y si nosotros conseguimos que Sarmiento raje o preste el hacha, ¿nos entregan eso?» Todos se miraron, como si hubieran dado con algo muy positivo. Nos contestaron que, en principio, con la experiencia y las calidades que reuníamos, y logrando ese objetivo de integración de reservas, veían el tema muy viable.

Bastante valiosa había resultado la buena huella que dejé, en 1958 y 1959, cuando a mi cargo distintas responsabilidades en las fincas del Cesar con el más grande cultivador de algodón del país, el agrónomo Arturo Sarmiento Angulo, que tenía casi quince años más que yo. [...] Acordamos cómo le haríamos el planteamiento y cómo serían las cosas entre nosotros y agendamos la cita con Arturo. Lo que consiguiéramos lo dividiríamos por partes iguales: la mitad para el grupo Iluminar y la otra mitad para la compañía de mi familia, Inversiones Londoño Duque & Cía. S.C.A. Fue una división muy equitativa, propuesta por ellos y aceptada por mí sin discusión.

A la cita con Arturo asistimos también los cinco. [...] Llevaba la vocería y le planteamos las cosas así: los derechos mineros que usted tiene son muy pequeños cada uno, lo que hace bastante costosa su explotación. La única forma de juntarlos es integrándolos con los que Carbocol tiene sin contratar. A usted solo no se los van a dar, pues hay mucha gente interesada. A nosotros como grupo tampoco nos los van a dar. Pero si nos juntamos y presentamos un proyecto único, que

integre todo en una explotación de tamaño razonable, tenemos una alta probabilidad de conseguirlo. Podemos constituir una compañía con aportes no muy grandes de dinero y bastante de reservas. Contratemos un tercero que mida las reservas suyas y las de Carbocol. Estas últimas, si nos aprueban la propuesta, las partimos por iguales: un 50 % acrecienta lo suyo y el otro 50 % será nuestro. Y en esas proporciones dividimos el capital. La idea tuvo buena acogida y Arturo prometió analizarlo prontamente con su familia.

Tuvimos varias reuniones dedicadas a conocernos todos más a fondo, adelantamos el tema con Carbocol y también fue acogido [...]. Las cifras de proyecciones daban un equilibrio no muy lejano en el tiempo. Constituimos la sociedad y comenzamos a funcionar con muchas dificultades durante los primeros años. Apenas nos sosteníamos, pero aumentamos el volumen de producción y ventas. Cuando fui nombrado ministro de Minas y Energía me tocó renunciar a la junta, apartarme del todo de la empresa. Solicité nombramiento de ministro *ad hoc* para todo lo que se pudiera relacionar con la zona, coloqué mis acciones de CMU en un encargo fiduciario y hasta mandé una carta al gerente de Ecocarbón, empresa nueva que se había escindido de Carbocol, para separar las funciones comerciales de todo lo que tuviera que ver con el manejo de las reservas de carbón del Estado, con instrucciones de abstenerse de cualquier actuación que me pudiera beneficiar (esa carta causó cierta molestia en mis socios, me lo imaginaba. Lo supe bastante tarde, casi al tiempo de la venta de la compañía. Les envié una carta con todas mis explicaciones y justificaciones, fundamentalmente éticas. Y las cosas quedaron creo que tranquilas). Con el avance de la explotación, maquinaria más grande y buena técnica, los volúmenes exportados aumentaron, la empresa fue muy rentable y, finalmente, fue vendida a quien era nuestro principal comprador: la firma Glencore, de muy mala recordación para mí por otro negocio.

Los cultivos de flores y Ecoflora

De mi vida. 2016. Pp. 152-157.

[...] En el oriente antioqueño, ese negocio [las flores] lo habían montado por la misma época que en la sabana de Bogotá, pero con una peculiaridad: en la sabana existían decenas de empresas, mientras que en Antioquia solo existían cuatro en total, todas grandes [...]. Y como siempre he llevado por dentro un

espíritu «tierrero» y campesino, mi entusiasmo y mis ganas de meterme en el negocio de las flores fue creciendo como una quebrada después de un fuerte y largo aguacero. Otro amigo de Gratomira, antioqueño también y compañero de paseos los domingos, Alfonso Giraldo, escuchó algo sobre ese entusiasmo que yo tenía y compartimos algunas ideas. Tan pronto me contó que su familia tenía una finca en La Ceja, que eventualmente podría servir para montar algún cultivo, armamos paseo para conocerla y nos llevamos a Nacho Navas y su familia. Nos pareció pequeña (hectárea y media no más), pero buena para un arranque: plana, con agua, energía y buen acceso; la familia, además, nos la alquilaría. Nacho nos ofreció que su comercializadora nos podría comprar toda la producción exportable. Solo faltaba entonces conseguir dos personas: una que nos diera asesoría técnica y otra que manejara el proyecto.

Estando de vacaciones con toda mi familia en una finca alquilada entre San Antonio de Pereira y La Ceja, me empeñé en darle solución al tema de la asesoría técnica, al tiempo que avanzaba la posibilidad de que Federico Cock, el hijo de mi hermano Jesús, quien estaba por regresar de los Estados Unidos de estudiar una carrera técnica relacionada con temas del agro, nos manejara el proyecto con mucho apoyo nuestro, pues era apenas un *pelao* sin experiencia alguna. Para lo de la asesoría técnica fui varios días seguidos a la salida de uno de los cultivos grandes y, parado cerca de la portería, le pregunté a quienes tenían alguna apariencia de ser más que simples operarios si conocían algún agrónomo que supiera bastante de flores y que pudiera darme una asesoría para un pequeño cultivo. Como al cuarto día, alguien me señaló a uno de los agrónomos, quien me dijo que Manuel Marín había trabajado un buen tiempo en esa empresa, que era muy buen profesional, que era independiente, y me indicó cómo conseguirlo.

Acordamos jugárnosla con Federico para el manejo, con apoyo mío en un principio; él aceptó el desafío. Contratamos los servicios de asesoría, constituimos la sociedad Cultivos Medellín Ltda., tomamos el terreno en arriendo y arrancamos de cero a desarrollar el proyecto [...]. Durante mucho tiempo viajé a La Ceja prácticamente todos los sábados a dar vuelta y trabajar hombro a hombro con Federico; además, todos los días conversábamos por teléfono [...].

Ningún negocio es fácil, he dicho siempre. Las plantas crecían hermosas y parejas. La asesoría de Manuel era una vez por semana. Pero en poco tiempo, una plaga o la infección de un hongo puede hacer un daño tremendo. En cuestión de dos días, todas las hojas estaban llenas de unos caminitos que

perjudicaban gravemente el desarrollo de las plantas y hacían que las flores fueran impre-
sionantes y no vendibles. Estábamos «plaga-
dos» de minador. Comentado el problema a
Nacho Navas, al día siguiente nos mandó un
agronomo que nos ayudó a detener el proble-
ma. Se perdieron algunas camas, pero las que
venían detrás salieron de excelente calidad.
Y nos tocaron buenos precios. Ganamos bue-
na plata y quise yo que le participáramos un
porcentaje significativo de las utilidades a Fe-
derico, como lo habíamos conversado en prin-
cipio. Mi socio no estuvo de acuerdo porque no
lo habíamos puesto por escrito (buen aprendi-
zaje), y eso me desanimó a mí para seguir en
compañía. Le vendí mi parte y arrancamos
con dos cultivos nuevos con socios diferentes:
Cultiflores y Tahami.

Por otra parte, desde muy recién inicia-
das las actividades de esa empresa (Cultivos
Medellín) nos afiliamos a Asocolflores. Desde
la primera asamblea a la que asistí, me eligie-
ron en la junta directiva en representación de
los pequeños floricultores. Nosotros éramos
el más pequeño de los pequeños. Y muy pron-
to nos conocimos con cultivadores medianos
de la sabana de Bogotá, uno de rosas y otro
de claveles. Gente de muy buena reputación
que realmente resultó de excelente calidad,
como Eduardo Urdaneta, Guillermo Botero,
el actual (2016) presidente de Fenalco, y los
hermanos Ramírez Ocampo. Con ellos mon-
tamos en Miami la comercializadora Golden
Flowers Inc. [...] Nos fue bastante bien hasta
que, por algún problema interno, tuvimos
que incorporar un nuevo socio y administra-
dor que tenía su propia empresa competido-
ra, muy grande y avasalladora. Este socio nos
dejó sin nada.

Por su parte, Juan María, mi otro herma-
no, quien ya tenía su finca El Cerrojo en Lla-
nogrande, mantuvo la tentación de entrar en
el negocio de las flores durante un largo tiem-
po [...]. Nos propuso a Federico y a mí, o le
propusimos, no recuerdo, que montáramos

juntos otra empresa en su finca. Federico y yo nos sentíamos
«los chachos» del negocio por el éxito que habíamos logrado
en corto tiempo. Y estábamos en ese plan: el de participar con
nuestra experiencia, el conocimiento del cultivo y de la co-
mercialización, y algunos pesos, en nuevos emprendimien-
tos. Constituimos Uniflor S.A., y montamos algo como de
dos hectáreas en El Cerrojo, luego alquilamos una hectárea
más en un terreno contiguo, y todo eso comenzó a ser cono-
cido como Uniflor-Uno, porque enseguida arrancamos con
otras ocho hectáreas junto al extremo sur de la pista del ae-
ropuerto, Uniflor-Dos. Juan María quiso luego dejar su vida
de empleado como gerente regional del Banco Cafetero, hacer
suya la empresa y dedicarse a ella. Negociamos nuestra sali-
da. Luego llegó Santiago, su hijo. Muy calificado en adminis-
tración en los Estados Unidos, con muchos ánimos de hacer
algo «para mostrar». Se les unió también Olguita, quien esta-
ba a cargo de la parte comercial. Con variaciones en el grupo
de manejo y la mayor o menor injerencia del papá, han hecho
una empresa muy tecnificada y exitosa, lo que me produce
gran satisfacción. En especial, porque su falta de experiencia
con el agro me generaba grandes dudas cuando nos fuimos.

[...]

A través de mis relaciones con Ecopetrol, especialmen-
te las de consultoría, conocí y entablé una buena amistad
con un ingeniero químico santandereano muy destacado a
quien, entre conversación y conversación, le dije que tenía
deseos de investigar un poco sobre la posibilidad de hacer
aguas aromáticas bien concentradas para vender con gotero,
que no fuera sino poner unas gotas en el pocillo con agua ca-
liente y listo. Le conté que había ensayado en mi casa con ho-
jas de limoncillo (limonaria en Bogotá) puestas en una olla
a presión casi sin agua, y que me había resultado bastante
bien el extracto. Le gustó mucho la idea y me ofreció ayuda
para que hiciéramos extracción con vapor en el laboratorio
de la Universidad Javeriana, donde él era profesor. Un amigo
de Gratamira, quien tenía una fábrica de equipos en acero
inoxidable, me obsequió para mi proyecto un pequeño tan-
que casi redondo con salida estrecha por arriba, que insta-
lamos en la Javeriana. Comenzamos a trabajar los fines de
semana. Tal vez le había contado del tema a Federico. Un día
me llamó a decirme que Diego Vanegas, su esposa y otros
amigos nos invitaban a participar en Aromáticas y Medici-
nales La Selva S.A., una pequeña empresa que llevaba unos
dos años, y que tenía un cultivo de hierbas aromáticas, una
plantica de extracción hechiza y de acero al carbono (no apta

para elaborar productos alimenticios y menos medicinales) y dos productos muy buenos, formulados por el activo más valioso de la empresa, que era el socio e ingeniero químico Jaime Toro Restrepo. Los productos eran el llamado Ecolimpia y el repelente de insectos para uso humano, productos que jugaron años después un papel muy importante en la definición del eje principal de la actividad de Ecoflora.

Tenía también algo que se consideraba muy valioso: la promesa postergada mil veces de un belga muy conocido en varios campos de la vida nacional, Günter Pauli, el de «cero emisiones», quien les prometía como donación del gobierno belga una planta completa en acero inoxidable y la compra futura de toda la producción de extractos de aromáticas. Todo eso resultó en bulla y babas, con una papelería multicolor muy bien diseñada y muy bonita y unos diez accionistas que no tenían foco ni norte. La empresa nunca tuvo con qué pagar el arriendo de un local para operar, y lograba subsistir casi de caridad y del tesón de Jaime Toro y de Federico. La hospedamos algún tiempo en una granja para niños desamparados, y llegó al punto de que todos los fundadores no resistieron más tiempo poniendo dinero y decidieron retirarse. Solamente a través de las empresas Cultiflores y Tahamí decidimos insistir y Jaime ofreció continuar con un sueldo casi simbólico. Nos llevamos los equipos para la pesebrera de una pequeña finca que habíamos comprado junto a Vallejuelos, en La Ceja, donde luego se construyó la actual planta de extracción. Al estar allí, con pura «tarrotecnia» (tarros y frascos), mucha voluntad e iniciativa acompañada por muchas lecturas de Federico, quien se convirtió en un gran devorador de libros sobre botánica y propiedades de las plantas, nos llegó el gran empujón de El Niño de 1998. Normalmente, en tiempo seco y caluroso los insectos se alborotan y se reproducen más. Y ese año, el aumento fue mayor y los plaguicidas químicos cada vez generaban mayor resistencia, prácticamente ya no actuaban. A Federico y Jaime se les ocurrió entonces que, si el repelente de uso humano era tan eficaz, los mismos o similares ingredientes en mezcla formulada para fumigar plantas podrían trabajar bien en los cultivos; su inferencia resultó muy acertada.

De ahí para adelante, a quien le interese, la historia de Ecoflora se encuentra mejor contada por Nicolás Cock, mi hijo. Quien recibió el pilotaje de ese barco desde comienzos del año 2000 y tiene muchos reportajes e informes de emprendimiento sobre esta empresa.

Cock, el defensor de lo público

Andrés Peñate conoció a Jorge Eduardo Cock como conferencista mientras él era estudiante de Economía de la Universidad de Los Andes, luego como papá de su novia Clara, finalmente como suegro. Fueron 32 años de relación, desde 1991. Gracias a la cercanía familiar se convirtieron en contertulios de los asuntos más diversos de la actualidad política y económica.

Considera que haber estudiado la misma carrera y compartir el interés por las políticas sociales y energéticas fue lo que llevó a que mantuvieran activa la conversación durante más de tres décadas, marcada por los intereses en común y también por el disenso amable.

«Jorge Eduardo era un hombre con muchas inquietudes intelectuales. No le gustaba hablar de cosas superficiales», cuenta Andrés. El fútbol o el entretenimiento, por ejemplo, no hacían parte del menú que Cock llevaba a la sobremesa familiar. En cambio, los negocios, la ciencia y los avances en innovación hacían parte de sus temas predilectos.

Fue en medio de esa charla cotidiana y familiar que Andrés fue testigo de las posiciones políticas de Jorge Eduardo Cock y de cómo estas estaban atravesadas por las convicciones que tenía sobre lo público.

«Lo veíamos de una manera muy parecida. Creíamos que el papel del Estado debía ser el de



crear las condiciones para que el sector privado pudiera proveer los bienes y servicios que necesitaba la gente, y solo por excepción podía estar metido en negocios», resume. Dice que por esto Cock era visto como un hombre de izquierda por la derecha o como alineado a la derecha entre las personas de izquierda: «Yo creo que tenía una posición de extremo centro».

Ese «extremo centro» estaba marcado por un sentido pragmático de la vida y por la negación a cualquier dogmatismo. No significa que no tuviera posiciones firmes. Las tenía y las defendía. Andrés recuerda que había temas en los que no coincidían y respecto a los cuales Cock era recio en sus posiciones: el papel de España en la conquista y colonización de América, que veía como un momento de destrucción, o el cambio climático, en el que Jorge Eduardo no admitía ninguna incredulidad o escepticismo.



En contextos menos familiares, diferencias como esas podían llevarlo a mostrar su temperamento, pero no con Andrés. «Al lado siempre tenía a su adorada Beatriz, que lo modulaba con mucho tacto y diplomacia». Respetaba a Jorge Eduardo como un amigo, una figura paterna y un compañero de discusión intelectual. «Me interesaba conocer lo que pensaba, no convencerlo de nada. Siempre tenía puntos de vista originales, apoyados en datos e investigaciones. Él no hablaba de lo que no había leído o estudiado, de lo que no conocía a través de datos, cifras o de la experiencia».

Y quizás por ese rigor, varias de sus convicciones sobre lo público se fueron matizando con los años. Cuando Andrés y él se conocieron, Colombia entraba en una etapa de apertura económica y privatizaciones. En las décadas anteriores, como el mismo Cock reconocía, su visión era más de izquierda. Andrés cree que su papel como consultor de política energética e infraestructura lo llevaron a entender otras lógicas de provisión de bienes y servicios. También les atribuye a los viajes, en general, y al paso por el Banco Mundial, en particular, que Cock hubiera accedido a otros puntos de vista que lo hicieron cambiar de parecer sobre algunos asuntos. De igual manera, la realidad misma del país,

donde los modelos de desarrollo de los años 60 y 70, con un papel muy central del Estado, terminaron fracasando en paralelo con la caída del muro de Berlín y de la Unión Soviética. El mundo cambió y el pensamiento de Jorge Eduardo Cock también.

Lo que no cambió ni con los cismas de la historia mundial ni con los vaivenes de la política nacional fue su sensibilidad social. «En los temas de justicia social, en su aspiración de una sociedad más incluyente y de un mundo más justo para habitar, él no amainó».

La idea que Cock tenía de lo público no podía desligarse de su vocación de servicio. Por eso cree que el éxito económico de su suegro fue «un milagro financiero», su interés nunca fue el lucro: «Muchos de sus negocios venían de una inquietud intelectual atada al sentido práctico, a que las ideas tenían que transformarse en algo que sirviera para cambiar la realidad».

Para Andrés, el objetivo de Jorge Eduardo no era hacer dinero, sino generar empleo y riqueza, además de servir. Por eso cerró una prestigiosa consultora para ser ministro y por eso saltó del negocio de las flores, que necesitaba muchos pesticidas, a la producción de insumos agrícolas más amables con el ambiente. En últimas, hasta en sus negocios privados Cock mantuvo su convicción sobre el interés público.

ALTERNATIVAS EXCLUYENTES

Deuda social y defensa o grandes obras

Se tendrá que frenar el despilfarro en pirámides majestuosas
o en obras innecesarias y sin estudio, para encauzar
todo hacia las necesidades prioritarias.

Como en el clásico ejemplo de la elección entre cañones y mantequilla, al gobierno del presidente Uribe Vélez le va a tocar escoger con mucha definición entre pagar la deuda social e imponer la autoridad y el orden, que fueron las banderas que más movieron a los colombianos a darle su voto y lo que sin lugar a discusión el país requiere como su más alta prioridad, o construir muchas y grandes obras físicas, como ya se anuncia en algunas áreas del equipo de gobierno y lo piden con vallas de que "ahora sí" los grupos de interés en esos negocios y otros pocos, sin mayor reflexión o fundamento.

Es que no se necesita ser un gran analista. Basta una mirada a las publicaciones de prensa, particularmente a raíz del estudio de la Contraloría General de la República sobre la magnitud de los problemas sociales, el retroceso que Colombia ha sufrido en esa materia y los costos que implica una relativa recuperación, así como los requerimientos de la guerra, para sentarse largo rato a reflexionar, después de un merecido escalofrío.

Según el estudio mencionado, cerca del 60 por ciento de la población colombiana está por debajo de la línea de pobreza. El 23,4 por ciento son indigentes, cifra que en el campo bordea el 40 por ciento. Y pensar que sus ingresos son cero o por debajo de uno y dos dólares por día (lo que cuestan tres gaseosas o media libra de carne). Y aun entre los que están ocupados, el 37,6 por ciento tienen ingresos mensuales

inferiores a los 309.000 pesos de un salario mínimo.

Y en cuanto a educación, que marca el futuro de esas gentes y del país, el analfabetismo entre mayores de 15 años es del 8 por ciento y tenemos más de tres millones y medio de niños sin forma de estudiar. Y así en salud. Y en vivienda. ¡Qué horror! Nos deberíamos avergonzar y dedicarnos a solucionar eso y olvidarnos por un buen tiempo de construir obras que no vayan directamente a servir esos objetivos.

A los colombianos nos tocó esta vez escoger lo realmente prioritario con decisión inquebrantable, sin dudarle siquiera, y aguantarnos unos años sin emprender nada que suene a grandes obras, nada distinto a la lucha contra las diversas formas de violencia, narcotráfico y corrupción, a proteger el medio ambiente y a construir o subsidiar la construcción de escuelas, hospitales, vivienda popular, acueductos veredales, carreteras vecinales, a capacitar jóvenes, maestros, técnicos y profesores y a enderezar el deteriorado marco institucional y regulatorio de todas las áreas de energía, telecomunicaciones, aguas y transporte, para que la inversión privada se encargue totalmente de hacerlas.

Por acierto del Presidente electo y para fortuna de los colombianos, tendremos (o tenemos) profesionales de gran talla, claridad y criterio como Roberto Junguito, Juan Luis



JORGE EDUARDO
COCK L.

Londoño, Cecilia María Vélez, Martha Lucía Ramírez, Carlos Gustavo Cano, Jorge Humberto Botero, Santiago Montenegro, el equipo económico y de defensa, que sabrán frenar el despilfarro en pirámides majestuosas o en obras innecesarias y sin estudio, para encauzar todo hacia las nece-

sidades prioritarias.

Tendrán que impedir que nos embarquemos en obras como los túneles de Medellín-San Jerónimo (ya muy adelantado) y Medellín-aeropuerto (sin comenzar afortunadamente, pero promovido y contratado hace cinco años) sin el más mínimo estudio que indicara siquiera su necesidad o su conveniencia económica o social. O como el famoso proyecto de un centro de convenciones en el Alto de Las Palmas, con un teleférico a Medellín y otro al aeropuerto, para el cual se invirtieron (se enterraron) muchos miles de millones de pesos en tierras. O como la red de ferrocarriles que, en una conferencia ante el Carce de Antioquia, proponía el hoy designado Ministro de Transporte para unir a Medellín con Urabá y con Caucasia, como las obras prioritarias para el Departamento.

Todos ahora tenemos que unirnos en gran apoyo al presidente Uribe, pero no en forma tan irrestricta como algunos predicán. Lo tenemos que apoyar, y con todo, en las verdaderas prioridades. Pero nos tendremos que oponer a lo que no rime con ellas.

Jorge Eduardo Cock combinó dos facetas improbables en la cultura política colombiana del siglo XX: era economista y empresario, también era un hombre con convicciones de izquierda. Sus contextos familiar, social y cultural alimentaron ambas dimensiones; sin embargo en estos mismos ambientes también llegó a sentirse extraño por su pensamiento político, que no coincidía con el de muchas de las personas que lo rodeaban.

Este capítulo da cuenta de sus principios respecto a los temas sociales, de su convencimiento sobre la necesidad de resolver la desigualdad del país y de cómo ese principio se mantuvo a lo largo de su vida: en particular, en la defensa de la naturaleza pública de algunas empresas estatales y en el reclamo continuo de que la actividad del Estado tuviera fundamentos sociales. Los textos compilados también demuestran cómo algunos de esos planteamientos se matizaron con los años y lo alejaron del prototipo de hombre de izquierda del siglo pasado.

La vida pública de Cock estuvo atravesada, entre muchos otros acontecimientos, por la apertura económica de inicios de los años 90. Bajo esa coyuntura, defendió la libertad de empresa y de mercado y cuestionó los monopolios estatales. Planteó a lo largo de sus columnas dónde debía estar la división entre lo público y lo privado, siempre enmarcada en las discusiones sobre la naturaleza jurídica de empresas como Ecopetrol, ISA y EPM.

Orígenes y razones de mi conciencia social

De mi vida. Pp. 173-184.

Siempre he tenido muy claro que, en asuntos de filosofía política y social, las ideas y el compromiso de mis hermanos, mis sobrinos y la mayoría de los amigos que nos rodean a Beaty y a mí son completamente distintas de las que yo profeso y llenan mis convicciones. Pero nunca, antes de comenzar estos escritos, me había detenido a reflexionar sobre su origen y cuál o cuáles son las razones para pensar y ver las cosas de esta manera. Qué curiosa coincidencia. Justamente, cuando iba a iniciar la redacción de este importante episodio, me entró un mensaje de Catalina, mi hija, que está ahora en Ciudad del Cabo (Sudáfrica) estudiando y viendo muchos temas de conflicto y posconflicto: «Es que estoy desvelada y quiero preguntarte dos cosas muy relacionadas entre sí. La primera es que si Coquito (mi papá) viviera, ¿aprobaría los acuerdos de paz que se están negociando en La Habana?». Lo pensé unos segundos y le contesté: «Creo que sí». «¿Por qué?», me preguntó. Y mi respuesta fue: «Porque el viejo tenía muy buen corazón y era muy racional».

«Y ahora, dime: ¿por qué piensas tú tan distinto de como piensan tus hermanos, mis primos, toda la gente cercana a nosotros?», me preguntó Cata. Algunas razones preliminares tuve que darle. Dudé bastante. Le dije que me había puesto a meditarlo, que me tomaría tiempo. Este tema empezó a darme vueltas, pero no me llevó a conclusiones muy claras. Sin embargo, encontré buenas y más intensas luces que alumbran ese pasado y me ayudan a entender mejor y a reafirmar mis posiciones.

No he sido un estudioso de filosofía ni de doctrinas, menos todavía de las que considero alambicadas y complicadas, como el marxismo. Leí, sí, resúmenes y aproximaciones a *El Capital* de Karl Marx, pero no pude con el texto. Me aburrí terriblemente con los pocos

fragmentos que mi mente se tragó sin digerir bien. En resumen, no tengo muchas bases académicas. Y tampoco me ha convencido jamás el comunismo puro, aunque algunos de sus puntos son muy válidos. Lo que más detesto de ese sistema es la imposición a bala, con matanzas, y la violación del derecho de opinión y la libre expresión. En mi edad adulta también me he convencido de que la economía centralmente planificada y la fuerte restricción a la libertad de empresa llevan al fracaso.

Lo que más tengo son reflexiones y lo que muchos o algunos llevamos por dentro: las ganas de cambiar el mundo. Recuerdo dos temas especiales que me han inquietado mucho desde mi muy temprana juventud. El primero [...] es el de la herencia: ¿por qué diablos, si no es por mal organizadas las sociedades, la pobreza y la ignorancia son claramente reproducidas por sí mismas y la una refuerza a la otra? ¿Por qué la inmensa mayoría de la humanidad, que nace en familias pobres, sigue tan condenada a que sus hijos sean pobres e ignorantes como sus padres y, en cambio, tan poquitos que nacen en familias ricas tienen el privilegio de seguir, no condenados sino predestinados a ser también ricos y educados en los mejores colegios y las mejores universidades, sin merecimiento alguno distinto del inventado derecho a heredar de sus padres? De verdad que ese «derecho» encierra mucho de invento y es causa de más inequidad.

[...] El segundo es el de la importancia tan exagerada y la categoría tan absoluta que se le da a la propiedad privada. Se abusa particularmente de la propiedad privada de la tierra, tanto la rural como la urbana. Su dueño hace lo que le da la gana, aunque vaya en contra de los intereses de la colectividad y la conveniencia de la sociedad. [...] Y para agigantar la inquietud y la inconformidad con lo establecido, me surge el tema del origen de esa propiedad privada. Podría afirmarse, sin lugar a equivocación, que en el mundo entero la propiedad, especialmente la de la tierra, ha nacido del despojo, de la conquista a

sangre y fuego, del robo. Y sí que resulta verdad esto cuando pensamos en los países conquistados por España. ¿Cómo se consiguieron los títulos de propiedad en las tierras de Hispanoamérica? Los otorgaba el rey de España. Y, ¿con qué autoridad para ello? ¿Por qué tenía él esa propiedad? ¿De dónde nació ese derecho? [...].

[...] Esos ímpetus de crítica y esas ganas de hacer algo, de promover el cambio, me llevaron por unos cuantos años a recibir un gran rechazo en el medio social en el que me movía. En cuanto reunión familiar, social o de cualquier índole estaba yo, allí ponía el tema, armaba la discusión y casi siempre recibía indiferencia. Me dejaban solo. Esto me hacía sentir cada vez más esa soledad que describo en uno de los episodios *De mi vida*. No obstante, también fueron esas reflexiones, reforzadas por hechos, tendencias, lecturas cortas, discusiones, personas y desarrollos en algunos países, las que tuvieron su influencia en mí. Estas son algunas alusiones que considero de mayor peso.

[Jorge Eduardo menciona tres hechos históricos que nos limitamos a enunciar, para continuar luego con algunas anécdotas de hechos que vivió directamente. Estos fueron: la Revolución cubana, el proceso de reforma y contrarreforma agraria en Colombia durante los años 60 y los hitos de 1968, desde el Mayo francés y el movimiento contracultural y pacifista en Estados Unidos, hasta la masacre de Tlatelolco, en México].

El curso en Holanda. Con licencia laboral y algún apoyo de Coltejer, donde trabajaba, y con una beca del gobierno holandés, estudié desde enero de 1969 un diplomado en Planeación Industrial, cuyo contenido era sobre la preparación y evaluación de proyectos en el Institute of Social Studies en La Haya. Esa fue la base especializada para la cátedra que, sobre esa materia, acababa de montar en la Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia.

Fue la primera salida larga de la casa con Beaty y Clarita, que tenía dos años y medio. [...] El primer día nos conocimos con una bogotana hija de holandeses, Beatriz Hartz, que

iba al mismo curso. Simpática y agradable ella, muy pronto nos soltó bastante de su ideología, claramente socialista. Con ella hicimos buena amistad y sosteníamos agradables conversaciones [...]. Hasta el director del curso, el profesor Packard, gringo y PhD de Berkeley en Economía, tenía bastante orientación socialista en sus posiciones; además, el principal énfasis del curso era en evaluación social de proyectos, es decir, desde el punto de vista de los beneficios para la sociedad, más que para los inversionistas. [...]

Unos días de reunión en El Salvador. [...] me pidió el decano [de Economía en la UdeA] que asistiera con otro profesor a un evento conjunto de facultades y empresarios en San Salvador. El otro era un viejo y buen amigo de Beaty y mío, Luis Fernando Zea, quien hacía poco tiempo había llegado muy al día de cursar un posgrado en París. Poco conocíamos del país centroamericano y quedamos aterrados de lo que escuchábamos en la principal universidad sobre lo que era. Colombia era un edén de equidad si se comparaba con El Salvador. La agricultura, la poca industria, el comercio grande, los puertos, eran propiedad de «las cuatro familias» dominantes, las cuales también controlaban el poder político. Y el pueblo, según nos describían, sufría una terrible explotación. Por todas partes se percibía entonces un hervidero revolucionario. [...] Todo allá, entre estudiantes y profesores, era un entusiasta ambiente de insurgencia, de lucha. Con el mismo convencimiento que cundía por todas partes, de que por las buenas nunca se iban a lograr cambios fundamentales que llevaran a niveles aceptables de equidad y que, por el camino de la lucha armada, popular, sí era posible, como lo había sido en Cuba. Al poco tiempo se conoció en el mundo entero el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. En El Salvador, la guerra llegó al acuerdo de paz veinte años después, en 1992.

[...]

Dejación no buscada. Debido a las responsabilidades que asumí frente a las empresas que monté y manejé (Forestales Doña María y Procecolsa), además de mi nombramiento como secretario general del Ministerio de Hacienda y los dos traslados a vivir en Bogotá, más otros acontecimientos o desarrollos políticos, mis ímpetus se apaciguaron. Sin embargo, en mi mente siempre se ha mantenido con vigencia plena la responsabilidad y la orientación hacia la búsqueda de la equidad y el cambio a favor de las clases desposeídas. Pero convencido, desde hace largo tiempo, de que la lucha armada es demasiado costosa desde el punto de vista humano, que siempre se torna atroz, que por nada se justifica, y que las cosas van cambiando muy lentamente. Pero cambiando, en parte, por temor de las clases que detentan el poder y por el convencimiento de algunos sobre la justicia y la conveniencia de cambiar. [...]

¿Concesión o venta?

El Tiempo. Julio 4 de 1996.

Aunque el proceso decisorio sobre la disposición de activos de generación eléctrica que —directa o indirectamente— pertenecen a la nación o a ISAGEN, parece que se encuentra ahora bastante avanzado, me atrevo a sugerir que se vuelva a considerar la posibilidad de entregar en concesión las hidroeléctricas en vez de privatizar su propiedad.

Con respecto a las térmicas, lo mejor sí es venderlas. No tiene mucho sentido que empresas estatales sigan siendo sus dueñas. Pero para las hidráulicas, que conllevan tantas complejidades en cuanto al manejo de recursos naturales, terrenos, embalses, cuencas y regulación de caudales aguas abajo (bien delicado en algunos casos), lo más indicado sería mantenerlas como propiedad del Estado a través de sus empresas, particularmente ISAGEN, y entregar su operación empresarial a manos privadas.

Un contrato de concesión a 25 o 30 años, bien estructurado, con clara opción de renovar, o sea, repetir concesionario si el desempeño es correcto, debe producir a su actual dueño un valor aproximadamente igual al que recibiría al vender el activo, simplemente por razón del valor del dinero en el tiempo.

Manteniendo la propiedad, la empresa estatal estará siempre vigilando y exigiendo el cumplimiento de condiciones y obligaciones cuidadosamente detalladas en el contrato de concesión, y siempre tendrá el arma de su cancelación o no renovación para requerir estricto cumplimiento. En cambio, transferida la propiedad, todo el poder se reduce a una teórica e hipotética vigilancia del cumplimiento de normas generales por parte de múltiples y descoordinados agentes que representan al Estado. Una situación peligrosamente débil.

El papel de Empresas Públicas

El Colombiano. Julio 13 de 1999.

Lo que pase con las Empresas Públicas de Medellín (EPM) nos atañe a todos los antioqueños y, en cierto sentido, a todos los colombianos. Por eso, es útil plantear las inquietudes que tengamos al respecto y fomentar el debate. Una preocupación de fondo, compartida por muchas mentes inquietas, se refiere al papel, el manejo y el futuro de las empresas públicas en general y de las de Medellín de forma muy particular.

No tiene «doliente»; aunque nadie discute que, jurídicamente, EPM pertenece al municipio de Medellín. En la realidad práctica, ¿de quién es, a quién responde?, ¿quién les pide cuentas a sus directivos o les exige un dividendo? Nadie tiene una respuesta clara.

El gerente cambia cada tres años, con la excepción de Diego Calle. Hasta donde las décadas de mi memoria alcanzan, ningún gerente ha durado en EPM. Ahora cambian con los alcaldes. Su nombramiento es mucho más político que empresarial y ni siquiera obedece a la decisión colectiva de una junta. Y, ¿qué seguridad tenemos de que un alcalde en el futuro no llene la empresa de politiquería? ¿Y de sus calidades morales? Esos directivos tienen en sus manos el manejo de la más grande riqueza de la región, de inmensos ahorros colectivos acumulados durante muchos años. Con el paso de los días, EPM se vuelve más atractiva como botín o trampolín político.

Se toman riesgos indebidos. Esas y otras circunstancias hacen perder el norte y confundir el objetivo central de la

empresa pública. Y, con una enorme y muy fácil generación de fondos en sus manos, sus directivos son inducidos a jugar a las grandes ligas, a comprar otras empresas, otros negocios, a crecer por crecer. ¿Corresponderá esto al objetivo y el papel de una empresa pública?

En concreto, y que yo sepa, EPM se metió en Transmetano, compró la telefónica de Manizales, la mitad de Gases de Antioquia, montó empresa de teléfonos en Bogotá y ha querido o quiere meterse a comprar Corelca, la CHEC, la otra mitad de Gases de Antioquia, la EADE (qué malo para Antioquia depender de una empresa municipal), y ahora quiere meterse en la grande y peligrosa puja por comprar ISAGEN en ese proceso de todo o nada, para el cual hay mejores alternativas. ¿Por qué y para qué todo esto? ¿Sí será esa su función?

Si a los problemas estructurales y graves descritos al comienzo se le suman las rigideces y restricciones inherentes a toda empresa estatal, resulta claro que el papel de EPM no es el que está tratando de jugar. Que su futuro se debe estudiar a fondo y no propia o solamente por sus funcionarios. Que seguir jugando al rico con el dinero de todos los antioqueños a la par con los grandes grupos, implica un elevadísimo riesgo que no se debe correr. No es lo más correcto o apropiado.

Debería ser prioritario, por ejemplo, conseguir un mejor nivel de eficiencia en los servicios que presta. De esa eficiencia tan cacareada en nuestro medio, pero tan lejana de la realidad. Este solo aspecto, el de la eficiencia, amerita comentario separado. La concepción actual de Empresas Públicas de Medellín debe ser replanteada.

¿Privatizar así? No más, por favor

El Tiempo. Agosto 26 de 1999.

En cualquier análisis conceptual, y antes de emprender procesos de privatización, se definen y

ordenan los objetivos que se quieren alcanzar. Así se había hecho en Colombia cuando se decidió adoptar ese camino. El primero es, usualmente, el de la mayor eficiencia. Y después de varios otros aparece, casi siempre de último, la obtención de recursos fiscales.

Pero aquí se actúa al revés: el afán de conseguir recursos financieros ha hecho sacrificar torpemente objetivos de muy superior importancia en las «privatizaciones» de bancos y empresas de minería, de gas y de electricidad. Además de las críticas al valor de venta, bien fundamentadas en algunos casos, me refiero a la venta concentrada, en bloque, a compradores únicos, casi siempre extranjeros. Para cumplir con la ley, se entregan algunas porciones, en condiciones preferenciales, a empleados y trabajadores, cooperativas y hasta fondos de inversión. Pero el resto se vende en paquete, en un solo bloque, que difícilmente puede ser comprado por inversionistas nacionales, concentrando en lugar de democratizar la propiedad.

Es lamentable, casi inexplicable, que se quemén así las mejores oportunidades que se les podrían brindar a los colombianos para invertir sus ahorros. En sectores nuevos para la inversión privada, pero negocios ya establecidos, con el esfuerzo y hasta las pérdidas de los nacionales. Pero no, para «la gente» del país no se deja campo. Solo hay para los dos o tres poderosos de siempre en Colombia o para extranjeros. ¿Por qué? Porque son los únicos capaces de poner toda la plata junta, que es lo que quiere el gobierno. Los objetivos más importantes son arrollados por una simple y burda venta.

Además, esos recursos nos traen más daño que beneficios, por la revaluación que generan. La inversión extranjera en cosas nuevas, la verdadera inversión, ¡bienvenida sea! O hasta la de los llamados «inversionistas estratégicos», que al menos se dice que traen experiencia y tecnología. Pero la que viene simplemente a comprar lo existente, lo que ya hicimos, que la expliquen. Y ni siquiera esos

«estratégicos» son tales: los que vienen son unos monstruos que crecen y crecen al comprar empresas por todas partes, lo que para nada asegura la pretendida solidez técnica y administrativa.

Y saber que la lista de empresas que tiene el gobierno para vender de afán es bien larga. Pero deberíamos levantarnos los colombianos y decir con fuerza: «Así no más, por favor».

Que no vendan a ISA

El Colombiano. Agosto 7 de 1999.

Aunque son bastantes las opiniones que se han emitido sobre la venta de ISA e ISAGEN y piense que las decisiones del gobierno nacional son ya irreversibles por estar muy avanzadas, considero útil dar a conocer mi posición al respecto, particularmente sobre el caso de ISA, que reúne circunstancias y aspectos muy especiales.

Debo advertir que comparto y apoyo el grueso de las orientaciones y políticas del actual ministro de Minas y Energía, el Dr. Luis Carlos Valenzuela, que me parecen excelentes en temas tan trascendentales y controvertidos como los avances en materia de contratación petrolera, liberación de los precios de la gasolina, la refinación y la importación de hidrocarburos y, particularmente, sus argumentos para vender a ISAGEN o las centrales de su propiedad y no permitir la participación de las Empresas Públicas de Medellín en el proceso de competencia por quedarse con ellas, tema que requiere tratamiento separado.

Y todos debemos reconocer que el gobierno está necesitando más y más recursos fiscales. Pero no lo puedo acompañar en la decisión de vender a ISA, por cuatro razones fundamentales.

Primero que todo, la red de interconexión eléctrica es prácticamente un monopolio natural, técnicamente no cabe en este campo la

competencia. Y es un hecho que, aunque hemos avanzado muchísimo, no tenemos todavía en Colombia un organismo regulador tan fuerte, tan maduro, como para poder confiar en que la regulación impedirá que se explote al consumidor colombiano por el uso de esa posición en manos de dueños privados, con objetivo de lucro únicamente.

Segundo, es muy difícil impedir que, en el propio proceso de venta, o luego en las frecuentes adquisiciones y fusiones que se dan a nivel internacional, ese monopolio tan estratégico quede bajo el control de los grandes grupos que ya tienen una buena porción de la generación total del país. Y eso sí sería bien grave.

Tercero, los grupos guerrilleros vuelan torres de ISA con mucha más frecuencia de la que se publica, y los trabajadores y técnicos de la empresa tienen una gran destreza para reparar los daños, de modo que el país casi ni se da cuenta. Es más, ni los «vacunan» ni los secuestran porque saben que, como empresa estatal, ISA no puede pagar. Y si esto sucede con la ISA actual, ¿cómo sería la cosa si llegara a ser de propiedad privada, y más aún, extranjera? El país correría un riesgo demasiado alto de sufrir graves y frecuentes apagones de tamaño mayor.

Cuarto, si a las razones bien conocidas de calificación de riesgo para inversión en nuestro país se les suma el problema descrito en el párrafo anterior, el valor que nos paguen por ISA, que bastante nos ha costado, se reducirá considerablemente. No resulta entonces oportuno vender a ISA por ahora. Sigo considerando válidas las razones que me llevaron a afirmar que, mientras yo fuera ministro ISA, no sería vendida.

Pero «cada alcalde manda en su año». Y si el gobierno se empeña en proceder de todos modos, tendría todavía la oportunidad de hacerlo bajo un esquema menos riesgoso y de similares resultados financieros: entregarla en alguna forma de arriendo o concesión, por diez o veinte años. La ventaja frente a la venta es clarísima: la

posibilidad de echar para atrás. Por razones de lado y lado, especialmente por incumplimiento de obligaciones que se establezcan muy claramente en un contrato, incluidas las de control accionario y los abusos de la posición monopolística, un contrato de esos se puede rescindir, cosa que con la venta es casi imposible. «Que el Espíritu Santo los ilumine».

Deuda social y defensa o grandes obras

El Tiempo. Junio 26 de 2002.

Como en el clásico ejemplo de la elección entre cañones y mantequilla, al gobierno del presidente Uribe Vélez le va a tocar escoger con mucha definición entre pagar la deuda social e imponer la autoridad y el orden, que fueron las banderas que más movieron a los colombianos a darle su voto y lo que sin lugar a discusión el país requiere como su más alta prioridad, o construir muchas y grandes obras físicas, como ya se anuncia en algunas áreas del equipo de gobierno y lo piden con vallas de que «ahora sí» los grupos de interés en esos negocios y otros pocos, sin mayor reflexión o fundamento.

Es que no se necesita ser un gran analista. Basta una mirada a las publicaciones de prensa, particularmente a raíz del estudio de la Contraloría General de la República sobre la magnitud de los problemas sociales, el retroceso que Colombia ha sufrido en esa materia y los costos que implican una relativa recuperación, así como los requerimientos de la guerra, para sentarse largo rato a reflexionar, después de un merecido escalofrío.

Según el estudio mencionado, cerca del 60 % de la población colombiana está por debajo de la línea de pobreza. El 23,4 % son indígenas, cifra que en el campo bordea el 40 %. Y pensar que sus ingresos son cero o por debajo de uno y dos dólares por día (lo que cuestan

tres gaseosas o media libra de carne). Aun entre los que están ocupados, el 37,6 % tienen ingresos mensuales inferiores a los \$309 000 de un salario mínimo.

Y en cuanto a educación, que marca el futuro de esas gentes y del país, el analfabetismo entre mayores de 15 años es del 8 %. Tenemos más de tres millones y medio de niños sin forma de estudiar. Y así en salud y vivienda. ¡Qué horror! Nos deberíamos avergonzar, dedicarnos a solucionar eso y olvidarnos por un buen tiempo de construir obras que no vayan directamente a servir esos objetivos.

A los colombianos nos tocó esta vez escoger lo realmente prioritario con decisión inquebrantable sin dudarle siquiera, y aguantarnos unos años sin emprender nada que suene a grandes obras, nada distinto a la lucha contra las diversas formas de violencia, narcotráfico y corrupción, a proteger el medio ambiente y a construir o subsidiar la construcción de escuelas, hospitales, vivienda popular, acueductos veredales, carreteras vecinales, a capacitar jóvenes, maestros, técnicos y profesores y a enderezar el deteriorado marco institucional y regulatorio de todas las áreas de energía, telecomunicaciones, aguas y transporte para que la inversión privada se encargue totalmente de hacerlas.

Por acierto del presidente electo y para fortuna de los colombianos tendremos (o tenemos) profesionales de gran talla, claridad y criterio como Roberto Junguito, Juan Luis Londoño, Cecilia María Vélez, Martha Lucía Ramírez, Carlos Gustavo Cano, Jorge Humberto Botero, Santiago Montenegro, el equipo económico y de defensa, que sabrán frenar el despilfarro en pirámides majestuosas o en obras innecesarias y sin estudio para encauzar todo hacia las necesidades prioritarias.

Tendrán que impedir que nos embarquemos en obras como los túneles de Medellín-San Jerónimo (ya muy adelantado) y Medellín-aeropuerto (sin comenzar afortunadamente, pero promovido y contratado hace cinco años) sin el más mínimo estudio que indicara siquiera su necesidad o su conveniencia económica o social. O como el famoso proyecto de un centro de convenciones en el Alto de Las Palmas, con un teleférico a Medellín y otro al aeropuerto, para el cual se invirtieron (se enterraron) muchos miles de millones de pesos en tierras. O como la red de ferrocarriles que, en una conferencia ante el Carce de Antioquia, proponía el hoy designado ministro de Transporte para unir a Medellín con Urabá y Cauca, como las obras prioritarias para el departamento.

Todos ahora tenemos que unirnos en gran apoyo al presidente Uribe, pero no en forma tan irrestricta como algunos

predican. Lo tenemos que apoyar, y con todo, en las verdaderas prioridades. Pero nos tendremos que oponer a lo que no rime con ellas.

Las fallas de Ecopetrol

El Tiempo. Agosto 15 de 2002.

Las recientes fallas en la refinería de Barranquermeja, que han asustado al país por el riesgo de restringir el abastecimiento de gasolina y otros combustibles líquidos, invitan a hacer algunas reflexiones de fondo, no tanto sobre el funcionamiento, sino sobre la estructura misma, institucional y de propiedad, de la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol).

Sea lo primero recordar que la producción, el procesamiento, el transporte y la distribución de hidrocarburos no son monopolio del Estado por mandato legal, sino que —por diversas fuerzas y presiones y por algo así como un acostumbramiento— se mantiene en algunas de las fases del negocio petrolero. Concretamente, en la refinación y en parte importante del transporte con el manejo, por ejemplo, de las instalaciones de recibo de gasolina y otros refinados en Santa Marta y los oleoductos que, pasando por Barranca, llevan a los principales centros de distribución y consumo.

Nadie discute que la gasolina es un elemento fundamental y estratégico para cualquier país, y que en todas partes los gobiernos intervienen para asegurar el adecuado abastecimiento. Pero también es cierto que, igual o mayor importancia, tienen los abastecimientos de, por ejemplo, agua o electricidad. Y el hecho es que ni la refinación, ni el transporte de gasolina, ni los servicios de acueducto o energía son estatales en todos los países.

De hecho, en Colombia, la privatización de muchos acueductos y distribuidoras de electricidad, especialmente la competencia en el caso eléctrico, han beneficiado de forma muy apreciable a los consumidores y a la economía en su conjunto. Pero, para la refinación o importación

de gasolina, lo mismo que para su transporte, tenemos como un mito mantener al Estado en el papel de empresario de estas actividades; y más grave aún, como empresario monopolista.

O sea, la concentración del abastecimiento de combustibles líquidos en cabeza de Ecopetrol presenta la doble debilidad de estar en manos de una empresa estatal y de ser monopolio. El solo hecho de ser estatal implica grandes y graves problemas o peligros, asociados casi todos a la injerencia de la política en su manejo. Las decisiones se apartan en muchos casos de criterios estrictamente empresariales. Ese solo hecho conlleva enormes ineficiencias.

Casi siempre, para escoger presidente de la empresa, entran en juego la filiación política, la región de origen y la cercanía con el gobierno. La rotación de este y otros directivos es alarmante, tanto como haber tenido siete presidentes en los últimos ocho años. Y ni qué decir del problema que genera el hecho de que este funcionario sea nombrado por el presidente de la República, no necesariamente en acuerdo con el ministro de Minas y Energía, su superior jerárquico, y el presidente de la Junta Directiva de la Empresa. Baste recordar las pugnas entre Luis Carlos Valenzuela y Carlos Rodado, que hasta tuvieron la empresa sin proveer varias vicepresidencias durante muchos meses, con las consiguientes indefiniciones, parálisis y perjuicios.

Si a los problemas de ser estatal se les agrega los relacionados con su carácter de monopolio, el asunto es mucho peor. Esa condición les da enorme poder y fortaleza a todas las agrupaciones laborales para suspender actividades cuando se les viene en gana, para coger del cuello al país a fin de imponer sus criterios y exigencias laborales y de «política petrolera». Y los que conocen del tema saben que un paro en la petrolera cuesta mil veces más que la mera falta de producción.

El país resulta así esclavo de empleados y trabajadores de Ecopetrol. Y por presiones de dichas agrupaciones, incluidas las de profesionales y muchos directivos, se deciden enormes inversiones que le mantienen el carácter monopolista y que podrían ser asumidas por inversionistas privados, liberando recursos fiscales que el país requiere con urgencia en otros frentes como la educación.

¿No será lo conveniente para Colombia emprender un proceso de capitalización como el de ISA o combinado con algo como el de la Empresa de Energía de Bogotá, y tener varias empresas compitiendo por el mercado de combustibles con sus propias y varias refinerías y con libertad y facilidades para importar? Sería muy bueno, por ejemplo, iniciar con la separación de la refinería de Cartagena en una sociedad independiente

y hacer el ensanche con capital privado. Claro que esas transformaciones requieren otros cambios fundamentales pero viables, como la liberación de precios y el libre acceso a terminales y oleoductos, que ameritan análisis separados. El nuevo gobierno tiene ahí una excelente oportunidad para hacer cosas muy benéficas para el país.

Más reflexiones del foro sobre EPM

El Colombiano. Julio 4 de 2003.

Para quienes se interesan por el futuro de las Empresas Públicas de Medellín es importante conocer algo más y reflexionar sobre los temas tratados en el foro que organizó el Sindicato de Profesionales de las Empresas. Hoy trato de ampliar los argumentos que sustentan la posición de concentrar las actividades de EPM en el cumplimiento de su objeto social y su razón de ser, en lugar de seguir convirtiéndose en grupo inversionista. A lo riesgoso y difícil que es invertir acertadamente, lo fácil que es equivocarnos, ilustrado con las experiencias dolorosas de los más conocidos y hábiles grupos empresariales y de las propias EPM, se agregan más razones.

Una de tipo general es que el mismo crecimiento genera de por sí mayor complejidad en el manejo. Lo mismo la diversificación. Es innegable que, a mayor tamaño y diversidad de negocios, la alta gerencia dedica menos tiempo y menos de sus capacidades a la administración de cada desarrollo, cada empresa y cada inversión nueva. La delegación tiene que ser mayor, la distancia entre directivos y ejecutores se aumenta, las responsabilidades se diluyen y todos los procesos se hacen más lentos.

Hay quienes piensan que, mientras más grande sea una empresa, menores son sus costos unitarios, por aquello que se conoce como «economías de escala». Y que lo que ha sido

bueno debe seguir creciendo y metiéndose en más y más cosas. Concepto equivocado. Por las razones expuestas en el párrafo anterior, las economías de escala no son siempre válidas. Tienen sus límites a partir de los cuales se tornan negativas, con mayor razón tratándose de una empresa estatal. Más allá de cierto tamaño, el animal, mientras más grande, más lenta y difícilmente camina.

Lo de la diversificación tampoco es un tema fácil, ni mucho menos obvio. Es uno de los que mayor dificultad presentan en la planeación y el manejo empresarial. Volviendo a los ejemplos, es bueno traer uno relacionado con tamaño y diversificación, experimentado en Colombia por nada menos que la Exxon. Conozco el caso a fondo por haberme tocado participar y seguirlo de cerca desde el montaje con el papel de socio, manejando a Carbocol. Tras haber gastado muchos millones de dólares en completísimos estudios de factibilidad, el gigante empresarial se metió en la mina del Cerrejón zona norte, aguantó más de veinte años y perdió más de tres mil millones de dólares. ¿Será inmune EPM a cosas semejantes?

Otra razón muy válida para propugnar que EPM concentre sus actividades en las que le son propias, se deriva del análisis histórico y la proyección realista de sus rendimientos. En ninguna actividad es posible asegurar que inversiones muy buenas que hayan rendido elevadas utilidades se puedan repetir muchas veces. En el caso de EPM, la tesis es más evidente. Por un lado, desde hace nueve años ya no es monopolio; por otro, sus buenas utilidades provienen de las centrales hidroeléctricas construidas en el pasado a costos extraordinariamente bajos (ya depreciadas, además), que no son posibles lograr en las nuevas por la sencilla razón de que los mejores sitios ya están ocupados, desarrollados. Por lógica elemental, lo más económico se hace primero. Y ya está hecho.

El hecho descrito, sumado al de tener que trabajar en competencia, explica que, aunque parezcan muy cuantiosas las utilidades de EPM en valores absolutos, miradas como rendimiento porcentual del activo total o del patrimonio, no solo vienen decreciendo en términos reales, sino que son tan bajas que en muchos períodos no alcanzan siquiera a cubrir la inflación. Por eso se afirma (no lo digo yo) que EPM viene destruyendo valor.

Por algo en los países más avanzados del mundo no existen empresas estatales dedicadas a ser inversionistas, a hacer negocios que pueden ser realizados por particulares. Sería muy útil y enriquecedor que, quienes no estén de acuerdo, expusieran sus argumentos.

Poder y decisiones en EPM

El Colombiano. Julio 24 de 2003.

El tema de las Empresas Públicas de Medellín es tan delicado y de tanta trascendencia que no podemos cansarnos de insistir y profundizar en él. En escritos anteriores he analizado los males y peligros del gigantismo, los problemas de la diversificación, los elevados riesgos que para cualquier empresa implica hacer nuevas inversiones, sobre todo cuando es estatal. Con ejemplos propios y ajenos, incluidos unos pocos de los muchos de EPM, he ilustrado la altísima frecuencia con que se cometen errores bien costosos en el mundo empresarial.

Para mucha gente que piensa con mente serena y reflexiva, los argumentos llevan al convencimiento de que la actividad de EPM se debe concentrar en la que es su objeto social y su razón de ser: la prestación de servicios públicos domiciliarios con la máxima eficiencia y al menor costo posible a los habitantes de Medellín y, por extensión y equidad, a todos los de Antioquia; dando, además, una rentabilidad razonable sobre el capital en ella ahorrado e invertido. Eso al menos me indican los comentarios al respecto. Para todos, pero con mayor razón para los que no logran zafarse de ese «síndrome de Santo Domingo» que mucho nos ha invadido, el tema del poder y las decisiones en la empresa cobra máxima importancia. Manejar una entidad como EPM es difícil y complicado de por sí, aun concentrando su actividad. Pero muchísimo más si se admitiera que su papel fuera el de una agencia de inversiones generadoras de renta.

Lo primero que viene a la mente con estas consideraciones, y dada la normatividad sobre la forma de designar los miembros de la junta directiva de EPM, es la pregunta de si al votar por un candidato a la Alcaldía la gente sí estará pensando que elige a alguien en cuyas manos está entregando el manejo de semejante capital. La respuesta es obviamente que no. Una cosa es el transitorio manejo político y administrativo de un ente territorial y otra completamente distinta es el de una empresa como EPM bajo cualquiera de las dos concepciones de su papel. Es indiscutible que, como dueño, el municipio, en cabeza del alcalde, deba tener una injerencia importante en su manejo y una participación preponderante en la junta, pero no un poder tan absoluto, eso es demasiado peligroso.

Entonces ¿cómo integrar la junta directiva? La respuesta no es fácil mientras la empresa sea del todo estatal. Pero algo se puede hacer, aunque hay que modificar la ley (la de servicios públicos) para establecer una forma más adecuada para integrarla y entregar a esta la facultad de nombrar al gerente. Ojalá se avanzara rápidamente con el tema en el Congreso de la República para que fuera aplicable a la próxima alcaldía. Es urgente empezar a mover ese proceso. Se necesita liderazgo, convocatoria; alguien que lo asuma con suficiente autoridad moral y conocimiento para hacerlo (¿el mismo Comité Cívico de Veeduría?)

Repito que la solución sería válida y la requerida mientras la empresa sea totalmente estatal. Porque, al proyectar el futuro, el ideal sería introducirle

participación privada en el capital y convenios —contratos bien estrictos— de gobernabilidad entre el sector público y el privado, al estilo del establecido para la capitalización de la ETB. Es más, dividiendo y especializando los diferentes negocios en empresas separadas con participación en cada una de ellas, de una matriz de propiedad 100 % del municipio (la pura EPM) y de accionistas privados. Se lograrían muchos y excelentes efectos, por ejemplo: que por derecho propio y por acuerdos de gobernabilidad participarían empresarios de verdad en las juntas directivas, se captaría un buen capital para recuperar el atraso social del municipio, se tendrían empresas especializadas más eficientes cada una en su campo y se abrirían nuevas posibilidades de inversión para quienes puedan ahorrar algo. Algunos dicen que el carácter de empresa pública de EPM es algo ya definido y que la discusión está cerrada. ¿Por qué?

Criterios relajados en el manejo de EPM

El Colombiano. Noviembre 15 de 2003.

Lamentable y preocupante el nivel de relajación o degradación de los criterios con que se está manejando Empresas Públicas de Medellín. Es lo que se desprende claramente de las declaraciones de la gerente general de la entidad en sus entrevistas y controversias con los periodistas y con otras personas, por Radio Caracol y la WFM en la mañana del miércoles 12 de este mes, a raíz de las denuncias del senador Bernardo Alejandro Guerra sobre gastos excesivos y suntuarios en la empresa. Muy hábil la gerente, muy rápida, de una envidiable capacidad de expresión, de gran lealtad para con su jefe directo, el alcalde de Medellín, pero de criterio terriblemente relajado sobre lo que es bueno y lo que es malo en el manejo de la cosa pública.

Lo peor es que ese relajamiento se ha introducido en el ambiente general de Antioquia y es lo que, al parecer, predominará en el país. Aunque, por fortuna, en el interior de la empresa se conserva un buen baluarte de rectos criterios que opone valerosa resistencia a esas tentadoras y arrolladoras tendencias. Digo que los criterios expresados por la gerente son relajados y degradados porque, sencillamente y con gran frescura, todo lo justificó y lo juzgó como lo más normal del mundo ante el estupor y el radical desacuerdo de sus interlocutores.

Firmar acuerdos de confidencialidad con proveedores o contratistas o posibles socios es, según ella, algo muy corriente

que se hace todos los días en la empresa. Enviar 40 funcionarios a un congreso en Cartagena no le parece mucho. Gastar 20 millones de pesos por gastos de representación en tres meses con tarjeta de crédito de la empresa tampoco es nada. Meterle cinco mil millones de pesos a un parque de la naturaleza o a un mariposario, como algunos lo han llamado, es el mejor servicio que EPM le puede prestar a Medellín (que no le toca). Comprar una vajilla de 100 millones de pesos es apenas lo que corresponde a la dimensión y la altura de la empresa, según la gerente. Dar finos regalos a embajadores y otros personajes también es lo correcto. Viajar en vuelos expresos —emulando con Santo Domingo— es cuestión de eficiencia, plenamente justificada en una empresa tan importante. Y así todo, a la gerente ninguna cifra le parece elevada frente al presupuesto de la empresa.

¡Qué distorsión! Ojo, para quienes estén al frente de EPM en el futuro, que las cifras tan elevadas como las que se manejan en esta entidad deslumbran, hacen perder las proporciones. Hacen creer que los millones son centavos y olvidar cualquier criterio de prioridades. Sobre todo, cuando la plata que se maneja es ajena. Por más poderosa que sea EPM, tiene cosas mucho mejores para mostrar que el derroche en regalos o en invitaciones, en una vajilla que cuesta más del doble de lo que otras muy presentables o bonitas, cuyo origen nacional debería ser motivo de orgullo. Que eso mismo hayan hecho otras empresas grandes, estatales o mixtas, tampoco es justificación; si así es, allá también han actuado mal. Y una empresa del Estado no tiene por qué dar regalos personales. Si ello es necesario o conveniente para comprar un equipo o para conseguir un préstamo con alguien, pues mejor que no se negocie con ese alguien.

Tampoco es correcto ni puede ser tan normal suministrar informaciones preferenciales a unos de los posibles contratistas de construcción o suministro y a otros no, por más que se

salga a hablar de transparencia y a decir que todo se hará por licitación, después de cometido el pecado de la confidencialidad y de haberlo sostenido por más de medio año y de que el presidente de la junta (el alcalde) volviera hace dos o tres semanas con el tema. No basta con afirmar insistentemente que allá todo es muy austero, que ella es muy cuidadosa, que cuida los «pesitos», que antes recortó lo que querían los niveles subalternos. Nada de eso vale a los ojos de un criterio recto y libre de semejante degradación y relajación. Es lo que tenemos que cambiar.

Inversiones públicas y responsables

El Colombiano. Abril 22 de 2005.

Las inversiones que se están definiendo en diferentes niveles de la actividad pública y una mirada a los fracasos en muchas de las realizadas en años recientes, deberían conducir a una reflexión profunda sobre las responsabilidades que la sociedad debería exigir a quienes tomaron las respectivas decisiones. Porque no debería ser admisible que quienes lleguen a altos cargos jueguen a empresarios de gran talla y con el poder de dueños y señores de los recursos públicos, los pongan en riesgo al realizar sin suficiente estudio toda clase de inversiones, y pasen luego muy campantes frente a las ruinas producidas.

No. Malbaratar los recursos del Estado debería tener un castigo tan fuerte como el mismo peculado. Es que no bastan la buena fe y la recta intención al tomar decisiones que comprometan recursos estatales. Y hacerlo con base en la simple opinión, parecer, intuición o antojo, sin sustentación, o por satisfacer deseos de grupos especiales, es absoluta irresponsabilidad. Debería ser forzoso que las decisiones estuvieran siempre fundamentadas en estudios serios y profesionalmente

realizados. Y quienes las ordenen deberían ser directamente responsables.

En este orden de ideas, es inaceptable que el ministro de Transporte [Andrés Uriel Gallego] venga a su tierra a descalificar los acuerdos alcanzados entre entidades y grupos serios, representativos y estudiosos y con plena autoridad, sobre el conjunto de proyectos que colectivamente y tras detenido análisis consideran prioritarios como agenda interna para la región, sencillamente porque a él le parece que los prioritarios son otros. Si tiene otras propuestas, que las respalde con razones, con estudios serios, y no con simples argumentos de autoridad.

Que no se sigan definiendo prioridades e inversiones con criterios, pálpitos o intereses, como los que se tuvieron al ordenar entre 1995 y 1997 las del Departamento de Antioquia en la planta de briquetas, los entables para tratamiento de oro, los talleres de joyería, los terrenos para un tal centro de convenciones en Las Palmas, las carreteras pavimentadas que no se usan y otros proyectos viales famosos, que no quiero mencionar más. Grandes inversiones, todas perdidas. O como se han definido ya en este gobierno, con criterios de cero estudios, la pavimentación de 2500 kilómetros de carreteras (que comenzaron siendo 5000), el puente entre Barrancabermeja y Yondó, las dobles calzadas y otras más. O que muestren los estudios, que respondan por su justificación.

También en el ámbito local, en Empresas Públicas de Medellín, de la que tanto nos ufanamos, se han tomado muchas decisiones sin estudio adecuado. Baste mencionar la de Termo Sierra, la distribución de gas natural, EPM Televisión, Telepsa, que ahora se debe liquidar porque no es competitiva, la misma (OLA) Colombia Móvil, o EPM Bogotá.

Esta, EPM Bogotá, nació en 1997 por un acuerdo entre EPM y la japonesa Itochu, por el cual EPM aportaba la operación e Itochu la inversión, que en este año 2005 pasaría sin costo a ser propiedad de EPM. Pero pronto, por imprevisiones en los estudios, tuvieron que llegar al acuerdo de comprársela. Todavía se está pagando y la empresa sigue arrojando pérdidas grandes, razón lógica para que valga muy poco. Las declaraciones radiales del gerente de EPM en 1998, cuando decía que en EPM Bogotá tenían grandes dificultades no esperadas porque la ETB no les dejaba usar su postería, ilustran y corroboran suficientemente la precariedad de los estudios. ¿Cómo no evaluaron y consiguieron esa seguridad antes de arrancar? Si los ejecutores y responsables pusieran la cara, si se les juzgara y castigara, seguramente no se repetirían tan grandes barbaridades.

Capital y manejo privado a la FLA

El Colombiano. Noviembre 4 de 2006.

En agosto de 2002, publiqué en estas mismas páginas un artículo con igual título y el mismo contenido básico. Aunque los datos numéricos pueden haber variado algo, transcribiendo muchos de sus apartes y adicionando o complementando lo dicho, propongo algunas ideas sobre el trascendental planteamiento que ha lanzado el gobernador del departamento.

La Fábrica de Licores de Antioquia (FLA) genera un 60-65 % de los ingresos del fisco departamental. Para cualquier análisis es de máxima importancia tener en cuenta que cerca del 70 u 80 % de esos ingresos corresponden a impuestos de diversa índole, lo que convierte a la FLA, más que en una empresa productora de licores, en una recaudadora de impuestos. Mucho más recoge y entrega por impuestos que por el valor en sí de los productos. Por esta razón, resulta difícil comparar sus costos con los de la competencia o con los que deberían ser y medir el grado de eficiencia o ineficiencia en su administración.

Por otra parte, la FLA ni siquiera tiene vida autónoma. No tiene personería jurídica como tal, sino que es una dependencia de la Secretaría de Hacienda del departamento. Por lo mismo, todo su manejo está siempre sujeto a los vaivenes y los cambios de la política. En la selección de su gerente, pesan más la cercanía con el gobernador de turno y los arreglos con los grupos políticos que el criterio empresarial. Sus estrategias de mercado, de avance tecnológico, de manejo financiero, sus políticas de personal, su junta directiva, su administración toda, es totalmente inestable. Ninguna seguridad se tiene de que sea la más indicada y competente. Y el potencial de la empresa es, con altísima probabilidad, muy superior a los resultados reales.

Un argumento que se ha esgrimido para no venderla es que con la estructura actual no

se tiene que pagar impuesto de renta porque la nación no puede gravar a un departamento. Pero recordemos que la más alta proporción de los ingresos de la FLA la constituyen los impuestos que genera la venta de licores y no sus utilidades; y que ambos componentes bien podrían ser muy superiores con un manejo empresarial privado, profesional, que penetre en forma los mercados internacionales que hoy se ven llenos de licores caribeños y centroamericanos, en su mayoría de producción privada.

Estoy convencido de que el departamento podría aumentar significativamente sus ingresos corrientes con una FLA diferente en su estructura de propiedad y de manejo. Esto puede lograrse por varios caminos diferentes y alternativos. A todo su análisis estará seguramente abierto el gobernador, y esperemos que los señores diputados. Esbozo aquí tres esquemas básicos alrededor de los cuales se podría elaborar bastante.

Uno es vender los activos físicos y cobrar regalías por las marcas; más o menos lo propuesto en otra de estas columnas por el exgerente de la FLA, Daniel Villegas. Otro es vender los inventarios y entregar los activos y las marcas en concesión o algo similar, contra un pago grande. Y otro, conformar una sociedad por acciones y vender una porción, garantizando el manejo privado; bien sea por un proceso de capitalización democrática como el de ISA, o bien, consiguiendo un inversionista estratégico que conozca el negocio de licores y su manejo a nivel internacional que entre a potenciar el activo valioso que ahí tenemos. Algo como lo que se hizo en estos días con Colombia Móvil, OLA, o como lo que hizo tan exitosamente Bogotá con su empresa de energía. Por cualquiera de esos caminos entrarían a las arcas del departamento varios billones de pesos que le permitirían dar un salto grande en su proceso de desarrollo. Aprovechemos ese recurso y olvidémonos del «Estado empresario» y del «Estado cantinero».

Cock, el «tierrero»

En sus últimos años, Jorge Eduardo Cock se sumó a las voces que buscan proteger a Jericó de los posibles efectos de la gran minería. En medio de esta militancia, a inicios de la década del 2010 se conoció con Fernando Jaramillo en un evento de la Mesa Técnica del Suroeste.

«Ahí Jorge Eduardo hizo una exposición clara. Él como exministro de Minas y Energía y como persona que ya había liderado algunas luchas ambientales, sobre todo en Medellín con el Túnel de Oriente, hizo su exposición, y a partir de ese momento empezamos a conocernos y a frecuentarnos», cuenta Fernando, presidente de la Mesa Ambiental de Jericó.

Desde su experiencia, Cock les aportó argumentos a los reclamos que campesinos, finqueros y otros habitantes de Jericó formularon al proyecto de la mina Quebradona, de la empresa canadiense AngloGold Ashanti. Además, como columnista, pudo poner muchos de esos argumentos en el debate público y defenderlos ante el poder nacional.

«Él tuvo mucha simpatía y solidaridad por el movimiento campesino nuestro. En aquella época también la Mesa Técnica tenía unas reuniones frecuentes en Medellín, en la oficina de Gabriel Abad y Claudia Vásquez,





a las cuales Jorge Eduardo asistía y allí coincidimos». Según cuenta Fernando, en esos encuentros coordinaban actividades frente al proyecto minero y preparaban documentos para amplificar las denuncias en lo nacional mediante las columnas que Jorge Eduardo tenía en *El Tiempo* y en *Las 2 Orillas*. Varias de esas columnas quedaron reunidas en la antología *Defendiendo el territorio*.

Para Fernando, uno de los aportes más importantes de Jorge Eduardo a esa movilización fue el trabajo que hizo con el geólogo Fabián Hoyos: «Ellos dos se concentraron en comprender las proyecciones del proyecto minero. En ese sentido, fueron unos analistas de lo que podría ocurrir social, económica y geológicamente en el proyecto. Eso permitió que produjeran unos artículos muy interesantes en los cuales nos basamos también nosotros para sustentar desde el punto de vista técnico lo que significaba y lo que significa todavía el proyecto minero».

Jorge Eduardo dio cuenta de su carácter de «tierrero» — como se definía él mismo— porque «para él primaba la conservación de la naturaleza, del agua, del paisaje, de la gente, sobre cualquier actividad económica o productiva», dice Fernando, quien considera que el tiempo que pasó Jorge Eduardo en su finca, en El Tablazo, significó para él «un encuentro muy intenso con la naturaleza».

Y esa militancia ambientalista estaba relacionada con el curso de su vida: «Haber conocido las implicaciones y los impactos que causa la actividad minera y encontrar en el suroeste un terreno virgen en ese sentido, con la amenaza de una súper empresa con unas pretensiones absolutamente descomunales. Eso para él despertó un espíritu de solidaridad y compromiso con nuestros procesos. Por otro lado, él venía desde hace algunos años manejando proyectos agroecológicos, con abonos orgánicos», menciona Fernando haciendo referencia a Ecoflora.

Ese trasegar le permitió posicionarse junto al activismo de Jericó como una voz legítima. En palabras de Fernando, «esa experiencia durante tantos años de estar trabajando en actividades mineras y dentro de la institucionalidad del ministerio, lógicamente le dio autoridad, y así la reconocíamos nosotros. Sabíamos que era una autoridad reconocida como exministro, como persona que había trabajado en empresas mineras, que había estado también en unas asociaciones de mineros, había tenido proyectos propios para desarrollar minería y, posteriormente, esa misma experiencia lo llevó a comprender que esa actividad descontrolada causaba grandes afectaciones al medioambiente y a la sociedad. Estamos ante un hombre con una sensibilidad muy clara frente a la naturaleza».

Panoràmica del municipi de Jericó - Suroeste de Antioquia

Jorge Eduardo Cock se definía como «tierrero». Desde tiempos en los que la discusión sobre la defensa de lo ambiental no estaba consolidada en el debate público regional ni nacional, él se sentía cercano a lo rural. No en vano uno de sus primeros trabajos, todavía en Coltejer, consistió en reforestar la quebrada Doña María, en Itagüí, y varios más estuvieron relacionados con el cultivo de alimentos y de flores.

Con los años, esa identidad de «tierrero» se fue convirtiendo en un decidido activismo ambiental: «Obro con la confianza que me da un largo recorrido por la minería en el manejo de Carbocol; mi participación, doce años después, en la junta directiva de una importante empresa minera y exportadora de carbón, y mi paso por el ministerio del ramo, donde precisamente la visión aterradora del daño que estábamos haciendo con la minería de oro en el Inírida, el Guainía, el Cauca o el Atrato, o las increíbles nubes de polvo de la Drummond en el Cesar [...]». Fue todo eso lo que hizo brotar y crecer con tanta fuerza mi conciencia ambiental y mi voluntad de trabajar por el medioambiente». Así resumió Cock esa vocación en un texto que escribió para su familia.

Su lugar no estaba en los extremos de la discusión entre progreso y conservación, porque defendía la necesidad de ciertas formas de minería tanto como atacaba aquellas que le parecían no solo innecesarias, sino también depredadoras y antitécnicas. Pero tampoco estaba en la comodidad del relativismo, porque afirmaba sin ambages que hay formas de esa actividad económica que no son compatibles con la supervivencia en el planeta.

No obstante, su conciencia ambiental era apenas una arista de una noción mucho más amplia sobre lo social. Este capítulo da cuenta de eso. Presenta algunos testimonios de él sobre los asuntos sociales que le preocupaban, muy atravesados por la educación, así como algunos textos en los que desplegó, sobre todo en sus últimos años, la defensa acérrima de que territorios como Jericó, en el suroeste antioqueño, se mantuvieran libres de la «fiebre del oro» y de todos los impactos negativos que con esta pudieran llegar a la región.

La reforestación, redención de nuestras montañas

Revista Distritos N° 23. Octubre de 1972. Pp. 82.

La plantación de bosques, más conocida como reforestación, ha tomado gran auge en los últimos años en diversas zonas del Departamento de Antioquia, y muy especialmente en los municipios del Valle de Aburrá. Las grandes manchas verdes de reforestación masiva, que transformarán nuestras laderas estériles y pastos erosionados en una gran fuente de riqueza para la región, se notan ya en los municipios del sur.

La plantación de árboles trae múltiples beneficios para la sociedad en su conjunto. Sirve, en alto grado, para la regulación de las aguas, controlando las grandes avenidas que tantos estragos han causado. También garantiza que las fuentes de agua sean más ricas en el verano. Protege y regenera los suelos ya agotados. Purifica y refresca el aire. Mantiene el ambiente propicio para la conservación de la fauna. Por último, y muy especialmente, es fuente de empleo permanente para nuestra población.

Hace algunos años, pioneros de la raza antioqueña, con visión futurista y espíritu emprendedor, comenzaron a reforestar con bases muy teóricas y pocas experiencias sobre el negocio que estaban comenzando. Pero la trayectoria de nuestro departamento es lo suficientemente demostrativa para mover a propietarios de tierra e inversionistas bajo el convencimiento de que es un buen negocio. Cualquier cálculo medianamente objetivo conduce invariablemente a la conclusión de que la mejor alternativa de utilización de nuestras laderas es la reforestación. Sus suelos agotados, por muchos años de pastaje, ofrecen una rentabilidad sumamente baja en ganadería o en cualquier otro uso, comparado con la producción de maderas.

Las fuentes de abastecimiento de maderas tradicionales son cada día más escasas, mientras las necesidades de madera para sus múltiples usos crecen a ritmo acelerado. Y ya no solo las maderas de aserrío encuentran utilización, sino que las entresacas de esos bosques artificiales tienen mercados asegurados, especialmente con el montaje de la planta de pulpa para papel, que en la actualidad se adelanta en el municipio de Barbosa, que consumirá maderas no utilizables en otras industrias, deshechos, partes delgadas, etc., de la madera de aserrío.

Al desarrollo de la reforestación contribuyen en la actualidad muchos factores, como son: el establecimiento de la demanda por entresacas (mencionada atrás), las labores

de fomento y asistencia técnica del Inderena y de la Corporación Forestal de Antioquia, y los créditos que en muy buenas condiciones de plazo e interés otorga la Caja Agraria.

Cuando logremos cubrir de bosques un área considerable de nuestras montañas, podremos estar seguros de haber creado una nueva base y haber dado un importante giro al desarrollo agrícola e industrial de nuestro Valle de Aburrá.

De Washington

De mi vida. 2016. Pp. 39.

En estos fragmentos del capítulo De Washington, escrito por Cock para el libro «De mi vida», recoge algunos de los aprendizajes que le quedaron a él y a su familia después de vivir en esa ciudad, con ocasión de la dirección alterna del Banco Mundial que ocupó tras dejar el Ministerio de Minas y Energía de Colombia. Los apartados que se exponen aquí dan cuenta del interés que el ex-ministro tenía en emprender acciones que causarían algún impacto social positivo.

[...] Lo segundo fue el empeño por apoyar la educación en Colombia con algunos logros al respecto, como haber podido ayudarle al gobernador de Antioquia en ese entonces (1996 y 1997) a conseguir un crédito para educación con el Banco Mundial por sesenta millones de dólares, lo que incluyó una inusual invitación a integrarme con una «misión» de evaluación junto a todo el grupo técnico y sus oficiales, en la que recorrimos muchos pueblos del suroeste antioqueño —la tierra del gobernador Álvaro Uribe Vélez— en el helicóptero de la Gobernación, atendidos como reyes en cada pueblo.

Pero, lo mejor en este campo fue lo que cuento enseguida: Richard Frank era un gringo muy vinculado a Colombia, vicepresidente de la International Finance Corporation, IFC, casado con una caleña y muy padrino y miembro de las juntas directivas de varias

empresas del Valle del Cauca, hacia donde había dirigido importantes recursos financieros. La caleña, su esposa, era una odontóloga muy destacada, decana de la Facultad de Odontología de la Georgetown University. Con ellos establecimos una cierta amistad y cercanía, que se extendió a una fantástica persona, el padre Bradley, exrector de esa universidad por muchos años y asesor permanente de todas las universidades que los jesuitas tienen en los Estados Unidos.

Hablando y hablando sobre ese tema que me ha apasionado desde entonces y hasta ahora, me ofreció su asesoría para algo en Colombia y resultamos organizando un taller en Medellín. Con su presidente, J. Mario Aristizábal, traje al padre Bradley a Proantioquia para reunirlo con los rectores de todas las universidades del departamento. La agenda estuvo bien estructurada para un día entero. Tocamos muchos temas, incluido el de fuentes y formas de financiación, tipos de becas más convenientes, etc. Tengo la idea, algo difusa, de que el fondo de becas que estableció Bancolombia tomó de aquello algunas ideas. Además de que, con Jorge Londoño, el presidente del banco, casi sacamos adelante otro fondo con participación de capital de la IFC. Algo bueno quedó.

Lo tercero fue la concreción de un bonito y gran emprendimiento social, proyecto que se estaba cocinando en la familia: el nacimiento de la Fundación Amigos del Chocó¹ y su programa Oro Verde. Su raíz prendió en un viaje que, siendo ministro de Minas y Energía, realicé a esa región [...]. Obviamente, los problemas generales relacionados con los de mi cargo, como abastecimiento de energía eléctrica, costo de combustibles, recuperación de algunas minas que fueron banderas de la región tiempo atrás, no podían ser desatendidos por mí en una visita que pocas veces habían recibido. Pero mi atención, al igual que la de mis otros acompañantes, especialmente la de los miembros de mi familia, estuvo concentrada en los daños ambientales, las terribles huellas de la explotación de oro y platino con grandes dragas y retroexcavadoras en muchas partes del Chocó biogeográfico. Comenzamos a *cranear* la idea de montar una fundación que trabajara en la solución y prevención de esos desastres.

Viviendo en Washington, después del trabajo en el ministerio, Nicolás — muy metido en temas ambientales por su maestría en la materia, la que cursaba trabajando en el BID— participó en la evaluación de un proyecto del banco que, por solicitud del gobierno de Panamá, aspiraba a la posibilidad de que ese organismo financiara parte de la carretera panamericana en su territorio. Comentando en casa, entre la familia, lo que eso implicaría —nada menos que forzar o inducir a Colombia a romper el Tapón del Darién, posiblemente con financiación también, proyecto al cual los gremios de la construcción pesada le llevaban muchísimas ganas por los contratos y nada por argumentos de necesidad real—, nos surgieron algunas ideas para luchar en su contra y proteger el medioambiente.

Primero, decidimos mostrar la biodiversidad que esa región alberga, tan importante para el planeta. Atacamos dos frentes: uno, revivir contactos con organizaciones negras o indígenas que se interesaran en preservarla mediante campañas bien ilustradas. Contactamos, por ejemplo, a Zulia Mena, senadora en ese entonces, muy ambientalista, quien por casualidad iba de visita a

1. La Fundación Amigos del Chocó impulsó la iniciativa Oro verde, la primera certificación de minería artesanal, social y ambientalmente responsable en el mundo. Catalina Cock la lideró por cerca de 10 años, tiempo en el que se dio la creación de este programa y de la Alianza por la Minería Responsable (ARM, por sus siglas en inglés), una estrategia para lograr su réplica y escalamiento a nivel global. Actualmente, la ARM ha beneficiado a más de 250 organizaciones mineras repartidas en 20 países de América Latina, África y Asia, y ha impactado a más de 44 mil personas.

Washington. Armamos una muy buena reunión con organizaciones negras de allá, muy popular, en la parte norte de la ciudad; luego otras, más pequeñas, pero en todas mostrábamos fotos y videos que destacaban la belleza y sus funciones ambientales. Nos adelantábamos a vaticinar los daños que la apertura de una vía llegaría a producir.

El otro frente fue el intento de hacer un concurso para un gran documental sobre la región con Discovery Channel. Beaty y yo habíamos regresado a vivir en Medellín, pero los hijos permanecían con sus estudios, y con ellos nuestro sobrino Alejandro Cock, periodista fotógrafo y gran productor de documentales de la naturaleza, a quien habíamos invitado a compartir con ellos para que aprendiera inglés, lo que hizo increíblemente bien. Los tres se le metieron al montaje del concurso, hicieron los términos de referencia y las invitaciones para participar. Armaron una exhibición de fotografías de Alejo, de ese Chocó biogeográfico, en la embajada de Colombia, muy exitosa. El concurso despertó gran entusiasmo, especialmente entre grupos colombianos muy serios y reconocidos. Le dimos el nombre a la fundación, pero no la constituimos legalmente de inmediato; aunque se mostraba con dos sedes, una en Washington, cuya dirección era la del apartamento de los hijos y Alejo, y otra en Medellín, localizada en el nuestro. Nos reíamos mucho con el cuento, pero más cuando buena parte de los interesados en participar, al conocer lo que perseguíamos, prefirieron ser miembros del consejo directivo, reírse con nosotros y no quejarse del fracaso del concurso, que finalmente no resultó fácil con Discovery Channel.

No insistimos más, en cambio publicamos bastante y con buenos argumentos en contra de la ruptura del Tapón del Darién. Lo que nos ha llevado al convencimiento de que contribuimos fuertemente a frenar ese crimen ambiental. Han pasado veinte años y no

se ha iniciado. A mí me sirvió mucho la cantidad de trabajos de consultoría que había realizado sobre transporte y haber tenido la oportunidad de visitar el único intento grande de abrirlo por invitación casual a comienzos de los años 80. Qué horror lo que conocí: destrucción de bosques vírgenes de árboles inmensos y pantano cargado a más de diez kilómetros de distancia para tapar otro pantano más líquido. El contrastista, quien nos llevó en su avión, no podía estar más feliz. Para transportar nada o casi nada después de que se acabaran las maderas. Y entiendo que hoy está cerrado nuevamente por la selva y los pantanos.

Por otra parte, Nicolás participó en México de un curso-taller sobre forestería análoga, dirigido por el creador de esa tecnología innovadora orientada a la restauración agroecológica de ecosistemas degradados, la cual incluye una fuerte dosis de certificación verde para los productos. Desde allá comenzaron a idearse y a compartirse con dicha persona, el doctor Ranil Senanayake, padre de la tecnología mencionada, las posibilidades y la forma de adaptar algo para lograr que se hiciera minería de oro y platino bajo unos criterios que permitieran eliminar o minimizar el uso de mercurio y cianuro, disminuir la remoción y destrucción de bosques y suelos, la contaminación de aguas, en fin, minería limpia que protegiera al medioambiente. Al regresar a establecerse en Medellín, de inmediato viajó con el doctor Senanayake a visitar consejos comunitarios de comunidades negras y grupos de mineros artesanales en Tadó y Condoto. Hablaron y entusiasmaron a las autoridades ambientales, vincularon al Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico (IIAP) y desarrollaron con las organizaciones existentes el programa Oro Verde [...].

Las cosas funcionaron bien por diez años, pero llegó la época de los imposibles: los precios del oro y el platino se elevaron de tal manera que había que multiplicarlos por ocho o nueve. Lo que hizo que ese Chocó biogeográfico y biodiverso, que tanto se quiso proteger, se llenara cada día más de retroexcavadoras cuyos dueños compraban tierras o derechos a los nativos. Más rápida que lentamente, las producciones de oro verde se fueron acabando. Catalina, con un realismo que hace buen tiempo la acompaña o la guía, nos convenció de la imposibilidad o la inutilidad de luchar contra lo invencible. Se tuvo que tomar la dolorosa decisión de suspender actividades, pero la huella marcada y la dimensión de los frutos nacidos de esas semillas fueron enormes.

Los dos proyectos sociales en El Tablazo

De mi vida. 2016. Pp. 116-121.

[...] Como ya teníamos la idea de vivir en El Tablazo, Rionegro, compartía con Beaty el sueño de montar allá algún esquema educativo para contribuir a la disminución de la brecha tecnológica: facilitar que la gente aprendiera a manejar computadores.

Pues bien, cuando terminamos la construcción de la casa de El Canelo para irnos a vivir en ella, comenzamos la gestión del proyecto. Fue en el Colegio Antonio Donado, con 600 alumnos de esa y otras veredas vecinas, desde kínder hasta bachillerato, con una rectora y un grupo de profesores muy entusiastas, que tenían no más de tres o cuatro equipos para la secretaria y los profesores. El sueño de montar una sala de cómputo para uso más amplio del colegio; la concreción dependía de la Alcaldía de Rionegro, pero era imposible saber para cuándo.

A pocas cuadras del colegio quedan las instalaciones de Villa San Jerónimo, una especie de orfanato o casa de protección para niños muy pobres y en alto riesgo, manejado por la comunidad italiana de los padres somascos. Allí no solo tenían residencia y alimentación, también contaban con algunos talleres y enseñanza de artes y oficios como latonería, mecánica y cerrajería. En ese momento, lo manejaba un curita boyacense, el padre Pedro, muy abierto y *empujoso*. Nos presentamos y le expusimos la idea de buscar apoyo para conseguir unos computadores y alguien que diera clases, pero de forma abierta para quien la quisiera recibir, es decir, para toda la población. Nos agarró la idea y ¡a trabajar unidos! Comenzamos a buscar dueños de fincas en la región que quisieran ayudar. Pronto, en una reunión de vecinos en nuestra casa para coordinar el manejo de un eventual problema común, conocimos a un señor Darío Montoya, quien era presidente de Colcafé. A la salida, Beaty le lanzó la idea y de inmediato nos dijo que en su empresa estaban haciendo una renovación y estandarización de equipos y que nos daba unos cuantos «segundazos» [...].

Compartiendo con algunos amigos la satisfacción que esto nos estaba generando, supimos que en la Universidad EAFIT estaban montando un programa de investigación y desarrollo de sistemas educativos con el apoyo de computadores. Nos reunimos con el entonces rector Juan Felipe Gaviria, quien de inmediato llamó a su directora, Claudia Zea. De ella y su asistente recibimos buen apoyo técnico, incluidos el recibo y la reconstrucción de los 33 computadores que nos regaló Colcafé. Con los 33 equipos armamos 22 de muy buenas características

y desempeño. [...] Muy pronto, el padre Pedro anunció en las misas del domingo que se abrían las inscripciones para aprender a usar ese instrumento de aprendizaje y trabajo tan importante en la vida moderna, que los programas estarían disponibles no solo para los estudiantes de Villa San Jerónimo y del Colegio Antonio Donado, sino para sus familiares, para la población en general de la vereda, y reservando ciertos días y horarios para grupos conjuntos de padres e hijos. Las clases serían completamente gratuitas, pero la exigencia sería cumplimiento y puntualidad.

[...]

Por la misma época en la que Beaty y yo iniciábamos la escuela de computadores, fuimos invitados por J. Mario Aristizábal, presidente de Proantioquia en ese momento, a un concierto de la Red de Escuelas y Bandas de Música de Medellín, realizado para mostrar lo que con ellas se estaba haciendo en muchos barrios y comunas de estratos bajos del municipio. Nos fascinó todo: escuchar la finura de la música que ejecutaban esos niños y jóvenes, ver la dicha y el entusiasmo con lo que hacían, oír del director de la red la presentación de sus objetivos y su organización, así como las palabras de J. Mario al respecto.

Todo ello nos movió fuertemente a Beaty y a mí. Nos hizo pensar más a fondo en el bien que esa actividad produce, tanto a nivel individual como para la comunidad en conjunto. Más allá del desarrollo o el perfeccionamiento de talentos y habilidades de las personas, se potencian los del trabajo en grupo, la responsabilidad y el aporte de cada uno frente al conjunto, su grupo social, el cumplimiento estricto de normas y funciones, la sana utilización del tiempo libre y la apertura de nuevas o complementarias posibilidades de ocupación a futuro. Todo eso y mucho más es lo que puede producir introducir a los niños y jóvenes en el mundo de la música, la música fina. Compartimos plenamente el dicho: «Joven que coge un instrumento, jamás

cogerá un fusil». Conversamos largamente con el director y varios de los muchachos, nos llenamos más de entusiasmo y de inmediato nos propusimos que, dentro de la escala adecuada y con el apoyo técnico de la red, podríamos hacer algo parecido en El Tablazo, aprovechando también las relaciones que ya íbamos construyendo con la gente y las organizaciones sociales de la vereda.

Le pedimos orientación al director de la red y nos dijo que, si conseguíamos los instrumentos y el profesor, él y su organización le darían la orientación metodológica, que era bien especial y distinta de la tradicional. Nos ofreció también dar un concierto en El Tablazo para motivar tanto a niños y jóvenes como a potenciales donantes y líderes de la zona. Conseguimos todo y empezamos con la logística: anuncios en las misas, afiches y volantes, y hasta refrigerios para los visitantes. Constituimos la Fundación Cultural Sol de Oriente. [...] Por los mismos días, invitamos a líderes y dirigentes cívicos de la vereda a que participaran en la junta directiva de la fundación. Todos compartieron la filosofía y los objetivos de la escuela, orientados a promover el semillero de pequeños músicos.

No recuerdo bien de dónde salieron los primeros aportes para comprar instrumentos y operar. Parte fue de nuestro bolsillo y entusiasmo, otra parte fue donada por Carlos E. Restrepo, no recuerdo si de Colcafé, empresa de la cual era gerente general, o de su peculio. El hecho es que, con la asesoría del director de la red, decidimos cómo invertir de manera óptima lo que teníamos, comprar marcas baratas pero buenas y qué cantidades de cada uno de los instrumentos. Pronto, compramos violines, violas y cuatro chelos, si mal no recuerdo. En total, 37 instrumentos de cuerdas y arco. Poco después alguien nos donó una flauta dulce y Darío, mi hermano, un pequeño teclado que era de sus hijos, instrumentos que ayudaban a complementar la melodía en las piezas musicales que se iban montando. El profesor que conseguimos era un chelista de la sinfónica de EAFIT que manejaba algunos grupos o escuelas en la región del oriente. Tuvo el beneplácito del director de la red, quien lo conocía, y allá trataron de infundirle su metodología, que llevaba a los chicos a un progreso acelerado y los hacía disfrutar de su aprendizaje, pues participaban muy pronto en conjuntos. De esa manera, se buscaba conseguir que un mayor número de ellos se fuera interesando y permaneciera en la música.

Tapón del Darién

El Colombiano. Octubre 26 de 2004.

En un artículo reciente planteé algunas prioridades para la competitividad de Antioquia, unas de tipo social como capacitación, bilingüismo y eliminación de trabas para el desarrollo de actividades profesionales y empresariales. Y otras de infraestructura, que son las carreteras de salida del Valle de Aburrá a los puertos actuales del Atlántico y el Pacífico, el puerto seco en el mismo valle de Aburrá y la recuperación del ferrocarril hacia Santa Marta. Las considero prioritarias porque son las más sencillas, las menos costosas, de más rápida ejecución y más eficaces.

Decía que no nos debemos equivocar desviando esfuerzos hacia proyectos grandiosos que demandan enormes inversiones y largos tiempos de ejecución, cuya conveniencia o necesidad no ha sido demostrada o siquiera estudiada seriamente. A esto le viene como anillo al dedo un posterior escrito de Rudolf Hommes en *El Tiempo* sobre las recientes tesis de tres connotados ideólogos del desarrollo, que con estas palabras explica por qué nunca arrancamos. Decía: «En Colombia conviven el desperdicio y los altos impuestos con la escasez de buenas ideas privadas y la abundancia de malas ideas en el sector público. Esta mezcla es letal para la productividad del capital y un poderoso obstáculo para el crecimiento».

Para ayudar a que se evite eso, el desperdicio, me propongo explicar por qué no considero que puedan ser prioritarios algunos proyectos muy sonados, de esos que a primera vista parecen hasta comparables con grandes epopeyas como el túnel de La Quiebra o la carretera a Urabá, que sí fueron definitivas para el desarrollo de Antioquia. Me refiero hoy al proyecto de romper el Tapón del Darién para unir por carretera a Colombia con Centro y Norteamérica. [...]

Lo del Darién es algo de grandiosa presentación y apariencia, pero no puede ser considerado prioridad por muchas razones, como la de

su necesidad o justificación económica, que no se han demostrado y ni siquiera estudiado. Y que siguen con las posibilidades de mejores alternativas para el transporte, como el ferry, y con las enormes dudas sobre fatales daños ecológicos. Este solo hecho, de tantos aspectos no analizados, deja claro también que se requiere todavía mucho tiempo para poder darle alguna prioridad. Porque debería dar mucha más vergüenza desperdiciar los recursos en grandes obras sin estudio que puedan resultar inútiles, que no haberlas realizado.

Una carretera se hace para transportar algo existente o previsible a futuro. Pero ese algo hay que identificarlo, saber o siquiera imaginar razonablemente qué es lo que se va a transportar por ella. Para la del Darién, eso no se ha estudiado. Si me equivoco, sería muy importante que se publicaran los estudios con las proyecciones de tráfico. Con un primer análisis muy elemental, no parecería que existiera ni pudiera existir mucha carga para intercambiar por tierra con Centroamérica. Son mercados muy pequeños como para justificar una vía tan costosa. Tampoco tenemos mucho que traer de allá, porque producimos cosas muy similares. En términos económicos, lo que intercambiamos se mueve más por aire o por mar según el producto. Pero si se quiere insistir en el proyecto, pues que primero se estudien todos estos aspectos, antes de darle importancia y prioridad.

Con Norteamérica, la distancia hace indispensable el transporte carretero. No hay carga que resista el flete. Ningún modo podrá competir en esas distancias con el transporte marítimo o con el aéreo para productos perecederos y otros de gran valor por unidad de peso o de volumen como joyas, metales, piedras preciosas y muchos más. De nuevo, si estos argumentos no son suficientemente convincentes, también serían temas de estudio.

Si se piensa en turismo (y en carga), la solución ideal puede ser un ferry. Como funcionó sin problema la Gran Bretaña hasta

hace muy poco, como se ha dado el espectacular desarrollo de Irlanda en años recientes, como funcionan en mucho los países escandinavos, como lo hacen muchísimos viajeros, turistas y transportadores en varios sitios de la parte nororiental de los Estados Unidos que —aunque existen carreteras buenas— les resulta más cómodo y económico recortar distancias cruzando por agua. En el caso específico, resultaría hasta más atractivo llegar a Colón y montar el carro o el bus en un ferry a Turbo o a Cartagena. Pero primero tenemos otras cosas por arreglar.

El oro o el agua: ¿qué vale más?

El Tiempo. Agosto 14 de 2011.

En Colombia se escuchan voces muy autorizadas en minería y medioambiente, sobre todo en defensa de este último, pero muy pocas con un enfoque económico.

En ese sentido, son destacables un excelente estudio presentado en los últimos días por Fedesarrollo (en el cual se analizan la «maldición de los recursos naturales», la «enfermedad holandesa» y las alternativas para evitarla o mitigarla) y el pronunciamiento de dos oráculos de la ortodoxia económica, Rodrigo Botero y Domingo Cavallo, quienes afirman que «la actual coyuntura permitiría gravar una parte de las ganancias extraordinarias del sector minero-energético, y utilizar esos recursos para reducir los impuestos de sectores exportadores con un alto contenido de mano de obra y para eliminar los gravámenes a los salarios». Trataré de integrar en estas líneas mi opinión bajo la perspectiva ambiental, económica y minera.

Lo primero es que la locomotora de la minería se está desbocando. Especialmente, por la fiebre del oro con sus precios; fiebre que, de continuar, nos dejará empobrecidos, con

menos tierras agrícolas, menos bosques y, en cambio, más desiertos, menos aguas y muy contaminadas. Y lo peor, con gran parte de la economía raquítica, carcomida por un progresivo debilitamiento de los sectores de bienes y servicios transables, empezando por los más intensivos en mano de obra, lo que va destruyendo el aparato productivo del país y generando una grave e irresistible descomposición social. Eso hay que frenarlo.

La gran minería y la explotación de hidrocarburos muestran importantes aportes al PIB, cuyas cifras son bastante engañosas, de muy bajo multiplicador, pues en gran parte corresponden a depreciaciones, amortizaciones y remuneraciones al capital, que además se van si este es extranjero. Al mismo tiempo, presionan una fuerte revaluación del peso, primero por la inversión de capital y luego por las exportaciones.

La pequeña y mediana minería y la artesanal agregan más valor si operan legalmente; aunque sería tema de otro escrito, a estas se les debe apoyar y proteger.

El tema del oro es más complicado. Casi todos los minerales y los hidrocarburos tienen usos y transformaciones posteriores que agregan valor y generan empleo; que no es el caso del oro, cuya venta agiganta el torrente monetario, con muy poco efecto sobre el ingreso real.

Y más grave es la destrucción de bosques y fuentes de agua cuando se trata de sacar oro aluvial arrasando bosques primarios, al igual que oro diseminado. Para lo cual usualmente destapan, vuelan y muelen entre 100 y 200 toneladas de roca para sacar un kilo del metal utilizando grandes cantidades de agua, cianuro y mercurio. Ese oro, obtenido a esos costos ambientales y sociales, no nos interesa: es mil veces más costoso que todos los beneficios que se quieran pintar. Para esa forma de explotación, las licencias ambientales deberían ser drásticamente estrictas y restringidas. Y si pretendieran tocar bosques primarios, humedales, u otras áreas frágiles, ni para exploración se deberían otorgar.

Colombia debería acoger la recomendación de Botero y Cavallo, sin temor a las críticas de la ortodoxia fundamentalista y poco realista. Y, además, acabar con las prebendas que los favorecen en regalías y exenciones tributarias.

Lástima que no se aprovechó la ley de reforma de las regalías para haber introducido, para el oro y otros metales, un factor de variación relacionado con los precios internacionales, como sí rige hace años para los hidrocarburos.

De continuar la fiebre del oro, nos dejará empobrecidos, con menos tierras agrícolas, menos bosques y más desiertos, menos aguas y muy contaminadas.

Que la locomotora minera no nos deje secos

El Colombiano. Septiembre 26 de 2011.

Hace poco tiempo, este periódico publicó amplia información sobre el febril aumento en el ritmo de concesión de títulos mineros y en las actividades de exploración de yacimientos en Antioquia durante los últimos años, especialmente para extracción de oro. Se daban datos como que, en 21 municipios del suroeste, de tradición agrícola importante y productiva, más que todo cafetera, hay 180 títulos nuevos que cubren miles de hectáreas, y que solo en Jericó dos compañías extranjeras tienen 7600.

El informe hacía explícita la preocupación del periodista, de la ciudadanía y de las autoridades por el daño ambiental tan grande que se causaría con esas explotaciones. Con cierta pena invoco mi recorrido por el sector minero para quienes no me conocen, pero mi condición de economista analítico y el haber realizado muchos trabajos de consultoría en ese tema, haber sido presidente de Carbocol, miembro de la junta directiva de una empresa minera de carbón para exportación durante 16 años, presidente de la Asociación Colombiana de Mineros y ministro del Ramo, más que darme autoridad, me impone la obligación de manifestarme sobre el tema.

Toda la inquietud es válida. La fiebre del oro, con sus elevados precios, nos puede quemar y acabar con las tierras de cultivo, con las aguas y con la vida. Porque hacer minería de aluvión arrasando bosques primarios, como se está haciendo en el Chocó, en páramos y humedales, como se ha pretendido y se pretende hacer en varias regiones de Colombia, o a cielo abierto para explotar pórfidos de oro, plata, cobre y otros minerales, abriendo inmensos cráteres y piscinas enormes para mezclar con cianuro y luego separar con mercurio, todo eso

causa terribles e irreparables daños. Son sistemas que podemos llamar minería destructiva, especialmente de las aguas.

El más impactante de los sistemas esbozados es el de cielo abierto con grandes huecos, precisamente el que se propone para casi todos los proyectos del suroeste antioqueño y del Tolima. En mi opinión, esa minería es admisible solo en desiertos como los de La Guajira o los altos Andes de Chile, Argentina y Perú. Pero en nuestras tierras, los costos ambientales resultan muchísimo más altos que los aparentes beneficios y que el propio valor de todo el oro que se saque. Ese oro mata en vez de servir a la población, al igual que el de todos los sistemas destructivos.

Y para colmo de males, los abultados valores que suman en las cuentas del PIB son engañosos y perversos por varias razones: una, porque los costos ambientales no aparecen restando en los valores monetarios. Dos, porque el valor agregado que aparece se debe en altísimo porcentaje al alto precio (mayor ganancia). Tres, porque ese valor agregado corresponde en gran parte a remuneraciones al capital (intereses, dividendos, amortizaciones y depreciaciones que, además, en gran parte se van del país) y no al trabajo ni a compras de insumos y equipos nacionales. Es lo que podemos llamar un PIB de mala calidad. Cuatro, porque en la práctica todo su valor se convierte en moneda extranjera, genera fuerte y estéril revaluación del peso y destruye industria, agricultura y otras fuentes de trabajo.

Lo dicho no aplica a toda la minería. Hay depósitos de oro y de muchos otros minerales que se pueden explotar sin causar daños significativos al ambiente, o se pueden reparar. Y generan empleo y otras formas de valor agregado a la economía, y efectos encadenados que dan riqueza y vida, al igual que algunas formas de extracción artesanal como la del «Oro Verde» que se adelanta en el Chocó. La minería en sí es actividad indispensable para la vida humana, pero hay que hacerla bien. Las autoridades ambientales tienen en sus manos la gran responsabilidad de permitir o impedir que se haga el inútil daño.

Minería y medioambiente, el dilema no es tan falso

Revista Semana. Noviembre 27 de 2012.

No es responsable afirmar que en algunos sitios la minería no causa daños ambientales. Nadie discute que es una actividad indispensable y generadora de empleo y de riqueza, pero no siempre tiene esos atributos y ni siquiera es necesaria.

Hay gente que, por ligereza, desconocimiento o irresponsabilidad, trata de lucirse o defender sus intereses diciendo que la oposición entre minería y medioambiente es un falso dilema. Nada más equivocado que esa afirmación. Clarísimo que hay sitios y formas de hacer minería sin causar graves daños al medio ambiente, sin correr altos riesgos de causarlos y con indiscutibles posibilidades de mitigar o compensar lo leve que se cause.

Pero también es innegable que hay muchísimos sitios cuyas características hacen imposible lograrlo. Se dice también que países como Chile, Perú, Bolivia y Argentina tienen gran desarrollo minero sin mayores problemas. Pero se olvida o se omite el hecho de que esos desarrollos son en territorios desérticos, escarpados, absolutamente secos e improductivos en otro uso. Cosa parecida sucede con los carbones de La Guajira y de Cesar, aunque en varios casos generan ciertos problemas que se pueden y se deben controlar. Las tecnologías que se utilizan en esas regiones no se pueden trasladar así no más a nuestras tierras tropicales.

Es evidente también que la minería ilegal es, por ese mismo hecho, destructiva: no cumple normas ambientales. Toda esa minería es de pequeña o mediana escala, aunque no toda la minería artesanal o de pequeña y mediana escala es ilegal. Es más, programas como el del Oro Verde certificado son ejemplo a nivel mundial. Tampoco es válido afirmar o creer que toda la minería a gran escala, por el solo hecho de serlo, es absolutamente responsable con el ambiente y no va a causar gravísimos e irreparables daños.

No es respetuoso ni responsable con el medio ambiente explorar siquiera en zonas de páramo (¿para qué?). Tampoco lo es destruir bosques primarios y humedales, como se está haciendo sin misericordia para sacar oro en el Chocó biogeográfico. O remover grandes extensiones de tierra agrícola o cultivable, como se pretende hacer también para oro en decenas de miles de hectáreas en tantas partes del país. O metérsele

por debajo con laberínticos túneles que destruyen acuíferos. Y consumir grandes volúmenes de agua que se requiere para otros usos. O degradarla con mercurio, cianuro y sedimentos.

¡No! Esos daños no son tolerables, ni en pequeña ni menos en gran escala. Nadie discute que la minería es una actividad indispensable y generadora de empleo y de riqueza, pero no toda la minería tiene esos atributos ni es siquiera necesaria. Un elevadísimo porcentaje de los grandes daños ambientales son generados por extracción de oro en minas destructivas existentes, y lo serán además por grandes explotaciones que se autoricen con los problemas descritos. Lo grave es que tendremos entonces más producción de oro, la que más problemas trae y cuyos beneficios reales para la economía son más reducidos.

Más bien negativos, por los costos ambientales, más altos que todo el valor de la venta de ese oro, y por los costos económicos que acarrea el torrente de divisas, de vano o muy poco valor, y esterilizadores de otros sectores de la economía por la revaluación y por la pobreza y la mala calidad del PIB que genera.

Por todo lo anterior, y por otras evidentes razones económicas y de equidad, el oro debería pagar regalías crecientes con el precio.

¿Minería grande, minería responsable?

El Tiempo. Marzo 2 de 2013.

Recientemente, se reunió en Cartagena el segundo congreso del sector de la minería a gran escala o, como dicen también, el II Congreso de la Minería Aliada del Desarrollo de Colombia, Minería Responsable. Se juntaron las trece empresas mineras más grandes que operan en Colombia a repetirlo al país en mil formas que la actividad que desarrollan es minería responsable, como lo afirmaron y firmaron en un acuerdo con ministros y presidente a bordo, con gran despliegue el año pasado. Ese juego de palabras parecería llevar a confundir o suponer que la minería a gran escala es de por sí responsable.

Por eso, es justo el momento para invitar al grupo-gremio, a sus principales actores y a las autoridades ambientales, al país en general, a reflexionar sobre la realidad de esa responsabilidad con la ayuda de unas pocas preguntas, como estas:

¿Sí será responsable generar y mantener una inmensa y espesa nube de polvo sobre varios municipios, que se observa

a lo lejos desde el avión en el Cesar, que valió para que no se ampliara la licencia ambiental? ¿Será responsable arrojar trescientas toneladas de carbón al mar para salvar una barcaza?

¿Sí será responsable pretender el traslado del cauce de un río como el Ranchería, especialmente en una región totalmente desértica, para sacar carbón?

¿Y lo será pretender y aprobar el traslado de un afluente del río Nus y destapar, volar y remover millones de metros cúbicos de tierra y roca en el nordeste de Antioquia para extraer oro?

¿Será responsable pretender que grandes cantidades de agua que hoy van a distritos de riego como el del Saldaña sean utilizadas más bien para hacer los lodos y la cianuración que requiere la extracción de oro?

¿Será muy responsable destapar, remover, cambiar por profundos e inmensos cráteres lo que hoy son cafetales o bellas praderas aptas para cultivos de cítricos, guanábanas, papayas, guayabas y muchas otras frutas, alimentos para siempre, que demandan y demandarán tanto el mercado nacional como los de exportación?

¿Qué tan responsable es dragar y revolver los lechos de ríos limpios hasta hace poco, como el Atrato o el Inírida y sus afluentes, acabando con la pesca, envenenando sus productos y dañando su navegabilidad, todo eso para lavar oro?

¿Y qué tal destruir y arrancar grandes extensiones de bosque primario, pulmón de Colombia y del planeta todo, en ecosistemas frágiles como los del Chocó biogeográfico, para remover el suelo y sacar más oro? ¿Será eso responsable?

¡No! ¡Mil veces no! Nada de eso puede calificarse como responsable. Y pensar que es tan poquito el empleo que se genera con esa minería a gran escala y tan grande el daño que, además del ambiental, se le produce a la economía realmente productiva del país, inoculándole con más y más dólares la «enfermedad holandesa».

La minería no puede seguir teniendo el tratamiento privilegiado y preferencial que le otorga el código de la materia (Ley 685 del

2001) frente a cualquier otra actividad, llámese agricultura, silvicultura, ganadería, nuevas viviendas, vías, puertos, la satisfacción de tantas necesidades de la sociedad.

Por encima de esos privilegios deberían estar el bien común y la utilidad pública, para garantizar derechos fundamentales de la población como la salud, la seguridad alimentaria, el acceso al agua potable y la sostenibilidad ambiental en general. Esa es la modificación más importante y urgente que se le debe introducir a dicho código [...].

Grandes errores de las grandes mineras

Las2Orillas. Junio 14 de 2017.

El tema de las consultas populares y las prohibiciones de hacer minería en algunos municipios ha sido abordado con y sin conocimiento, con y sin razones válidas.

Tremenda cosecha de opiniones se le vino a Colombia a raíz de las consultas populares y las prohibiciones de hacer minería en algunos municipios. Suenan más los reclamos, las protestas y las amenazas de las empresas que venían avanzando muy orondas con grandes inversiones dirigidas al montaje de proyectos inmensos para extracción de minerales y hasta hidrocarburos en algún caso, que las explicaciones y las razones que motivan esas consultas y esas decisiones. Así como en la política el país se ha polarizado (lo han polarizado) terriblemente, así mismo este tema ha sido abordado con y sin conocimiento, con y sin razones válidas.

Con esa forma de abordarlo se han generalizado el ataque y la prohibición hasta de la minería más elemental y necesaria en cualquier parte, como la de materiales de construcción: arcillas, agregados pétreos, cales, materias primas para cemento, etc., y cubre ya hasta la simple exploración de hidrocarburos

que puede ser dañina, como dicen que fue la muy reciente en Cumaral, o puede ser inocua o casi inocua, como también lo son las pequeñas y medianas empresas mineras bien legalizadas y respetuosas de las normas y unas pocas, poquísimas, grandes con sistemas mineros muy diferentes. No, hasta esos extremos no se puede llegar. Sin esos materiales ninguna sociedad puede vivir. Y sin petróleo o gas el país tendría grandes dificultades. Cosa que no ocurre con la falta de la mayor parte de los metales: los llamados preciosos; poco importan y hasta mejor sería no tenerlos en grandes cantidades. Lo mismo que las piedras preciosas. Y otros metales como el cobre o el hierro, pues se importan como los hemos importado en su mayor parte, y quizá su costo podría resultar menor que el de los daños ambientales que su extracción generaría. Esto, del lado de las comunidades y los entes territoriales.

Pero del lado de las grandes empresas y sus defensores no vinculados a ellas, los opinadores (no todos ellos conocedores del tema), las cosas son más graves e igualmente equivocadas. Uno de los errores, quizá el más ingenuo y más grave, es el de descalificar de entrada y sin razón a quienes se pronuncian —o nos pronunciamos— con objeciones, por bien fundamentadas que sean, a esa gran minería en muchas partes de nuestro territorio. Eso de estar diciendo que son los mismos promotores de la consulta en Cajamarca, que ya están en Jericó y en Támesis, que lo hacen metiendo miedos, con argumentos acomodados, por campaña política o activismo ideológico, es todo muy lejano a la verdad y a la realidad.

¡No, no, no! Tremenda equivocación. Claro que han estado en Támesis (en su bello corregimiento de Palermo), a donde yo los acompañé, y en Jericó, tres o cuatro profesionales altamente reconocidos por sus profundos conocimientos sobre distintos temas o facetas de la minería en grande y sus criterios objetivos al respecto. Pero no es que hayan venido por intereses particulares, ni mucho menos ocultos. Han venido sí con entusiasmo y por espíritu de servicio, por defender la vida y el planeta, pero traídos como asesores, como se buscan normalmente personas conocedoras para apoyar en temas complejos. Traídos, sí, por los propietarios grandes, medianos y pequeños, campesinos e indígenas, cultivadores (más de seiscientos firmaron en Palermo) para que los auxilien, porque quieren atar su futuro al gran potencial del campo, el turismo y la tranquilidad, en vez de ver sus suelos destruidos, como paisajes de la luna o resquebrajados, hundidos y secos, polvorientos en verano y fangosos en invierno, con aguas contaminadas y disminuidas para sus familias, sus animales y sus cultivos, con

el ruido espantoso de las explosiones y de la gran maquinaria y las inmensas volquetas, la polvareda y el vecindario amenazador de las represas de colas o relaves, y toda una forma de vida que jamás han imaginado ni querido. Y eso, así de sencillo, es lo que les hacen ver —o les hacemos ver— con la mayor claridad y honestidad que nos dan el conocimiento y la no dependencia de las grandes empresas interesadas en la explotación.

Otra equivocación grande y grave es el empeño desesperado por negar, por sacar de las discusiones, cualquier cosa que les suene a la disyuntiva de « el oro o el agua », « la vida o el oro », o la simple pregunta de qué vale más, ahí sí distorsionando las cosas, porque nadie ha dicho que, por la minería, el agua se va a acabar o la gente se va a morir *ipso facto*. Pero que el agua para consumo humano, de los animales y de la agricultura va a quedar disminuida y deteriorada, muy probablemente contaminada, no lo pueden discutir. Es evidente. Y que la calidad de la vida por múltiples afectaciones se va a deteriorar, también es indiscutible, por más altos salarios que se paguen en la minería.

Para terminar, paso al tema de las amenazas, los absurdos e infundados miedos que tratan de meter. Y lo peor, con la coadyuvancia —que me atrevo a calificar de espuria— de altos funcionarios del gobierno. ¿Que el ordenamiento jurídico no valida las consultas? Pues dele quien lo dude una mirada a la sentencia T445 de 2016 de la Corte Constitucional. ¿Que los concejos municipales no pueden prohibir la minería? Miren tan solo el último párrafo de la C273 de 2016 de la misma corte: clarísima, precisa, explícita. Me gasté varias horas leyéndolas junto con lo referente a la *Confianza Legítima*, todo por indicación de eminentes juristas, ante mi deseo de verificarlo con mis ojos, los que me gusta bastante utilizar para esos fines, aunque no soy abogado. Y, ¿que han estudiado posibles demandas al Estado por inseguridad jurídica? Pues que lo estudien muy bien para no botar plata, porque ninguna norma ha cambiado en este país en forma que

les niegue o les cambie derechos adquiridos. Y si alguien les prometió algo, que le cobren a ese alguien.

Que no nos deslumbre el cobre

El Tiempo. Agosto 15 de 2019.

Las declaraciones que emiten las altas autoridades nacionales del sector de minas con respecto a la minería de cobre son bastante infundadas, equivocadas y muy preocupantes. Dicen que el cobre deberá ser la nueva estrella de la minería, que debemos entrar al grupo de los mayores exportadores de cobre en el mundo, que le van a meter el acelerador a la minería de cobre. Son expresiones cercanas al apoyo o interés indebido, que exceden las funciones de fomento, vigilancia y control de una actividad tan delicada e importante que acarrea numerosos riesgos.

No es propiamente justificable, pero sí entendible, que quienes tienen el poder para influir en la celeridad de los procesos aprobatorios tan complejos, como el de otorgar o negar licencias ambientales, se desborden de entusiasmo escuchando presagios maravillosos, simplemente replicando lo que hacen en otras partes, sin saber o pensar muy bien qué tan copiables o adaptables son las formas y las tecnologías utilizadas en esas partes; sin conocer muy bien los aspectos negativos ni los daños que se harían con esos procesos al medioambiente, a la gente, a las tierras, a las aguas, a la economía local, a la organización social.

Ciertamente, nuestra cordillera Occidental es parte del mismo cinturón andino del cobre donde tienen sus grandes yacimientos y sus instalaciones mineras los dos más grandes productores de ese metal en el mundo: Chile y Perú. Pero nuestra localización en el planeta, con respecto al Ecuador, marca una gran diferencia: en esos dos países, las montañas que albergan los yacimientos de cobre son totalmente desérticas, pura arena descubierta, con un aire supremamente seco, donde casi no llueve y el agua proviene del deshielo de la nieve que penetra las arenas, donde un hueco de subsidencia no daña nada y hacer una gran pila de roca molida no echa a perder bosques ni tierras de cultivo.

En cambio, nuestra parte en el cinturón andino es esencialmente tropical, húmeda, boscosa, con bastante capa vegetal, de vocación agrícola y ganadera, donde las lluvias mojan los plantíos y generan buenas aguas superficiales y subterráneas, que no hemos sabido o querido aprovechar como se debe, pero sería terrible crimen permitir su destrucción. ¿Aceptar la subsidencia con sus agrietamientos radiales, la filtración de

aguas a las cavernas y los túneles, el almacenamiento de relaves, bien sea como lodos o como arenas a medio escurrir, las inmensas áreas requeridas para administración y operación, las grandes nubes de polvo que dicen que no, pero sí se darían, todo eso por unos dólares y el deslumbramiento de ser uno de los grandes productores de cobre?

Es lamentable que ese desconocimiento esté siendo reforzado con una afirmación repetitiva de que el cobre «es el mineral por excelencia, la materia prima para la tarea de la transición energética». Respetuosamente, digo: eso no es así. Lo que programan obtener de los proyectos más adelantados no es cobre utilizable como tal, sino un concentrado de ese metal, más oro, plata y molibdeno, con otros residuales. Y el cobre para los generadores solares tendrá que seguir siendo importado mientras no tengamos refinación en el país, y pagado con las divisas que generen las exportaciones de todo el sistema económico.

No podemos dejarnos llevar a una situación como la de Chile, que mostraba el tiempo con los días 29 y 30 de julio, bajo el titular «¿Apocalipsis?». Ríos y lagos inmensos llenos de aguas y natas verdes por tanto cobre. Y dirán que aquí, los relaves se almacenarán en seco, pero, quizá, peor. No nos dejemos engañar.

Los riesgos del proyecto de minería en Jericó

El Tiempo. Octubre 2 de 2019.

El presidente de AngloGold Ashanti (AGA) en Colombia, Felipe Márquez, en su «Carta a todos los habitantes de Jericó», del 18 de julio de 2019, radicada ante notario, y los altos funcionarios de la empresa, en sus presentaciones de «Socialización del estudio de impacto ambiental» (EIA) han hecho una serie de compromisos y afirmaciones cuya posibilidad de cumplir es bien incierta, como se analizan en seguida:

1. Que «este proyecto tiene impactos mínimos en cuanto a calidad del aire y ruido, porque toda la actividad es dentro de la montaña». No es cierto ni posible. La mayor parte de las operaciones estaría por fuera de la caverna, en inmensas instalaciones y equipos, siendo la peor de toda la formación de la inmensa pila o montaña de residuos mineros o relaves, que son arenas sucias, lo que proponen como solución y cuyo transporte de la planta a la pila requiere muchísimos viajes de volquetas mineras por hora, todo el día. Ruido y polvo por cantidades.
2. Que «estudiamos y nos aseguramos de que no existen acuíferos subterráneos en la zona del proyecto, por lo que el potencial impacto en aguas subterráneas será mínimo». La evidencia a la vista y los conceptos de muchos geólogos e hidrogeólogos muy conocedores de la zona contradicen esa afirmación. Esto deja sin piso muchas otras cosas de su EIA [Estudio de Impacto Ambiental] y de su presidente. Basados en esa afirmación de que en la zona no hay acuíferos, subestiman drásticamente las grandes filtraciones que se producirían en la caverna y en los túneles. Esas aguas, al entrar en contacto con el aire y con las rocas recién quebradas, igual que las que penetrarían por el gran hundimiento, la subsidencia y las grietas que la circundarían, se convertirían todas en aguas ácidas, inutilizables por los seres vivos o en agricultura, aguas que se producen y duran hasta por siglos.
3. No en su carta, pero sí en declaraciones al periódico *Portafolio* del martes 4 de junio del 2019, afirma el señor Márquez que «el proceso de producción iría en una primera fase hasta 2047». El documento de socialización del EIA (pp. 19) dice: «Fin operación minera (año 2045)». ¿A quién o a qué creerle? Además, dentro de las leyes, nada justifica lo de «una primera fase». Solo maromas y jugadas a la ley explicarían la extensión de los periodos que en ella se establecen.
4. Sobre el depósito de relaves dice el señor Márquez: «Al ser arenas secas se facilita su depósito, rehabilitación y revegetalización progresiva». Lo primero es: ¿Arenas secas? ¿Cómo piensan secar más de 17 000 toneladas diarias? ¿Cómo secan café, con techos corredizos, o en hornos a carbón o eléctricos?
5. Pero lo peor del tema es que una funcionaria de altísimo nivel en AGA define los relaves como «partículas de mineral que el agua ya ha lavado», lo que aparece en su entrevista del domingo 30 de junio de 2019 en *El Colombiano*, sin rectificar. ¿Lavado? ¿Con qué agua? Y si fuera cierto, ¿dónde se vertería tal agua? ¡Por favor!

6. Otro cuento, no cierto, sobre arenas secas: ¿revegetalizar? En La Guajira, cuando extraen el carbón, o lo que sea, siembran y crecen plantas del desierto. Pero, ¿en esa tierra tropical de Cauca? Que no nos crean tan...
7. Más compromisos de Márquez sobre relaves: «Este depósito no tendrá ningún tipo de impacto sobre el río Cauca». ¿Qué pasaría con los aguaceros que caen en la zona? ¿No rodarían cantidades de arena ácida y con químicos hacia el río?
8. Para la generación de polvo, dice Márquez que tendrán «medidas de control, como riego con agua... y cubrimiento de áreas de operación con mallas». ¿Agua? ¿Cuál? ¿No dicen que van a recircularla en un 80 %? ¿Y mallas? ¿Sí tapan polvo?
9. En otro párrafo dice el señor Márquez: «El hundimiento será progresivo, controlado. ¿Controlado? ¿Cómo lo van a amarrar y frenar?
10. Y agrega que «se evitará el acceso de personas y animales al área de subsidencia», que le harán «cierre perimetral». Y continúa con «que la subsidencia se vea y se integre al paisaje y pueda ser considerado en el futuro un atractivo turístico, con potencialidad de volverse un espacio de avistamiento de aves». En total contradicción con lo primero.
11. Hablando del paisaje, afirma: «Nos comprometemos a que nuestra presencia no será un factor disruptivo que altere sustancialmente la vista en la región». Tres enormes daños le hacen imposible cumplir: uno, la inmensa ciudadela industrial que tendrían que construir, con grandes bodegas, talleres, patios y subestaciones, vías internas, bandas transportadoras, oficinas y otros ítems, que ocuparían más de cincuenta hectáreas según sus dibujos para la socialización, harían un horroroso parche en el verdor de la zona. Otro, la gigantesca pila o montaña de arena que proponen hacer con sus «relaves secos», un horrendo tumor en la pradera, con 174 hectáreas de base y 120

metros de altura en su «primera fase». Y el otro, el famoso hoyo de la subsidencia, con una boca de varios cientos de hectáreas y con sus grietas radiales y, encima, la red de carretables, caminos y desviaciones de quebradas para evitar que sus aguas se vayan por el hueco a su frente minero.

12. Un compromiso que se puede cumplir, pero que niega las maravillas que prometen como beneficios que obtendría la población, hablando del empleo que generaría el proyecto minero, dice el señor Márquez: «Cerca de 3000 en construcción (empleados directos y contratistas durante 4 años), 550 en operación (empleados directos y contratistas durante 21 años)». Un tsunami inflacionario y de forasteros durante la construcción, muy poco en operación y... se cierra la mina. ¡Tremendo daño social!
13. Una sugerencia incumplible por absurda. Hablando de qué usos se le podrían dar al terreno que abandonarían (473 hectáreas, equivalentes a 739 cuadras) con el cierre de la mina, dice el señor Márquez: «Algunos ejemplos de qué se podría hacer son: o granjas de generación de energía solar». ¿Será que así, como un desierto tan destruido, lo pensarían dejar?

Bienvenido el debate sobre minería en Jericó

El Tiempo. Octubre 23 de 2019.

En *El Tiempo* del pasado martes 8 de octubre, bajo el título «Debate sobre minería en Jericó debe basarse en argumentos», salió publicado un extenso artículo del exministro de Minas y Energía, Ramiro Valencia Cossio, en el cual trata de rebatir el que me publicó el mismo medio el pasado miércoles 2 de octubre bajo el título «Los riesgos del proyecto de minería en Jericó».

Desde el título y en seis puntos más, aunque no entiendo por qué se refiere a infraestructura, se empeña en afirmar, sin saberlo, que debo basarme en argumentos, «en un contexto científico y fáctico, y no en impresiones e imprecisiones». Que mis críticas al proyecto de Quebradona no cuentan con los suficientes argumentos técnicos y científicos, que una discusión compleja es «orientada desde la percepción y no desde las pruebas ingenieriles». En todo ello está totalmente mal informado, desinformado y muy equivocado, como veremos en seguida.

Comienzo por juzgar que, si las cosas fueran como las plantea el exministro Valencia Cossio, con tanta ignorancia del tema por mi parte, no tendría explicación alguna el hecho

de que no se haya conocido siquiera un intento de negación o controversia oficial, con los ingenieros o los consultores de AngloGold Ashanti, la multinacional surafricana dueña del proyecto. Reacción que me anunció la vicepresidente de asuntos corporativos de AGA, cuando me dijo: «Esos documentos se filtran y llegan muy rápidamente a nuestras manos. Ya lo estamos analizando en detalle».

Se refería al documento «Consideraciones sobre el proyecto de minería de cobre Quebradona, de AngloGold Ashanti en Jericó, Antioquia» y su resumen ejecutivo, que empezábamos a enviar a mucha gente en versión digital a principios de julio del presente año. Elaborado por el ingeniero geólogo, consultor y profesor Fabián Hoyos Patiño, graduado de la Universidad Nacional y magíster de la Universidad Estatal de Arizona, y mi persona, tras muchos meses de estudio sobre el proyecto, que incluyeron asistencia a dos presentaciones de socialización del Estudio de Impacto Ambiental (EIA) por parte de AGA y sus consultores, y recibo de los documentos presentados, además de muchos otros que ya teníamos.

El estudio es completísimo, cubre todos los aspectos técnicos y sociales, con cálculos propios y detalle de las bases, las variables y las fórmulas utilizadas y con un listado completo de datos, fuentes de información y referencias. Y, claro está, muchos de los resultados difieren bastante de los oficiales que ellos presentan.

Para reforzar mis capacidades y mis posiciones, cuento siempre con el desinteresado apoyo de otros preclaros profesionales en las materias claves, a quienes he consultado desde hace dos años largos, cuando me dediqué a estudiar el tema para reforzar lo aprendido en la presidencia de Carbocol. En esta última, me tocó hasta la selección de equipos, en mis muchos trabajos de consultoría sobre minería, en la promoción, la fundación y la junta de una empresa minera grande, y luego en la presidencia de Asomineros, mas no en el

ministerio, donde solo aprendí que estábamos destruyendo el medioambiente del país. De igual forma, a lo que se está haciendo en todo el mundo, hasta con «las mejores y las más avanzadas tecnologías», y que la mayoría de las grandes empresas mineras engañan fácilmente a los gobiernos.

Pues bien, aclarado esto. Veamos los principales puntos que el señor Valencia Cossio incluye, y otros que no toca y son fundamentales, con los cuales quiere «AGAcharme» para agradar y defender a sus contratantes, porque es lo único bien dicho en su escrito: que a él le pagan por decirlo, mientras del otro lado del debate muchos trabajamos por conciencia y por amor a las causas ambiental y popular.

En fin, para no entrar en minucias, me referiré a los más protuberantes errores del señor Valencia Cossio, que a su vez son los de mayor y más grave impacto.

Uno es la repetición e insistencia en el cuento de que en las montañas de Jericó no hay acuíferos y que, por lo tanto, las aguas no serán afectadas. Es una afirmación atrevida, tremendamente grave, de sus geólogos y de la mayor trascendencia, porque las afectaciones a las aguas sí serán enormes y dañísimas. La prueba que se le ocurrió al autor del artículo lo único que genera es un torrente de risa: «En dichas áreas, los habitantes no tienen captaciones de agua subterránea tipo aljibe o pozo para suplir sus actividades agropecuarias ni domésticas». ¡Pues claro! A ellos no se les ocurre hacer eso pudiéndola tomar de nacimientos y manantiales que corren por sus veredas. Pero pasemos a las pruebas definitivas.

Lo primero es que la evidencia a la vista y los conceptos de muchos geólogos e hidrogeólogos muy conocedores de la zona, la estructura de sus rocas, sus diaclasas y sus quebradas contradicen esa afirmación. Esto deja sin piso muchas otras cosas de su EIA y de la gente de AGA.

Lo segundo, que para contar con el respaldo de pruebas técnicas, Fabián Hoyos,

acompañado de campesinos de la zona, tomó personalmente muestras de aguas que luego envió a los Estados Unidos para hacerle pruebas isotópicas, que son utilizadas para datar la edad y el origen del agua, su renovación y el tiempo de tránsito en el sistema hidrogeológico.

Otro refuerzo valiosísimo es el del geólogo Julio Fierro Morales, de la firma Terrae de Bogotá, quien (por otro camino, el de la conductividad eléctrica) me dice que «en sus presentaciones públicas realizadas en el primer semestre de este año, AGA mostró datos físico-químicos de las aguas, cuyos resultados son muy similares a los datos de aguas de manantiales que han sido medidos por grupos de trabajo técnico independientes contratados por las comunidades. Los datos de conductividad muestran que los manantiales de la parte baja (tierra caliente) tienen valores consistentemente mayores conforme se alejan de la parte alta (tierra fría), y esto solo puede ser explicado por el recorrido de las aguas a través de los macizos rocosos. Una roca que permite que el agua se infiltre en la parte alta, la recorra y luego salga en la parte baja se llama, en Jericó y en Cafarnaúm, acuífero. Quizá valga la pena que Valencia se dé un paseo por la tierra caliente y vea que cada finca toma de agua en los nacederos, para que su voz no sea solo un eco de lo que dice la cuestionada empresa minera».

Por estas razones no pueden decir que no se afectarán las aguas. El consumo en los procesos de la empresa sería varias veces superior al que ellos dicen, al volumen de lo que tomarían del río Cauca como única fuente, pero claro: la realidad sería que con las filtraciones a los túneles y a la gigantesca caverna que se formaría con la explotación de la roca suplirían sobradamente el agua que necesitarían y no traerían del Cauca. El gran consumo sería en el proceso de flotación, que es el frecuentemente utilizado para separar los concentrados metálicos y las arenas y lodos residuales, que son las famosas colas o relaves que Valencia Cossio prácticamente omite, pasa por encima, hablando de un supuesto «proceso de relave».

Otro es la de contaminación del aire, sobre la cual afirma que yo desconozco «que las actividades de explotación en el proyecto son subterráneas y que en ese sentido las emisiones de la explotación son tratadas en su interior sin que sean percibidas en la superficie».

Puedo asegurar que jamás en parte alguna he dicho lo contrario. Clara y simplemente me he referido a la administración y a otras operaciones grandes como la de flotación, empaque y despacho de concentrados, más la filtración y el secado de relaves que harían, según dicen sus técnicos, todo ello, cierta e indiscutiblemente, en la superficie.

Pero esos relaves tienen que ser almacenados sin límite de tiempo, es decir, eternamente, casi siempre en estado líquido, como lodos, en represas que se rompen con frecuencia y generan grandes desastres, como el muy divulgado hace unos meses en Brasil. Dice AGA que ellos los almacenarán (más de 17 000 toneladas por día) en una inmensa pila de 174 hectáreas de base y 120 metros de altura.

Y si eso resultara verdad, los relaves así preparados tendrían que ser transportados a la pila en camiones mineros que, dependiendo de su capacidad de cargue, requerirían muchos viajes por hora durante las 24 horas del día, todo el año. En días de lluvia harían tremendo pantanero y mucho rodaría al Cauca. Pero en días secos, la polvareda sería enorme y dañaría cultivos y pulmones. ¿Podrá sostenerse el señor Valencia Cossio en su afirmación?

Otro más, lo de revegetalizar la zona. No es decente ni honesto atacar a alguien poniendo en su boca lo que no ha dicho. Tampoco he afirmado en vez alguna que no se pueda revegetalizar la zona. Sí he dicho, y lo sigo sosteniendo, que es imposible revegetalizar la pila o montaña de relaves.

Y esa pila es solo una fracción del área que ocuparían las instalaciones de administración y operación de la empresa, un conjunto de edificaciones y patios industriales de más de 50 hectáreas que brillaría como parche en

el verdor de arboledas y potreros, causando irremediable daño al paisaje, al que he llamado «monumento a la feúra». Esto, para tocar algo del tema de los daños al paisaje, que tantos esfuerzos les está costando, pero que solo dejarán el recuerdo de las alabanzas de Valencia Cossio.

Y otro: a propósito del almacenamiento de estos residuos, es importante copiar aquí la opinión bien autorizada de Julio Fierro, que coincide con lo que afirma Fabián Hoyos, bien explicado en el documento «Consideraciones...», sobre el que comenté en párrafo anterior.

Dice Fierro: «Es necesario explicarles a los pobladores del suroeste la imposibilidad de tener relaves encapsulados y supuestamente ‘secos’ como lo muestra la empresa minera en sus presentaciones. Los relaves con menor humedad se denominan filtrados, los cuales no son posibles cuando las precipitaciones son superiores a 50 mm de lluvia mensuales, de acuerdo con los estudios de la empresa Golder, que parece ser la biblia para los explotadores mineros. En el caso de Jericó, las estaciones de Ita y de Pueblo Rico nunca muestran promedios mensuales que sean menores al valor crítico para poder disponer relaves filtrados». Al respecto, cabe preguntar ¿qué buscarán los señores AGA con esto y cómo creerles todo lo que dicen, como lo hacen Valencia Cossio y los demás consejeros, que bastante le deben costar por ese trabajo?

Juzgarán los lectores si es el anterior artículo mío o este o el del exministro Valencia Cossio el que no se basa en argumentos válidos. Y de igual manera podrán pensar y juzgar sobre la calidad de la empresa minera.

Cock, el pacifista

La periodista Natalia Orozco, directora de documentales como *El silencio de los fusiles* (2017), comenzó a escuchar de Jorge Eduardo Cock desde que era estudiante universitaria. Quien le contó sobre él fue su «hermano de elección» y compañero de aulas, Alejandro Cock, sobrino de Jorge Eduardo. «Hablaban con mucho respeto, no solamente de Jorge Eduardo, sino de toda la familia».

De esa amistad recolectó anécdotas sobre una familia que tenía un compromiso con comunidades en situaciones vulnerables. Escuchó de Oro Verde y de iniciativas de Jorge Eduardo para llevar libros a los Montes de María. Atestiguó la gratitud que Alejandro expresaba por su tío.

Luego, Natalia se encontró a Catalina Cock, hija de Jorge Eduardo, y se acercó más a la imagen que Alejandro relataba. Finalmente, a Jorge Eduardo lo conoció durante el proceso de paz en La Habana. Natalia iba y venía entre Cuba y los campamentos guerrilleros para el rodaje de su documental, «y Jorge Eduardo, con esa sana curiosidad por entender e interpretar mejor el país, me preguntaba si podía hablar con él».

Ella le dio sus impresiones *off the record* porque el documental no estaba listo y tenía que honrar su compromiso de confidencialidad con las partes. Lo hacía porque confiaba en la





integridad y prudencia de Jorge Eduardo. No solo sabía que lo que le contara estaría a salvo, sino que esperaba que él le entregara sus interpretaciones sobre lo que escuchaba acerca de los diálogos de paz.

A Jorge Eduardo le inquietaba saber qué tan honestas eran las palabras que los excomandantes guerrilleros decían públicamente y qué tan posible era que se pudiera ejecutar lo que se iba acordando. «Compartíamos la capacidad de entender cómo, a pesar de coincidir en principios y valores, ellos [los guerrilleros] habían roto las normas más básicas de la humanidad». Y pese a no compartir la opción por las armas, lo movía la curiosidad por la humanidad de esos hombres y mujeres.

«Sin embargo, creo que el encuentro que hizo que Jorge Eduardo ocupara un espacio muy importante en mi corazón fue después de que entregué cuatro años de mi vida a seguir el proceso de paz», cuenta. Jorge Eduardo, su esposa Beatriz Duque y Catalina Cock asistieron al estreno en Cartagena de *El silencio de los fusiles*. «Sabía que, para él, en ese momento, ya implicaba un esfuerzo en términos físicos, lo que llenó de sentido y valor que hubieran estado ahí presentes».

Jorge Eduardo publicó «una columna bellísima» en apoyo del documental, en palabras de Natalia, que para ella significó un blindaje frente a las críticas que comenzó a recibir de izquierdas y derechas por el contenido de su trabajo.

Para ella, Jorge Eduardo era un hombre de mirada fina y a prueba de simplismos, incluso a contracorriente de los círculos sociales que frecuentaba y en los que los grises de la complejidad humana podían diluirse: «Yo creo que eso nos unió de alguna manera. La soledad que él sentía en esos círculos por sus convicciones, por su batalla por ser consecuente, a mí también me sucedió muchas veces».

Esa postura se cimentaba en el valor del diálogo y su atrincheramiento en la esperanza como posición política. Y, aunque en algunos momentos la defensa de esos principios lo llevó a parecer imprudente (Natalia prefiere calificarlo como valiente), cree que se enraizaba en su deseo de dejarles un mejor país a sus nietos.

El proceso de paz frente a 'Cautiva'



Jorge
Eduardo
Cock L.

A raíz de la participación de grupos de víctimas en las conversaciones de paz han surgido discusiones y comentarios, algunos provenientes de miembros de las Farc, bastante hirientes, sobre episodios del secuestro y la vida de Clara Rojas bajo esa condición. Ello me motivó a leer su triste y muy bien escrito libro *Cautiva*, publicado en el 2009.

Entre muchas descripciones y afirmaciones de gran valía, encuentro en sus páginas algunas que vienen muy bien como reflexiones que contribuyen a salvar dudas de las que surgen para muchos sobre las razones y los contenidos de las negociaciones que se adelantan en La Habana. Como estas:

El capítulo 8, titulado 'Los guerrilleros', se inicia diciendo que "Antes de ser secuestrada, tenía noticia de las

Farc como casi todas las personas que viven en mi país o en el extranjero, a través exclusivamente de los medios de comunicación. La mayoría de las veces se pinta a los guerrilleros como personajes nefastos y sencillamente repudiables por todas las barbaridades que son capaces de hacer y por sus vínculos con el narcotráfico. En pocas ocasiones había oído hablar de sus luchas ideológicas".

Importantísima declaración: si Clara Rojas, con su formación y su posición en la sociedad y ya en la política, tenía entonces esa concepción de lo que eran la guerrilla y los guerrilleros, poco menos opaca puede ser la idea que tiene un miembro común y cualquiera de la sociedad colombiana. Así se le ha informado y se le ha educado a la gran mayoría de la población y, por eso, muchos los equiparan con los narcotraficantes paramilitares, ignorando el fondo ideológico que inspiró su lucha.

Ese fondo es la estructura inequitativa de nuestra sociedad. Y sus luchas -insisten

ellos- son, aún hoy, por lograr el cambio de tal estructura. Y esa es la almendra de lo que se está discutiendo y lo que se ha acordado en La Habana.

Es indiscutible que gran parte de lo que hacen es reprochable y que no todo lo que dicen o proponen es aceptable. Pero también es cierto que en sus reivindicaciones hay un fondo de causalidad y de ideas políticas que vale la pena escuchar. Y negociar o derrotar en las urnas, no imponer ni rechazar por la fuerza.

Es bien notorio el detalle de que siempre, a lo largo de su libro, Clara Rojas se refiere a ellos como guerrilleros. En ninguna parte, por duras que sean las críticas, explícitas o subyacentes en la narrativa, los llama terroristas o bandidos, como era la usanza del gobierno de esa época, con el objetivo obvio y evidente de desconocer o negar, ante extranjeros y entre nosotros, la existencia de esas injusticias y del conflicto interno que ellas originaron.

La otra manifestación, y posición de gran relevancia en

el libro, para el momento actual de Colombia, es sobre 'El perdón', como titula el capítulo 31. Extracto de allí las siguientes expresiones: "Si pretendo seguir adelante y volver a tener una vida plena, necesito perdonar de corazón a todos los que me causaron tanto daño. Eso es algo que hago convencida de que no quiero seguir cargando con ese pesado lastre de dolor y, menos aún, dejárselo como herencia a Emmanuel y a las futuras generaciones (...) he desterrado de mi alma todo atisbo de rencor. (...) ya quedé atrás toda esa tragedia".

Si eso puede proclamar Clara Rojas, víctima indiscutible de esta guerra y con un dolor tan grande a sus espaldas, al igual que lo vienen haciendo tantísimas víctimas, despojados, huérfanos y viudas en todo el país, ¿no deberíamos todos abrir y disponer nuestras mentes para aceptar algo de la responsabilidad que como sociedad nos corresponde y contribuir al diseño de soluciones alternativas y razonables a los puntos más difíciles y pendientes?

Gran parte de lo que hacen las Farc es reprochable y no todo lo que dicen o proponen es aceptable. Pero en sus reivindicaciones hay un fondo de causalidad y de ideas políticas que vale la pena escuchar.

EL COLOMBIANO - Miércoles 17 de Mayo 2000

Aportemos a la paz

POR
JORGE EDUARDO
COCK L.

De quienes me lean, algunos me descalificarán horrorizados o me calificarán de guerrillero, otros se reirán tildándome de iluso, pero también muchos reflexionarán y estarán de acuerdo, como ya lo he visto.

La tal absolución del "Mono Jojoy", absurda e inaceptable. Pero es un accidente más, como tantos que también hay del otro lado, dentro de toda esta locura. El impuesto a quienes tengan más de un millón de dólares, la famosa ley 002, que tanto escándalo y tanto horror ha causado, es una pedrada muy dura que han lanzado las Farc. Pero trae un mensaje que tenemos que entender.

La piedra cae en el momento en que han planteado la posibilidad de negociar un cese al fuego. El planeamiento viene dentro de un proceso de conversaciones que, esperamos todos, conduzcan a un acuerdo de paz, sin plazo fijo, pero con el anhelo de que sea más pronto que tarde. Ahora bien, entre el momento en el que se acuerde un cese al fuego y el de la firma de la paz transcurre un lapso durante el cual esa gente tiene que alimentar, vestir, mantener la salud, y ojalá, avanzar en la educación de toda su tropa. Y eso cuesta un dineral, que de alguna parte tiene que salir. Cesará el costo de armamento y municiones, pero el solo vivir de veinte mil personas cuesta muchos millones por día.

Si les pedimos que paren los secuestros y que no se metan en el negocio del narcotráfico, que además vamos a atacar con más firmeza según el plan Colombia, ¿de qué esperamos que vivan? Pretender que la pasen sin ingreso equivaldría a pedirles rendición, lo que está fuera de todo contexto. Tamaño problema, pero tenemos que encontrarle solución. No será pro-

piamente que cada gerente y cada persona natural que sobrepase el límite del millón de dólares haga fila para presentarse con su tributo ante el comando de las Farc.

Pero nos va tocar conseguir esa plata, recogiendo entre los que tienen y entre organizaciones y países amigos, concretar o ampliar la destinación de recursos del Plan Colombia, y resolvernos a sostener toda esa tropa, dentro de límites de tiempo razonables y con un costo infinitamente más bajo que el de sostener la guerra. Seguro que será una excelente inversión. Mucho más rentable que seguir dando plomo, pagando más y más "paras", ¡qué horror! y con la economía paralizada.

Y, ¿qué hacer con toda esa gente cuando se acuerde la paz, cuando ya estemos en la postguerra? Tenemos que hacernos a la idea de que tendremos que incorporarlos a la vida ciudadana, compartir con ellos, darles la oportunidad de realizarse y hacer algo útil. Unos irán al Congreso, con ideas diferentes, pero con niveles de honestidad mucho más elevados que los de muchos de nuestros actuales congresistas. Otros serán funcionarios de distintos rangos dentro del gobierno, o elegidos alcaldes con otros más en sus equipos, y muchos miles podrán servir de policías, en las ciudades y en los campos, ya bien entrenados como gente con la cual, no lo dudo, nos sentiremos entonces muy seguros, muy bien cuidados.

Y pensemos, qué bueno será poder contar con un pie de fuerza de veinte o cuarenta mil hombres más en la policía -porque habrá qué hacer algo semejante con los elenos y hasta con los paras-. Y de nuevo, eso nos cuesta infinitamente menos que seguir en esta guerra. Y la economía se dispara. Y habremos hecho la mejor inversión.

Respecto de la conciencia social de Jorge Eduardo Cock, merece mención aparte su apuesta por la salida negociada al conflicto armado en Colombia. Además de los temas económicos y minero-energéticos, las complejidades de la construcción de paz también encontraron asidero en las tribunas que tuvo en los medios de comunicación.

Sus acercamientos fueron como economista, al sumarse a las discusiones sobre el problema de la distribución de la tierra y plantear ideas alternativas sobre lo que el Estado debía o no hacer para garantizar una mayor equidad en las zonas rurales. Pero, sobre todo, habló de la paz como humanista. Así, en sus columnas aparecía un reclamo recurrente por reconocer la humanidad de los guerrilleros que negociaban con el Estado. Ese llamado no nacía de la abstracción, sino de su misma experiencia acercándose a la mesa de negociaciones en San Vicente del Caguán, durante el gobierno de Andrés Pastrana.

Esta selección de columnas da cuenta del apoyo a ese proceso de paz, a la postre fallido, hasta la celebración de lo alcanzado en las negociaciones de La Habana entre el gobierno colombiano y las FARC-EP. Una celebración que, en todo caso, mantuvo con un enfoque crítico, buscando aportar en las discusiones profundas sobre la mejor forma de hacer realidad lo acordado.

Vamos al Caguán

El Colombiano. Julio 29 del 2000.

No escribo esto así, por contar que estuve allá, sino para mostrar la importancia de que muchos lo hagan. Recientemente, varios (pocos) dirigentes de las empresas petroleras y mineras del país y los presidentes de la Asociación Colombiana del Petróleo, la de gas natural (Naturga) y la Asociación Colombiana de Mineros, Asomineros, estuvimos en la sede de las negociaciones de paz con las FARC en Los Pozos, San Vicente del Caguán. Asistimos a la «audiencia» sobre hidrocarburos y minería, como invitados del gobierno. También estaban los dirigentes sindicales de la USO, de Sintraminercol y otras conocidas organizaciones, invitados por las FARC.

La audiencia como tal fue una presentación bastante formal de cada uno de los asistentes, con tiempo estrictamente restringido de ocho minutos, documento en mano y consignado para la relatoría. Posiciones muy diversas, unas cuantas arengas de los sindicalistas, pero absoluto respeto.

Lo más interesante y útil fue una reunión informal y sin público, concretada por el doctor Andrés González, gobernador de Cundinamarca y coordinador del evento como miembro de la Comisión de Paz. Durante cuatro largas horas trabajamos unos 12 o 15 dirigentes de las FARC, los de la USO, tres delegados del gobierno y los del sector empresarial. Los de las FARC estaban encabezados por su vocero, Raúl Reyes, y por Iván Ríos, coordinador del Comité Temático. Fue una discusión profunda, académica, con posiciones diversas, pero con mucha altura, principalmente de parte de la USO y de los otros visitantes. La actitud de las FARC fue fundamentalmente de escucha y de preguntas.

Quizá lo más dicente y positivo de todo fue su actitud, manifiesta colectivamente al terminar la reunión y luego de forma personal al día siguiente, con expresiones como les

habíamos puesto a pensar, que es muy importante para ellos recibir nuestras opiniones y escuchar a gente como nosotros, que les sigamos visitando. Algo similar se escuchó con respecto a un comentario individual del suscrito sobre el comportamiento tan duro de las FARC frente a la población civil.

La impresión positiva sobre el resultado de la visita al Caguán fue compartida durante el viaje de regreso. Todos concluimos, como recomendación, participar en este tipo de eventos. Es bien sabido que las audiencias son para escuchar, registrar y resumir por la relatoría (paritaria) lo que piensan y proponen los colombianos, material que irá a la mesa de negociaciones. Y si en ellas solo se oyen los extremismos o idealismos de «obreros, estudiantes y campesinos unidos», pues eso es lo que queda.

Se trata entonces de algo realmente importante que es responsabilidad de todos. Asistir a las audiencias cada que podamos aportar a los respectivos temas para consignar posiciones, aprovechar las reuniones y conversaciones informales para escuchar también y explicar el porqué de muchas cosas que los dirigentes de la guerrilla quieren oír y analizar. De verdad que esa es la actitud que se percibe.

Apostemos a la paz

El Colombiano. Mayo 17 del 2000.

De quienes me lean, algunos me descalificarán horrorizados o me calificarán de guerrillero, otros se reirán tildándome de iluso, pero también muchos reflexionarán y estarán de acuerdo, como ya lo he visto.

La tal absolución del Mono Jojoy es absurda e inaceptable. Pero es un accidente más, como tantos que también hay del otro lado dentro de toda esta locura. El impuesto a quienes tengan más de un millón de dólares, la famosa Ley 002 que tanto escándalo y horror ha causado, es una pedrada muy dura que han lanzado las FARC, pero trae un mensaje que tenemos que entender.

La piedra cae en el momento en el que han planteado la posibilidad de negociar un cese al fuego. El planteamiento viene dentro de un proceso de conversaciones que, esperamos todos, conduzcan a un acuerdo de paz sin plazo fijo, pero con el anhelo de que sea más pronto que tarde. Ahora bien, entre el momento en el que se acuerde un cese al fuego y el de la firma de la paz, transcurre un lapso durante el cual esa gente tiene que alimentar, vestir y mantener la salud y, ojalá, avanzar en la educación

de toda su tropa. Eso cuesta un dineral, que de alguna parte tiene que salir. Cesará el costo de armamento y municiones, pero la vida de veinte mil personas cuesta muchos millones por día.

Si les pedimos que paren los secuestros y que no se metan en el negocio del narcotráfico, que además vamos a atacar con más firmeza según el Plan Colombia, ¿de qué esperamos que vivan? Pretender que la pasen sin ingreso equivaldría a pedirles rendición, lo que está fuera de todo contexto. Tamaño problema, pero tenemos que encontrarle solución. No será propiamente que cada gerente y cada persona natural que sobrepase el límite del millón de dólares haga fila para presentarse con su tributo ante el comando de las FARC.

Nos va a tocar conseguir esa plata, recorriendo entre los que tienen y entre organizaciones y países amigos. Concretar o ampliar la destinación de recursos del Plan Colombia, y resolvernos a sostener toda esa tropa dentro de límites de tiempo razonables y con un costo infinitamente más bajo que el de sostener la guerra. Seguro que será una excelente inversión. Mucho más rentable que seguir dando plomo y pagando más y más *paras* ¡Qué horror! Y con la economía paralizada.

¿Qué hacer con toda esa gente cuando se acuerde la paz, cuando ya estemos en la posguerra? Tenemos que hacernos a la idea de que tendremos que incorporarlos a la vida ciudadana, compartir con ellos, darles la oportunidad de realizarse y hacer algo útil. Unos irán al Congreso con ideas diferentes, pero con niveles de honestidad mucho más elevados que los de muchos de nuestros actuales congresistas. Otros serán funcionarios de distintos rangos dentro del gobierno, o elegidos alcaldes con otros más en sus equipos. Muchos miles podrán servir de policías en las ciudades y en los campos, ya bien entrenados como gente con la cual, no lo dudo, nos sentiremos entonces muy seguros, muy bien cuidados.

Y pensemos: qué bueno será poder contar con un pie de fuerza de veinte o cuarenta mil hombres más en la policía —porque habrá que hacer algo semejante con los *elenos* y hasta con los *paras*—. Y, de nuevo: eso nos cuesta infinitamente menos que seguir en esta guerra. Y la economía se dispara. Y habremos hecho la mejor inversión.

La dimensión de lo alcanzado

El Tiempo. Febrero 15 de 2014.

Las conversaciones con las FARC en La Habana han generado, de por sí, unos logros enormes y de gran beneficio para el país. Son logros que tal vez no han sido ponderados ni dimensionados lo suficientemente por la ciudadanía, cuya importancia vale la pena tomar conciencia. Me refiero a la aceptación bastante amplia y colectiva de que los colombianos hemos vivido y convivido con formas y estructuras absurdas e injustas, que es necesario cambiar si queremos llegar a vivir en paz.

Los acuerdos logrados sobre los dos primeros puntos de la agenda, así estén todavía pendientes de algunos ajustes, definen hitos importantes en la historia del pensamiento nacional.

Aún sin acuerdos firmados, el solo hecho de que un grupo tan selecto de personas representativas de los más diversos sectores de las estructuras de poder en el país, obrando en representación del gobierno, bajo la dirección del presidente de la República, con participación de excomandantes de las Fuerzas Militares y de la Policía, con apoyo en amplia consulta de opiniones, haya acordado que para alcanzar la paz es fundamental realizar los cambios previstos en los documentos divulgados sobre la tenencia y la explotación de la tierra y la vida del campo, es el reconocimiento —que hemos tratando gran parte de ese sector de forma absurda

e inequitativa— de que no podemos seguir conviviendo con ella.

Ese reconocimiento es ya algo real e irreversible que marca un objetivo grande para el trabajo conjunto de la sociedad, lo que por cierto ya se está dando con hechos como el programa de restitución de tierras a desplazados por la violencia y la creación de la Misión Rural en Planeación Nacional, para delinear políticas e instituciones que empujen el sector, bajo la dirección del reconocidísimo economista José Antonio Ocampo.

Lo que se acuerde será plasmado con precisión en los puntos que deberemos aprobar o rechazar (confiamos en que sea lo primero) cuando lleguemos a la refrendación de los acuerdos de paz, pero el proceso en el campo ya arranca.

Así mismo, el solo hecho de que esa «selección Colombia» para las negociaciones de paz haya llegado a comprometerse (*ad referendum*) con el diseño de todo un proceso de apertura y profundización de la democracia para dar reales posibilidades de participación y actuación a todos los estamentos y grupos de la sociedad, así sean minoritarios y opuestos a lo tradicional, implica forzosamente el reconocimiento de que venimos con una democracia a medias, excluyente y muy imperfecta.

También y, por supuesto, es este otro hecho que sin vuelta atrás nos pone a debatir y trabajar para alcanzar un nivel de democracia más cercano al ideal y a diseñar los pasos y detalles para llegar allá. Temas todos de política profunda.

Estos pasos grandes y definitorios que se han logrado sobre los primeros dos puntos de la agenda, los básicos en mi concepto, se complementan con otra serie de hechos, de detalle algunos, pero bastante significativos y casi irreversibles también: ahora se habla más de subversivos, guerrilleros e insurgentes, y se escucha cada vez menos el despectivo y para nada constructivo trato de «bandidos».

Ahora se reconoce también que hemos vivido un largo conflicto, se habla de la guerra y

de sus causas, y no se reduce al simple y mero terrorismo. Y lo más elocuente y significativo es que las recientes encuestas demuestran que el apoyo de los colombianos al proceso de los diálogos de paz sigue creciendo.

El proceso de paz frente a *Cautiva*

El Tiempo. Octubre 18 de 2014.

A raíz de la participación de grupos de víctimas en las conversaciones de paz han surgido discusiones y comentarios, algunos provenientes de miembros de las FARC, bastante hirientes, sobre episodios del secuestro y la vida de Clara Rojas bajo esa condición. Esto me motivó a leer su triste y muy bien escrito libro *Cautiva*, publicado en el 2009.

Entre muchas descripciones y afirmaciones de gran valía, encuentro en sus páginas algunas que vienen muy bien como reflexiones que contribuyen a resolver dudas que surgen para muchos sobre las razones y los contenidos de las negociaciones que se adelantan en La Habana, como estas:

El capítulo 8 titulado «Los guerrilleros» inicia diciendo lo siguiente: «Antes de ser secuestrada tenía noticia de las FARC, como casi todas las personas que viven en mi país o en el extranjero, a través exclusivamente de los medios de comunicación. La mayoría de las veces se pinta a los guerrilleros como personajes nefastos y sencillamente repudiables por todas las barbaridades que son capaces de hacer y por sus vínculos con el narcotráfico. En pocas ocasiones había oído hablar de sus luchas ideológicas».

Importantísima declaración. Si Clara Rojas, con su formación y su posición en la sociedad y en la política, tenía entonces esa concepción de lo que eran la guerrilla y los guerrilleros, poco menos opaca puede ser la idea que tiene un miembro común y cualquiera de la sociedad colombiana. Así se le ha informado y se le ha educado a la

gran mayoría de la población; por eso, muchos los equiparan con los narcotraficantes paramilitares, ignorando el fondo ideológico que inspiró su lucha.

Ese fondo es la estructura inequitativa de nuestra sociedad. Y sus luchas —insisten ellos— son, aún hoy, por lograr el cambio de tal estructura. Y esa es la almendra de lo que se está discutiendo y lo que se ha acordado en La Habana.

Es indiscutible que gran parte de lo que hacen es reprochable, y que no todo lo que dicen o proponen es aceptable. Pero también es cierto que en sus reivindicaciones hay un fondo de causalidad y de ideas políticas que vale la pena escuchar. Y negociar o derrotar en las urnas, no imponer ni rechazar por la fuerza.

Es notorio el detalle de que siempre, a lo largo de su libro, Clara Rojas se refiere a ellos como guerrilleros. En ninguna parte, por duras que sean las críticas, explícitas o subyacentes en la narrativa, los llama terroristas o bandidos, como a la vieja usanza del gobierno de esa época, con el objetivo obvio y evidente de desconocer o negar, ante extranjeros y entre nosotros, la existencia de esas injusticias y del conflicto interno que ellas originaron.

La otra manifestación, y posición de gran relevancia en el libro para el momento actual de Colombia, es sobre «El perdón», como titula el capítulo 31. Extraigo de allí las siguientes expresiones: «Si pretendo seguir adelante y volver a tener una vida plena, necesito perdonar de corazón a todos los que me causaron tanto daño. Eso es algo que hago convencida de que no quiero seguir cargando con ese pesado lastre de dolor y, menos aún, dejárselo como herencia a Emmanuel y a las futuras generaciones. [...] he desterrado de mi alma todo atisbo de rencor. [...] ya quedó atrás toda esa tragedia».

Si eso puede proclamar Clara Rojas, víctima indiscutible de esta guerra, con un dolor tan grande a sus espaldas, como el de tantísimas víctimas, despojados, huérfanos y viudas en todo el país ¿No deberíamos todos abrir y disponer nuestras mentes para aceptar algo de

la responsabilidad que como sociedad nos corresponde para contribuir al diseño de soluciones alternativas y razonables a los puntos más difíciles y pendientes?

Conflicto, responsabilidades, delitos, conexidades

El Tiempo. Enero 4 de 2015.

A raíz de las opiniones que el señor presidente de la República y el fiscal general de la nación han expresado sobre la conexidad que se debe establecer entre el narcotráfico y otros delitos cometidos por los guerrilleros de las FARC, se ha desatado una fuerte discusión en el país, debate que se tenía y se tiene que dar con toda la amplitud y la profundidad que sean posibles.

Muchas opiniones se han expresado ya en todos los sentidos, unas de acuerdo y aprobación, otras de total rechazo; unas de estas por equivocación, otras por tergiversación y ataque a los diálogos de paz. Eso sí, casi todas enfocadas en el aspecto jurídico y propuestas por expertos en esa materia.

Ese enfoque de los juristas debe ser complementado con las opiniones de los que manejamos otros temas, pero que miramos el proceso de paz desde la lógica, la práctica, la objetividad, la posibilidad y el realismo. No solo es conveniente y oportuno, sino absolutamente necesario que seamos muchos los que desde esos puntos de vista participemos en la discusión. Y sería de esperar que, por el bien de la patria, todos los medios de comunicación se abrieran con gran imparcialidad a darle cabida con altura, calidad y extensión desde su normatividad a las expresiones, que muchas deberán ser, sobre esa materia. En ese campo quiero entrar yo, con el ánimo exclusivo de aportar a la pedagogía de la paz, que tanto estamos necesitando.

Como punto uno, parto de la base de que aceptamos —lo que algunos niegan— que en Colombia existe, tenemos, un conflicto armado, una rebelión, desde hace medio siglo. Para quienes niegan ese conflicto van estas preguntas: ¿tenemos en este país una distribución medianamente equitativa de la riqueza y del ingreso? ¿Un acceso igualitario a la educación que cada cual quiere y requiere? ¿A un buen trabajo? ¿A tantas cosas que comprende la salud? ¿Las mismas oportunidades para todos? ¿Y una democracia participativa que funcione bien? Algunos dicen que sí. Pero, ¿podrá ser sincera esa respuesta? Y eso que con el tiempo las cosas han mejorado bastante, en buena parte como respuesta a las luchas de quienes carecen de todo eso.

Como punto dos, debemos aceptar que todos, la sociedad colombiana toda, por acción u omisión, tenemos bastante responsabilidad en los orígenes y la perpetuación de ese conflicto. «Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra». Por algo, cuando el papa Paulo VI visitó Colombia en 1968 para inaugurar la Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), «fue conocida la carta de mil sacerdotes de todo el continente en la que se reclamaba abiertamente la aceptación de la lucha armada como un recurso extremo de liberación» (Javier Darío Restrepo, citado por Álvaro Tirado Mejía en *Los años sesenta*, 2014).

Como punto tres, aunque no se compartan los principios, es innegable que por esas razones ha sido la guerra. Rebelión para mermar esa inequidad. Y esa guerra, como toda confrontación, lleva a múltiples delitos y atrocidades: porte de armas, asesinato, despojo, robo de tierras y ganados, extorsión y secuestro, muertes y crímenes por todos lados.

Finalmente, es ineludible aceptar que esa guerra, como cualquier otra, es algo sumamente costoso que requiere cuantiosos recursos. También hay que admitir que, por más que quisieran, no es mediante actividades lícitas, comunes y corrientes, como se puede financiar

una lucha dura, prolongada e ilegal. Y que el único negocio rentable en zonas lejanas y aisladas es el relacionado con el cultivo, el procesamiento y la comercialización de sustancias ilícitas, es decir, el narcotráfico. No se requiere pensar mucho para ver clarísima la conexidad de la rebelión con todo lo demás.

Un dedo acusador

El Tiempo. Septiembre 7 de 2015.

Los datos del recién entregado censo nacional agropecuario, excepción hecha de algunos avances positivos, resultan en un compendio de realidades equivalentes a gravísimas acusaciones que recaen sobre la sociedad colombiana en todos sus estamentos, como gran culpable y responsable de una situación absurda y vergonzosa. Con razón dijo el presidente Santos, sorprendido con los datos, según la revista *Semana*, que «falta todo por hacer en el campo».

Y con razón también, escribió Christian Valencia en este mismo periódico el 25 de agosto, que con esos datos «cualquiera comprendería, de contera, por qué estamos agarrados de las mechas, por qué la guerra».

Por fortuna —y derivado seguramente del conocimiento empírico y directo, aunque sin tener en ese momento las cifras—, el tema agrario, sus transformaciones y reformas fueron los primeros puntos de la agenda en los diálogos de paz con las FARC. Y, por fortuna también, aunque con detalles por precisar, esos temas ya están acordados y los compromisos adquiridos. Respaldados por las categóricas afirmaciones que mucho se hicieron, en el sentido de que todo lo que se acordó es tan importante y necesario, que el país deberá realizarlo, aunque no se llegue a firmar el acuerdo de paz.

No cabe aquí repetir los datos y los resultados que han sido publicados en muchas partes. Mejor exponer las causas y los causantes

de esos datos y esos resultados que, remarcando, pasan por todos los estamentos de la sociedad colombiana. Por los partidos tradicionales, que no han sido capaces de entender o que poco les ha importado la terrible situación del campo, y se han resistido a reformar y cambiar. Por los gobiernos, que no han promovido las leyes necesarias y no han aplicado las pocas que lo favorecen o hasta las han echado para atrás, como el Pacto de Chicoral, famosa contrarreforma agraria del presidente Pastrana Borrero que, en una reunión con dueños de tierras en 1972, desbarató lo que había hecho el ilustre y progresista Carlos Lleras Restrepo.

Que pasan también por tantas clases de empresarios o simples patronos o dueños de fincas o tierras sin explotar o mal explotadas. Y sin necesidad de llegar hasta explotación del trabajo de niños o al enriquecimiento con el trabajo sexual de chicas necesitadas, sin estudio y sin trabajo. Miremos ese enriquecimiento con el no pago de seguridad social, o con tropas de trabajadores contratados a través de «cooperativas» para evadir responsabilidades y prestaciones y con la peor de las formas: el despojo de tierras a los campesinos por parte no solamente de mafiosos paramilitares, sino de gente de altos niveles mediante tantas maneras. Entre estas, abusos, complacencias, complicidades y apoyo a masacres, como hemos visto por millares en épocas recientes. Los carteles, las pirámides, los «carruseles» y hasta la simple evasión de impuestos que le quita recursos al Estado, todo entra en la lista de culpabilidades.

Y hablando del Estado, basta con pensar en los «falsos positivos», el apoyo al paramilitarismo y tantos otros crímenes de guerra cometidos por quienes lo representan, para incluirlo sin duda alguna entre los culpables de la dramática situación del campo.

¿A qué lleva todo esto? A reflexionar por qué estamos negociando con la guerrilla y por qué hablamos de justicia alternativa y de algo muy cercano al perdón. A tomar conciencia de lo que le ha pasado a Colombia y a apoyar

las acciones que el gobierno deberá tomar para poner en ejecución los acuerdos y las recomendaciones de la Misión Rural, que en buena hora están siendo entregadas.

No más tierras del Estado en propiedad

El Tiempo. Noviembre 5 de 2015.

Pensando en el futuro, y no muy lejano, ni las tierras baldías ni otras que estén o lleguen a manos del Estado mediante extinción de dominio por haber sido obtenidas con dineros provenientes del narcotráfico u otras formas ilegales de apropiación, deberían ser entregadas en propiedad a particulares.

Por razones como las que adelante expongo, resulta muchísimo más benéfico y adecuado para la sociedad en su conjunto, mucho mejor para el bien común, entregarlas siempre en concesión a largo plazo. No estaríamos ensayando y tampoco seríamos los primeros ni los únicos en el mundo en adoptar un sistema de ese estilo. El arrendamiento es la modalidad utilizada en países de características tan disímiles entre sí como China y Gran Bretaña.

¿Por qué no entregarlas en propiedad, como siempre lo hemos hecho en Colombia? Porque difícilmente, casi nunca, son utilizadas de manera óptima, ni siquiera adecuada. No se necesita analizar las cifras de extensiones cultivadas con uno u otro producto. Basta con pensar en la cantidad de tierras planas, de las mejores para agricultura, en territorios como la sabana de Bogotá o el cercano oriente antioqueño, que hasta hace no muchos años eran utilizadas en valiosas lecherías intensivas o en importantísimos cultivos. Actividades que han sido prácticamente destruidas y reemplazadas por parcelaciones de recreo o de viviendas campestres de lujo. Dos destinaciones que muy poco o nada aportan al producto o al ingreso nacional, al desarrollo y menos al

empleo. Ni siquiera puede decirse que se las va tragando la expansión urbana, porque su destinación no es vivienda sino los mencionados lujo y recreación.

Algo similar ha ocurrido con la utilización de grandes extensiones de lo que fueron pujantes haciendas cafeteras y paneleras en el occidente de Cundinamarca y en el suroeste de Antioquia, que se han cerrado para dar paso a ganaderías extensivas y de bajísima productividad, cuando no a parcelaciones de recreo. En ambas destinaciones con mínimo requerimiento de mano de obra, donde las anteriores las ocupaban importantes grupos humanos.

Esto es lo que explica que, en muchos de esos municipios, su población total ha decrecido significativamente en los últimos veinte o treinta años. Pura y simple emigración por falta de oportunidades y empleo.

A los procesos descritos podemos agregar, sin dudar, el enorme desperdicio que se hace de la tierra cuando se la cultiva de manera inadecuada. No solo por campesinos poco ilustrados o aferrados a viejas prácticas, sino por otros más culpables, como grandes propietarios que destruyen morichales y humedales, tan común en las grandes haciendas de los Llanos Orientales para maximizar las extensiones de cultivo y facilitar su implantación. Todo ello, la parcelación, la construcción, la destrucción de bosques y morichales, produce cambios y daños gravísimos y absolutamente irreversibles al recurso tierra, que es bien escaso y no reproducible.

En cambio, un sistema de concesión bien estructurado, adaptable a las diversas circunstancias y usos potenciales y adecuados, con plazos, reglas y restricciones claras en cuanto a su destinación y utilización, de manera que se pueda llegar hasta la recuperación de la tierra por incumplimiento de normas y contratos, puede ser la gran solución a los problemas descritos y la forma más práctica y realista de conservar ese recurso.

Cómo entregar tierras

El Tiempo. Octubre 5 de 2016

Independientemente de lo que se logre alcanzar como acuerdo de paz después de lo ocurrido con el plebiscito, el gobierno nacional está comprometido con las propuestas de la Misión para la Transformación del Campo Colombiano, elaboradas por el Departamento Nacional de Planeación bajo dirección del experto economista y exministro del Ramo, José Antonio Ocampo, y apoyadas en el Censo Nacional Agropecuario en el 2014 y 2015, las cuales —de acuerdo con voces autorizadas— demuestran que «falta todo por hacer en el campo».

Dentro de esos compromisos, ocupa un lugar relevante la dotación de tierras a campesinos que no las tienen. En algunos documentos sobre el tema aparece, no de una manera muy explícita pero sí sugerida, la posibilidad de que las tierras que ha de entregar el Estado puedan ser transferidas en concesión o arrendamiento y no necesariamente en propiedad.

Como lo indico arriba, esa forma de hacerlo es un tema crucial y el momento para decirlo es el adecuado. Reitero, explico y amplío aquí los argumentos que esgrimí en un artículo publicado en este mismo diario en noviembre del 2015 bajo el título de «No más tierras del Estado en propiedad».

Es que son contundentes las razones para que ni baldíos ni tierras recuperadas por extinción de dominio, ni adquiridas para repartir, se entreguen en propiedad. Y quienes las han de recibir tendrán que entender y aceptar hechos y aspectos indiscutibles, como que cuando se entrega en propiedad es muy difícil (si no imposible) controlar la destinación y la forma de uso que se le da a la tierra.

El propietario se siente siempre más dueño y señor que el concesionario o el inquilino y con el derecho, por ejemplo, a parcelar o a construir lo que debería ser tierra de cultivo, a tener ganadería extensiva donde debería ser agricultura, a destruir morichales, humedales o llanuras de

inundación y zonas protectoras para expandir la capacidad del predio a su conveniencia o parecer de corto plazo, a cultivar con prácticas que no conducen a la preservación de los suelos. En cambio, al concesionario el Estado le puede imponer sus reglas, condiciones y limitaciones en el contrato, cuya violación le puede acarrear sanciones hasta la pérdida del derecho a continuarlo y a renovarlo.

Recordemos que la tierra es un bien sumamente escaso e imposible de reproducir y de recuperar cuando se le ha hecho daño. Y pensemos que la concesión se puede entregar a muy largo plazo y que sistemas parecidos, como el arrendamiento, son ya experimentados y corrientes en países de características tan diferentes como Gran Bretaña y China. Como feliz coincidencia, ha tomado fuerza esta misma o muy similar tesis en el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, con el señor ministro a la cabeza.

Y para lo que nos interesa de manera más inmediata, para entregar tierras a campesinos que no la tienen, su efectividad parece resultar robustecida al ser entregada a pequeños productores, porque estos «utilizan la tierra de forma más eficiente que los grandes», según se desprende de estudios realizados por gente muy conocedora del sector. Reforzado con la afirmación de que, «por alguna razón, la productividad del productor campesino es mayor en tierra arrendada», lo que para efectos prácticos es lo mismo, más un pago que no hay en la concesión.

Aprovechemos tan especial coyuntura para optimizar el uso de ese escaso, irreproducible e irrecuperable recurso.





**Jorge Eduardo
Cock 1939 - 2023**

Biografía ilustrada



Jorge Eduardo, el esposo

BEATRIZ DUQUE DE COCK

Nos conocimos siendo muy jóvenes los dos. Yo tenía 17 años, él era un poco mayor (23). Fue en una fiesta de Navidad. Yo aún estaba en el colegio, él ya estaba terminando Economía, al tiempo que trabajaba. Me pareció siempre muy agradable, activo, culto, muy desenvuelto, muy echado para delante, muy caballero. Nos casamos en 1965 y tuvimos tres hijos: Clara Beatriz, Nicolás y Catalina. Duramos 58 años de casados.

Creció en una familia de ocho hijos, fue el tercero. Sus hermanos mayores le llevaban varios años y a los que le seguían él les llevaba unos cuantos, entonces en ninguno de los dos grupos encajaba muy bien. Por eso hablaba de que sentía soledad en su juventud. Su papá, Jorge Cock Quevedo, médico, y su mamá, Alicia Londoño de Cock, fueron fundadores y líderes de varias iniciativas de índole social como los Boy Scouts en Colombia, la Cruz Roja, el Movimiento Familiar Cristiano, entre muchas otras. Vivieron en una finca en El Poblado, cuando todavía era campo. Allí tuvieron múltiples emprendimientos. Creo que desde entonces empezó a tener gusto por el campo, por la tierra. También por haber sido scout.

Siempre inculcó en sus hijos el amor por la naturaleza. En Bogotá, como no teníamos tanto acceso al campo ni pertenecíamos a ningún club, se inventó un potrero cerca al nacimiento de un río, al que todos llamaban la finca de Cock. Empezamos a ir los domingos con fiambre, de picnic, juguetes de los niños, sus carpas, pelotas y hasta canoas. Cada vez se unían más amigos, todos éramos paisas que vivíamos allá.

Su primer trabajo fue en Coltejer, en el Departamento de Planeación. Estuvo varios años y desde ahí hizo proyectos como la reforestación de la cuenca de la quebrada Doña María y el desarrollo de Procecols, hoy Papelsa. Casi todos los sábados subíamos por esas montañas a caballo, que nos llevaban hasta cierto punto, por los lados de Belén, primero a buscar tierras y luego a supervisar las siembras.

Con una beca del gobierno holandés y con licencia de Coltejer, tuvimos la oportunidad de vivir en La Haya con Clara, nuestra primera hija. Estudió Planeación y Evaluación de Proyectos en el Instituto de Estudios Sociales. Con una beca para una persona logramos vivir los tres.

Fue profesor de Economía en la Universidad de Antioquia, su *alma mater*. Me encantaba oír sus clases. Me escondía entre los estudiantes para que no se dieran cuenta de que era la esposa. Él amaba la academia, siempre añoró seguir en la docencia. Después de Procecols, nos dedicamos un tiempo a cultivar papa, frijol, pimentón y otros productos. Los cultivábamos en Rionegro. Teníamos contacto con vendedores mayoristas. A veces nos compraban en la finca y otras bajábamos a venderlos a la plaza de Medellín.

Después fue nombrado secretario general del Ministerio de Hacienda, en el gobierno del presidente Alfonso López Michelsen. Viviendo en Bogotá, en ese entonces, nació nuestra última hija, Catalina. Se terminó ese período y regresamos a Medellín. Llevábamos muy poquito instalándonos, cultivando nuevamente, esta vez en grande, cuando lo llamaron para ofrecerle un cargo en ISA, en Bogotá, como gerente financiero. Aceptó y estuvo yendo y viniendo durante seis meses. Tuvo a su cargo, entre otras cosas, el traslado de la empresa a Medellín. Los niños y yo lo esperábamos con mucho amor. Yo quedé al frente de los cultivos.

Después de ISA, llegó a Carbocol como presidente. Le tocó la inauguración de El Cerejón Central. Tuvo excelentes relaciones con la comunidad de Barrancas en La Guajira. De hecho, lo nombraron hijo adoptivo. Con el cambio de gobierno salió a pesar de que la comunidad le pidió al nuevo presidente, Belisario Betancur, que no lo cambiara. Hay cartas de ellos con cantidades de firmas, pidiéndole que lo dejara en el cargo.

Trabajó en consultoría con la firma de ingenieros Ingetec. Luego se independizó y abrió su propia oficina que llamó Estudios, Proyectos y Consultoría Económica y Financiera, EPCE Ltda., La abrimos en una casa pequeña que alquilamos en el sector Quinta Camacho, en Bogotá, donde vivimos por segunda vez. Tenía muchos consultores, dependiendo del tema. Siempre gente muy calificada. Yo hice de secretaria un tiempo y, cuando despegó la oficina, me encargué del manejo administrativo y financiero. Disfruté mucho ese proceso.

Era muy amoroso, pero también estricto. Cuando era niño, como su papá fue scout, los despertaba con un silbato desde el piso de abajo y a él no le gustaba. Por eso decidió despertar él personalmente a sus hijos. Se gastaba el tiempo que fuera necesario, pasando la ronda. ¿Y lo estricto? Una mentira no se las pasaba por nada. Les enseñaba la honestidad y la verdad como dos de los grandes valores de la vida. También era amigo de ellos y de sus amigos. De hecho, muchos venían de vacaciones con nosotros.

No solo fue buen papá. Era un hombre evolucionado, hablaba abiertamente de sus sentimientos y siempre reconocía sus errores. Creía mucho en la capacidad y la responsabilidad de las mujeres, eligió trabajar con ellas en muchas oportunidades a lo largo de su vida. Siempre nos daba un lugar importante.

Fue abuelo cuando tenía 56 años, más o menos. Tuvimos en total cinco nietos: Emilio, Alma, Candelaria, Tommaso y Elisa, con los que disfrutó su vida y a quienes les deja un legado muy lindo. Cuando nació Emilio,

vivíamos en Washington, Jorge Eduardo trabajaba como director alterno para Colombia y otros países en el Banco Mundial. Estábamos allá con Nicolás y Catalina, donde terminaron sus carreras.

Siempre fue muy activo y perseverante. Aunque ya estaba mayor, se moría de las ganas de hacer windsurf. Bregó y bregó hasta que lo consiguió. Se subía a la tabla y se caía, se subía y se caía... y así muchas veces y muchos días, hasta que lo logró. Los vecinos se reían de él y eso no lo afectaba... Logró disfrutar este *hobby* por muchos años.

Toda la vida madrugó mucho. Hacía ejercicio por la mañana, luego caminaba varios kilómetros. Estaba en pie desde las 5:30 a.m. Su mente era muy activa y siempre estaba creando, solucionando problemas, imaginándose un mundo mejor. Si no era pensando en cómo desarrollar algo, era en cómo ayudar a alguien, tuvo mucha sensibilidad social.

Le encantaba la música, toda clase de música. Hacíamos unas tertulias deliciosas, en las que reuníamos grupos de música colombiana, tríos, conjuntos o música clásica. Estudió oyendo música. Incluso, tocó guitarra mucho tiempo, hasta que un día resolvió que no tenía oído y la «colgó». A mí me llevó serenatas cantadas y tocadas por él mismo. Era alegre, social y fiestero. Además, fue muy constante y tenaz. Como con el windsurf, lo era con todo lo que se proponía. También era muy familiar. Le encantaba la comida rica y ese era el plan de los domingos: cuando no salíamos, cocinábamos los dos. En general, hacía relaciones sociales muy fácil, se llevaba bien con todo el mundo. Eso le ayudó siempre en la vida y con los trabajos que tuvo.

Todos los diciembres reuníamos un grupo de amigos y hacíamos una fiesta de Navidad a la vieja usanza, con leña y en pailas de cobre, natilla y buñuelos con miel de azahar. Fueron fiestas muy famosas y deseadas por todos. Cada año quedaban «inscritos» para el año siguiente. No faltaba el aguardientico. Siendo ministro, en diciembre, hicimos una fiesta en los parqueaderos del ministerio con toda su gente. Salimos de ahí todos ahumados a bañarnos para recibir en la casa a unos personajes que llegaban de Londres. Siempre supo mezclar la disciplina y el compromiso en su trabajo con el disfrute social y familiar.

Jorge Eduardo fue mi amigo, mi cómplice, mi gran compañero. Como les decía a mis hijos, no se me fue cualquier marido, ni puedo decir como quizás otras dicen «siquiera descansé». A mí su muerte me partió el alma. Me tranquiliza la certeza de que su espíritu vivirá siempre en nosotros a través de las siguientes generaciones.

1939

Nace el 27 de noviembre del matrimonio de Jorge Cock Quevedo y Alicia Londoño de Cock.

1957-1959

Egresada del colegio San José y, tras retirarse de la carrera de Agronomía, se fue a trabajar al Cesar (entonces Magdalena).

1964

Se gradúa como economista de la Universidad de Antioquia. Para entonces, ya había comenzado a trabajar en Coltejer, en el Departamento de Planeación.

1965

Se casa con Beatriz Duque.

1977

Es nombrado gerente financiero de ISA (Interconexión Eléctrica S.A.) y queda a cargo de coordinar el traslado de la sede principal de esa empresa estatal de Bogotá a Medellín.

1981

Funda la *Revista Antioqueña de Economía* y se desempeña como su director editorial.

1981-1982

Es nombrado gerente de Carbocol, la empresa estatal de carbones. En 1982 inaugura en La Guajira El Cerrejón Zona Central. Vuelve a trasladarse con su familia a Bogotá.

1982

Es cofundador de Cultivos Medellín (dedicado a la exportación de crisantemos). Años más tarde también fue cofundador de Cultivos Tahamí y Cultiflores.

1997-1999

Regresa a Medellín donde reinicia sus actividades de consultoría

1998

Ayuda a fundar Ecoflora Ltda., empresa de la cual posteriormente se escindieron tres compañías: Ecoflora Agro, Ecoflora Cares y Ecohome.

1998-2023

Dedica los últimos veinticinco años de su vida a diversos emprendimientos, organizaciones y proyectos de impacto positivo en lo ambiental y lo social, a participar en juntas directivas y, con más frecuencia, a la escritura de columnas de opinión.

2023

Fallece en Rionegro, Antioquia, el 13 de enero.

1966

Comienza a funcionar Forestales Doña María, impulsada por Cock desde Coltejer.

1969

Cock realiza en Holanda estudios en Planeación Industrial, materia que luego dictaría como cátedra en la Universidad de Antioquia.

1970-1973

Se funda la empresa Procecols, de la cual fue uno de sus artífices. Durante estos años se llevó a cabo el montaje y comenzó su funcionamiento. Cock estuvo como director hasta 1973.

1975-1977

Se desempeña como secretario general del Ministerio de Hacienda. La familia Cock Duque se traslada por primera vez a Bogotá. En 1976 regresan a Antioquia.

1985

Ingresa a trabajar como consultor en la firma de ingeniería Ingetec.

1985-1994

Junto a otros socios, crea la firma consultora Estudios, Proyectos y Consultoría Económica, EPCE Ltda.

1994-1995

Es designado ministro de Minas y Energía por el presidente Ernesto Samper Pizano.

1996-1997

Se desempeña como director ejecutivo para Colombia y otros siete países en el Banco Mundial, con sede en Washington.

Jorge Eduardo Cock 1939-2023



1



2



3



4

1. Jorge Eduardo con su abuelo, Jesús Cock, en la finca Granisal.

2. Jorge Eduardo, bebé, con su niñera Millita.

3. Con su papá, hermanos y compañeros scout.

4. En casa de sus padres, Los Caobos en El Poblado.

5



6



7



8



5. Jorge Eduardo caminando por la carrera Junín del centro de Medellín.

6. Dictando clase en la Universidad de Antioquia.

7. Beatriz y Jorge Eduardo, de novios, en una fiesta.

8. Jorge Eduardo en la oficina de la gerencia financiera de ISA.



1



2



3



4

1. Matrimonio entre Jorge Eduardo Cock y Beatriz Duque.

2. El matrimonio junto a su hija mayor, Clara, en Holanda, en el año 1969.

3. Jorge Eduardo y su hijo Nicolás en la finca Aguas Claras, en Rionegro, Antioquia.

4. Jorge Eduardo con su familia: Beatriz, Clara, Nicolás y Catalina, en San Andrés, isla.

5



6



7



8



5. Jorge Eduardo lleva en brazos a su hija Catalina. Al fondo, su papá, Jorge Cock.

6. Jorge Eduardo en su casa ubicada en Gratamira, Bogotá.

7. Jorge Eduardo acompañado de sus hermanos y cuñados.

8. Jorge Eduardo, en el centro, acompañado de sus hermanos Jesús, Juan María (a la izquierda) y Carlos y su papá, Jorge Cock (a la derecha).



1



2



3

1. En la casa de Gratamira, Bogotá: Jorge Eduardo, Beatriz, Clara, Nicolás y Catalina, junto a Amada Londoño.

2. Jorge Eduardo y Beatriz en el matrimonio de su hija Catalina.

3. Celebración de los 80 años de Jorge Eduardo con una reunión de amigos en la finca El Canelo, Rionegro.



4

4. Jorge Eduardo junto a su esposa, sus hijos y sus respectivas familias, en Tarso, Antioquia. Además, acompañado de la hermana de Beatriz, Cecilia, su hijo Andrés y su nuera.

5. Jorge Eduardo rodeado de su esposa, hijos y nietos. De nuevo con Cecilia, hermana de Beatriz, su hijo Andrés y su nuera.

6. Jorge Eduardo y Beatriz, en la finca El Canelo, Rionegro.



5



6



1



2



3



4



5

1. Jorge Eduardo con su hija Clara.

2. Jorge Eduardo y Beatriz con sus nietos Emilio, Candelaria y Alma.

3. Jorge Eduardo y Beatriz con su nieto Emilio.

4. Jorge Eduardo y Beatriz con Nicolás y su familia.

5. Jorge Eduardo junto a Nicolás.

6



7



8



6. Jorge Eduardo y Beatriz con su nieta Elisa.

7 Jorge Eduardo y Beatriz con Catalina y su familia.

8. Jorge Eduardo con su hija Catalina.

9. Jorge Eduardo con su nieto Tommaso.

9



C
elCOLOMBIANO

DOMINGO
MEDELLÍN 28.10.2012

Botero diseñó
botella de ron

La invitación a crear la botella para un licor de alta calidad de la F&A y el maestro ferretero Botero aceptó. "Me pareció muy de verdad", dice. Se comercializará con ron de 45 años de abastecimiento.

PÁG. 44



SUMARIO: Tema del día 21 / Actualidad 4 / Metro 141 / Economía 21 / Opinión 28 / Deportes 36 / Tendencias 41

Grandes empresarios apoyan proceso de paz

Líderes del sector privado ratifican su apoyo a los diálogos y anuncian que colaborarán en la reinserción y en reconstrucción de zonas devastadas



DESPUÉS DE LA REUNIÓN EN EL HOTEL CARACOL. DE LA IZQUIERDA A LA DERECHA: CARLOS RAMA, PABLO GARCÍA, EDUARDO COCK, JORGE EDUARDO COCK Y DAVID BOLAÑOS.

Bacrim y guerrilla están enquistadas en los puertos

Las nuevas zonas de puerto marítimo de Colombia, donde Tomaco en el sur, hasta La Guajira en el norte, están plagadas de estructuras de crimen organizado bien en guardia o haciendo. Los lingües aprovechan el alto flujo comercial para el narcotráfico y para extorsionar a los comerciantes, en zonas que al parecer el Estado olvidó, pero que gozan los más altos índices de analfabetismo y pobreza. La inseguridad amenaza la economía.

PÁG. 6

Barrancas, Junio 24 de 1.982

Doctor
JORGE E. COCK LONDOÑO
Bogotá

Reciba mi cordial saludo, deseándole felicidades unido a su familia.

De inmediato me dirigí a Ud., para informarle el proceso de la Asamblea de Comenores, que se llevó a cabo el 19 del pte. mes, y a la vez doy cumplimiento a lo prometido con Ud. en Caribol, de enviarle información sobre el resultado de dicha reunión.

El proceso de la Asamblea fue democrático, se conformó la Junta Directiva, y su respectivo Administrador, con dos suplentes. Exhorto el gesto solidario de los Comenores Samarios, y demás, en tener en cuenta, la participación activa, de dos comenores H/queros, en la integración de dichas Juntas,; el Dr. Rafael Iguarán Mendoza, miembro principal, en Directiva, y el Dr. Francisco Soto Berardinelly, primer suplente del Administrador. Para nosotros, este acontecimiento es decisivo y de gran importancia. Mi concepto personal, referente a las próximas conversaciones de nuestros representantes, y la de Ud., quien representa a Caribol, serán fructíferas para la comunidad. De antemano le expreso, el reconocimiento de muchos elogios y atributos que Ud. dignamente posee.

Tengo una inquietud en mente, pero antes de comunicársela al pueblo H/quero, deseo conocer su opinión al respecto, y es la siguiente: Elaborar un memorial dirigido al Sr. Presidente de la República, Dr. Belisario Betancur, anexo a un sinnúmero de firmas barracueras, pidiéndole su rectificación en la Gerencia Gral. de Caribol, en reconocimiento, a su ardua labor que ha realizado con la colaboración de su Subgerente, Dr. Ricardo Cuelalón, es de gran envergadura. Sus relaciones con los H/queros, son muy cordiales, este lazo de amistad y comunicación permanente, nos une cada día más, por tal motivo es de mucho honor para nosotros, declararlo HIJO ADOPTIVO DE BARRANCAS.

Espero su inmediata contestación, para comunicarla al pueblo H/quero. mi inquietud, y tengo la plena seguridad que mi proposición será acogida de inmediato, y los resultados serán positivos.

Cordial saludo,
Yolanda Carrillo Berardinelly
Yolanda Carrillo Berardinelly

C CARBOL S. A.

Doctor Cock:

Recién me enteré por la prensa de su renuncia a la Gerencia de Carbol y la próxima vinculación del profesional que va a continuar su gestión.

Porque me considero un testimonio de su gestión administrativa y técnica al frente de Carbol y porque usted dejó en trever múltiples calidades humanas me siento mas que motivado a escribirle estas letras para expresarle mi sentimiento y a no dudarlo, el sentimiento de muchas personas que durante su paso por Carbol captaron el mensaje de sus actos de rectitud y personalidad. Para ellos y para mí su paso por la Empresa deja sus huellas inborrables.

Medellín, 9 de agosto de 1995

Doctor
Jorge Eduardo Cock L.
Santafé de Bogotá

Muy apreciado doctor Cock:

Su paso por el Ministerio fue muy fructífero: La prueba es que puso al País, al Gobierno y al Sector Energético, a pensar y a discutir. Sólo que esos frutos, como todo lo que usted lleva a cabo, son de tardío rendimiento porque son de mucho fondo.

Espero que nos sigamos encontrando en sus nuevas actividades.

Muy cordialmente,
Alvaro Cadavid López
Gerente

Cátedra Pública
Rectoría

Jorge Eduardo Cock

El futuro energético de Colombia:
Retos y dilemas de una política nacional

Jueves 15 de septiembre • 3:00 p.m.
Teatro Universitario
Camilo Torres Restrepo
Entrada libre

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



Al cumplirse un año de la muerte de Jorge Eduardo Cock, la Fundación Universidad de Antioquia propone una celebración de sus ideas mediante este libro, que reúne sus aportes como hombre íntegro, con vocación por lo público y el servicio a los demás. Busca así amplificar sus pensamientos dedicados al desarrollo sostenible, al crecimiento social y la paz.

Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2024 en los talleres de Marquillas S. A. S. Medellín, Colombia.

Para la composición del libro se usaron las tipografías Edita, diseñada por Pilar Cano; Scotch text, de Neil Summerour y Bernina Sans creada por Shoko Mugikura y Tim Ahrens.

El presente volumen está dedicado al economista Jorge Eduardo Cock Londoño, profesor destacado de la Facultad de Ciencias Económicas a finales de los años 60 y principios de los 70, ejecutivo de notables realizaciones tanto en lo privado como en lo público, ministro de Minas y Energía, presidente de Carbocol, dirigente gremial y gran empresario. Pero, ante todo, un ser humano dotado de una sensibilidad social poco común que buscó por todos los medios ayudar y estimular a la gente más humilde, con la que interactuó con la misma naturalidad y propiedad que con los grandes empresarios y los más importantes dirigentes políticos y gubernamentales.

Luis Fernando Múnica Díez

Cock, el economista

el experto en minas y energía

el emprendedor

el defensor de lo público

el «tierrero»

el pacifista